La caída de Troya

Peter Ackroyd





Sophia Chrysanthis queda estupefacta cuando un célebre y obsesivo arqueólogo alemán llega en busca de una novia capaz de leer a Homero y ayudarle en las excavaciones que se dispone a emprender en lo que cree que fue Troya.

La atracción no tarda en surgir, pero también una densa red de sospechas, recelos y dudas, que ponen de manifiesto las firmes convicciones, más allá de toda evidencia, que se han apoderado de quien es tomado por impecable científico.

Así se inicia una novela en la que, tomando como modelo al insigne Heinrich Schliemann y a Sofía Egastromenos, Peter Ackroyd construye una sorprendente historia sentimental, llena de recovecos y giros inesperados, que acaba por convertirse en un remedo del mito fáustico y a plantearnos temas como la fina línea que separa el conocimiento de la impostura o los riesgos que acompañan la búsqueda de la inmortalidad.



Peter Ackroyd

La caída de Troya

ePub r1.0

Titivillus 29.04.2024

Título original: *The Fall of Troy*
Peter Ackroyd, 2006
Traducción: Gregorio Cantera Chamorro
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



1

Resopló, se arrodilló, le tomó la mano y se la llevó a los labios.

—Beso la mano de la futura señora Obermann.

Había hablado en inglés. Ni ella ni sus padres entendían el alemán, y se le hacía cuesta arriba recurrir al griego demótico, que tenía por vulgar.

Sophia Chrysanthis observó su monda cabeza y reparó en un leve rasguño.

—Tiene usted una cicatriz, Heinrich.

—Un fragmento de la estatua de Zeus. Fue en la isla de Itaca, donde descubrí el palacio de Odiseo el Errante, y la cámara en que Penélope tejía su interminable tapiz. Siempre le guardó fidelidad. Usted será mi Penélope, Sophia.

—Confío en que no le dé por irse tan lejos.

—Nunca se separará de mi lado —repuso, poniéndose en pie con esfuerzo, y haciendo una inclinación de la cabeza a los padres de la joven, que seguían junto a la ventana—. Rezaré todos los días de mi vida por usted. Aunque viviera mil años, jamás la olvidaría.

Fuera, bajo una luz cenicienta, caballos y carruajes iban y venían por las calles; se fijó en tres mujeres, que parloteaban mientras caminaban por los adoquines, protegiéndose del sol luminoso de aquella primavera temprana de Atenas con sombrillas; las tres llevaban vestidos de color verde pálido, velo y tocado; dedujo que eran hermanas.

—Venturoso día. Su hija será mi compañera de fatigas y, por ese motivo, Grecia la ensalzará.

—Nada desea tanto como convertirse en su mujer, herr Obermann —dijo la señora Chrysanthis, con un leve ademán de aquiescencia, y poniendo los puntos sobre las íes, como se esperaba de ella, añadió—: Le hemos inculcado que una esposa es la sombra de su marido.

—Una alemana jamás admitiría lo que usted dice.

—Por eso no se casa usted con una de ellas.

Obermann se echó a reír. Sabía que su suegra era una mujer extraordinaria, y confiaba en que su hija hubiera heredado sus recias virtudes.

—Mi mujer se hallará a mi lado cuando descubramos el remoto pasado de su país natal. ¡Estará dentro del recinto de Troya!

—No cabe duda de que a Sophia le encanta aprender —apuntó el coronel Chrysanthis, considerando que no le quedaba más remedio que meter baza en la conversación; al fin y al cabo, estaba dilucidándose el futuro de su única hija—. Desde que recibimos la primera carta que usted nos envió, no ha pasado un solo día sin leerme algo de Homero.

—Hasta dibuja mapas de los frentes de batalla —añadió su mujer.

—Muy bien; magnífico —Obermann había tomado la mano de Sophia otra vez—. Una nueva Atenea, tan culta como hermosa.

—Pero no una diosa, Heinrich.

—No veo el momento de llevarla a la llanura de Troya, enseñarle el lugar en que Héctor y Aquiles se desafiaron, el palacio de Príamo, los muros desde donde las mujeres troyanas contemplaban cómo sus guerreros plantaban cara al invasor, a Agamenón y sus tropas. Le arderá la sangre, Sophia.

—Ha pasado tanto tiempo desde entonces, Heinrich…

—No; para mí es eterno, está por encima del tiempo.

—No sé si seré capaz de remontarme tanto.

—Mi esposa podrá con todo.

Unos días antes, la había llevado al patio de la mansión, el lugar más fresco cuando anochecía, y se había sentado a su lado en el banco de mármol.

—Tiene que ser mía, Sophia. Cuando estoy convencido de algo, nada me hace mudar de opinión: soy inamovible. Supe que sería suyo desde el mismo momento en que contemplé su fotografía.

—¿De modo que me eligió sin más?

—Hacemos cosas porque sí, sin ninguna explicación. Los dramaturgos griegos ya estaban al tanto de eso; también Homero.

—Pensé que había reparado en mí por eso, porque leo sus versos.

—Y no le falta razón. Ya estamos casados, pues. Pero también se trata del destino, tan descorazonador y desconcertante como la propia vida, Sophia.

Los esponsales se celebraron en la capilla de Hagios Georgios, situada en una plazuela, a espaldas de la Odós Ermoú, mientras los criados de los Chrysanthis llevaban a cabo los preparativos del banquete nupcial. La servidumbre no se ponía de acuerdo respecto a los méritos de los contrayentes. Las criadas opinaban que era demasiado mayor para Sophia: la joven tenía veintitantos, mientras que herr Obermann debía de andar por los cincuenta o más, no tardaría en ponerse fofo, y llevaba anteojos de cuarzo; por si fuera poco, era chaparro, y tenía una cabeza tan redonda y enorme como una bala de cañón.

—Además habla muy alto —aseveró Maria Karmeniou—, con una voz que retumba por toda la casa.

—Así son los alemanes —le aclaró Nikola Zannis—: recios, nerviosos.

El mayordomo y el ayuda de cámara se pusieron de parte de Zannis: la señorita Chrysanthis era joven, y no faltaban quienes afirmaban que preciosa, pero de un carácter tan endiablado como su madre. Seguro que a Obermann le había parecido tan dulce como la miel de Hybla, mas no dudaron en profetizar que, tras la noche de bodas, aquella unión no duraría. Todos parecían estar de acuerdo, sin embargo, en que el esposo tenía que haber pagado una elevadísima dote por aquella que iba a convertirse en su esposa, y le estaban reconocidos: en los últimos meses, sus amos habían reducido tanto los gastos que casi no habían tenido oportunidad de sisarles.

Fue un banquete magnífico, y se sirvieron todos los dulces y golosinas propios de tales celebraciones. Obermann trasegó mucho vino, incluso pidió que le sirvieran una cerveza bávara, pero no había en casa. En contra de lo acostumbrado, antes de que finalizase el festín se levantó y pronunció un discurso. Comenzó por alabar la belleza de las mujeres griegas, de la que la señora Chrysanthis, que había presidido el banquete más delicioso desde que Afrodita compartiese mesa y mantel con Céfiro y las Nereidas, era todo un dechado. También elogió a su marido, un gran hombre, el coronel Chrysanthis, blasón del ejército patrio que se había

enfrentado con arrojo a los asiáticos, aunque le agradeció sobre todo que con impar vigor hubiese engendrado tan espléndida hija.

—¡Brinden conmigo a la salud de la joven dama a quien tengo el honor de llamar frau Obermann! —exclamó al tiempo que alzaba su copa—. Será mi compañera de fatigas. Sus padres le inculcaron el amor por la sabiduría, se ha deleitado con los versos de Homero desde la más tierna infancia y me ha dado sobradas muestras del profundo respeto que le inspira mi labor. Cuando regrese a la llanura de Troya, como así será a no tardar, ¡tendré a mi lado una bendición mayor que el Paladio que velaba por la antigua ciudad! —exclamó, y entonces aprovechó para recitar de memoria el pasaje de la *Ilíada* en que Atenea, la diosa de los ojos refulgentes, insufla valor y esperanza en el pecho del bravo Diomedes. Sólo Sophia era capaz de entender el griego clásico. Atónitos y en silencio, los comensales escuchaban mientras Obermann encabalgaba los versos.

Finalizado el banquete, bailaron como locos en el patio de la mansión. En el grupo de las mujeres casadas, Sophia estuvo observándolo mientras hacía cabriolas y alargaba los brazos con brío, imitando a los campesinos turcos que había visto en las aldeas pequeñas, cercanas a Troya. Comenzó a sudar a mares, como si el lirondo cráneo se le derritiese bajo los rayos del sol vespertino. «¿Cómo voy a amar a un hombre que baila con tan poco garbo?», se dijo de repente Sophia.

Aquella noche, cuando se retiraron a la cámara nupcial —un lecho cubierto de flores, como exigía la tradición—, la criada que había quedado al cuidado de esa ala de la casa despertó al oír un alarido. Echó a correr por el pasillo y pegó la oreja a la estancia que ocupaban los Obermann. No hubo más aullidos. Por el contrario, oyó cantar a herr Obermann, y un ruido similar al de unos pies contra el suelo de madera. Incapaz de imaginar que acababa de escuchar ni más ni menos que una marcha alemana, se santiguó y regresó a su cuarto.

Al día siguiente a la hora del desayuno, para asombro de sus padres, Sophia comió con voracidad el pan y los dátiles que tenía delante, los quesos, el fiambre de lengua, y hasta picoteó las aceitunas que, por lo general, ni probaba: «Comida de campesinos», solía decir; en aquel momento, sin embargo, parecía disfrutar mordisqueando la

piel negra y tersa de los frutos. Su marido engulló con rapidez, como acostumbraba, sin dejar de mirar con recelo a quienes tenía alrededor: devoraba el desayuno como si fueran a arrebatárselo.

—Comes tan deprisa que te va a sentar mal, Heinrich —le reconvino por primera vez Sophia.

—Me encuentro estupendamente, fuerte y pletórico. ¿Conoces a alguien que, como yo, se atreva a bañarse en el mar al amanecer, o que monte a caballo una hora antes de desayunar? —Se levantaba muy temprano, y saludaba al sol naciente estirando los brazos a fin de dar los buenos días al alba, «la de los rosados dedos», *rhododaktulos eos*; luego, iba a caballo hasta el puerto de Gofos y se zambullía en las aguas del golfo de Sarónica, para regocijo de marineros y pescadores, que no consideraban que el mar fuese un lugar de recreo—. Además, ¿quién eres tú para darme consejos, Sophia? Bebes demasiado café, que no es nada bueno para los riñones. Vamos a tener unos hijos enanos.

—¿Desea echar un vistazo a la *Gazette*? —terció el coronel.

—No; es griego vulgar. Un momento; permítame que eche un ojo a los avisos de las compañías navieras.

En los días que siguieron a la boda, Obermann se mostró cada vez más descortés con sus suegros y tampoco parecía tan atento con su esposa. El combate había finalizado y, como siempre, había conseguido lo que deseaba. No tardaron en percatarse de que estaba deseando marcharse. Todas las mañanas miraba los avisos de las compañías navieras del Pireo para enterarse de qué barcos habían arribado y cuáles zarpado. Recibía a diario telegramas de Constantinopla y Kannakale, que leía con impaciencia, antes de reducirlos a pedacitos. Una semana después del enlace, se había pasado por la oficina de una de las compañías y había comprado dos pasajes, para él y para su mujer, en un buque de vapor con destino al estrecho de los Dardanelos.

Cuando informó a Sophia de su partida, la joven se echó a llorar.

—Vamos; es el comienzo de una nueva vida —le dijo.

—Nunca he salido de Grecia, Heinrich. No te molestes si lloro un poco.

—Normal; es muy propio de mujeres, la verdad. Pero frau Obermann no debe ir llorando por ahí.

—Nunca volverás a verme llorar —repuso ella mirándolo fijamente y enjugándose las lágrimas.

—Muy bien. A lo que íbamos. El lunes por la mañana zarparemos a bordo del *Zeus*. He reservado un camarote adicional para el equipaje.

—¿Cuánto tiempo estaremos fuera?

—Unos cuantos meses. La temporada de lluvias empieza en diciembre.

Ya le había hablado de las excavaciones que estaba realizando en Hissarlik. Lo había dejado todo en manos de su ayudante ruso; pero desde que había empezado a cortejar a Sophia, ya estaba ansioso por regresar.

—Me preguntas por la razón de mi obsesión —le había dicho un atardecer—. ¿Por qué, me dices? ¿Por qué está considerada la ciudad más antigua? ¿Por qué la recrean los poetas? ¿Por qué sigue hechizando a la humanidad al cabo de tres mil años? No tengo respuesta para tales preguntas.

La joven no tardó en darse cuenta de que no le gustaba que le planteasen preguntas, ni sobre ése ni sobre ningún otro asunto; pero después de unas cuantas copas de vino, siempre terminaba por suministrarle toda la información solicitada.

—Sophia, ¿conoces el proverbio chipriota que reza «Hijo de sacerdote, nieto del demonio»? —le había preguntado una semana antes de la boda—. Pues mi padre era pastor luterano —añadió, riendo para sus adentros.

—Sí, lo he oído.

—¡Pues es cierto! Aunque no era un clérigo como en los que solemos pensar. Me hablaba de duendes y hadas, de fantasmas y demonios, de un tesoro oculto en las entrañas de la tierra.

—¿Por eso realizas excavaciones?

—No; persigo una finalidad científica, no lo hago para obtener una recompensa. Más adelante, tendría yo unos seis años, comenzó a leerme pasajes de Homero. Como imaginarás, no entendía ni una palabra, pero me encantaba la musicalidad de aquellos versos; me familiaricé con la rima y la medida. Y así aprendí árabe, francés, griego, ruso, inglés: era igual que recitar.

—Pero me dijiste que tu padre no tenía estudios.

—¿Cómo, si no, hubiera llegado a ser ministro de la Iglesia? Eso

es un disparate, mi pequeña Sophia. Fue autodidacta en lo tocante al griego —la joven permaneció callada—. Por eso le prometí que estudiaría a Homero. No me costaba nada. Es prístino, el origen de todo.

Lo que menos se esperaba la familia Chrysanthis era la carta que, en su día, les remitiera Obermann. Había pedido a Stephanos, un cirujano ministrante y amigo suyo de Atenas, que le enviase fotografías de jóvenes casaderas de los círculos sociales en que se movía. «Te ruego que mires a ver si me encuentras una mujer joven —le había escrito—, de nombre griego y alma impregnada de la historia de su antiguo país. Soy muy buen fisonomista, y jamás cometo equivocaciones». Entre las fotografías que Stephanos le mandó, había una de Sophia, la hija de un coronel amigo suyo. Obermann contestó a vuelta de correo: «Sophia Chrysanthis es una mujer excepcional, de fácil conversación, sensible, afectuosa, buen ama de casa, de vitalidad rebosante y bien educada. De su forma de mirar deduzco que le encanta aprender; estoy seguro de que aprenderá a quererme y respetarme». Al mismo tiempo, lo había acosado a preguntas: ¿de qué propiedades dispone el coronel Chrysanthis?, ¿qué edad tiene, cuántos hijos y, de éstos, cuántos son varones, cuántas mujeres?, ¿cuántos años cuenta Sophia?, ¿de qué color es su pelo?, ¿sabe tocar el piano?, ¿habla otros idiomas y, en caso afirmativo, cuáles?, ¿entiende a Homero y a los escritores de la Antigüedad? Las respuestas de Stephanos habían sido completamente satisfactorias: Sophia sabía inglés, y lo que es más importante, leía a Homero con avidez. «Estoy encantado —le había confiado a su amigo—. Es la compañera que he estado buscando durante toda mi vida. Dentro de tres meses, ya estaremos casados». De inmediato, se había enfrascado en los preparativos para ir a Atenas a conocer a la que habría de ser su esposa. En la carta remitida a los padres de la joven desde Constantinopla, se había explayado sobre el afán de aprender de la muchacha, al tiempo que les mencionaba las excavaciones de Troya y las que, con anterioridad, había realizado en Itaca, «célebres en todo el orbe civilizado». Además, les garantizaba una dote de quince mil francos.

El coronel y su esposa no tardaron en dar el visto bueno a tales propósitos, pero tuvieron la cautela de consultarlo con Sophia.

—No es un noviazgo normal —le había dicho su madre—, pero

tiene buenas intenciones.

—¿Tendré que irme a vivir al extranjero?

—Menciona Paris y Londres, donde posee sendas mansiones. —Sin embargo, no le había hablado de las excavaciones que realizaba en ese momento, porque, entre los griegos, Anatolia tenía fama de ser una región incivilizada y sin ley—. Es un hombre influyente, Sophia.

—En ese caso, aprenderé a quererlo.

—Debes intentarlo.

La primera vez que había ido a Atenas, se había presentado con un pequeño esenciero de terracota, una copa con la cara de una lechuza y una estatuilla de oro.

—Objetos procedentes de Troya —dijo en inglés a la joven, antes de saludar a sus padres, que permanecían de pie tras ella, como si tratasen de cortarle la retirada—. ¡Con los saludos de sus antepasados! —añadió, mientras iba extrayéndolos de los bolsillos del abrigo—. Los llevo encima, porque los turcos registran mi equipaje mientras estoy dormido. Así que usted es Sophia —hizo una profunda reverencia, y le besó la mano—. ¿Ve usted este idolillo? Estas muescas simbolizan el cabello. Es la diosa de la fertilidad. Suya es. ¿Podemos seguir conversando en inglés? —Sophia no salía de su asombro por la facilidad con que cambiaba de tema y lo seguro que se sentía de sí mismo—. Encantado de saludarla. Aquí tiene este esenciero, símbolo de pureza, y esta copa, en señal de fidelidad. Póngalos a buen recaudo. Son de un valor incalculable.

Aunque regresaron por las calles de Atenas en un coche cerrado, Obermann no dejaba de atisbar la ciudad por la ventanilla.

—¡Las termas de Hera, qué pena, verlas en tan pésimo estado! —exclamó—. Y ahí, donde están esos mendigos sentados, la biblioteca de Pericles.

Sophia le echaba una mirada de vez en cuando, tratando de hacerse una idea cabal de cómo era; a primera vista, parecía no tener límites. Una vez que se bajaron sus tres acompañantes, saltó del carruaje, y comenzó a palmetear al ver la mansión de los Chrysanthis, separada de la calle por un huerto donde crecían melocotoneros, almendros y perales.

—Es una casa pequeña —dijo la señora Chrysanthis—. No somos

gente influyente.

—Realmente maravillosa, señora. Encantadora. ¡Es como el palacete de Eupeites, la madre de Antínoo!

Aquella noche, una vez concluida la cena, Obermann se acomodó en el salón y fumó un cigarrillo turco, mientras reanudaba la conversación que había entablado con el padre de la joven.

—Piense en algo que necesitemos siempre, coronel, como el té o el aceite de oliva; póstrese de rodillas todas las noches, igual que los guerreros homéricos, y rece para que haya una guerra. Porque cada vez que se desencadena una contienda, hay escasez. Cuando estalló la guerra civil norteamericana, compré todo el algodón que pude.

—Aquella contienda tuvo unas consecuencias nefastas.

—Ni buenas ni malas, coronel. Fue sólo una oportunidad, una ocasión diferente. ¿Sabe cuál es mi nombre completo, mi querida Sophia?

—Sé que debo dirigirme a usted como Heinrich.

—Pues me llamo Johann Ludwig Heinrich Julius Obermann. Ludwig, en homenaje a Beethoven; Julius, por César. ¿Y a que no adivina por qué Johann? —La joven negó con la cabeza—. ¡Por Juan, el Bautista! ¡Profetizo el futuro! Por eso me va tan bien en los negocios —se puso en pie y se acercó a la ventana, que daba a la veranda—. ¿Y cómo se le antoja a usted la vida con un hombre así, mi querida Sophia? Le formulo esta pregunta en presencia de sus padres, para que en el futuro no haya malentendidos.

—No creo que sea usted avaricioso, Heinrich, si es a eso a lo que se refiere.

—No; no cojeo de ese pie, como dicen los ingleses. ¡Qué cielo tan maravilloso tienen en Atenas! Pero sí que soy porfiado.

Sintió una oleada de exaltación. Junto a aquel hombre, iría a más, a su lado triunfaría. Clavó los ojos en su madre y le dirigió la más extraña de las sonrisas. La señora Chrysanthis se quedó mirándola, y desvió la vista.

—No ha respondido a mi pregunta, mi querida Sophia.

—¿Acaso no ha reparado en mi sonrisa? Ésa es mi respuesta a lo que quiere saber.

—Encantadora respuesta. —Entonces se había acercado a ella con celeridad, le había tomado la mano y estampado un beso—. Si seguimos así, vamos a pasarlo muy bien juntos.

2

Los Obermann zarparon del Pireo en el siguiente barco a vapor. El capitán del *Zeus* les había cedido a su ayuda de cámara durante la corta travesía hasta los Dardanelos. Para cuando un joven les llevó el café, antes del alba, Obermann ya se paseaba por cubierta, sin dejar de mirar hacia el este.

—¿Dónde está mi esposa? Tiene que contemplar el amanecer.

—Casi a tu lado, Heinrich —dijo una voz entre las sombras—. Yo también quiero ver la aurora.

—Creerás que nunca antes habías visto el mar. Mira, mira allí —el alba orlaba los confines del mundo, un resplandor rojizo surgía por el horizonte—. La luz es maravillosa pero, cuando aparece la esfera solar, la sensación cambia por completo: es una revelación —añadió, protegiéndose los ojos del viento—. Allí está nuestro futuro, Sophia. Nos dirigimos a Troya.

—Nos alejamos del hogar.

—Éste es nuestro hogar; junto a mí: yo soy tu hogar. Mira. ¿Habías visto antes esa coloración? El sol naciente se dispone a ocupar un trono de sangre —y luego, dirigiéndose al criado, dijo—: Disponga el desayuno en cubierta. Nos regalaremos ante tanta majestad.

Minutos más tarde, el muchacho les presentó una bandeja de huevos de gallina pasados por agua y fríos. Para asombro de Sophia, Obermann tomó uno y lo engulló de golpe. Luego, se hizo con otro.

—De niño, en Mecklenburgo —explicó, al tiempo que trasegaba una taza de café negro y espeso—, soñaba con un tesoro escondido. En el pueblo, había una colina achatada, rodeada de una zanja. Seguro que era un lugar prehistórico de enterramiento. No puedes imaginar la gran cantidad de tumbas antiguas que quedan por

descubrir en Europa, de esas a las que nos referimos como *hünengrah*, o monumento megalítico. Pero no le interesan a nadie.

Con ella, rara vez recurría al alemán; tres días antes, sin embargo, había abordado a una pareja alemana en la plaza Syntagma, y algo en su actitud había llevado a Sophia a imaginárselo como un hombre distinto, más viejo y achaparrado.

—Según las leyendas locales, en aquella colina, un príncipe de los ladrones había enterrado a su hijo bienamado en una cuna de oro. Estábamos rodeados de tesoros por todas partes. Al lado de la escuela, había una charca de la que, según decían, todos los días al caer la medianoche emergía una doncella con un cuenco de plata. ¡Cuántas veces oí a mi padre lamentarse de nuestra pobreza! Siempre le decía: «Papá, si desenterrases la cuna de oro y te hicieses con el cuenco de plata, seríamos ricos». Nunca me respondía. Era como si, a pesar de tantas dificultades, desease que siguiéramos creyendo en aquellos cuentos de hadas —Sophia tuvo la impresión de que los ojos de su marido se humedecían, pero en ese instante engulló el segundo huevo—. Siempre creí que mi padre había envenenado a mi madre. ¿Te sorprende? Con todo, la quería. Algún día te contaré esa historia.

Con la excusa de ir a buscar un pañuelo, Sophia se retiró al camarote y se sentó en la estrecha cama. Ante sus ojos se extendía el mar Egeo, agitado por el viento del nordeste, y supo que su vida comenzaba de nuevo, en compañía de un extraño. Obermann volvió a la cabina.

—¿Te he incomodado, querida Sophia? Soy un desconsiderado. ¿Sabrás disculparme?

—¿Qué he de perdonarte, Heinrich?

—No deberíamos remover el pasado —dijo, echándose a reír a carcajadas—. ¡Mira que decir esas cosas un arqueólogo como yo! —La tomó en sus brazos y, en el reducido espacio del camarote, bailaron un vals al son de una música imaginaria, mientras ella pensaba: «Bueno, por lo menos a tu lado no tendré ocasión de aburrirme».

A media mañana, habían dejado atrás la isla de Kios y, hacia el este, Sophia avistó la costa de Turquía. Vio unas cuantas aldeas, pueblos de pescadores, sin duda, y oyó ladridos. No le molestaba el vaivén del mar; al contrario: la tranquilizaba aquel incesante

balanceo, que parecía acunarla.

—¿Ves aquella bahía, Sophia? Allí fue donde la princesa Hesíone sufrió las embestidas del monstruo marino que le había enviado Neptuno. ¿Y aquel promontorio de piedra negra? Allí la rescató Hércules. Ahí está la zanja que preparó —explicó, señalando una escollera que se internaba tierra adentro desde el promontorio.

—¿Y tú crees esas cosas, Heinrich?

—No hay más remedio. Vivimos tiempos difíciles: la nuestra es una edad de hierro. Necesitamos esas historias, y hemos de estar agradecidos por que hayan sobrevivido —se acercó a la amurada y se puso a contemplar las gaviotas que merodeaban cerca del barco —. Llevamos el mismo rumbo que tomaron Hele y Frixo cuando el carnero de lana de oro se los llevó volando. ¡Cómo me gustaba aquel relato! Cruzaron el mar Egeo, rumbo al nordeste, como nosotros. ¿A que no te habías dado cuenta de que te hallabas en un lugar sagrado? ¡Quién iba a decírtelo! Aquí tienen su origen la mitad de las leyendas que nos han contado. Por eso vine. Mira los pájaros, cómo bajan las alas al compás del viento. Al ver las olas allí abajo, Hele se asustó, se soltó del vellocino de oro y cayó al mar, donde se ahogó; en su honor llamamos a estas aguas el Helesponto.

—No tienes por qué preocuparte, Heinrich: nunca me caeré.

—¿No te dan miedo las inmensas alturas?

—No me da miedo caerme, que no otra fue la causa de aquella desgracia.

—¡Reescribes los mitos de tu propio país! ¡Eres una criatura extraordinaria!

Apoyado en un bastón de ébano negro, un pastor de la Iglesia anglicana, que estaba de pie en cubierta junto a la amura, había seguido la conversación.

—¿Tengo el gran honor de dirigirme a herr Obermann?

—Así es.

—Asistí a la conferencia que pronunció el año pasado en Burlington House. He de confesarle que, para mí, fue toda una revelación —era muy alto, y parecía vencerse hacia adelante mientras hablaba. Tenía una voz grave y sonora, y un curioso defecto en los ojos que le llevaba a parpadear sin parar—. Cuando estudiaba en la universidad, me convertí en un apasionado de la cultura griega, pero he de confesarle, herr Obermann, que aprendí

más sobre Grecia en la hora que duró su disertación que en toda mi vida.

—¿Has oído, Sophia? ¡Resulta que el pastor es discípulo mío!

—Harding, señor. Me llamo Decimus Harding.

A petición de la Asociación de Anticuarios, hasta en tres ocasiones, había tenido Obermann oportunidad de perorar en Burlington House sobre los orígenes de la raza griega que, según sus deducciones, descendía de los antiguos colonos que se establecieran en el norte de Europa. Había descrito cómo aquellas tribus de cazadores-recolectores se habían desplazado hacia el sur, hasta las tierras vírgenes de Asia Menor y Anatolia, donde se asentaron y se dedicaron a la agricultura. Así, surgieron aldeas de pobladores unidos por lazos de parentesco, dedicados a la alfarería y a trenzar esteras y cestos; algunos de aquellos villorrios se unieron a su vez, hasta que, como es natural, más de mil años después, se convirtieron en pequeños pueblos. Según la cosmovisión de Obermann, el género humano había emprendido una larga travesía, y todas las fases de la historia del mundo guardaban un equilibrio. En aquellos pueblos surgieron las inevitables diferencias en cuanto a riquezas y poder, y aparecieron los primeros caudillos, o familias distinguidas, que construyeron grandes mansiones y fortificaron sus viviendas, hasta que, al cabo de unas cuantas generaciones, los pueblos se convirtieron en ciudades.

Según Obermann, la ciudad era la razón de ser del mundo, el destino que todo hombre anhelaba. La ciudad-estado griega, la polis, fue el resultado de miles de años de afanes y enfrentamientos. «¡Me imagino las calles de Atenas o Corinto en el siglo VI como cualesquiera de las vías públicas de las actuales Paris, Londres o Nueva York! —había aseverado ante la Asociación de Anticuarios—. Es la misma civilización. Debo pedirles disculpas, no obstante. Me expreso como si mil años no fueran más que un simple parpadeo. La arqueología nos refiere, sin embargo, una crónica muy diferente: la del momento de temor cuando, bajo una piedra, se esconde un tesoro en joyas; el de peligro, cuando contemplamos las paredes ennegrecidas por el fuego de una vivienda; o el instante letal, cuando la punta de una flecha traspasa un cráneo; tales son las circunstancias con que nos topamos nosotros, los arqueólogos. Para las personas que las vivieron y sufrieron no se trataba de millares de

años, sino del limitado horizonte de toda vida humana, ayuno por lo general de hechos trascendentales —había hecho una breve pausa, mientras se oían toses en diferentes lugares de la sala—. Los fragmentos de objetos de barro que encuentro repartidos por todas partes no son sino muestras de una existencia humana que discurre en una normalidad que, difícilmente, algo podría alterar. Sin embargo, ¡qué cambios tan imponentes a ojos de un historiador de la Antigüedad! Tal es la tarea de los arqueólogos: casar lo infinitamente grande con lo infinitamente pequeño. ¿Qué relación existe entre la idea, o la preocupación, que desaparecen de un rostro con la misma rapidez con que se han visto reflejados, y la construcción de una pirámide o una gran muralla? Tal es la paradoja, caballeros».

Tanto para Decimus Harding como para otros asistentes, no había duda de que Obermann había dejado de lado la religión. Fue en ese instante cuando había empezado a disertar sobre chamanes y brujos, una senda por la que, con bríos renovados, el pastor no dudó en adentrarse: por un momento, a Harding le dio por imaginarse a sí mismo, cubierto con un escueto taparrabos, danzando alrededor de sus feligreses de Broad Street, en Oxford.

—Encantado de conocerle, reverendo Harding. A los ingleses les encanta mi trabajo. ¡Me tratan como si fuera un lord! —exclamó Obermann, arrastrando la última frase, tratando de imitar el acento inglés—. ¿Sabía usted que el señor Gladstone asistió a la conferencia que dicté sobre Homero? Fue una ocasión especialmente grata.

—El señor Gladstone es un erudito.

—Por supuesto. Está totalmente de acuerdo con mis teorías. Intuye que me hallo a punto de resolver el mayor misterio de la humanidad. «Daría cinco años de mi vida», me confesó, «por ir a Troya con usted». ¡Eso fue lo que me dijo su primer ministro!

—No me extraña.

Harding tenía un enorme lunar en la mejilla izquierda y, aunque Sophia se esforzaba por evitarlo, no podía dejar de lanzarle furtivas miradas.

—Tampoco a mí. Mira, Sophia, ¿ves esa pequeña isla que está ahí, delante de nosotros? Ahí fue donde Aquiles conoció a Políxena —anunció, para a continuación volverse hacia Decimus Harding y

añadir al tiempo que le ponía una mano en el hombro—: Los ingleses me veneran. En Francia, creen que Troya es una leyenda. Ya se sabe: a los franceses les encantan las teorías, las dulces brisas. Los alemanes carecen de imaginación. ¡No volveré a poner los pies en Berlín hasta que no sea tan viejo como Matusalén! —Entonces, tomando a Harding por el brazo, lo que incomodó al clérigo sobremanera, empezó a pasearse con él por cubierta—. Sólo en Inglaterra sienten una verdadera pasión por Troya. A los ingleses les encantan los guerreros, y creen que acabaremos por dar con la ciudad.

—Les gustan más los poetas.

—Tonterías. Son un pueblo belicoso. Háganos el honor de almorzar con nosotros antes de que desembarquemos.

Les sirvieron el almuerzo —una sopa aguada y carne hervida— en el angosto salón comedor de la cubierta superior. Decimus Harding y los Obermann se hallaban sentados al extremo de una larga mesa, desde donde Heinrich enarbolaba una botella.

—Señor Harding, aquí tiene, la mejor cerveza rubia inglesa. ¡La mejor purga para el estreñimiento! —El pastor observó con estupor al resto de los pasajeros—. Durante treinta años padecí de estreñimiento; no había forma de mover el vientre. Todas las medicinas y purgantes que probé de nada me sirvieron, ni siquiera las famosas aguas de Carlsberg. Hasta que descubrí la cerveza rubia inglesa. ¡Desde entonces no dejo de pregonar sus virtudes!

Horrorizado por el volumen de la voz de Obermann, Harding notó que se le secaba la garganta; tenía dificultades para tragar. Echó una rápida ojeada a Sophia, pero la joven permanecía sentada mirando al mar e impasible.

—Como verá, Harding, se llama Truman's, y ahora sí que me siento un hombre de la cabeza a los pies —se inclinó sobre su esposa y le quitó una mota de hollín que se le había posado sobre la camisa bordada—. ¿O no estás de acuerdo, frau Obermann?

El pastor clavó la vista en el plato que tenía delante, donde quedaban restos de carne y algunas *pommes frites* (patatas fritas) aceitosas.

—Me preguntaba usted, herr Obermann, por Frederick Pottle —

repuso Harding, pues desde que el arqueólogo se había enterado de que el pastor ejercía su ministerio en Oxford, no había dejado de acosarle a preguntas sobre profesores y eruditos de aquella universidad.

—Pottle siempre fue contrario a mi forma de pensar —comentó Obermann—. Sería capaz de quemarme en la hoguera, de darme una puñalada por la espalda, de crucificarme, cualquier cosa. Se niega en redondo a admitir que Hissarlik es el lugar donde Homero sitúa la ciudad de Troya, algo evidente, por otra parte, para cualquiera que tenga una pizca de sentido común.

—Pero es que Pottle está loco, amigo mío —afirmó Decimus Harding, agitándose en su asiento; era la clase de conversación en la que se sentía a sus anchas y disfrutaba—. Tengo entendido que se halla confinado en una casa para lunáticos desde hace varios meses.

—¡Perfecto! Es el lugar que le corresponde.

—Le ha dado por decir que es una máquina de vapor —entre sus correligionarios, Decimus Harding tenía fama de incorregible correveidile de dudosa fiabilidad, pero con aquel tono de voz, grave y distinguido, y tan alto como era, Obermann creyó que se encontraba en presencia de un caballero inglés de pura cepa—. Por lo visto, corre peligro de explotar en cualquier momento —añadió, arrastrando las palabras para causar mayor efecto.

—Lo mismo que les sucede a todos mis enemigos. Pottle ha escrito un panfleto en que da a entender que hay que situar las gestas homéricas en Bournabashi. ¿No le parece increíble? Uno por uno, refuté sus argumentos a renglón seguido, pero fue tan necio que hasta pronunció una conferencia. ¿Así que una máquina de vapor, dice usted? —Harding asintió, cuando lo cierto es que, en aquel instante, Frederick Pottle estaba enseñando la capilla del Oriel College a un grupo de muchachas del Roehampton Literary Institute—. Pero, hábleme de Aspinall. ¿Sigue de director de la Sección de Antigüedades?

—El pobre Aspinall se ha dado a la bebida, amigo mío. Es un fracasado —Harding reparó en que a Obermann le centelleaban los ojos—. Hubo que recurrir a la fuerza para sacarlo del museo Ashmolean.

—Lamento oír eso. Me había hablado de un doctorado honorífico.

—Más lo siento yo por su pobre esposa, que se lo encuentra inconsciente a la puerta de su casa.

—El matrimonio puede ser un asunto peligroso, ¿no te parece, Sophia?

Pero la joven seguía con los ojos fijos en el Egeo, reflexionando una vez más sobre la incertidumbre que se cernía sobre su futuro. Siempre había pensado que acabaría casada, porque tal era el deseo de sus padres, pero jamás había imaginado que habría de dejar Grecia atrás, en compañía de un marido alemán, que no tendría reparos en hablar en voz alta de sus intestinos. Vio que el *Zeus* estaba arribando a puerto; los graznidos de las gaviotas se mezclaban con los mugidos y bramidos de la sirena del barco. Obermann se levantó de la mesa de un brinco, y dijo a Decimus Harding, al tiempo que le saludaba haciendo una inclinación de la cabeza:

—Tengo entendido que sigue viaje hasta Constantinopla, reverendo. Buena idea. En cuanto llegue, acérquese al museo de la ciudad y salude en mi nombre a Ahmed Nedin, el conservador de antigüedades. Es un muchacho excelente —añadió, esmerándose en pronunciar a la inglesa—. Vamos, Sophia. Hemos de recoger el equipaje.

Con su esposa pisándole los talones, abandonó el angosto salón a zancadas. Decimus Harding observó cómo salían, mientras en su cara, a modo de sonrisa, se dibujaba una extraña mueca de satisfacción.

3

—¡Profesor, profesor Obermann! —gritó un joven de rasgos eslavos, o eso le pareció a Sophia, en el embarcadero de madera de Kannakale.

—Les gusta referirse a mí como «profesor», y no me parece mal —comentó Obermann, al tiempo que alzaba el brazo derecho por encima de la cabeza.

—¿Acaso no lo eres?

—No tengo el título. Soy profesor por el trabajo que he hecho, no de forma oficial. Vamos, ya están bajando la pasarela.

Doblados bajo el peso de baúles y maletas, cuatro de los mozos del barco los precedían con el equipaje, mientras Sophia aspiraba los aromas de un país desconocido. El puerto olía a especias y a cabras. Pero percibía algo más. Se notó vulnerable. Era un lugar donde podía sentirse desgraciada. Al desembarcar, vio a los otros pasajeros rodeados de mozos y vendedores de almendras, granadas y ranas secas, que chillaban y gritaban en una lengua que no entendía. Pero todos parecían conocer, o reconocer, a su marido, y se apartaron a un lado para que el joven que los había saludado al arribar a puerto se abriese camino entre la multitud.

—Bienhallado, Telémaco. ¿Me permites que tenga el honor de presentarte a frau Obermann?

El joven inclinó la cabeza, pero cuando la mujer extendió la mano hacia él, éste se la llevó a los labios sin llegar a besarla, como si no se fiase de ella, o su presencia lo disgustase. ¿Qué razones le moverían a actuar de aquella manera?

—¿Y esos modales, Telémaco? Frau Obermann es ahora nuestra deidad griega. ¡Ha venido a reivindicar su antigua ciudad!

—No, Heinrich —dijo ella, a quien, por alguna razón, aquella actitud había asustado—. Sólo soy tu esposa.

—La modestia de la auténtica mujer griega, Telémaco. Joven o

viejo, su marido lo es todo para ella. ¡Hasta el cielo y la tierra pasan a un segundo plano! ¿Dónde está nuestro carromato?

Eso sí que no se lo esperaba Sophia. Telémaco cargó el equipaje en la parte de atrás de una antigua carreta, que bien podría haber salido de un establo cualquiera; a falta de radios, las ruedas eran unos discos de madera maciza tallados en redondo. Obermann la ayudó a subir al vehículo; dos planchas transversales cubiertas por una esterilla hacían las veces de asiento y pescante. En los bajos del carruaje, vio restos de paja y estiércol.

—Para recibirte, Sophia, habría buscado un carro de oro, pero ahora mismo no había ninguno disponible.

El cochero iba tocado con el fez típico de la región, prolongado con una tela blanca. A la joven no se le pasaron por alto las manchas de sudor que empapaban el borde del tejido. Azuzó las dos caballerías con un palo puntiagudo, y echaron a andar pausadamente por las calles estrechas de Kannakale. Iba sentada al lado de su marido que, siempre sonriente, se quitaba el sombrero blanco de jipijapa para saludar a los mercaderes con quienes se cruzaban. Tres niños los seguían corriendo y gritando: «*Hakim! Hakim!*».

—¿Qué dicen, Heinrich?

—En la llanura, me tienen por médico eminente, porque dispongo de un enorme botiquín con remedios para cualquier enfermedad. Acuden a mí en busca de ayuda, y yo les curo.

—No sabía que hubieras estudiado medicina.

—¿Medicina? ¡Por supuesto que no! Aplico eso que los ingleses llaman «sentido común». Si un chico tiene fiebre, le administro un par de gotas de quinina; si reparo en alguien que está anémico, le digo que tome hierro molido; si otro vomita, le doy creta en polvo y láudano. Por fortuna, no padecen ninguna de esas enfermedades tan comunes en Europa, como el sarampión, porque llevan una vida saludable, igual que sus antepasados. Tampoco desempeño dicha actividad bajo el viejo plátano en que el padre de la medicina atendía a los enfermos, porque no soy Hipócrates. Pero trato a la misma gente.

—¿No te da miedo propagar alguno de los males que sufrimos los europeos?

—¿Yo? ¡Qué bobada! ¡Soy el hombre más sano del mundo!

¡Buenos días le deseo también, caballero! —exclamó quitándose el sombrero para saludar a un hombre vestido con un traje de corte occidental—. Además, mis pacientes me traen regalos: monedas y ánforas que han desenterrado. Soy como un imán, ¡que atrae todo lo que encuentra! —añadió con gesto relajado y soñador.

Telémaco iba sentado en la parte delantera de la carreta, al lado del cochero. Sophia se inclinó hacia delante y le dio un golpecito en el hombro.

—¿Es usted griego?

—¿Yo? No, señora. Soy de San Petersburgo —repuso con la misma y peculiar frialdad.

—Pero el suyo es un nombre griego.

—Telémaco, tal es el nombre con que el profesor me ha distinguido. En realidad, me llamo Leonid, Leonid Pluyshin.

—Es hijo de un compañero de trabajo que conocí en Rusia —le aclaró Obermann—. Como su padre es un taimado banquero, Telémaco me pareció un nombre apropiado.

En San Petersburgo y durante siete años, Obermann se había dedicado al comercio, de índigo y sal de nitro sobre todo, materias que, en aquellos tiempos revueltos, le habían permitido amasar una considerable fortuna. Luego había invertido el dinero ganado en la adquisición de propiedades en Berlín y Paris, y en la compra de importantes participaciones en los ferrocarriles de Cuba.

Atrás quedaba la ciudad de Kannakale, mientras proseguían por un camino polvoriento, pedregoso y ondulado, lleno de baches y rocas.

—No se puede hablar de carreteras en estos parajes —comentó Obermann—; hemos regresado a la Edad del Bronce.

Prados cubiertos de hierbas alargadas, que se mecían como las olas del mar, flanqueaban el camino. Sophia sentía un viento procedente del norte, que le daba en la espalda.

—Aquí siempre hace viento —anunció su marido—. ¡Es una maravilla que, por si fuera poco, tiene sentido! Lo asegura Homero: la ventosa llanura de Troya. El viento que sopla a lo largo de la historia, Sophia. ¿Acaso no lo notas? —Se dio media vuelta en la carreta, y plantó cara al aire que soplaba con fuerza—. En el quinto canto de la *Ilíada*, el poeta canta al viento del norte, bóreas, que baja de los cimeros montes y disipa las umbrías nubes. Otra prueba

de que Homero anduvo por estos parajes.

Cruzaron un puente de piedra que salvaba un pequeño arroyo. A partir de ese momento, Sophia sólo oyó el tintineo de los cascabeles de los caballos y balidos de cabras de vez en cuando.

—Mira hacia el oeste, Sophia, por el lado del mar.

La joven así lo hizo, y divisó dos montículos cubiertos de arbustos y árboles que, con el resplandor del mar a sus espaldas, parecían brillar con luz tenue en el horizonte.

—La gente de por aquí asegura que son las tumbas de Patroclo y Aquiles. ¡Los dos amantes yacen juntos! ¡Y que aún haya quien castigue la sodomía con la muerte! Habrá que entrar en esas tumbas, Telémaco. Me gustaría encontrarme con Aquiles cara a cara. *Palai katatethnotos*. ¿Entiendes lo que acabo de decir, Sophia?

—«Alguien que murió hace mucho tiempo».

—Estás familiarizada con la lengua de tus antepasados. Mira lo que haremos: recitaremos largos pasajes de Homero, y nos los aprenderemos de memoria, los memorizaremos.

El polvoriento camino se había estrechado: habían llegado a la llanura de Troya.

—Bienvenida a las praderas de Asia, Sophia.

Alrededor sólo vio hierbas altas que parecían crecer ajenas al suelo arenoso; más allá, campos salpicados de flores rojas y amarillas. Por el oeste, la llanura se extendía hasta el mar; por el este, lindaba con lejanas cordilleras, altas cumbres nevadas. Inclinados en la dirección del viento, como negros pigmeos, los robles se diseminaban a lo largo y ancho de la pradera. Obermann se volvió y le señaló unas casas pequeñas a un lado del camino.

—Estamos en primavera, Sophia. Es ahora cuando regresan las cigüeñas y construyen sus nidos en los techos planos. ¿Los ves?

La joven reparó en unos toscos banastos de juncos y ramitas. Se habían internado por un sendero paralelo al cauce de un río que discurría entre arbustos y árboles entrelazados. Sophia contempló los juncos que crecían en las orillas y, por un momento, disfrutó de aquel oasis de verdor, lejos del polvo y del viento. En mitad de la corriente, se alzaban unos pequeños islotes con sauces y olmos.

—El Escamandro —anunció Obermann—, en la lengua de los hombres. En su lengua, los dioses lo conocen como el Janto, el río

amarillo. No deja de ser sorprendente la maravillosa persistencia que muestran los ríos de todo el mundo por conservar su nombre original. Homero lo llamaba *dineis*, el que forma remolinos, o *dios*, el divino. Se aseguraba que era hijo de Zeus, y el pueblo lo veneraba como un dios. En Troya había un sacerdote que se encargaba de rendirle culto. ¿Te parece raro? Pues que no te extrañe. Seguiremos su curso hasta la confluencia con el Simoente. ¡Mira cómo se desliza! Héctor le impuso a su hijo el nombre de Escamandro. —Obermann parecía distinto en aquel paraje; ya no era un hombre de mundo: disfrutaba en compañía de los dioses, o eso pensó su mujer—. El agua es el elemento más antiguo que existe en el mundo —prosiguió—; es intemporal, siempre nueva, siempre renovada.

Sophia sintió de repente un hambre atroz; sacó de su bolso de tela un paquete de pastelillos de chocolate y ofreció uno a su marido. Éste le arrebató el paquete, y se llevó varios a la boca. A punto estaba de ofrecerle un dulce al cochero, cuando Obermann la detuvo:

—Nunca invites a un turco, porque no podrá rechazar la invitación y se verá obligado a devolverte el cumplido.

—Entiendo que los rusos quedan excluidos de esa salvedad.

—El chico es un caso aparte. No obstante, no le gustan los dulces. Engulle ingentes cantidades de carne, como un león, pero jamás toma ni un grano de azúcar. ¿No es cierto, Telémaco? —El joven se echó a reír con ganas—. ¿Ves? Se ríe de sus propias debilidades. Es la forma de ser de los rusos —se inclinó hacia delante, y le dio una palmadita en el hombro—. Cuando mueras, te erigiré un túmulo en la llanura: será la tumba de Telémaco.

—O sea, que piensa usted vivir más que yo, profesor.

—Por supuesto. También soy intemporal. Además, me he casado con una mujer joven —respondió, justo cuando el cochero apuntaba con la vara hacia algún punto de la llanura, emitiendo un sonido parecido a dos notas—. Mira, Sophia, ¿lo ves? ¡Un lobo!

Sophia llegó a atisbar un animal de oscuro pelaje, que corría entre la hierba y los árboles, y se sintió extrañamente feliz.

—¡Qué belleza! —Obermann estaba exultante—. Viene del monte Ida, de donde proceden todas las fieras. Mira, corre como una centella. La llanura te da la bienvenida, Sophia. Está

mostrándote sus maravillas. No tardarás en ver un rayo lanzado por Zeus y todo será perfecto.

—En mi país, ver un lobo es señal de buena suerte —repuso la mujer—. No en manadas, desde luego; pero en solitario es un buen presagio.

—¿Has oído, Telémaco? Los dioses nos son propicios.

Continuaron viaje en silencio durante un rato, mientras el sendero se alejaba de la orilla del Escamandro y se adentraba en lo que parecía un terreno pantanoso, hasta que llegaron a un paraje de pequeñas colinas con robles, arbustos y matorrales.

—Nos acercamos al *mysterium tremendum* —anunció Obermann.

Sophia oyó de nuevo el rumor del río, que discurría entre la frondosa arboleda que se erguía en sus orillas. Cruzaron otro puente de piedra toscamente labrada y llegaron a las afueras de una pequeña aldea de casas con techumbres de paja y adobe. Entonces divisaron la colina, aunque, más que un otero, era un afloramiento de rocas y fango en lo alto de un montículo, como una fortaleza, rodeada de murallas defensivas y baluartes de adobe. Bajo la atenta mirada de unas mujeres y unos niños, recorrieron la angosta calle de la aldea y se acercaron al terraplén.

—Bienvenida a Troya —le dijo su marido—, la que fue y será siempre la ciudad por excelencia.

Allí estaba, cerniéndose por encima de sus cabezas. A medida que se acercaban, vio que había gente trabajando, el bullicio de la vida, como un nido o una madriguera: un lugar dotado de vida propia.

—En la lengua de los dioses, se llama Ilión; el lugar más célebre del mundo.

La carreta se detuvo, y Leonid la ayudó a bajar. Con sus acostumbradas zancadas, Obermann ya estaba dirigiéndose al terraplén. Se había quitado el sombrero, y observaba el panorama; extendió los brazos y gritó algunas palabras en turco.

—Saluda a los trabajadores —tradujo Leonid a Sophia—; está diciéndoles que los ha echado mucho de menos.

Sophia aún no deseaba acercarse al montículo.

—¿Se alza en lo alto de la colina?

—No; no se trata de una colina; no es una elevación natural del

terreno. Es obra de la mano del hombre —a medida que el joven se explayaba sobre Troya, parecía menguar la reserva de que había hecho gala en presencia de Sophia; quizá se daba cuenta de la ilusión que animaba a su acompañante—. Son los estratos de la ciudad. Durante miles de años, fue reconstruida sobre las ruinas de la que la había precedido. Lo que ve son las capas de un pastel, de una tarta hecha por el hombre.

—¿Y las rocas?

—No son tales; son piedras: de los muros o de las calles. La tierra es el adobe de las casas que se vinieron abajo. El profesor cree que se trata de la primera, de la ciudad más antigua del mundo. Se refiere a ella como Troya, pero la gente de por aquí la conoce como Hissarlik, que en su lengua significa «colina fortificada».

—Si fuera un animal, inspiraría lástima a cualquiera —comentó Sophia.

—Pena, sí, y también terror, un temor reverencial. Siempre que la contemplo, siento deseos de inclinar la cabeza.

Prestó más atención a lo que veía. Ante ella, había varios repechos empinados, que parecían muros defensivos, pero que se allanaban en el centro formando una especie de meseta, donde se observaban restos de murallas de piedra. Algunos trabajadores empujaban carretillas por senderos improvisados, y también había mujeres, que acarreaban cestos en la cabeza. Pertrechados de picos y palas, otros hombres trepaban por las faldas del montículo: una actividad intensa en mitad de la planicie adormecida.

Se acercó a su marido, que se hallaba de pie a la sombra de una higuera solitaria, enjugándose el sudor de la frente con un pañuelo de algodón.

—Estoy descubriendo un nuevo mundo. Ven. Estás en tu casa.

La tomó de la mano y la guió a través de la hierba y la tierra removidas hasta Hissarlik. Había una pendiente menos pronunciada por el lado norte, por donde discurría un estrecho sendero entre dos zanjas profundas. Tuvo la sensación de estar rodeada de trincheras, hondonadas y caballones. Obermann reparó en cómo observaba todo.

—Sí; parece el escenario de una batalla —le dijo—. Somos los guerreros que se abalanzan contra las puertas.

—¿Y esos hombres, Heinrich?

—En su mayoría, turcos, aunque también hay algunos griegos y judíos de ascendencia asiática. A todos los reprendo en su propia lengua. Los turcos trabajan mejor que los griegos. Discúlpame por hablarte con tanta franqueza, Sophia, pero así es. Además, trabajan los domingos, lo que un griego jamás haría.

—Es un día sagrado, Heinrich.

—En Troya todos los días son sagrados, porque sagrado, como un relicario, es este lugar —se interrumpió, se inclinó y recogió un trozo de cerámica; lo limpió con el pulgar, lo miró con mucha atención y lo devolvió a la tierra—. Aquí tuvo lugar el primer conflicto entre Europa y Asia, entre Oriente y Occidente. Aquí nació la literatura. ¿Acaso eso no basta para convertirlo en un lugar sagrado?

Siguieron subiendo la cuesta, y la mujer sintió el azote del fuerte viento.

—¿Qué era eso que arrojaste al suelo?

—Romano; una fruslería. Hay fragmentos de cerámica por todas partes.

—¿No consideras bastante antigua la época romana?

—Tendría su interés si estuviéramos buscando la Ilión del período helenístico. Pero no es ése nuestro propósito. Mira eso —dijo, señalando lo que parecía una vara recién clavada—. ¿Acaso ves hasta dónde llega? Es como un embudo: en el canuto que arranca en la base de ese cono invertido se encuentra la Troya más antigua, la ciudad primigenia.

Por alguna razón, ella se imaginó un torbellino, que no un embudo, en cuyo agitado vórtice yacía un antiguo emplazamiento.

—¿A qué profundidad se encuentra, Heinrich? —preguntó, tratando de atisbar el fondo.

—Entre a nueve y a doce metros. Es imposible de determinar. La arqueología no es una ciencia exacta, como enseñan en la universidad. En este lugar, he encontrado estratos de la época de la ocupación romana y, justo debajo, de la Edad de Piedra. Ese descubrimiento me dejó perplejo. ¿Cómo era posible que la Edad de Piedra compartiese espacio con la época romana? Pero según la teoría de mi honorable colega, el profesor Lineau, hubieron de pasar millares de años antes de que se volviera a construir sobre esta parte del primitivo emplazamiento. Los romanos encontraron

una zona rocosa virgen y se pusieron manos a la obra. ¡Todo aclarado! Muy pronto tendrás ocasión de saludarle. Lo conocí en la Sorbona.

Sin embargo, Sophia no deseaba conocer a nadie más, al menos no aquella misma tarde: estaba demasiado alterada por las primeras impresiones recibidas, demasiado distraída por el ruido y la actividad que observaba alrededor, como para mantenerse circunspecta. Sólo soñaba con descansar en silencio.

—La primera vez que me llegué aquí —prosiguió Obermann—, sólo me acompañaba un obrero. ¡Nadie más! Le puse una pala en las manos y le dije que comenzase a excavar. Lo único que encontró fue este idolillo de madera; lo llevo siempre encima; me trae buena suerte —sacó del bolsillo una figurita esculpida con la boca en forma de *o*—. Nunca deja de repetirme que siga adelante, siempre adelante —se la guardó de nuevo, no sin antes acariciarla—. Ahora dispongo de ciento cincuenta hombres y mujeres, a quienes pago nueve piastras diarias. Si me traen algo que merece la pena, les doy una gratificación de veinticinco piastras. ¡Nada escapa a los ojos de un turco, si hay una recompensa por medio! Es un gasto menor, si lo comparamos con el notable número de piezas antiguas que conseguimos.

El viento soplaba con más fuerza; la tarde se había vuelto desapacible. La joven reparó entonces en tres trabajadores que subían por la pendiente de Hissarlik con su equipaje a cuestas.

—¿Qué hacen esos hombres, Heinrich?

—Pues están llevando a casa nuestros bultos. ¿Acaso no te he dicho que éste iba a ser nuestro nuevo hogar?

—¿Cómo? ¿Que vamos a vivir aquí?

—Claro. ¿Dónde, si no, íbamos a vivir, Sophia? Las casas de la llanura están llenas de alimañas. Aquí no hay ni chinches.

Ella se había imaginado que vivirían en la aldea que habían dejado atrás, incluso en el puerto de Kannakale, pero ni se le había pasado por la cabeza que fueran a instalarse en lo alto de aquella colina llena de barro.

—¿A qué viene esa cara de susto, Sophia? Por eso me casé con una mujer joven. Eres fuerte. ¡Tendrás que estar dispuesta para la aventura! Mira: los muros de un palacio. ¿Lo ves? ¡Vas a habitar un palacio!

En unos rústicos capazos, musitando a media voz una canción turca, unas mujeres en fila india se llevaban la tierra que unos hombres, pertrechados de picos, de los cuales se servían para apartar los negros terrones de los que surgían aquellas paredes, extraían del interior de una zanja. Para protegerse del polvo y el viento, llevaban la cara vendada, de tal modo que a ella se le antojaron pesarosos asistentes a un funeral otomano. Y ése iba a ser su hogar…

—Con estos zapatos me resbalo en el barro, Heinrich.

—Sólo un poco más —pidió él, hasta que llegaron a la meseta que coronaba el montículo, donde había más zanjas y caballones, y también una hilera de cabañas de piedra y madera—. Bienvenida a Obermannópolis —le dijo, mientras reía con tantas ganas, que consiguió asustarla—. Aquí estarás como una reina, aunque olvidé comentarte que esto es una república —añadió mientras la guiaba hasta un cobertizo de piedra, rodeado de profundos surcos—: Ésta será nuestra casa.

Entró con cautela en una vasta estancia, con una cama en un extremo, y una cocina rudimentaria y un hogar en la otra punta. El suelo, de tierra batida, se hallaba recubierto de esterillas y alfombras turcas.

—Se construyó con piedras procedentes de Ilión, Sophia. Disponemos de todas las comodidades de la Antigüedad.

Habían dejado el equipaje en el suelo, y Sophia se sentó en uno de los baúles.

—Las paredes tienen más de medio metro de ancho.

No iba a empezar a llorar delante de él. En Atenas, le había prometido que nunca volvería a hacerlo. Pero también allí, él le había asegurado que dispondría de un buen alojamiento, con todas las comodidades, y que, tras una breve estancia en Troya, la llevaría a Paris y a Londres. Reparó en el techo: unos tablones toscamente cubiertos de paja.

—El tejado está recubierto de pieles de animales para repeler el agua —le aclaró Obermann, que siempre parecía adivinar lo que estaba pensando—. Estamos bien resguardados —añadió, sin apartar los ojos de ella, que no estaba dispuesta a dejar traslucir sus sentimientos—. ¿No te esperabas algo así, Sophia?

—No esperaba nada. No sabía qué me aguardaba. Como dijiste

hace un momento, soy joven.

—¿Tienes a mano las joyas que trajiste de Atenas?

—Están a buen recaudo.

—Te enseñaré un lugar para esconderlas. No se puede uno fiar de esta gente.

Alguien le llamó, y él entonces abandonó el cobertizo de piedra. Tan pronto como su marido salió, Sophia se llevó las manos a la cara y se echó a llorar.

4

No pegó ojo. Se pasó la noche escuchando el silbido del viento del norte, que se colaba por las rendijas de las viejas piedras, y el ulular de miríadas de lechuzas. Él ya se lo había advertido: le había explicado que anidaban en los boquetes de las zanjas, pero ella no acababa de creérselo. Otro misterio más. Aquella noche, a la hora de la cena, su marido le había confesado que le molestaba aquel ulular que no cesaba nunca, y que describió como un desagradable alarido. Sin embargo, a ella aquel ruido la tranquilizaba, como si las lechuzas se compadeciesen del destino que le había tocado en suerte. También le había avisado de que al coro se uniría el croar de miles de ranas que poblaban las marismas y ciénagas.

Sin hacer ruido, se las compuso para levantarse de la cama tan sigilosamente como pudo, mientras su marido seguía durmiendo. Los ojos ya se le habían acostumbrado a la oscuridad. Se puso la bata, que había dejado en una sencilla silla de madera, y encontró las zapatillas. Al abrir la puerta de la cabaña, sintió cómo la abrazaba, y la colmaba, el viento. Tuvo la sensación de que no estaba de paso, de que el aire era, y siempre lo sería, el señor de aquellos parajes. Con precaución, recorrió el sendero bordeado de zanjas que desembocaba en los muros del antiguo palacio que, a la luz de la luna, parecían recién construidos. Alzó los ojos, y reparó en que nunca había visto las estrellas con tanta claridad. Buscó y no tardó en identificar la Osa Mayor: estaba tan cerca que le parecía que bastaba alzar la mano para tocarla. Siguió la bóveda que formaba en el firmamento hasta dar con Arturo, una de las más brillantes estrellas de la constelación del Pastor. Musitó las palabras aprendidas de niña, cuando ella y su nodriza se sentaban en el huerto, antes de que el aya la tomase en sus brazos y la llevase a la cama: *aspetos aither*, brillante firmamento. En aquel momento, al contemplar Hissarlik, le parecía estar viendo la silueta de la antigua

Troya alrededor. Por primera vez, desde su llegada, comprendió la disposición de la ciudad. Antes de la cena, Heinrich le había explicado que el palacio se alzaba en la calle principal, la que llegaba hasta las grandes puertas Esceas; en un trozo de papel, le había esbozado el contorno de las murallas que rodeaban la antigua ciudad, así como la situación de las casas y huertos que se extendían extramuros. En las tinieblas de la noche, Troya era visible.

¡Madre de Dios! Un poco más adelante, había alguien sentado en una roca con la cabeza gacha. Sophia pensó que tal vez había dicho algo en voz alta, porque el hombre se puso en pie y se quitó el sombrero.

—¿Frau Obermann? Le ruego que me disculpe: estaba en las nubes —le dijo en inglés—. Me apellido Lineau.

Al instante, la joven se percató de su falta de decoro: sólo llevaba puestos el camisón y la bata. Pero cuando reparó en los blanquecinos globos de los ojos de aquel hombre, comprendió que era ciego.

—Siento no haber asistido a la cena, frau Obermann. Tuve que ir a ver a uno de esos desalmados que se dedican a las antigüedades.

—Mi esposo me ha hablado de usted.

—Soy el profesor francés, el de las teorías descabelladas. Por eso me vengo aquí de noche, a fumar una pipa.

Lineau opinaba que Troya había sido erigida en un lugar sagrado, sobre el sepulcro de un dios o la tumba de algún gran rey, y que sus primeros pobladores habían sido sacerdotes o guardianes del sacro enclave. Asimismo, mantenía que, de algún modo, el emplazamiento de la ciudad en la llanura se hallaba en alineación con el movimiento de los astros. No era otra la razón de que Homero la hubiera ensalzado en la *Ilíada*, y de que se hubieran desencadenado tantas luchas por hacerse con el control de la ciudad.

—Estoy acostumbrado a las lechuzas desde pequeño —añadió—. A Atenea, la diosa de Troya, también se la designa como *glaucopis*, la de los ojos de lechuza. ¿Cómo no iba a haber lechuzas aquí, si están en su elemento?

—En mi país, se relaciona a esas rapaces con la muerte.

—Exacto. Éste es un lugar de muerte, ¿no le parece? ¿Qué otra

cosa hacemos sino llamar a los muertos? Es el ave de la noche. Se posó en la lanza de Pirro cuando éste se disponía a atacar la ciudad de Argos. En Jonia descubrí un sarcófago donde aparecían dos lechuzas, las aves canoras que emiten el lamento de la muerte, flanqueando a una sirena. ¿No le ha mencionado herr Obermann las ánforas pintadas con caras de lechuza que descubrimos en este lugar? Sólo se encuentran aquí, en Troya, el recinto de la muerte, de la noche.

El viento la envolvía de nuevo, y alargó el cuello para oír mejor lo que decía Lineau. Es ciego, pensó, y sin embargo, nada escapa a su mirada.

La ceguera de Lineau no había mitigado la pasión que sentía por la arqueología. No participaba en las excavaciones, pero todos admitían que era el más preparado a la hora de reconocer e identificar los hallazgos. La textura del fragmento de un ánfora le bastaba para determinar la época a que pertenecía; por la curvatura de un asa, por el borde desportillado de una escudilla, era capaz de reconstruir la forma del recipiente en cuestión. Sabía siempre de dónde procedía cada una de las piezas que le llevaban a fin de que las examinase, y descubría las delicadas líneas de cualquier figura o silueta representada en una superficie.

—Su marido me leía a Homero todas las noches —comentó—. Le he echado de menos.

—Creo que lo retuve mucho tiempo en Atenas. Le ruego que me disculpe.

—No hay nada que perdonar. Es usted joven y, a juzgar por su voz, creo que hermosa —aventuró, mientras ella se echaba a reír. De repente oyeron pasos en el terraplén—. Es el vigilante turco —le explicó—. Los aldeanos merodean por aquí en busca de oro.

—¿Y lo encuentran?

—No lo sabemos con certeza. Por suerte, es algo que desconocemos, que hemos pasado por alto. Quizá. Creo que el viento sopla con demasiada fuerza para usted —añadió, pero ni ella misma se había dado cuenta de que estaba temblando—. Permítame que la acompañe a su cabaña —y echó a andar por el sendero que llevaba al terraplén—. Debe guardarse de los ciempiés, frau Obermann. Pienso de ellos lo que su nombre indica: animalitos pequeños, en latín. Creo que en Grecia los llaman *sarantopodia*.

—Eso es. «Bichos de cuarenta pies».

—Y cuarenta bocas. Su mordedura es letal. Tendrá que dar una ojeada al techo todas las noches —la mujer se estremeció—. Permítame que le enseñe algo para que no pase tanto miedo. Venga por aquí —y empezaron a bajar un trecho por la cuesta que estaba más allá de los muros del palacio, hasta llegar a una pequeña construcción circular de piedra—. ¿Lo ve, frau Obermann? Creo que aquí estaba depositado el sepulcro de su dios. Guardaban su imagen en una caja de madera.

—¿Era Zeus?

—Zeus, el amo de las oscuras nubes, el que agita la tierra. Tenía un millar de nombres. Guarde silencio, se lo ruego: el dios está aquí todavía —permanecieron de pie y callados durante un rato; sólo se oía el ulular de las lechuzas alrededor, hasta que el profesor la tomó levemente del brazo—. La acompañaré a su casa.

Cuando despertó, a la mañana siguiente, ni rastro de Obermann. Preparó café en un hornillo Franklin, disimulado en el rincón de la estancia que hacía las veces de cocina y, mientras lo bebía a sorbos, para su sorpresa, se dio cuenta del profundo cambio interior que había experimentado. Ni rastro del cansancio que había sentido al subir, sin resuello la cuesta de Hissarlik. Ya no estaba triste. El dios seguía allí todavía.

Salió de la cabaña, y vio a su esposo, de pie, en uno de los terraplenes, como un conquistador, dando órdenes a los trabajadores, señalando con el bastón de ébano el sitio preciso.

—¡Vayan allí con las palas! ¿Ven aquel recodo que hace el muro? ¡Excaven, excaven! —Vio a su mujer, y se volvió para saludarla—. Sophia, mientras dormías, me he llegado hasta el mar y me he dado un baño. Y aquí me tienes, tan fresco como una rosa. He mantenido una conversación con Poseidón, que me ha dicho: «Obermann, amigo mío, tu esposa debería hallarse aquí contigo».

—Lo siento, Heinrich. Estaba cansadísima después del viaje.

—Aquí no puedes sentir cansancio, mi querida Sophia. Estamos contemplando los primeros días del mundo. ¡Demetriou! —gritó a uno de los hombres—. ¿Qué es ese hoyo? ¿Un foso?

Sophia se sentía extrañamente satisfecha. Miró hacia el norte y, por encima de la planicie troyana, contempló el Helesponto y el estrecho de los Dardanelos; se dio media vuelta y divisó las cumbres

nevadas de la cordillera del Ida. Por el otro lado, se veía el litoral, el mar y la lejana isla de Ténedos. Pensó que en la naturaleza sólo había líneas curvas, como las laderas de la colina en que se encontraba, y que todo discurría en armonía. Observó a las mujeres y los hombres que, inclinados, removían la tierra: excavaban en diferentes sitios a la vez, y se percató de que mantenían un ritmo de trabajo sostenido, constante.

—¿Lo ves, Sophia? Es como un hijo que regresa de la muerte. ¡Un hijo mío, que ha vuelto a la vida, al cabo de treinta y un siglos! Aquí llega el castigo que me he ganado a pulso: nuestro capataz turco, un monstruo. Buenos días, Kadri Bey —saludó Obermann, haciendo un aspaviento con los dedos, llevándolos del vientre al pecho y a la frente, al tiempo que se inclinaba en una reverencia, aspaviento repetido por el encargado, ataviado con un caftán de tela blanca, ceñido con un cinturón de piel repujado, al más puro estilo de Constantinopla—. Como verá, frau Obermann se ha unido a nuestra pequeña expedición.

Kadri Bey hizo una reverencia y se llevó una mano al pecho.

—Bienvenida, bienvenida. Es un honor tenerla con nosotros —dijo, al tiempo que ella sólo se fijaba en el brillo de sus ojos—. Como verá, frau Obermann, está en una tierra repleta de tesoros.

—Los tesoros son lo de menos, Kadri Bey. Lo que nos interesa es la historia.

—Por supuesto, herr Obermann. Pero a las damas les encantan los tesoros.

—A mí, no —aclaró Sophia, que había reparado en la daga curva que llevaba aquel hombre al cinto.

—¿Puedo enseñarle una cosa a su esposa?

—Claro que sí.

Kadri Bey guió a Sophia por la meseta, entre carros y carretas.

—Carretillas inglesas, de ruedas de hierro. Excelentes —le explicó, al tiempo que se hacía con una azada—. En turco, se dice *eschapa*. Pero no es eso lo que quiero mostrarle —y siguieron avanzando hasta llegar a un murete bajo, junto al que había dos hombres arrodillados, retirando la tierra con ayuda de unas navajas— ¿Ve usted todos esos fragmentos? —La joven asintió ante los trocitos de arcilla cocida y hueso—. Cerámica antigua. Pero hay algo más —señaló y habló al oído a uno de los hombres, que sacó

un trapo blanco del bolsillo de su chaleco de lona, donde llevaba envuelto algo que a Sophia le pareció un hilo de oro cubierto de tierra negra—. Unos pendientes —le aclaró Kadri Bey—; alguna dama habría que los luciese —concluyó, dirigiéndole al tiempo una mirada relampagueante.

Sophia sonrió y se dio media vuelta, para ir a donde estaba su marido.

—¿Qué te ha parecido nuestro turco? —le preguntó Obermann.

—Acabo de conocerlo.

—La gente afirma que los turcos odian a los cristianos, pero éste es el peor de todos. Su engreimiento no conoce límites. No sabe nada, pero me veo obligado a pagarle quince libras inglesas, esterlinas por supuesto, al mes, ¡por gozar del privilegio de tenerlo a mi lado! Es ni más ni menos que el representante del gobierno turco: vigila todos mis movimientos.

—¿Un espía?

—No se fían de mí. Ha ordenado a los trabajadores que le enseñen cuanto encuentren, y él lo anota antes de que me lo traigan. Estos turcos deben de creer que puedo lograr que las cosas se esfumen —añadió riéndose—. Y eso será lo que pase. Troya no pertenece a Turquía. Troya es patrimonio del mundo. ¿Qué estaba enseñándote? —Sophia ni siquiera se había dado cuenta de que su marido había estado observándola.

—Un aderezo, creo. Un hilo de oro.

—Le encantan esos objetos minúsculos. Es un tendero. Voy a compartir un secreto con mi esposa: yo he encontrado algo mucho más grande, pero a él no se le alcanza —Kadri Bey se acercaba a ellos—. Estaba diciéndole a mi esposa, Kadri Bey, que tiene usted vista de águila.

—A lo mejor es que la necesito, herr Obermann.

—También yo gozo de esa visión. Antes de hacer la cala con la vara, estaba seguro de que encontraríamos vestigios de la Troya primigenia. Ayer tuviste ocasión de comprobarlo, Sophia. Sabía que estaba aquí. Pero usted no acababa de creérselo, Kadri Bey, y alzaba las manos al cielo. Mas yo fingí no darme cuenta.

—Es usted un infiel, herr Obermann.

—Muy al contrario. *Semper fidelis*; fiel a Troya —y dirigiéndose a Sophia, añadió—: Los dos primeros días empleamos picos y palas;

durante los dos días siguientes, tuvimos que utilizar capazos, que yo mismo llenaba de cascotes y retiraba. Fíjate si estaría seguro. Cuando llevábamos excavados unos tres metros y medio, preparamos una escuadra de madera y tuvimos que sacar los cestos con ayuda de tornos.

—Hacía mucho calor —afirmó Kadri Bey—, demasiado para quienes estaban trabajando.

—Lo sé. Yo estaba dentro del hoyo, respirando aquel aire viciado por las lámparas de petróleo. Pero insistí en que debíamos seguir adelante. A esa profundidad, el suelo estaba tan duro como una piedra, mas seguimos excavando. ¿Y qué encontramos, Kadri Bey?

—Unas cuantas piedras.

—Algo más que eso. Una obra de titanes. ¡Las piedras de un gran monumento, Sophia! Aunque poco fue lo que atisbamos, no me cabe duda de que era de colosales dimensiones y ejecutado con un arte consumado. Aquella noche, trasegamos treinta y dos botellas y media de vino griego, y asamos dos corderos. Un verdadero festín, ¿a que sí, Telémaco?

En silencio, Leonid se había ido acercando a donde estaban.

—Con su permiso, profesor, voy al pueblo en busca de provisiones —dijo—, y me preguntaba si a su esposa le apetecería saludar a nuestros vecinos.

—Seguro que estará encantada, ¿verdad que sí, Sophia?

—Encantada de acompañarle, Leonid —Sophia tuvo la sensación de que el hombre comenzaba a disfrutar de su compañía, de que se había ablandado—. Si tiene la bondad de esperarme, voy por el sombrero y una sombrilla.

—¿Sombrero? No lo necesitas, Sophia. No estamos en el siglo XIX. Estamos en Troya.

—Aun así, iré a buscar mi sombrero, Heinrich.

—¡Bah! —Ella se quedó mirándolo, sorprendida de su propio aplomo—. Está bien; como prefieras: ve por el sombrero.

Cuando se montó en la carreta, tirada por un caballo, con el sombrero bien atado, sintió que el corazón se le ensanchaba.

—Sigamos otra ruta, un camino distinto del de ayer —propuso a Leonid—; me gustaría ver otras partes de la llanura.

El ruso dio las indicaciones pertinentes al cochero, un hombre

más joven que el del día anterior, y se adentraron por las feraces tierras que se extendían más allá de las marismas, donde unos pastores vigilaban rebaños de ovejas y ganado de largos cuernos. Ante ellos, se abría un sendero, que era el que seguían los vecinos del pueblo.

—Mi marido no ve con buenos ojos a Kadri Bey —le dijo.

—¿Kadri? No es un mal hombre. Vela por los intereses de su país. Eso es todo.

—¿Acaso son tan diferentes de los que persigue mi esposo?

—Los afanes de su marido son…, son un misterio —repuso Leonid, y se echó a reír—. Le ruego que me disculpe, frau Obermann, tal vez no debería hablar así en su presencia.

—Todo lo contrario. Continúe, por favor. No diré nada a nadie.

Él se fijó en lo erguida que iba sentada en el banco.

—Los intereses de su marido son muy diversos. Cuando llegué aquí por primera vez, me pidió que me fijase en esos versos de la *Ilíada* en que Homero describe la cámara del tesoro de Príamo. No sé si conoce usted el pasaje —ella negó con la cabeza—. «Tálamo perfumado, de madera de cedro y altos techos, que atesoraba muchos objetos preciosos». Su esposo cree a pies juntillas que tal cámara se halla bajo nuestros pies; por eso, ordena que se excave por todas partes. En cuanto a las joyas…

—¿Sí?

—Supongo que le gustaría admirarlas.

—Pero no se las entregaría a Kadri Bey.

—Creo que no —dijo, mirándola de nuevo—. No quiero que me malinterprete, frau Obermann. El profesor está poseído por la auténtica pasión de descubrir: busca Troya como un amante. Y continuará haciéndolo hasta que saque a la luz la antigua ciudad y se la muestre al mundo. Forma ya parte de su vida. Da por bueno cuanto Homero escribió.

—Como bien dice usted, es un hombre misterioso.

Estuvo a punto de contarle lo que su marido le había comentado sobre el objeto que había escondido, pero prefirió no decirle nada. Permanecieron en silencio mientras se aproximaban a la aldea de Chiplak, que no era más que un sendero flanqueado de casas con techumbre de paja.

—Viven como sus antepasados —explicó Leonid—. Las mismas

casas, ¿ve usted? La planta baja la utilizan como granero.

Sophia observó que aquellas construcciones estaban hechas de piedras sin desbastar, y carecían de puertas o ventanas. Encima, se alzaba la vivienda, de muros de adobe. En la parte trasera, cada casa parecía disponer de un patio o un huerto, con una cerca también de adobe.

—Las construyen alejadas de la tierra pantanosa que los rodea —señaló Leonid—. Por fortuna, no llueve demasiado en esta región de la Tróade.

—Parecen castillos en pequeño.

—Es por el viento; para protegerse.

—¿Y qué pasa cuando le da por llover?

—El efecto es devastador. La lluvia llega del mar: se lleva las techumbres y, a continuación, arrambla con las paredes. Lo único que se mantiene en pie son los cimientos de piedra. En tales ocasiones, se parecen mucho a las ruinas de Hissarlik —habían llegado a uno de los extremos de la aldea, donde vieron dos mulos atados a un poste—. Voy a ver a la mujer que nos vende el pan y la fruta.

Cuando Leonid salió al patio en compañía del carretero, ambos cargados con bolsas de provisiones, no vio a Sophia por ninguna parte. La llamaron repetidas veces, hasta que, por fin, apareció por una callejuela que desembocaba en el sendero central.

—He visto un túmulo, que parecía una tumba —les dijo—, cubierto de hierbas y flores. Al lado, brota un manantial y hay una higuera silvestre. Un lugar mágico.

—¿En el campo? Se trata de un sepulcro. Un campesino encontró en ese lugar uno de esos que ustedes llaman amonites, un antiguo fósil marino, enrollado en forma de espiral, como los cuernos de un carnero; los aldeanos creen que se trata de la reliquia de un animal legendario y la consideran sagrada. Ahora, rodeada de cascabeles, cuelga en la casa del aldeano que la halló. Un venturoso azar hizo que al lado descubriesen el manantial, y ahora lo tienen por un lugar digno de veneración.

—O sea, ¿que el mar cubría la llanura?

—Sin duda alguna. Le diré que, sólo en Hissarlik, hemos encontrado millones de conchas marinas, y no exagero. Recuerdo que le comenté al profesor que quizás habíamos descubierto la

Atlántida.

Aquella noche cenaron todos juntos: Lineau, Kadri Bey, Leonid y los Obermann. La conversación versó sobre los árboles que mencionaba Homero.

—Los llamaba *phegos* —estaba explicándole Lineau al capataz turco—. Pero ¿cómo saber a qué árbol se refería?

—Por aquí lo que hay son robles, monsieur Lineau.

—Sí; pero también abundan las hayas.

—Así es.

—Era un árbol alto, que Zeus consideraba como sagrado —dijo Obermann, que apenas prestaba atención a la conversación—. Fue en uno de eso *phegos* donde Atenea y Apolo se apostaron como buitres para contemplar la batalla —añadió, mientras daba buena cuenta de un trozo de lengua en salazón—. ¿No les hierve la sangre? Por eso ordené que no se talase ningún árbol.

—Homero se refiere a un árbol en concreto, profesor —aseguró Leonid, que había estado estudiando la *Ilíada*, en traducción rusa, desde que había llegado a Hissarlik—. Un árbol que crecía junto a las grandes puertas de la ciudad.

—Ja, ja. Eso ya lo sé. El mismo árbol en que Apolo se revistió de bruma y niebla en secreto para enardecer a Anténor. El mismo árbol cuya sombra buscó Sarpedón cuando cayó herido.

—Las hayas de por aquí son blancas —Lineau seguía conversando con Kadri Bey—. En mi país, son rojizas. Es el árbol más pequeño de todos.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Obermann, fijando su atención en aquel lado de la mesa—. Todo el mundo sabe que el árbol al que se refiere Homero es el roble. Plinio lo afirma sin lugar a dudas: *quercus*, ya conocidos en su tiempo como árboles longevos, casi perennes. ¿No le basta con eso?

—También podría tratarse de un castaño, profesor —aseguró Leonid, que disfrutaba en compañía de Obermann cuando éste parecía entusiasmado o enojado.

—¿Un castaño? ¿Qué tiene que ver el castaño?

—Sólo digo que hay quien ha comentado que podría tratarse de un castaño.

—¿Así, por las buenas? Que cada cual piense lo que quiera. Pero

eso no demuestra nada.

Sophia había abandonado la mesa en silencio. La cena se desarrollaba en la cabaña de madera, que más parecía un cobertizo, donde almacenaban las antigüedades que encontraban en Hissarlik. Allí mismo, por la noche, guardaban los picos, las palas de madera y otras herramientas. De entre las vasijas pendientes de examinar y etiquetar, cogió un pequeño cuenco, en cuyo borde se observaba una curiosa cenefa de marcas o siluetas, descoloridas y ennegrecidas por haber estado enterrado. Entre las herramientas, halló una navaja; se sentó en un taburete, y se dispuso a limpiar los detritos adheridos al recipiente. Las formas del borde se tornaron visibles: no sabría decir si era una cruz, una rueda, o ambas cosas a un tiempo. Sophia pensó que estaba dando a la vasija la oportunidad de hablar. Aprisionada en la tierra durante miles de años, ahora había emergido a la luz de nuevo. ¿Quién habría sido la mujer troyana que la hubiera visto por última vez, que la hubiera utilizado para la leche o la miel? Porque seguro que la habría tenido entre sus manos, igual que Sophia la sujetaba ahora entre las suyas. Aquel objeto era un lazo entre la mujer muerta y la viva.

—Gozas de un don natural, Sophia, no me cabe duda —aseguró Obermann, que había estado observándola, mientras ella se hallaba enfrascada en lo suyo—. Has utilizado la navaja con delicadeza. Caballeros, mi esposa es toda una arqueóloga. No necesita estudiar. Igual que me pasó a mí. Me convertí en arqueólogo en el mismo instante en que me puse en camino dispuesto a encontrar el palacio de Odiseo. Pisé tierra en Itaca, y lo encontré. Subí al monte Aetos, y me puse a excavar. En eso consiste la arqueología: ¡es cuestión de olfato!

5

Las mañanas de finales de primavera eran todavía frescas. Sophia se embozaba en un chal mientras excavaba en el suelo recién removido de la ladera sur de Hissarlik. Estaba al frente de un grupo de hombres que cantaban a coro, al tiempo que retiraban la tierra y los escombros. Llevaban dos días trabajando en aquella parte de Hissarlik, y Obermann ya había distinguido algo que parecía un templo o una mansión. Aunque en verdad no había observado nada de particular, le había dicho a Sophia: «Mis conjeturas van por buen camino».

Ya se había demostrado a sí misma que era una alumna aplicada, que aprendía con rapidez. Heinrich le había enseñado a remover la tierra con tiento, a identificar los vestigios más significativos en cualquier zanja, en cualquier hoyo, a reconocer y extraer los hallazgos más importantes sin deteriorarlos.

—No se trata de una ciencia —le había explicado—; tiene más de arte.

Lineau la instruyó acerca de las diferentes épocas de los objetos que podían descubrirse en Troya, y a distinguirlos según su forma y aspecto externos: le explicó que había ánforas de dos asas, por ejemplo, que sólo allí podían encontrarse, y que se remontaban al siglo III antes de nuestra era; o que había vasijas de bronce, del siglo VI, o cerámica negra, de dos siglos más de antigüedad; o espiras y ruedas de molino de épocas tan remotas como el siglo X antes de nuestra época, y esferas de terracota y vasijas aún más antiguas. Sophia estudiaba y memorizaba cada pormenor. Pero también aprendió otras cosas.

—Si encuentras algún objeto de valor —le advirtió Obermann—, debes hacerlo desaparecer.

—¿Algo de valor, Heinrich?

—Metales preciosos, joyas. Aquí hay mucho oro enterrado, pero

tenemos que ocultarlo a Kadri Bey. No quiero que las maravillas de Troya vayan a parar a manos de los turcos. ¿Quieres que te confiese cuál ha de ser su destino? Atenas, la polis donde tú naciste —y añadió en voz baja, a pesar de que no había nadie cerca—: Cerré un trato con tu padre. Ha comprado una casa que se halla cerca de la vuestra y voy a utilizarla como almacén. Una vez por semana, un trabajador griego toma el barco de vapor cargado con unas alforjas que contienen cuanto hemos encontrado de valor, hace la travesía hasta Atenas, y se las entrega a tu padre. Nada de riesgos. Así de sencillo.

Sophia quedó desconcertada. Por lo visto, mientras la cortejaba, Heinrich se había puesto de acuerdo con su padre también en lo tocante a otros asuntos.

A la mañana siguiente, antes del alba, Obermann la despertó y la sacó de la cama. En el rincón de la estancia que utilizaban como cocina, levantó con cuidado tres losas del suelo; debajo, escondida, había una estrecha caja de madera, repleta de copas, medallones y otros objetos de metal reluciente.

—Aquí tenemos un broche de oro y marfil —le explicó—, que quizá luciese la propia Helena; una tapa de ánfora de oro blanco y una cuchara de plata con un enorme círculo en el centro. ¡Se trata de objetos de incalculable valor, Sophia! ¿No te parece sentir la presencia de Andrómaca y Hécabe? ¡Éstas eran las joyas que lucían en Troya, la bien amurallada! —afirmó, mientras volvía a poner las losas en su sitio—. No puedo anunciar todavía lo que he descubierto, no hasta que me haya ido de Turquía para siempre. Pero guardo las notas de dónde y cuándo las encontré. Me he convertido en un *Schematiker*, un entendido, como otro cualquiera. ¡Me he vuelto alemán! He seguido un método. ¿Sabías que el vocablo «método» procede del griego? *Meta hodos*, el camino que hay que seguir. Tal es la senda por la que discurre mi vida en estos momentos.

Se había cubierto las piernas con una tela de arpillera para arrodillarse en aquel suelo tan duro. En un primer momento, pensó que había dado con la parte superior de un muro, pero a medida que retiraba la tierra adherida a la basta superficie cayó en la cuenta de que la piedra se curvaba hacia abajo. Sudando a mares,

volvió el rostro un instante hacia el aire fresco que le llegaba del Helesponto. Estaba entumecida, sin resuello: le dolían los dedos de tanto arañar la tierra. Sin embargo, se sentía feliz de estar en Troya y participar en aquellas tareas, de unirse al coro de los operarios.

Avanzada la mañana, uno de los hombres se acercó a ella con una pequeña escudilla, adornada con unas líneas en zigzag, perfectamente conservada por haber estado bajo tierra. Su marido ya le había advertido que, en ocasiones, los propios trabajadores hacían incisiones con las navajas para incrementar el valor de lo que encontraban. En una ocasión, había sorprendido a un obrero turco decorando un plato con un disco solar del que salían unos rayos; a Obermann le gustó tanto el añadido que lo guardó y catalogó. Sophia se había sentido indignada al enterarse de aquel engaño por partida doble, pero Obermann se había echado a reír.

—No se te alcanza la moraleja del incidente, Sophia. Por pura casualidad, el hombre había dibujado un símbolo al que recurrían algunos alfareros troyanos. Algo milagroso. Tengo para mí que, a través de sus manos, se expresaba el genio tutelar de Troya. Aunque sólo tú y yo estemos al tanto del secreto, habrá que conservarlo para la posteridad. Como supondrás, le impuse una penalización, para dar ejemplo.

Poco a poco, Sophia llegó a acostumbrarse a la forma de entender la arqueología de Obermann.

La escudilla parecía auténtica, así que le entregó diez piastras al turco por habérsela dado. Siguió trabajando lentamente, hasta que reparó en que la piedra se inclinaba por la parte inferior, pero continuaba en horizontal y formaba así un retallo. Llamó a algunos hombres y les pidió que excavasen en aquel lugar con picos y palas. No había pasado ni una hora, y ya habían descubierto tres niveles de mampostería.

—¡Heinrich, una escalera! ¡Aquí, Heinrich! —le gritó a su marido desde lo alto de la zanja. Como él se encontraba en un hoyo poco profundo, a escasos metros, acudió a su lado de inmediato—. ¿Ves? —le dijo—. Son unos escalones.

—Estás en lo cierto —dijo Obermann, y saltó al fondo de la zanja, para a continuación observar la piedra más de cerca—. Es una maravilla, Sophia. Siempre que veo una escalera que sale de la tierra, experimento una sensación muy curiosa: dejo la tierra en pos

del aire, me siento transportado. ¡Son peldaños troyanos! —Se puso encima, y golpeó con los tacones la piedra picada de hoyas—. Hay que seguir excavando, más hondo.

Ordenó que ochenta hombres se pusiesen a cavar la tierra que rodeaba la escalera; al atardecer, ya habían despejado en parte un enorme edificio que, para mayor satisfacción de Obermann, había sido pasto de un pavoroso incendio. En el interior, había montones de ceniza de madera negra, roja y amarilla, y restos carbonizados de innumerables objetos. Sophia había descubierto una parte de la ciudad que no conocían.

—Deberíamos llamarlo el barrio de Sophia —le espetó su marido, mientras ella se horrorizaba ante semejante ocurrencia—. Ya sé lo que ocurrió aquí —le comentó después, aquella misma noche, mientras cenaban carne enlatada en Chicago, lengua de vaca en salazón y quesos turcos—. Tras el ataque de los griegos, unas cuantas familias buscaron refugio en mansiones alejadas del palacio. A Príamo, por ejemplo, lo mataron en el altar de Atenea, que no tardaremos en descubrir. Odiseo tomó como esclava a la mujer de aquél, Hécabe. A su hija, Políxena, se la llevaron para sacrificarla sobre la tumba de Aquiles. A su nieto, Astianacte, lo arrojaron al vacío desde una de las altas torres de la ciudad. ¿Lo entiendes ahora, Sophia? Casandra fue ultrajada por Ayax Ileo, o el pequeño, en el templo de Zeus Heracleion, localizado por monsieur Lineau, por lo que será recordado por los siglos de los siglos —Lineau alzó las manos en señal de agradecimiento—. Desde aquel momento, la estatua del dios se quedó mirando al cielo, y todo fue confusión. El resto de la familia, Deífobo y sus hermanos, huyeron a la casa que ha descubierto mi esposa, donde se vieron rodeados por las llamas. Estoy seguro de que en cuanto excavemos un poco más hallaremos restos humanos.

Kadri Bey no había dejado de mirar fijamente al arqueólogo.

—Si encontramos un cadáver, herr Obermann, habrá que enterrarlo. La ley turca prescribe…

—Troya no sabe de leyes, Kadri Bey.

—Si se trata de los restos de un guerrero muerto, habrá que rendirle los honores correspondientes.

—Muerto será más honrado de lo que lo fuera en vida, ¡porque será paseado en triunfo por todo el mundo!

—Aquí habrá que erigir su tumba, en su tierra.

—Todavía no hemos encontrado nada —terció Leonid, muy tranquilo—, así que esta discusión carece de sentido. ¿Puedo comentarles un asunto que nada tiene que ver con esto? Un trabajador me ha contado que dos de las mujeres de la aldea lucen unas curiosas joyas de oro batido. Han estado jactándose de que las poseían en presencia de las otras, y anoche tuvieron el descaro de ponérselas. ¿Alguno de ustedes sabe de dónde han salido? ¿Las requiso?

—Sus maridos las habrán encontrado aquí y se las habrán quedado —conjeturó Obermann, riendo a carcajadas—. ¡Qué barbaridad! Debes recuperarlas, Telémaco, y reprender a esas mujeres por su impostura.

—¿Y a los maridos?

—Habrá que estar más atentos. Imponles una penalización, pero no los eches. Necesitamos a todos los hombres.

—No, herr Obermann —intervino Kadri Bey, que estaba cortando un trozo de melocotón norteamericano en conserva—. Si se ha producido un hurto, hay que avisar a las autoridades de Kannakale. De lo contrario, no habrá forma de frenar el expolio.

—Como usted diga.

—Es lo que hay que hacer.

—En ese asunto, me pliego a sus deseos, Kadri Bey. Lleva toda la razón. No hay que recompensar a un ladrón.

En vez de mirar a su marido, Sophia se volvió hacia Lineau para preguntarle si había examinado el ánfora que Heinrich había encontrado el día anterior junto al muro del palacio. Acaba de caer en la cuenta de que ostentaba las mismas y extrañas marcas, una cruz o una rueda, que había observado en la escudilla aquella misma mañana.

—No tiene nada de extraño, frau Obermann. Son caracteres sánscritos, la *sauvastika* o *svastika*, muy frecuentes en manuscritos e inscripciones budistas.

—¿Cómo vinieron a parar a Troya?

—Eso habrá de preguntárselo a su marido, porque a mí no se me alcanza. Es un signo que se halla en casi todos los lugares de la Antigüedad. En mi opinión, supone una representación del sol en movimiento. La gran rueda, frau Obermann, el círculo ardiente —

explicó, mientras sus ojos carentes de vida miraban al techo, dejando al descubierto las blanquecinas retinas.

—Es una imagen que no se me va de la cabeza —intervino Obermann, que, tras haber hablado con Leonid y Kadri Bey, se había vuelto hacia Sophia—. ¿Acaso no te lo he contado?

—¿Algo de una rueda, Heinrich?

—No, no. ¡Qué cosas tienes! Me refiero al grabado de un libro de cuando iba a la escuela: Eneas, que lleva sobre los hombros a su padre, Anquises, entre las ruinas de una Troya en llamas. En el rostro del padre se reflejaba el terror más pavoroso; pero Eneas parecía tranquilo, animado por la firme serenidad de quien persigue un propósito más elevado. Aun cuando la ciudad ardía alrededor, noble era su apostura. Desde entonces, no dejo de imaginar esas torres desplomándose entre nubes de humo y crepitar de llamas. ¡Y resulta que mi esposa ha descubierto un edificio consumido por el fuego! Ha encontrado una de las enormes mansiones de piedra que aparecían en aquel grabado que, de niño, contemplaba con temor reverencial. ¿Acaso no se trata del destino? ¿Saben por qué todas las cosas guardan relación entre sí? Porque se dan en la vida tan extraordinarias coincidencias, que no serían de recibo ni en la ficción más inaudita.

Aquella noche preguntó a su marido acerca de los signos del ánfora y la escudilla.

—Lineau asegura que es una especie de símbolo.

—A lo mejor son sólo dibujos, Sophia. No todo ha de tener un significado.

—¿Carecen, pues, de sentido?

—Elementos ornamentales. Simples dibujos, una estructura que está presente en la naturaleza. No creo que tengan mayor trascendencia.

Se sentó en el borde de la cama, sintiéndose de repente muy cansada. Si no había un propósito más elevado, ¿qué quedaba? ¿Qué decir del modo de vida que llevaban?

—Acuéstate, Sophia. Mañana, habrá que bregar de lo lindo. A quien madruga Dios le ayuda, dice el refrán.

6

A la mañana siguiente, los hombres siguieron excavando en el entorno de la casa y la escalera. Como el calor aumentaba, algunos dieron una cabezada en las zanjas, o se engurruñaron dentro de enormes ánforas de piedra, *pithoi*, que les quedaban más cerca de donde estaban trabajando. Aunque Obermann había decidido que en aquella zona habían de encontrar toda clase de antigüedades, lo cierto es que el lugar se había transformado en un dormitorio.

Las ánforas eran de arcilla, de un rojizo oscuro, protegidas por una capa de un rojo más vistoso, agrietadas y desportilladas por la presión de la tierra y los cascotes que se habían ido amontonando encima, pero como medían más de metro y medio de largo, proporcionaban protección y frescor suficientes para los trabajadores que se tumbaban a dormir en su interior. Obermann los llamaba los genios de la lámpara, porque, a una voz, abandonaban tan extraños lechos. Aquella mañana, siguiendo sus instrucciones, se pusieron a trabajar en la cámara incendiada descubierta por Sophia. Avanzaban a ritmo lento, retirando basura amontonada durante siglos, ya fueran fragmentos de cerámica o pequeños objetos de bronce, que Leonid y monsieur Lineau debían anotar y apartar con esmero. Obermann siempre insistía en que, a las nueve y media, hicieran un alto para almorzar: pan, aceitunas y café. Estaba convencido, y no le faltaba razón, que los obreros reanudarían el trabajo con renovados bríos después de haber tomado un tentempié y descansado un poco. De modo que gritó «*Paidos!*», y su voz llegó a oídos de todos los trabajadores.

Se sentó junto a Sophia en una piedra colosal, demasiado pesada como para retirarla del lugar en que había sido descubierta; en uno de los lados había una silueta esculpida, tan desgastada que no era posible identificarla.

—Se me ha ocurrido una cosa, Sophia —le estaba diciendo—. Te llevaré al lugar en que Paris dirimió la disputa entre las tres diosas. Hay un sendero que conduce hasta un claro en la ladera occidental del monte Ida, un lugar donde, entre rocas y altas hierbas, hay tres sauces, que los habitantes del lugar consideran sagrados. Se refieren a ellos como las damas de la montaña, y estoy seguro de que guardan alguna relación con Atenea, Hera y Afrodita. Mira al cielo, Sophia —dijo en el instante en que un águila se cernía en el aire con las alas desplegadas—, ¿te das cuenta de lo oscuro que es su plumaje, casi negro? Homero las llama *percnos*, reinas de las aves. Y ahora, observa qué maravilla —la rapaz había visto que algo se movía en el suelo y, en un abrir y cerrar de ojos, se precipitó, rauda, sobre aquella cosa; parecía desplomarse desde las alturas, como un siniestro y descomunal agente de destrucción; revoloteó un momento sobre el polvo y la piedra y, a continuación, se alzó con una larga serpiente en el pico—. ¡Mirad, un presagio, un presagio, *oionos*! —gritó entonces Obermann a los trabajadores que estaban alrededor, poniéndose en pie y señalando al águila—. El dios nos la ha enviado, traída por el viento. Se ha dejado ver por el lado derecho. ¡Nos porta sus bendiciones!

Lanzó el sombrero de tela blanca al aire y emitió un alarido de satisfacción. Sophia nunca le había visto tan contento. Al darse cuenta de que ella estaba muy sorprendida, Kadri Bey se le acercó.

—Presagio de un gran éxito, frau Obermann. Los lugareños consideran sagrado el simbolismo de un águila que lleva una serpiente en las fauces. Si el ave se hubiera acercado por la izquierda, habría supuesto una calamidad; pero por el lado que lo ha hecho, todo saldrá a pedir de boca.

—No imaginaba que aún había gente que creyera en tales cosas.

—Ahora mismo, estamos en Troya. La era de los presagios no ha concluido; basta con que observe a su marido —añadió Kadri Bey mientras Obermann estrechaba las manos de los trabajadores.

Sophia, sin embargo, observaba a Kadri Bey con renovado interés. A sus ojos, era la viva encarnación de las extrañas creencias de aquella región, donde las diosas se dejaban ver en espesos boscajes y las águilas llevaban serpientes por el aire. Con todo, no perdía de vista a Obermann que, en aquel momento, repartía piastras.

—Su marido se muestra muy generoso con los hombres —le dijo —, pero no se lo agradecerán; al contrario, le pedirán más.

—Está contento, Kadri Bey.

—Su esposo es un hombre de gran sensibilidad. Le he visto pasar de la ira a la afabilidad en cuestión de segundos —concluyó el turco, pero ella tuvo la impresión de que estaba advirtiéndole que aquellos hombres eran peligrosos.

El augurio resultó un buen auspicio en cierto sentido. Casi al acabar la jornada, los trabajadores turcos dieron con una pequeña estancia al extremo norte del lugar calcinado. Sophia no tardó en reparar en los restos de un esqueleto humano.

—¡Heinrich! —gritó, aunque no hubiera hecho falta que lo llamase, puesto que apareció a sus espaldas como una exhalación, y un segundo después ya se precipitaba hacia los huesos.

—Me parece estar soñando, Sophia. ¿Te das cuenta de la posición en que se encuentra? —El esqueleto estaba sentado, vagamente apoyado contra el muro—. Me lo imagino con las rodillas juntas, muerto de miedo, de pánico, me atrevería a decir. ¿Te has fijado en el color de los huesos? Esta persona se vio sorprendida por el fuego y murió abrasada. Dado el tamaño de su cráneo, estoy casi seguro de que era una mujer, pero Lineau se encargará de confirmárnoslo. ¡A lo mejor era una de las sirvientas de Andrómaca o una de las mujeres troyanas! ¿Qué tenemos aquí? —En un rincón de la estancia había un ánfora de plata de aproximadamente medio metro de altura—. Trataba de proteger lo único que poseía en este mundo. Pero ¿qué hacen esas mujeres?

Las mujeres turcas, encargadas de retirar los cascotes y la tierra, habían dejado en el suelo los cestos de mimbre y estaban lamentándose a coro, golpeándose en el pecho y con el rostro vuelto hacia el cielo.

—Exteriorizan el dolor que sienten por el muerto, Heinrich.

—Bien. Los lamentos no tienen nada de malo, con tal de que no supongan un retraso.

Pero aquel día ya nadie trabajó. Los obreros turcos se negaron a tocar el esqueleto hasta no haberlo sometido al ritual de purificación. Obermann explicó a Kadri Bey que él mismo estaba dispuesto a llevarlo a cabo para evitar una situación enojosa, añadiendo que había pensado en rociar los huesos con agua del

manantial, mientras leía algunos pasajes de Homero, sugerencia que al capataz turco se le antojó disparatada.

—En ese caso, lo retiraremos nosotros —concluyó Obermann—, con nuestras propias manos.

—Hay que enterrarlo, herr Obermann. Cada minuto que pasa supone una deshonra.

—¿Qué me importa su concepto del honor, si he recibido este magnífico obsequio? ¡Es el primer esqueleto que hemos encontrado!

—Me ofende el tono que emplea, herr Obermann.

—Igual que yo lamento que dificulte el trabajo, Kadri Bey. ¿No se da cuenta de que se trata de un descubrimiento científico?

—No lo permitiré.

Siguieron discutiendo durante unos minutos, con un fondo de lamentos de mujeres, hasta que la intervención de Sophia les permitió llegar a un acuerdo: propuso que Lineau examinase el cadáver *in situ*, y que Leonid hiciera dibujos precisos del mismo, y luego enterrarían los restos en la llanura.

—Todo lo solucionas, Sophia. Nos tienes hechizados —confesó Obermann, al tiempo que se enjugaba el rostro sudoroso tras el acceso de cólera.

—Su esposa sería capaz de calmar hasta el mar —comentó Lineau.

—Fíjate bien dónde lo entierran —dijo Obermann a su mujer, cuando Kadri Bey estaba alejándose—. Siempre nos quedará la posibilidad de desenterrarlo.

Con la ayuda de un trabajador turco, Lineau descendió al fondo de la zanja y deslizó suavemente las manos por el cráneo:

—Braquicéfalo —afirmó—. Una mujer, sin duda, de rostro un poco ancho, las cuencas de los ojos algo caídas y nariz considerable.

—¿Puede hacerse una idea de cómo era, Lineau? —preguntó Obermann, que no se perdía detalle.

—Por supuesto. Barbilla hundida, frente despejada, occipucio bien desarrollado.

—¿Era hermosa?

—Aún lo es —repuso Lineau, mientras acariciaba la calavera con cuidado.

—Dibuja esa belleza, Telémaco; que sea un festín para los ojos

del mundo.

Dos días después se llevaron el esqueleto, que Obermann había dado en llamar *Euriclea*, desde el montículo de Hissarlik a la llanura para proceder al entierro. Lo introdujeron en un tosco ataúd de madera de ciprés, descubierto, con los huesos engalanados con tiras de lana, guirnaldas de flores y ramas recién cortadas de los árboles de por allí. Las mujeres entonaron sus endechas mientras la carreta rodaba por el improvisado sendero. Sophia y Heinrich Obermann presidían el duelo.

—Se me hace raro enterrar a alguien que lleva muerto tanto tiempo, Heinrich.

—*Euriclea* no está muerta, Sophia. Nos esperaba. Es un mensajero. Estoy seguro de que encontraremos otros cuerpos. Ya sabes que, durante el asedio a la ciudad, las criadas de Andrómaca escondieron sus tesoros en un cofre de madera. Quizá fuera una de las sirvientas.

Como parte de los ritos fúnebres, aquella noche tenían que celebrar un banquete en el pueblo de Chiplak, y allí se dirigieron desde el lugar del enterramiento, que Obermann apuntó con todo detalle. Al llegar a la aldea, los lugareños hicieron tintinear las campanillas que colgaban de las paredes de sus viviendas para desearles buena suerte. El festín propiamente dicho, cordero y cabrito asados, lo degustaron en la explanada que se hallaba delante de una pequeña mezquita. Ya estaba anocheciendo cuando Obermann se puso en pie en medio de todos, y llamó a los habitantes del pueblo para que se reuniesen alrededor. Depositó en el suelo un enorme fanal, como los que se utilizaban para iluminar los puestos del mercado de Kannakale, y se sentó en un taburete de madera delante del farol. Los lugareños se acuclillaron y, como les había pedido, formaron un círculo entorno a él. Entonces, comenzó a recitar de memoria los versos que abren la *Ilíada*. Literalmente, no entendieron ni palabra, aunque parecía que algunas frases les sonaban. Comentaban entre ellos las expresiones que utilizaba para referirse a las higueras silvestres y al resonante bramido del mar. Se quedaron prendados al escuchar las diferentes entonaciones de la voz de Obermann a medida que declamaba la desgracia que habría de abatirse sobre Troya. En el momento en que Agamenón dirigía

sus ardientes preces al dios Apolo, la noche cayó sobre la llanura, y la Cruz del Sur brilló en el cielo, por encima del horizonte. Numerosos escarabajos se aproximaron a donde estaba sentado Obermann y, a medida que se precipitaban hacia la inesperada luz del fanal, dejaban en el polvo las inconfundibles huellas de sus patas traseras. Se le humedecieron los ojos, cuando refirió la aflicción de Aquiles.

Al dar Obermann por acabada la declamación, algunos lugareños se pusieron en pie y cantaron en su honor: era la «canción de los héroes», conocida en toda la llanura de Troya, mientras él extendiendo los brazos no dejaba de gritar a los cantores que eran unos muchachos excelentes. Sophia cayó en la cuenta de que estaba emocionado, pero sabía que no podía compartir con él aquella sensación de gloria. Todavía le resultaba una persona ajena, alguien a quien tendría que observar y estudiar más de cerca.

—Permítanme que estreche a mi mujer entre mis brazos —dijo en inglés—. Acércate, Sophia, que vean lo hermosa que eres. Otra Helena, ¿verdad que sí? Una nueva Helena.

La joven se adentró de mala gana en el círculo luminoso; su aparición fue como una invitación para que sonase la música. Tres de los lugareños, pertrechados de un violín, una viola y un contrabajo, atacaron una briosa melodía local; el violín tenía cuatro cuerdas; la viola, tres; el contrabajo, sólo dos; eran instrumentos muy baqueteados, pero de ellos emanaba un sonido intenso y melodioso.

Obermann tomó a Sophia y comenzó a bailar con ella a la luz del fanal. A medida que danzaban, los músicos ejecutaron los compases más formales de un vals, y los pasos de Obermann se tornaron más solemnes.

—No había vuelto a bailar un vals desde el día que me casé —le susurró a Sophia, pero acto seguido se dio cuenta de lo que acababa de decir: no había sonado vals alguno en los esponsales de Atenas.

—¿Boda? ¿Qué boda?

—Cosas mías. Tonterías.

—¿A qué boda te refieres, Heinrich? —le preguntó Sophia mientras seguían bailando, evolucionando en el haz luminoso.

—Era muy joven entonces.

Entonces Sophia se apartó precipitadamente del círculo de luz, y

él echó a correr tras ella, mientras los del pueblo hacían suya la celebración y la música cambiaba otra vez.

—Estaba a punto de contártelo, Sophia. Soy viudo; pero de eso hace ya mucho tiempo. Está más que olvidado.

—¿Quién era ella?

—Una rusa. La conocí cuando trabajaba en San Petersburgo. No tardé en descubrir que era una mujer vulgar y maliciosa.

—¿Tuvisteis hijos?

—No.

Leonid se acercó a ellos, al creer que Sophia se había sentido repentinamente indispuesta, pero Obermann le hizo señas para que se alejara de malas maneras.

—Palabra de honor.

—¿Cómo se llamaba?

—Elena Lyshkin. Ya casi lo había olvidado.

—Igual que un día olvidarás mi nombre.

Sophia no estaba sorprendida porque hubiera mantenido una relación con otra mujer, pero la horrorizaba pensar que no le hubiera contado nada al respecto antes de la boda. Aunque horrorizada no era la palabra que mejor definía lo que sentía: estaba avergonzada de él. Donde antes sólo había visto determinación y firmes propósitos, sin pretenderlo había descubierto una debilidad. Y se enfadó con su marido.

—¿Acaso pensabas, Heinrich, que no tenías obligación de explicármelo, de decírselo a mis padres? En mi país, un hombre que ya ha estado casado es muy diferente de un hombre soltero. O quizás ésa sea la razón: bien mirado, tendrías que haber pagado más.

—No tiene nada que ver con eso, Sophia: tenía miedo de que te preocupases.

—Pero pensabas hacerlo, una vez casados, ¿no es así?

—Resulta más fácil, desde luego.

—¿Y qué más le queda por contarme, herr Obermann? ¿Que envenenó usted acaso a su madre? —le espetó, iracunda—. ¿Que mató a su hijo, o a su esposa? ¿Que la tal Elena sigue aún con vida?

—Chitón, Sophia. Leonid puede oírnos.

—Al famoso Obermann le inquietan las habladurías. No me hagas reír —se dio media vuelta y, bajo la mirada intranquila de su

marido, se acercó a Leonid; luego regresó al lado de Obermann y, sin mirarle siquiera, le dijo—: Nos llevará a casa. Le he dicho que tenía jaqueca.

Aquella agradable noche, durante el viaje de vuelta ambos permanecieron en silencio. Pero tan pronto como estuvieron de nuevo en casa, la joven le espetó:

—¿Vive aún?

—No, ya te lo he dicho: soy viudo. Y como intuyo la próxima pregunta, la respuesta es la misma: te repito que no tengo hijos. Y no, tampoco tengo tratos con su familia. ¿Satisfecha, Sophia?

Entonces Obermann soltó un poderoso alarido, la abrazó, la estrechó contra sí y comenzó a mordisquearle el cuello. Ella hizo esfuerzos para librarse de sus brazos pero, al cabo de un momento, estaba riéndose.

7

A la mañana siguiente, Obermann despabiló a Sophia con un beso.

—Hoy iremos a caballo al Helesponto —anunció—. He soñado que los dos nadábamos juntos en las aguas de un gran río. Es una señal.

—No sé nadar, Heinrich.

—En ese caso, nadaré por ti; seré tu paladín.

Desayunaron juntos, y cabalgaron hacia el norte, en dirección a la costa. Desde lejos y a hora tan temprana, el Helesponto refulgía azul y tornasolado; a Sophia le pareció que una serena franja de luz discurría entre las dos oscuras orillas de Europa y Asia. Obermann se inclinó y le susurró algo al caballo.

—Le he dicho —aclaró— que debe portarse bien, que hoy también lleva a mi esposa. Entiende cuanto le digo. Tan pronto como se lo compré a un tratante en caballos de Doumbrek, le puse por nombre *Pegaso*. Se siente muy orgulloso de llamarse así —acarició al caballo y volvió a susurrarle—. Le he explicado que *Pegaso* surgió del encuentro de los mares, y que brotan fuentes por donde pasan sus cascos —luego, señalando el Helesponto, gritó—: ¡Adelante! ¡Vamos al lugar de encuentro de los grandes mares!

Cuando estuvieron cerca de la costa, bajó por un sendero que llegaba hasta un montículo. Las aguas del Helesponto, con sus tonos verdosos y ambarinos, parecían más oscuras.

—La orilla de Europa está muy cerca —observó Sophia.

—En tiempos, fueron las costas de Grecia: la Tracia.

—Volverán a serlo algún día, aunque yo no esté aquí para verlo…

—No digas eso. ¡Mientras estemos aquí, somos inmortales! Vamos a conquistar la tierra. ¡Cruzaré el Helesponto y proclamaré a los cuatro vientos que es nuestro!

—No, Heinrich; no puedes llegar tan lejos a nado.

—Nunca digas que no, mi querida Sophia. Lord Byron aseguró que había sido el primero en cruzarlo de lado a lado, después de Leandro, claro está. Pero tenía la mala costumbre de mentir. Muchos son quienes han realizado semejante hazaña.

—Te ruego que no lo intentes en este momento, Heinrich, te lo suplico.

—El mito de Hero y Leandro me ayudará. ¡Dos amantes separados por estas aguas! ¡La lámpara que ella encendía cada noche para guiarlo a través de las profundidades! ¡Se le pone a uno la piel de gallina!

—Pero Leandro se ahogó, ¿no es así? Y Hero se arrojó al vacío.

—Eso es un escolio, Sophia. En un principio, la fábula sólo trataba de explicar la separación entre Asia y Europa, nada más.

—Era un relato enternecedor, Heinrich.

—¿Dos amantes que hallan la muerte antes de tiempo en el mar? No te niego que sea precioso. Pero vamos a tratar de embellecerlo. Sophia y Heinrich se atreven a desafiar al Helesponto. Dos nuevos amantes, que se alzarán victoriosos sobre estas aguas.

Sophia reparó en que, para su marido, la comparación iba más allá del mero símil. Mientras caminaba hacia el litoral dispuesto a enfrentarse con las olas, iba gritando a voz en cuello:

Fábula antigua, que al joven de corazón
impele a atestiguar como cierto el amor.

—No me gusta el verbo «impeler»; no rima bien —añadió, volviendo al lado de su mujer—. Pero sí que somos jóvenes de corazón, Sophia.

—Ya no soy joven, y tampoco lo eres tú —repuso, con el suave bramido de fondo del mar al amanecer.

—Tonterías. Cuando uno se encuentra en este lugar, la puerta por la que se entra al mundo, todos somos jóvenes —aseguró protegiéndose los ojos del resplandor y mirando al norte—. Los griegos pensaban que éste era el pasaje que llevaba a tierras desconocidas, y miraban hacia el norte, hacia el país de los hiperbóreos, donde siempre era primavera, un pueblo que estaba

tan cerca de las estrellas, que podía escuchar sus distantes armonías, y hasta discernir las colinas de la luna.

Sophia se acercó a la orilla; el agua estaba fría, pero apetecible.

—¿Qué isla es ésa? —le preguntó señalando un pequeño islote que emergía de las aguas.

—Carece de nombre.

—¿Por qué no nadas sólo hasta allí? No me gustaría que te aventurases más lejos, Heinrich.

—Está bien. Sea como dices —se quitó la camisa y los pantalones, y se quedó en traje de baño; por cierto, bastante antiguo.

—¡Como el de mi padre! —exclamó Sophia riendo de buena gana; de joven, su padre había seguido la moda de los baños de mar y, como no había engordado, se ufanaba de que todavía podía llevar el mismo traje de baño.

—Si tu padre puede hacerlo, también yo.

Acto seguido se adentró en el agua, sin dejar de invocar a voces a Poseidón, y se zambulló en las olas profiriendo un grito. Mientras nadaba hasta la isla, levantaba agua por todos lados; Sophia nunca había visto a nadie que salpicase tanto. En las inmediaciones, se mecía el bote de unos pescadores; los hombres reparaban las redes, pero Sophia se dio cuenta de que reían, mientras señalaban a Obermann, quien, como un pequeño monstruo marino, resollaba y resoplaba en mitad del mar. A los pocos minutos, había llegado al peñasco. Se encaramó con brío, y comenzó a dar saltos, arriba y abajo, agitando los brazos y gritando, como un niño ilusionado, entusiasmado.

A continuación, se zambulló de nuevo en el agua y nadó hacia la costa. Dos o tres minutos después, vio que agitaba los brazos de nuevo, pero esta vez bajo las olas, con un movimiento desacostumbrado, por no decir desesperado. Algo no iba bien. Emergió de nuevo, pero ya no nadaba: estaba gritándole algo a Sophia, pero el mugido del viento le impedía escuchar. Entonces, fue ella quien comenzó a dar voces y a mover los brazos llamando a los pescadores, que seguían reparando las redes. En turco, les gritó: «*Imdat! Imdat!*», señalando a Obermann. Uno de los hombres cayó en la cuenta de que se trataba de una petición de auxilio, e indicó a los otros dónde estaba el nadador. Sin perder un instante,

empuñaron los remos y se fueron a por él. Aunque a Sophia le parecía que no remaban con rapidez, mientras las olas cubrían una vez más a Obermann, el caso es que logró ver cómo izaban a su marido a la barca.

Mientras regresaban a tierra, echó a correr hacia la orilla. Se hallaba tumbado de lado en el fondo del bote, con los puños apretados, y se dio cuenta de que estaba vivo.

Lo sacaron de la barca y lo llevaron a la orilla; allí lo recostaron con cuidado en la parte seca de aquella playa de arena y guijarros. Sólo sabía una palabra de agradecimiento en la lengua de aquellos hombres, «*tesekkurler*», y no dejó de repetirla. Sophia se arrodilló a su lado; uno de los pescadores lo sujetó por la cintura, lo obligó a ponerse en pie y a inclinarse hacia delante. Obermann vomitó agua durante unos segundos; después, miró alrededor, aturdido.

—Déjenme en el suelo —pidió.

Le obedecieron, y él pareció quedarse dormido. De repente, abrió los ojos de nuevo, con tal desmesura y rapidez que dio la impresión de hallarse galvanizado. Ella no acababa de creerse tan súbita vuelta a la vida.

—Un calambre —explicó—. No puedo mover la pierna.

—Por suerte, Heinrich, estos señores no andaban lejos. Deberías darles las gracias.

Pareció reparar en ellos por vez primera, y les dijo, en turco:

—Gracias, gracias. Han salvado a Heinrich Obermann. ¡Que los dioses les colmen de bendiciones! Pero, aguarden. He de darles algo.

Se fue hasta la chaqueta, que había dejado junto a las demás prendas en el suelo antes de lanzarse al agua, sacó la cartera y les tendió unos cuantos billetes.

—¡Gracias, gracias, hijos de Poseidón, guerreros del mar!

Los marineros aceptaron el dinero de buen grado y, tras abrazarle, regresaron a la embarcación.

—Un griego jamás habría aceptado el dinero —comentó—, porque la vida es un regalo de los dioses.

—Son gente humilde, Heinrich, de quienes dependen familias que también tienen derecho a vivir —repuso Sophia.

—Tienes toda la razón: no estoy quejándome, sino limitándome a constatar una realidad.

—Por suerte, aún estás vivo.

—Lo sé. Un milagro —dijo, mientras volvía la vista a las aguas del Helesponto—. De no ser por ellos, habría perecido en las profundidades —por alguna razón, a Sophia le pareció que la situación no le habría disgustado del todo—. Atenea velaba por mí; me salvó del dios del mar, como a los héroes griegos. ¡Gozo de su protección!

—Deberías secarte, Heinrich. Con el aire que sopla, puedes atrapar un resfriado.

Poco después, emprendieron a caballo el camino de regreso. Obermann parecía menos exaltado.

—¿Cuándo conociste a esa mujer rusa? —le preguntó Sophia, de improviso.

—Hace muchos años. Era maliciosa y altanera, aunque yo no lo sabía.

—¿Dónde tuvo lugar el encuentro?

—En una pequeña ciudad minera, al este del país. Por aquel entonces, me dedicaba a la especulación de oro ruso. ¿Por qué me haces tantas preguntas, Sophia? Hace mucho de aquello…

—Tengo interés en saber cómo era la primera señora Obermann.

—Salvo en el apellido, no te pareces en nada a ella.

—¿No tuvisteis hijos?

—¿No te lo he dicho ya? —repuso él, mirándola de frente, con fijeza—. Sin embargo, no habrá de pasar mucho tiempo sin que tú los tengas. En cuanto nos vayamos de aquí, ¡engendraremos una numerosa y sana familia!

Por algún motivo, semejante perspectiva la horrorizó, así que preguntó:

—¿Cómo murió?

—Se suicidó. Se arrojó al río.

—Lo siento.

—No hay nada que lamentar. Cuando me enteré de que había muerto, me sentí tan aliviado que me pasé tres días de parranda. ¿Te imaginas a este Obermann beodo? He de alegar que entonces era joven.

Sophia no deseaba preguntarle qué la había llevado al suicidio, pues no quería ni imaginar la posibilidad de que Obermann fuera la causa de tamaña desgracia. No deseaba saber cuál era la razón que

la había impelido hacia esa salida o, como se lo planteó en aquel momento, no era de su incumbencia ni iba a preocuparse de eso. El pasado de un ser humano nada tenía que ver con el pasado de una ciudad como Troya, que era algo que se hallaba fuera de su alcance, igual que no podía recrear a Obermann y a su primera esposa veinte años atrás, o pensar que lo hubiera conocido de joven. En realidad, su vida anterior era un misterio, y ella no quería saber nada: bastante tenía con saber cómo llevarlo en aquel preciso momento. Pero, entonces, casi sin querer y de forma espontánea, le formuló otra pregunta:

—¿Y qué fue de tu madre? Me contaste que tu padre la había envenenado.

—¿Eso dije? Me temo que exageré un poco. Cayó enferma, y mi padre insistió en prepararle un reconstituyente con bayas recogidas en los montes cercanos. Tenía mucha fe en los remedios naturales. La pobre murió poco después, pero yo seguí venerando a mi padre: él fue el primero que me leyó a Homero, como ya te he dicho. Lo siento tan cerca de mí todavía que aún me parece escuchar su voz en el salón de casa. ¿Sabes lo que me dice en este instante? Que Atenea cubrió de dulce néctar y ambrosía los miembros de Aquiles para que no sintiera hambre durante la batalla.

Siguieron cabalgando y, de vez en cuando, Obermann le susurraba a *Pegaso*.

—Ahí está la columna de Néstor —dijo, al tiempo que señalaba una piedra que afloraba en el suelo y que hacía las veces de lindero de unas tierras vecinas—. Pronto estaremos en casa.

8

Algunos días después de aquella escapada al Helesponto, Obermann anunció a Sophia:

—Va a venir un visitante. Me ha enviado un telegrama desde Constantinopla para advertirme de que llegará la semana próxima.

—¿Y has esperado hasta ahora para avisarme? ¿Cómo voy a recibir a un invitado con estas pintas, Heinrich? —la joven había optado por vestir la camisola que llevaban los trabajadores turcos, que le sentaba muy bien; se había recogido el cabello en un moño: aun así se adivinaban trazas del polvo de las recientes excavaciones en que había participado; llevaba la larga falda metida en unos calcetines de calicó; bastos guantes de piel para protegerse las manos del suelo pedregoso; todas las noches, insistía en lavar la ropa que se ponía durante el día en un arroyo, a unos cientos de metros del terraplén, pero ni por ésas se libraba del polvo y el barro que se le adherían después de estar excavando—. Estoy hecha una piltrafa, Heinrich. Nadie puede verme en estas condiciones.

—Bobadas, Sophia. Eres una diosa revestida de forma mortal.

—Una mortal sucia.

—No es suciedad: son restos de la antigua ciudad.

—¿Quién es el visitante? Tenemos mucho que hacer, Heinrich.

Habían dado con el perímetro inconfundible de una gran cámara que Obermann identificó de inmediato como el «salón del trono de Príamo». Entre los cascotes que cubrían el lugar, descubrieron diversos objetos, anillos y cuchillos, copas y ánforas, fragmentos de estatuas y trozos de cerámica.

—¿Sabes qué es lo que aún no hemos encontrado? —preguntó Obermann a su esposa, al final del día—. Porque hay algo que aún no hemos descubierto: no hemos visto espadas.

—Cuestión de suerte, Heinrich. Seguro que encontraremos

armas.

—Así lo espero. Sin embargo, no deja de ser sorprendente, ¿verdad?, que no hayamos encontrado aún ni una espada.

—Tampoco escudos.

—Tienes razón —repuso, mirándola sorprendido—. Tampoco escudos. Ni espadas ni escudos. ¿Qué crees, Sophia?

—No me gustaría…

—Te diré lo que significa. Como diría un inglés, si no damos con ellas, estamos metidos en un buen apuro: si no hay armas, no estamos en condiciones de afirmar que fuera un pueblo belicoso. ¿Te das cuenta?

—Y si no era un pueblo beligerante, no se puede hablar de guerra —comentó Sophia, mientras Obermann se tapaba las orejas —. Y si no hubo contienda —añadió—, Homero estaba equivocado.

Pero Obermann la había oído, claro está.

—Es una elegante forma de decirlo; muy refinada, sí, señor —replicó Obermann, quitándose el sombrero de ala ancha y mirando al firmamento—. Homero se equivocó. Homero hizo un brindis al sol. ¿Conoces la expresión, Sophia? —De repente, profirió un único y penetrante alarido, que bastó para que alzasen el vuelo todos los pájaros de la llanura; la joven se quedó mirándolo, incapaz de salir de su asombro—. Discúlpame, querida. Acabo de ver cuál será mi final: si Homero estaba equivocado, yo también —y dio una patada en la tierra—. Es mentira. Troya es mentira. Un embuste. Todo es desolación y vanidad.

Cuanto más agitado e irascible se ponía su marido, más calmada parecía ella, que estaba muy tranquila.

—Eres demasiado impetuoso, Heinrich. Recapacita. Has descubierto una antigua ciudad en el lugar donde Homero decía que estaba Troya. Has encontrado murallas; joyas. ¿Qué más puede pedirse?

—Armas.

—A lo peor, los griegos se las llevaron como botín de guerra. Es una posibilidad, ¿no crees?

—Sí.

—O quizá la derrota de los troyanos se debió a que estaban desarmados.

—Según Homero, se libraron batallas en la llanura y junto al río.

Héctor y Aquiles participaron en los combates.

—Eso es poesía, Heinrich.

—Pero yo he vivido esos versos, he creído en esos poemas. De niño, en Furstenberg, trabajaba en una pequeña tienda de ultramarinos. Vendía arenques, licor de patata y ese tipo de cosas. Nunca olvidaré la noche que un borracho entró en la tienda. Se llamaba Herman Niederhoffer. Era hijo de un pastor protestante de Roebel, pero no era feliz con la vida que le había tocado en suerte y se había dado a la bebida. Homero no se le había olvidado, sin embargo: me recitó unos cien versos del poema, con su gloriosa cadencia. Hasta en tres ocasiones le pedí que los repitiese y, cada vez, le servía una copa de orujo como recompensa.

—Me contaste que era tu padre quien te recitaba los versos de Homero.

—Y es cierto. Somos alemanes, Sophia. Nos encanta la épica: la llevamos en la sangre.

Aquel mismo día, un poco más tarde, Obermann montó a caballo y le dijo a su mujer:

—Me voy a Constantinopla. Tengo que ver a Ahmed Nedin para pedirle consejo.

—Hábleme de Ahmed Nedin —le rogó Sophia a Leonid, a los pocos minutos de haberse despedido de Heinrich, mientras *Pegaso* cabalgaba ya por la llanura.

—Es el conservador de antigüedades del museo.

—¿Irán a parar a sus manos los tesoros que aquí encontremos?

—Eso es lo que pretende, frau Obermann. Pero debería preguntarle a su marido.

Algo le dio mala espina a la joven, mientras observaba cómo su esposo desaparecía en la distancia, tras la nube de polvo que levantaba el caballo.

Tres días más tarde, ya estaba de vuelta. No mencionó el asunto de las armas, y nada comentó del viaje a Constantinopla. Pero se le veía inquieto ante la inminente llegada del anunciado visitante.

—Es un profesor de Harvard, Sophia, que se ha enterado de mis excavaciones a través de las revistas especializadas y viene a expresarme su reconocimiento. No podemos desentendernos de él.

—¿Dónde va a dormir?

—En el pueblo.

—¡En esos cuartos plagados de chinches!

—¡Y qué más da! Así podrá pensar por las noches, y escribirá artículos elogiosos sobre nuestro trabajo.

William Brand había arribado en el paquebote de Constantinopla. El cónsul americano en la ciudad lo había invitado a cenar la noche de su llegada. Seis años llevaba al frente del consulado Cyrus Redding, un hombre que no dudaba en afirmar que era un «enamorado de Turquía», un turcófilo: le encantaban el ingenio y las ganas de vivir de aquellas gentes.

—No encontrará raza más inteligente en el mundo entero, amigo mío —le comentó al profesor Brand—. Van muy por delante del resto de los pueblos.

—Convengo con usted en que son inteligentes.

—Algo más que eso, profesor. Ya tendrá ocasión de comprobar que los anima un antiguo espíritu.

—¿Se refiere al genio otomano?

—No, señor. Se remonta mucho más, a épocas remotas. Pero mi opinión carece de valor: usted es la autoridad en cuestión de antigüedades.

—La arqueología no se ocupa de lo mismo que la historia antigua, señor Redding, aunque no le oculto que, en ocasiones, me gustaría que así fuera.

—Me refiero al Imperio bizantino, a los colonos griegos. Si no en cuanto al linaje, esta tierra mantiene vivo su legado. La tierra preserva todo.

—¿No sólo ruinas?

—Desde luego que no —afirmó el cónsul, mientras daba un sorbo del té verde que un criado le había servido.

—Aguarde un momento. Por esa regla de tres, usted y yo tenemos algo de pieles rojas.

—Estoy convencido.

La conversación derivó hacia las excavaciones de Hissarlik.

—A usted corresponde juzgar si Obermann ha encontrado la legendaria ciudad. En eso consiste su profesión. En mi opinión, creo que lo ha demostrado. Es una persona fuera de lo común, si me permite la expresión. En algunos aspectos, el hombre más notable de su tiempo. Creo que ha reconciliado la arqueología con el

mundo, que la ha convertido en algo palpable.

—Ya; pero no estamos en un circo —aseveró Brand—. Esas acrobacias suyas…

—¿Acrobacias, dice usted? Encontró las puertas y las tumbas de Megalópolis; se fue a Itaca y descubrió el palacio de Odiseo.

—No es así, señor Redding. Encontró vestigios de un asentamiento. Nada más.

—¿Ah, sí? Creí que lo había descubierto. En cualquier caso, decidió venirse hasta aquí y, con ese maldito olfato suyo, localizó la ciudad perdida. «¡Caven aquí!», dicen que ordenó. «Tiene que estar aquí». Ese hombre es un genio.

—No tiene parangón a la hora de que todo el mundo se entere de que lo es. Algunos de mis compañeros están muy molestos con él; en realidad, echan chispas porque, a su lado, parece que se hallen cruzados de brazos.

—En esta parte del mundo lo veneran, profesor. Es un pueblo que está orgulloso de su historia, y ya sueñan con que son paisanos de los héroes de Troya. —Redding se interrumpió y miró fijamente a William Brand—. Sin embargo, hay algo que debo contarle sobre Obermann. También los hombres geniales tienen sus puntos débiles, ¿no es así? —Brand asintió—. Usted y yo nos hemos formado en Harvard, así que puedo confiar en su discreción.

—Por supuesto, señor Redding.

—Obermann es ciudadano norteamericano.

—No tenía ni idea —repuso Brand, cruzando las manos por detrás de la nuca y emitiendo un silbido—. Vaya, me deja usted boquiabierto, amigo mío.

—Aún lo estará más cuando se entere de que alteró las fechas de su estancia en Estados Unidos. Sabemos que compró a cuatro testigos. Según él, había residido en nuestro país durante cinco años, pero tenemos conocimiento de que no pasó más de cuatro semanas.

—¿De verdad? ¡Qué desvergüenza!

—Ya no hay forma de enmendarlo. Y hay algo más todavía. Unos meses después, herr Obermann compró oro en polvo en Sacramento. Había firmado un contrato con un banquero de San Francisco, pero surgieron desavenencias entre ambos, el acuerdo quedó en papel mojado y el banquero se vio en grandes apuros. No

se pudo demostrar nada ante la justicia, porque Obermann abandonó el país antes de que los abogados le echasen el guante. ¿Verdad que es una peripecia interesante?

—¿Y aun así sigue creyendo que es un hombre de talla?

—No, señor, por supuesto. No he dicho que fuese un gran hombre, sino que era un genio, cuyo olfato lo vuelve aún más interesante.

—O más sospechoso, señor Redding, en mi opinión.

—En eso consiste su trabajo, no el mío.

—¿Qué quiere que haga? ¿Espiarle?

—Nada de eso, por el amor de Dios. Es un ciudadano norteamericano.

—Que hace trampas.

—A pesar de todo, es un compatriota. Pero tengo un enorme interés en enterarme de qué anda haciendo por esos parajes. Aunque molesto, el personal de los museos de por aquí está acostumbrado a que nunca encuentre nada. Piensan que, a lo peor, ¿cómo se lo diría?, oculta algo…

—¿Que está quedándose con el tesoro enterrado en Troya?

—Es una forma de decirlo, profesor, aunque yo recurriría a otras palabras.

—¿De modo que le gustaría que echase un vistazo?

—Eso es. Dé una ojeada. Mantenga los ojos bien abiertos, se lo ruego.

9

Cuando William Brand pisó tierra en Kannakale, lo recibió Leonid y, de inmediato, partieron en carreta hacia Hissarlik.

—¿Lleva mucho tiempo trabajando con herr Obermann? —le preguntó Brand, mientras cruzaban la llanura.

—Unos cuantos años, profesor. Tuve el honor de estar a su lado en Itaca. Vi la casa de Ulises.

—No todo el mundo puede decir algo así.

—Eso mismo pienso cada día. El prof… —Se interrumpió, pues le habían advertido que, en presencia de William Brand, no se refiriera a su patrón como «el profesor»—. Herr Obermann cree que allí fue donde acabó con los pretendientes de Penélope —añadió.

—Es posible, amigo mío, pero no probable. Estoy seguro de que herr Obermann entiende de tales sutilezas.

—¡Oh, sí! Fue una de las primeras lecciones que aprendí de él: *divide et impera*; aprende a distinguir, y serás capaz de dominar lo que te traigas entre manos.

—Buen consejo. ¿Qué es aquel edificio?

—Herr Obermann lo llama nuestro hospital de campaña. Lo construimos con nuestras propias manos, con piedras, cascotes más bien, traídos de Troya, que no valían para nada. Ahí llevamos a los lugareños que padecen de malaria. Los pantanos de por aquí propagan peligrosas fiebres, profesor, efluvios que producen epidemias. Por eso, pensó en un edificio de este tipo.

—Un benefactor.

—Un hombre que adora esta tierra y a la gente que vive en ella. Ahí está Hissarlik.

A lo largo del último año, en numerosas ocasiones, William Brand había ojeado los grabados y fotografías del lugar que reproducían los periódicos norteamericanos, en que se distinguían

las dunas del venerable río Escamandro, los pueblos diseminados por la llanura, y el mismo montículo, con sus laderas, estribaciones y escarpaduras, en que se alzaba Troya. Se quedó sorprendido, sin embargo, ante la dignidad del enclave. No se le ocurrió término más adecuado para describir el efecto que le había producido. Sabía que iba a toparse con un lugar de mucho ajetreo, de actividad casi ininterrumpida; incluso, desde aquella distancia, veía a los trabajadores que, pertrechados de picos y carretillas, se afanaban de un lado a otro. Estaba acostumbrado también a la suciedad y a las incomodidades de las excavaciones. Pero allí había algo más y, para su sorpresa, le dio por pensar que, por fin, había aparecido Troya, que la tierra emitía un suspiro de alivio tras verse libre de semejante carga.

—Como verá, profesor, estamos trabajando en todo el perímetro. Herr Obermann desea obtener una perspectiva completa de la ciudad.

—¿Le parece a usted una decisión prudente? Se puede aprender tanto de la minuciosa observación de una sola zona, son tantos los niveles diferentes que deben examinarse de forma concienzuda…

—Tenemos limitaciones en cuanto al tiempo. Nuestro permiso proscribe dentro de un año y, para entonces, quién sabe, a lo mejor los ingleses o los suizos reciben el encargo de continuar el trabajo.

—¿Y robarles su criatura?

—Es un vástago de herr Obermann: él lo encontró, lo tomó bajo su tutela y le impuso un nombre.

—En ese caso, amigo mío, habrá que pensar en quién es su verdadero padre. Es posible que el gobierno de esta región del mundo se considere legitimado para decidir quién puede venir aquí.

—Eso es algo que tendrá que discutir con herr Obermann —repuso Leonid, entre risas—, y con su esposa, que se pondrá de su parte. Frau Obermann tiene sus propias ideas.

—No sabía que estuviera casado.

—Con frau Obermann, una mujer griega, joven y hermosa, si me permite emplear tales términos.

—¿Está aquí?

—Trabaja codo a codo con nosotros. No se queda sentada en su tienda, como diría Homero. Comparte con nosotros el trabajo de campo, las excavaciones. Fue ella quien encontró el esqueleto.

—¿Un esqueleto?

—Creo que he hablado demasiado. No tardará en conocerla, profesor.

Fue la propia Sophia quien acudió a recibir a William Brand en el momento en que carreta y caballo llegaban a lo alto del terraplén.

—Mi marido está ocupado ahora mismo —se excusó, en inglés—, así que, si no tiene inconveniente, profesor Brand, seré la encargada de servirle de cicerone durante aproximadamente una hora.

—Todo lo contrario, señora. Me parece estupendo. No esperaba disfrutar de una compañía tan grata.

—Pero no soy una intelectual, ni siquiera estoy *au fait*, es decir, al corriente de todos los trabajos.

—Tenía entendido que era usted el alma de este empeño.

—¿Eso le dijo Leonid? Me temo que exagera. ¿Puedo ofrecerle un café? Lo siento, pero sólo hay del turco.

Una vez que tomaron el café, que a William Brand le pareció demasiado espeso, Sophia le fue guiando despacio por hoyos y zanjas.

—Hemos encontrado seis niveles diferentes —le explicó—, seis asentamientos distintos que cubren un período de unos dos mil años. Siempre se procedió a la reconstrucción de la ciudad sobre las ruinas de la anterior.

—¡Qué cosa tan rara!

—Monsieur Lineau, a quien más tarde conocerá, tiene una teoría al respecto. Según él, la ciudad albergaba una imagen sagrada, o un recinto no menos sacro. La ciudad se erigió en este lugar precisamente para custodiarlo.

—No conozco ninguna otra ciudad de tales características, si a eso se refiere. En México, algunos de mis compañeros han descubierto una sorprendente ciudad de templos para la que no hallan explicación. Quizá Troya tenga algo que ver con esa otra urbe.

—No; es única, profesor Brand, es la de verdad. Mi marido no alberga ninguna duda sobre el particular. Es la ciudad primigenia.

—Demasiadas hipótesis en mi opinión, señora. Me gustaría verlo con mis propios ojos, tocar las piedras con mis propias manos.

—Basta con que mire alrededor para hacerse una idea cabal. En esa zanja de ahí, a su derecha, verá restos calcinados. Mi marido piensa que hemos encontrado restos de un torreón de la segunda ciudad, que también forma parte de la ciudad calcinada y arrasada de Homero. La cerámica que hemos hallado es de un rojo vivo, algo único a este nivel. Me imagino que no tardará en leerlo en los periódicos de su país.

—No lo dude. En mi país ha surgido un gran debate en torno a los descubrimientos de su esposo. Pero me gustaría ver las pruebas con mis propios ojos.

—Polemón, que vivió en el siglo II antes de Cristo —repuso Sophia, haciendo una inclinación de la cabeza al pronunciar el venerado nombre—, visitó Troya, y dejó escrito que allí había visto el mismo altar de Zeus en el que Príamo había encontrado la muerte. Igual que contempló la piedra en la que Palamedes enseñó a los griegos a jugar a los dados. Hay pruebas, pues, de los monumentos que podemos hallar aquí, ¿no es así?

—Es usted una persona muy instruida, señora Obermann.

—Tengo un buen maestro.

—Me atrevería a decir que sabe usted mucho más que los licenciados que han asistido a mis clases.

—Oh, no. Le aseguro que no estoy tan preparada. He tenido el privilegio de asimilar con prontitud una pátina de sapiencia. Mi marido no deja de explicarme cosas. Me ayuda constantemente —explicó, dejando la seriedad de lado, y rompiendo a reír, para sorpresa de su acompañante—. No acaba de creerse que una mujer pueda hablar de Polemón y de la antigua Troya, ¿no es así?

—Claro que no, señora. No es eso lo que me tiene atónito. Lo que no dejo de preguntarme es cómo una mujer joven y bonita puede llegar a enamorarse del fango y las piedras. Le ruego que tenga a bien disculparme: he dicho lo que pienso; me ha salido el yanqui que llevo dentro.

—No me ha ofendido en modo alguno —repuso ella, y se echó a reír de nuevo—. Hasta el punto de que, en ocasiones, me sorprendo de mí misma, profesor Brand. Permítame que le enseñe la cortina exterior de la muralla —añadió, llevándole hasta un montón de piedras talladas para encajar sin necesidad de argamasa—. Según la leyenda, este muro fue erigido por Poseidón y Apolo.

—O por Poseidón solo.

—¿Recuerda ese pasaje? «Construí una muralla ancha y perfecta, para que la ciudad fuera inexpugnable».

—Espléndida memoria, señora Obermann.

—Me dedico a estudiar el libro. Casi me lo sé de carretilla. Mi marido nos lo lee todas las noches; luego, recurro a las palabras auténticas, al original griego.

Aunque ni siquiera en su fuero interno lo hubiera admitido, William Brand estaba ya medio enamoriscado de Sophia Obermann. Había llevado una vida de soltero en la Universidad de Harvard, donde vivía en una casa de madera blanca, situada en una calle apartada del recinto universitario. Era un hombre alto y delgado que, a todas luces, proclamaba que descendía de una familia de Nueva Inglaterra; dominaba la imperceptible dureza y la refinada educación de los de su clase, modelo viviente de lo que los habitantes de Boston consideraban como «rectitud», a saber, modales exquisitos y trato distante: no era efusivo. Carecía de eso que algunos califican como la «vitalidad del neoyorquino» que, a su modo ver, no eran sino apasionados y charlatanes. No se había casado porque, como se había encargado de explicar a sus amigos, no sabría cómo cortejar a nadie, o plantear semejante proposición; la verdad es que era muy tímido. Ahora bien, en cuanto guardase relación con su especialización en el área del saber, no sólo era certero, sino hasta polemista, llegado el caso. En lo tocante a su profesión, no se andaba con remilgos. Aunque para sus adentros echaba pestes de la rígida educación que había recibido, no por eso dejaba de asistir todos los domingos a los oficios de la Iglesia unitaria. Junto a Sophia Obermann, en el ventoso montículo de Troya, sintió que podía hablar con entera libertad.

—Leí a Homero de niño —le explicó—, en una traducción de Longfellow. Si bien los poetas norteamericanos son de sobra conocidos por su rimbombancia, me parece que, en el caso del señor Longfellow, estaba más cerca de los indios de piel roja que de los troyanos.

—¿Nunca ha estudiado griego?

—Sí, claro. En Deermount, que así se llamaba mi escuela, nos lo metían con calzador, hasta el punto de que teníamos griego desde el desayuno hasta la hora de la cena. Sí, señora: por supuesto que

aprendimos griego. Recuerdo a nuestro profesor cuando aseguraba que, para la historia de la humanidad, había sido más importante la victoria de los griegos sobre los persas que la derrota del ejército británico a manos de las tropas norteamericanas. Escuchar algo así no dejaba de sorprendernos, pero nunca lo pusimos en duda.

—También yo he estudiado la historia de mi pueblo. Pero sólo ahora…

—¿La ve como algo real?

—Exacto; algo real. Eso era lo que quería enseñarle. ¿Ve usted esas líneas en la cortina interior de la muralla? —preguntó Sophia, mientras señalaba un trozo de piedra rectangular que apenas sobresalía de la tierra—. Es de un material distinto al utilizado en el resto de la muralla. Es mármol. Creo que se trata de un altar erigido contra la muralla, para que los dioses la defendieran.

—Puedo asegurarle, señora, que tales altares existieron.

—Y creo que sé de qué altar se trata. Es el altar de Ate, al que se refieren Licofrón y Apolodoro, diosa fuerte y ligera, que camina con suavidad y pies raudos sobre las cabezas de los humanos. Sabemos que los troyanos la veneraron en esta colina, ¿y qué mejor lugar para honrar a la diosa de la fortaleza que la propia muralla?

—Es una posibilidad. Si le permitiera dirigirse a mis alumnos de Harvard, estoy seguro de que la creerían a pies juntillas. Resulta usted muy convincente, si me permite la expresión. Empero, sólo es una teoría.

—De acuerdo, profesor. Pero no me negará que, en ocasiones, hasta las teorías resultan hermosas.

—Llegado el caso, no, si no se ajustan a los hechos.

—Pero me refiero a un hecho real —repuso ella, dando una patada en el terreno, y por un instante, él temió haberla molestado —; no, no estoy enfadada. Sólo afirmo que la tierra que pisamos es una realidad. Disponemos de multitud de hechos reales, no así de teorías.

—¿Qué quiere que le diga, señora? En mi profesión, lo normal es proceder a la inversa.

—Aquí llega mi marido.

Obermann había subido al terraplén que se hallaba a sus espaldas.

—¡La he encontrado, Sophia! —exclamó mientras corría hacia

ellos—. Le presento mis disculpas, profesor Brand, por no saludarle de un modo más formal. Soy Obermann —hizo una inclinación de la cabeza y estrechó la mano del norteamericano—. Bienvenido a nuestra pequeña urbe. ¡La he encontrado, Sophia! Profesor, ha llegado usted en un día que pasará a los anales de la arqueología. ¡He encontrado una espada troyana! ¡He encontrado una espada de bronce!

—¡Qué magnífica noticia, Heinrich! —Sophia miraba expectante, con curiosidad no exenta de sorpresa, a su marido—. Ya casi habías perdido la esperanza de dar con algo así.

—¡Jamás hay que perder la esperanza! ¿Verdad que no, profesor? ¿No da cursos sobre Homero en Harvard? Nunca desespere de toparse con alguna maravilla.

—Me interesaría enormemente ver esa espada, señor Obermann.

—Será usted el primero de nuestros colegas que tenga ocasión de contemplarla. Acompáñeme, nos acercaremos a esa maravilla tanto tiempo oculta.

Los guió al otro lado de la colina, el que miraba al este; mientras caminaban por la zona de las excavaciones, iba pellizcándole el brazo a Sophia, mandándole besos: realmente se sentía eufórico.

—Profesor —pidió—, mire por dónde anda.

—¿Cómo dice?

—Lo digo en el sentido literal de la palabra: mire. Fíjese. ¿No le sugiere nada el sendero que seguimos?

—Que es de piedra caliza.

—Bueno, sí; eso está muy bien; capas de piedra caliza, en realidad. Se trata de una antigua calle. Pero ¿no ve nada más?

—Pues, no.

Obermann se echó a reír.

—Bien; muy bien. Lo mismo que veo yo, es decir, nada —y soltó otra carcajada—. ¿Y qué deduce de eso, profesor?

—¿Cómo dice, señor mío?

—Pájaro que no canta, algo tiene en la garganta. Al menos, eso era lo que nos inculcaban en Alemania.

—No veo adonde quiere ir a parar.

—¿A que no se aprecian rodadas? *Ergo*, por aquí no pasaban carretas. Nos hallamos en una calle que sólo podía recorrerse a pie.

William Brand emitió un silbido.

—A eso lo llamo yo deducción. Me descubro ante usted, amigo mío.

—Por desgracia, no lleva usted sombrero, aunque siga mi consejo y hágase con uno cuanto antes.

—Una forma de hablar muy norteamericana. Estoy en verdad impresionado.

—Una nadería; experiencia, práctica, sólo eso, amigo mío. Le diré algo más sobre esta piedra caliza, profesor. Hay trozos de conchas de mejillón.

—¿Cómo dice?

—Conchas de mejillón. En los remotos confines del pasado, este lugar estaba cubierto por el mar o por un lago de agua salada. Vamos a ver la espada.

Ante el inesperado y fortuito descubrimiento del arma, aunque Sophia no salía de su asombro prefirió no preguntar nada a su marido, al menos no delante del norteamericano.

—La espada, mi querido profesor —explicaba Obermann—, es el símbolo de Homero, la clave que nos llevará a la verdad.

—Una espada en sí misma no basta para demostrar que hubiera una guerra entre griegos y troyanos.

—No hay que precipitarse a la hora de sacar conclusiones.

—Discúlpeme, amigo mío, pero no soy yo quien extrae conclusiones —repuso un William Brand que no salía de su asombro —. Seguramente…

—No me malinterprete. No me refiero a la verdad como usted la entiende. Hablo de un concepto más amplio de ella. ¿Cuál es el sentido de la vida?

—Una cuestión que tiene su enjundia, cuando menos, sí, señor.

—La finalidad de la vida es aprender a morir. No otro es el gran tema de Homero, y no otro es el significado de esta espada, que está aquí, aquí mismo —señaló al tiempo que entraban en el cobertizo en que guardaban muchas de las cosas que descubrían—. Éste es nuestro recinto sagrado, profesor. Me hubiera gustado acompañarle en una visita guiada en cuanto usted llegó, pero los dioses habían decidido otra cosa. Acompáñeme —y le mostró el camino hacia la larga mesa de madera donde depositaban los hallazgos más recientes—. ¿No es una maravilla? —Sobre un paño había una hoja fina de bronce, de unos veinte centímetros de largo por dos de

ancho, mellada, cubierta de escamas y de manchas de herrumbre, bermejas y verdosas—. He leído el trabajo que publicó sobre las armas descubiertas en Wisconsin, profesor. Si no recuerdo mal, las hachas eran de cobre puro.

A William Brand le sorprendió que Obermann hubiera leído ya un artículo que acababa de aparecer en la revista científica *Early American Archeology*.

—De cobre, eso es —repuso—. Me fascina la amplia variedad de campos que abarca su curiosidad como lector.

—Forma parte de mi trabajo. Pero mi pregunta es: ¿de dónde sacaron los troyanos el estaño para fabricar bronce? Y creo que tengo la respuesta. El metal procedía de Cornualles, en Inglaterra, traído hasta aquí por mercaderes fenicios. Me puso sobre la pista el hallazgo de una copa, de características hasta entonces desconocidas, en un pequeño pueblo llamado Mevagissey. No tengo ni idea de lo que significa ese topónimo, porque aún no domino la lengua de los celtas. Vi un grabado de la copa en el *Times* de Londres, y caí en la cuenta al instante: era homérica, con dos asas. Había una relación entre ambos lugares, profesor, y el nexo de unión era el bronce. Nunca había hablado con nadie de este asunto. Pero estará preguntándose la razón de que haya sacado a relucir las hachas de guerra de Wisconsin a las que usted se refería en su artículo —a William Brand lo exasperaba la interminable, atropellada y enfática manera de expresarse de Obermann—. Encontramos restos de un hacha de guerra junto a la espada —prosiguió—, pero estaban tan impregnados de cloruro de cobre que, en cuanto los tocamos, se deshicieron en minúsculas partículas.

—¿Por qué tenía tanta prisa en desenterrarla?

—Porque estaba deshaciéndose en la tierra…

—No, no me refiero al hacha de guerra, sino a la espada. Se halla en pésimas condiciones y no creo que soporte la exposición al aire. ¿Para qué retirarla de donde estaba?

—Toda mi vida llevo soñando con encontrarme un objeto como éste, profesor Brand, ¿y ahora me dice usted que para qué la he traído, exultante, a este lugar seguro? No creo que sea la pregunta más adecuada para alguien como yo.

—Podría haber acabado con la prueba que andaba buscando. No ha sido usted precavido.

—¿Prudente? No, no lo soy; soy un fanático, un fanático del saber, *episteme*. Tú ya me entiendes —dijo dirigiéndose a Sophia, que se había quedado en el umbral, pues no deseaba acercarse más —; me refiero a en términos científicos.

—Debo decirle que, en el poco tiempo que llevo aquí, no he observado nada que tenga que ver con la ciencia, y me sorprende —afirmó Brand—. Ha excavado una zanja de las dimensiones del Gran Cañón en este terraplén, y confía en descubrir una ciudad que está a la espera de que aparezca usted.

Obermann pareció quedarse realmente perplejo al escuchar las críticas formuladas por el profesor universitario.

—Le ruego que me disculpe, señor Brand. Me inclino ante su gran experiencia en cuanto al Gran Cañón se refiere, por supuesto.

En ese momento, Sophia dio un paso adelante.

—Creo que al profesor le gustaría contemplar el palacio de Príamo, Heinrich.

—Ésa es otra —comentó Brand—. Ni siquiera estamos seguros de que alguien llamado Príamo viviese alguna vez en este lugar.

Obermann dio una palmadita en la mejilla a Sophia.

—¿Lo ves? Has conseguido molestar al profesor —y volviéndose a Brand, añadió—: Siempre estaré de parte de ella, profesor, hasta que Troya se hunda en las profundidades de la tierra. Y permítame que le diga algo más. Aceptaré que ella siga utilizando el nombre de Príamo, mientras usted no me demuestre que se llamaba de otra manera. ¿Le apetece un café turco?

A última hora de la tarde, Brand manifestó el deseo de examinar más de cerca los objetos que habían hallado.

—Como guste —repuso Obermann, quitándose el sombrero y limpiando por dentro con un pañuelo—. Pero he de recordarle que no debe tomar notas. Hay muchas cosas que aún no son de conocimiento público.

—No pensará que tengo la intención de adelantarme… —repuso Brand visiblemente consternado ante la aparente falta de confianza de Obermann.

—He aprendido que éste es un trabajo ingrato, profesor. El reconocimiento del mundo entero me trae sin cuidado, pero no estoy dispuesto a permitir que el resultado de mis trabajos se

divulgue antes de tiempo.

—Ni se me había pasado por la cabeza, caballero.

—En ese caso, adelante. Nuestro museo.

En un edificio contiguo a la cabaña principal, había multitud de objetos almacenados en bandejas o cajas de madera, colocados en toscos estantes. Brand estudió con atención las etiquetas escritas a mano adheridas a aquellos receptáculos, en que se describía el lugar y el nivel donde habían sido encontrados. A continuación, bajó uno de los cajones.

—Esto tiene que ser una equivocación, señor Obermann.

—¿Cómo se atreve? —preguntó Obermann, que se había quedado de pie a sus espaldas, observando con desasosiego los movimientos del americano.

—En este cajón hay dos tipos diferentes de cerámica, pero están identificados como procedentes del mismo nivel. Ésta es una vasija trípode de terracota, y esto, la tapa de un ánfora. Pasaron siglos entre una y otra de estas piezas.

—Así era la cerámica que hallamos en Troya. Dos piezas, procedentes de Troya quinta. ¿Qué tiene de raro?

—Que no es posible.

—No me hable de lo que es posible, profesor. Si hubiera hecho caso de esa forma de pensar, no habría conseguido nada.

—Soy un desconsiderado, caballero. Le ruego que me disculpe por hablar más de la cuenta, pero es que carece de sentido.

Obermann frunció el ceño, y miró el contenido de la caja.

—Ya sé qué ha pasado. La vasija debió de ser arrastrada desde un estrato superior. Recuerdo que llovió sin parar la noche anterior a que llegásemos a ese nivel. Ahí está el quid de la cuestión.

—En ese caso, procederá a separarlas de forma correcta, ¿verdad?

—No tenemos tiempo.

—Pero debe hacerlo.

—Obermann desconoce el vocablo «debe» —repuso con altivez, retractándose al instante—. Ya lo harán en Constantinopla. Así no estarán mano sobre mano todo el día.

10

Al día siguiente, Leonid acudió a buscar a William Brand en el sitio en que se alojaba en el pueblo cercano, donde acababa de desayunar un puré de legumbres y té negro. El profesor no había pasado muy buena noche: le habían preparado un jergón de paja turca en el suelo, y no tardó en descubrir que estaba lleno de bichos, de esos seres que en la Biblia se denominan «sabandijas». Así que se pasó la noche sentado en el suelo, con las piernas contra el pecho, y tapándose los hombros con una manta. Se juró a sí mismo que no volvería a pisar aquel lugar, aunque tuviese que dormir en las zanjas de Hissarlik. Sin embargo, su estado de ánimo mejoró a primera hora, a medida que se acercaban al terraplén. Hacia el este, había piedras y columnas blancas que, la noche anterior, cuando iba camino del poblado, no había visto.

—Parece un templo —se aventuró a decir.

Leonid miró en la misma dirección.

—Se lo conoce como Hagios Demetrios Tepeh, y se alza sobre una colina dedicada a san Demetrios. Tiene razón, profesor: las columnas proceden de un antiguo templo griego.

—Nos encontramos en un paraje maravilloso, un espacio todavía vivo del mundo antiguo. ¿Han examinado ese templo?

—No disponemos de hombres suficientes. Además, nadie querría ir allí.

—¿Por qué razón?

—Porque se contagian de fiebres. Se supone que es un lugar maldito.

—De modo que siguen creyendo en viejas supersticiones, ¿no es así?

—¿Qué esperaba? —repuso Leonid, sorprendido—. Está usted pisando suelo sagrado, profesor. ¿Ve aquella colina, sí, precisamente allí, hacia el este, con unos árboles que crecen a sus

pies? Es uno de los lugares más terroríficos de estos contornos. Hay una cueva donde, según afirman los lugareños, si uno se interna en ella pierde su sombra.

—Me encantaría visitar ese lugar.

—Lo siento, pero herr Obermann nos lo ha prohibido.

—¿Prohibido?

—Quizá no tenga fe en todo lo relacionado con la religión, pero cree en la gente y, desde luego, no le llevaría la contraria.

—Curioso modo de dirigir una empresa, si me permite expresarme así.

—Estamos en su mundo, profesor. Hemos de seguir sus normas.

—Soy un ciudadano libre, amigo mío. No quiero jactarme de semejante circunstancia, pero así son las cosas. ¿Acaso el señor Obermann cometería la osadía de prohibirme que me trasladase a un lugar que deseo conocer?

—Tendría que preguntárselo a él.

—Le doy mi palabra: esa cueva me interesa, y mucho.

William Brand había sido educado por sus padres, unitarios, en el respeto de lo que por entonces se conocía como la «religión racional». Le habían enseñado que la época de los milagros era cosa del pasado e inculcado valores como la ayuda al prójimo, las buenas obras, la austeridad y el éxito. Delante de sus amistades, mantenía que no era, por supuesto, una fe tan rígida, ya que sus padres le habían enseñado a ser modesto y, en cierto sentido, a cumplir la palabra dada; pero se mostraba de acuerdo en que no se trataba de una religión capaz de suscitar entusiasmo: ofrecía poco de aquello sublime y misterioso que, sin embargo, él buscaba cuando estudiaba culturas desaparecidas. Sentía una especie de pasión por el pasado más remoto, por las obras de arte de antiguas civilizaciones ya extinguidas, por los símbolos crípticos grabados en viejas piedras.

—¿Cómo se llama esa cueva, si es que tiene nombre? —le preguntó a Leonid.

—Aquí se la conoce como la cueva de Sémele.

—Que era la madre de Baco, ¿verdad?

—Una mujer desdichada, profesor. Cuando su amante, Júpiter, se le apareció en todo su esplendor, ella se abrasó a causa de los rayos que emanaban del dios.

—Pero ella no era de por aquí. Había nacido en Tebas.

—Apenado, su hijo trajo a este lugar sus cenizas o, al menos, eso es lo que cuentan, y las depositó en la cueva. Los lugareños se refieren a la gruta como *lagoum*.

La cueva, bien conocida a lo largo de muchas generaciones, siempre había tenido fama de lugar siniestro. Una vez al año, los lugareños acudían en procesión con una vaca hasta la entrada de la gruta. Allí mismo sacrificaban al animal, y abandonaban sus restos para que fuera pasto de los espectros o de los demonios. A la mañana siguiente, no quedaba ni rastro, y los habitantes del lugar juraban que no había sido devorada por lobos o perros salvajes: se la habían comido los moradores de la gruta. También aseguraban que si alguien entraba en la cueva y se las componía para sortear a sus habitantes, al salir se encontraría del otro lado del mundo, un lugar donde vería el mar sobre su cabeza y el firmamento bajo sus pies.

Cuando llegaron al terraplén, Obermann saludó a Brand.

—¿Ha dormido bien, profesor? Este aire propicia el descanso.

—No estaba solo, señor Obermann, sino en compañía de huéspedes a quienes no había invitado.

—¿Cómo dice?

—Bichos, más conocidos vulgarmente como chinches, allí de donde vengo.

—Aquí también los llamamos así —reconoció Obermann, muerto de risa, mientras tomaba a Brand por el brazo—. Naderías, naderías. Ahora estamos muy por encima de ellos; a unos veinte metros sobre el nivel de la llanura, aunque, sin duda, en tiempos debió de estar mucho más abajo. Sígame por esta zanja. He hecho mis cálculos según los sedimentos depositados por el río a lo largo de dos mil años: unos seis metros de tierra. ¿Le parece a usted un cálculo ajustado, profesor? —Saltaron la zanja y brincaron de losa en losa, y Brand casi se había quedado sin resuello—. Debería ir a nadar al Helesponto, para ensanchar los pulmones. Los historiadores de la Antigüedad aseguraban que Troya no había sido arrasada por completo, pero que nadie vivió nunca en una ciudad que jamás dejó de existir. Y estoy de acuerdo con ellos. Los seres humanos son criaturas que siguen unas costumbres, un instinto. Excavan en viejos montículos, buscan en antiguos recovecos. ¿O

no? ¿Por qué a los perros les encanta el olor de los orines?

—No tengo ni idea.

—Porque es un olor ancestral, el mismo que emanaba de estas piedras cuando estaban dotadas de vida.

Brand se había detenido para tener una vista panorámica de los trabajos que se realizaban.

—En su último informe al *Times,* señor Obermann, mencionaba usted un baluarte.

—Por supuesto. Ahí lo tiene. ¿No ve cómo emerge de la tierra?

—Veo un trozo de muralla. Nada más.

—Mírelo de nuevo, profesor. Es el bastión al que se aupó Andrómaca, cuando se enteró de que los aqueos eran tan poderosos que tenían acorralados a los troyanos.

—Conozco el pasaje, señor Obermann. Pero ¡que me zurzan si eso es un baluarte!

—No nos entendemos. Vemos las cosas de diferente manera —afirmó Obermann, y obligó a Brand a proseguir—. Muy cerca de la superficie de las ruinas que contempla en este momento, encontré una gran mansión que debía de pertenecer a un hombre importante. Lo digo porque los suelos eran de enormes losas de piedra roja perfectamente pulida.

—¿Un gran sacerdote, quizá?

—Veo que tiene usted imaginación. Le felicito. Un gran sacerdote, así es; alguien que se encaramó a lo alto del baluarte, ese que usted no ha identificado, para dar la bienvenida al alba, la de los rosados dedos. Pero excavé a mayor profundidad, porque me interesaba más lo que encontraría debajo. ¿Y qué fue lo que descubrí? ¡Montones y más montones de ladrillos calcinados y, en parte, vitrificados! ¡La antigua Troya! En una carta personal, el señor Gladstone me aseguraba que todo el mundo civilizado debería darme las gracias. En estos momentos, me inclino a creer que no le faltaba razón.

—En su informe, usted se refiere a ella como Troya dos, que, si tenemos en cuenta los restos de cerámica, se correspondería con una ciudad anterior en unos mil años a la descrita por Homero. Todos los objetos que he visto hasta ahora son de principios de la Edad del Hierro.

—¿Y la espada de bronce?

—Un rompecabezas. Me he pasado la noche dándole vueltas. No puede pertenecer a ese nivel.

—Ya veo que las chinches le han afectado. Dígame, profesor: en Harvard, ¿no sigue utilizando los muebles de su abuela?

Brand había heredado de sus abuelos un banco y una mesa de comedor de roble.

—Así es.

—O sea, que en su propia casa conviven dos períodos, ¿no es así? Digamos que, de alguna manera, se encuentran al mismo nivel.

—Pero una diferencia de mil años…

—Mil años no son nada en esta región, donde los cambios se producen con lentitud y las costumbres perduran —Brand guardó silencio—. Mis opiniones se sustentan en hechos, amigo mío. Si hubiera visto los montones de tierra que hemos removido hasta avistar los niveles inferiores, no creería que un solo hombre, en un año solamente, hubiera llevado a cabo tan ingente tarea. He conseguido llegar al corazón de la colina, profesor Brand.

—Un corazón rodeado de otras partes, señor Obermann, a las que usted no ha prestado demasiada atención, me temo.

—No se altere. La inquietud no es buena consejera: siempre resta fuerzas.

—Nosotros los yanquis somos grandes guerreros. Lo llevamos en la sangre.

—Así que eso explica el histerismo en lo tocante a la bahía de Mamashkaui —dijo, refiriéndose a una controversia que se había suscitado el año anterior, cuando, en una ensenada de la costa de Nueva Inglaterra, se habían hallado vestigios de un antiguo asentamiento, restos datados en las postrimerías del siglo X antes de nuestra era y atribuidos a indios de aquellos parajes. A lo largo de las semanas siguientes, sin embargo, habrán aparecido un faro de piedra, un trozo de madera para reparar barcos, un huso de talco en espiral y un perno circular de una aleación de cobre, objetos estos últimos típicamente escandinavos: los materiales de que estaban hechos eran los mismos que se habían encontrado en excavaciones realizadas en Islandia y en Groenlandia. El «histerismo» al que Obermann aludía tenía mucho que ver con los historiadores norteamericanos que se negaban a aceptar que hombres del norte, vikingos para entendernos, hubieran arribado y vivido en

Norteamérica unos cuantos siglos antes de que Cristóbal Colón descubriese el continente—. Hallarán otros asentamientos —afirmó Obermann—; de eso no me cabe duda. ¿Acaso sus colegas no han leído las sagas nórdicas?

—Creo que están estudiándose ahora. Todo parece estar en entredicho.

—Tendrá ocasión de leer acerca de viajes a una tierra legendaria llamada Vinland, repleta de uvas y trigo. Hubo batallas entre los vikingos y los nativos de aquellos parajes, que dieron en denominar *skraelings*.

—Estoy al tanto —comentó Brand, que había mantenido largas conversaciones nocturnas con un compañero de la Facultad de Historia, el profesor Albright, que lo mismo se mostraba sorprendido que consternado o entusiasmado ante aquella novedosa perspectiva del pasado de Norteamérica.

—Deben aprender a fiarse de lo que narran las sagas, profesor. ¿No es acaso eso lo que he tratado de enseñarles a todos ustedes? Si alguna vez voy a Norteamérica, ¡estoy seguro de que hallaré una nave vikinga! —añadió Obermann, mientras volvía la vista hacia el Helesponto—. Dígales a sus colegas que excaven un poco más al este del asentamiento: encontrarán un lugar de enterramiento y unos cuantos muertos.

—No me explico cómo… —repuso Brand, atónito.

—En el lenguaje indio de los nativos, la palabra *mamashkaui* significa «enfermedad mortal», y con eso se referían a la viruela, traída por aquellos forasteros. De ahí el nombre del lugar: bahía de Mamashkaui.

—No salgo de mi asombro, caballero.

—Aquellos hombres del norte vivieron y murieron en Norteamérica, profesor. Acabó con ellos la enfermedad, no los nativos. Los últimos enterrarían a los suyos mirando al este, por donde sale el sol —en el mismo instante en que esto decía, un equipo de arqueólogos descubría vestigios de un lugar de enterramiento en una zona situada a unos cientos de metros al este de la bahía de Mamashkaui—. Pero a Obermann sólo se le permite hablar de Troya. ¿Ve usted esos montones de tierra a medio caer, en esa ladera, profesor? Ahí es donde arrojamos los cascotes, de modo que, observada desde lejos, da la impresión de que la colina no para

de crecer, hasta el punto de que, en estos momentos, parece más imponente que antes. Y lo que es más curioso todavía: ahora se asemeja más a una fortaleza que en cualquier otra época de su historia, como si su ser estuviera perfeccionándose. Está convirtiéndose en lo que, en su día, se dijo que era. A lo peor, me he dejado llevar por mi vena poética, profesor. Lo siento. Reminiscencias de leyendas alemanas, sin duda.

—Nada de eso, señor Obermann. Poseo un temperamento poético, si me permite expresarme así. Pero hay algo que aún me tiene perplejo.

—¿De qué se trata?

—Según la crónica del *Times*, usted había afirmado que el palacio se alzaba en lo más alto. Pero está aquí, en el extremo noroccidental.

—Hay que estimular la imaginación de los lectores de sus periódicos, hay que obligarles a soñar. Igual que yo me dejo llevar por mis sueños, profesor. En mis cábalas, me imaginaba un palacio resplandeciente que lo dominaba todo. No lo hallará usted en el libro que pienso escribir. ¿Ve usted esos fragmentos de mármol blanco? Un templo, que ha aparecido demasiado tarde para lo que tengo en mente.

Tanto aplomo dejaba atónito a William Brand. Nunca había conocido a nadie como Obermann, y no sabía cómo reaccionar. En cualquier caso, a su lado se sentía con ganas de comerse el mundo, como si se adentrase en un territorio desconocido, donde no tuvieran cabida las leyes y procedimientos a que estaba habituado.

—Anoche pensé que me parecía increíble lo que usted había contado.

—¿Increíble, dice usted?

—Pura invención, pura fantasía.

—Me está tildando de ingenuo, profesor.

—En el *Times* afirmaba que había hallado una estatuilla y unos anillos en los muros del palacio. Apuntaba que los habían escondido en aquel lugar cuando los invasores habían asaltado el edificio.

—¿Qué tiene de particular?

—Creo recordar que tales objetos se encontraron a diferentes niveles o, al menos, eso ponía en las etiquetas. No los habrían escondido, pues, todos a un tiempo.

—La historia es más importante, profesor. Esos relatos fueron los que me trajeron hasta aquí. ¿Qué sería del mundo si careciésemos de leyendas como ésas?

—Pero ha mezclado dos hallazgos diferentes. No es cierto lo que afirma.

—¿Qué es lo verdadero?

—No puedo responderle a eso, pero sé muy bien lo que es falso.

—No diga sandeces. Mi historia, como usted afirma, ha servido para dar por sentado un dato esencial: que estamos en Troya. En mi opinión, sacados de contexto, los hallazgos carecen por completo de interés.

—En cuanto a eso, discrepamos.

—Y seguiremos teniendo diferencias. Estoy aquí para recrear Troya, no para reducirla a un montón de polvo y huesos. Y ahora, si me disculpa, tengo que organizar las excavaciones de la jornada.

Y echó a andar, golpeando el suelo con el bastón, mientras Sophia reparaba en que se colocaba el reloj de bolsillo con más miramiento de lo habitual. Se llegó hasta su marido.

—Nuestro amigo norteamericano —le espetó Obermann— es un hombre nervioso y melancólico. Parece una mujer histérica. Se enreda en asuntos carentes de importancia, ¡como artículos de periódico, chinches!

—Estás enfadándote, Heinrich —le dijo ella, en un tono bastante neutro.

—No le importa nada este lugar.

—A lo peor, estás equivocado. Leonid me ha comentado que el profesor Brand desea ir a la cueva de Sémele.

—¿Ah, sí? —repuso Obermann, mirando alrededor hasta dar con William Brand—. ¿Está al tanto de la leyenda que rodea la gruta?

—Leonid se la ha referido.

—¿Y no está muerto de miedo?

—Por lo visto, ni se inmutó.

—¿Conque ésas tenemos? —exclamó un Obermann sonriente—. Habrá que encontrarle un caballo, pues. Nadie lo acompañará.

—¿Te parece prudente que vaya solo, Heinrich?

—El profesor Brand es un hombre racional. No le tiene miedo a nada. Cuando no se siente miedo es que no hay nada que temer.

—Me gustaría ir con él.

—¡No! ¡De ninguna manera! *Absolument pas!* —Le sorprendió la determinación que mostraba su marido—. Te lo digo desde el amor y la devoción que siento por ti, Sophia. Eres una hija de Grecia. Quizá no te hayas dado cuenta, pero en ti anida la superstición. El norteamericano no tiene nada que perder. Nada que ganar, pero tampoco nada que perder.

Sophia le obedecería en esta ocasión, desde luego. Su madre le había enseñado que una esposa había de ceder ante su marido en cosas menores para poder llevarlo por donde quisiera en asuntos de mayor enjundia. Pero la joven pensó que había dado por su cuenta con un método más eficaz. Había aprendido que si cumplía las obligaciones con entusiasmo, tales imposiciones dejaban de ser una carga. Por eso se había concentrado en Homero y estaba orgullosa de participar en las excavaciones. Más que Sophia Chrysanthis, se había convertido en frau Obermann. ¿Acaso no era eso lo que significaba estar casada?

—Por lo menos podré acompañarle hasta allí, ¿no te parece, Heinrich? No creo que corra ningún peligro.

—Mantente lejos de la cueva, Sophia. Alguna razón habrá para que los lugareños abominen de ese lugar.

11

Sophia fue con Brand hacia el este de la llanura.

—Es una meseta; los caballos se encabritan —le explicó.

—Los troyanos eran famosos domadores de caballos, ¿no es así?

—Pues sí. Y llevaban a cabo dicha tarea en estas mismas tierras. Aquí no hemos encontrado nada, ni siquiera ladrillos o fragmentos de cerámica. Sólo la tierra, igual que era entonces, igual que la vemos ahora.

—Cuando habla, tiene usted un deje musical, frau Obermann, como si cantase.

—¿De verdad?

—¿No se lo habían dicho antes?

—Nunca, profesor —y se echó a reír—. El canto no es lo mío, desde luego.

—Me da la impresión de que no está muy acostumbrada a que la piropeen.

—No lo merezco.

—Claro que sí. Es usted digna de toda clase de cumplidos.

—Me halaga usted.

—Sería maravilloso que se diese una vuelta por casa, como decimos en Norteamérica —Sophia guardó silencio—. Discúlpeme. Creo que he ido demasiado lejos.

—¿Ve la cadena de montañas que se alza ahí enfrente?

—Es donde se halla la gruta, ¿verdad?

—Una tierra baldía. Dicen que hasta las ramas de los árboles que crecen en esa dirección se secan.

—Apasionante.

—Sólo interesante, profesor. Me gustaría acompañarle, pero mi marido…

—A su marido le pueden las leyendas, señora Obermann. ¿Cree usted en fantasmas y esas cosas?

—No, no creo en esas cosas —repuso muy despacio, como si midiese las palabras, mirando fijamente a la entrada de la gruta a medida que se acercaban al lugar—. Pero me parece que me dan miedo. Le esperaré aquí, profesor. Me quedaré hasta que vuelva.

Brand siguió adelante, cabalgando más deprisa sin su acompañante, y subió hasta la cueva. Asustado quizá por una culebra, el caballo se encabritó cuando se dirigían a la entrada; el jinete lo acarició y le habló en susurros. Ató al animal a una piedra que sobresalía, y echó a andar hacia la gruta.

Se detuvo en el umbral y encendió el farol que llevaba. A continuación, penetró en la cueva. Dentro no estaba tan fresco como había supuesto; del interior salía una corriente de aire. Salvo unas cuantas piedras y algunos guijarros que menudeaban en el polvo gris, el terreno se veía liso. Por encima de su cabeza, había unas rocas del mismo color y textura que la tierra que pisaba, pero petrificadas y grotescamente retorcidas. No olía a humedad ni a putrefacción; sólo a cerrado, a moho, lo que le recordó una ocasión en que había abierto el armario del dormitorio de su padre y el olor de las levitas y los abrigos colgados le había llegado como una bofetada. No se oía nada: la capa de polvo fino que se extendía a la entrada de la cueva era tan espesa que amortiguaba sus pasos. Las rocas, por otra parte, la aislaban de cualquier ruido procedente del exterior, ni siquiera oía piafar al caballo. Alzó el farol, que no llegó a iluminar el interior de la gruta: sólo veía una perlada irisación delante de él. Seguía notando la corriente de aire proveniente de alguna hendidura, algún orificio; trastornado, le pareció algo más templada. ¿O no sería más que el aire seco y en reposo del interior del recinto? Dijo «Hola», pero no oyó el eco. Se volvió a mirar atrás, mas el resplandor del farol le impidió ver la entrada de la gruta y la luz del sol. Dio un paso largo, pero tropezó, y se fue de bruces, aunque consiguió enderezarse, con un movimiento brusco e instintivo. El farol que sujetaba se balanceaba a lo loco y, por un momento, tuvo la impresión de que su sombra había huido por delante, luego se había detenido y vuelto para mirarlo.

Sophia llevaba esperando aproximadamente media hora. Desde el Egeo, una brisa marina cargada de humedad cruzó la llanura y la joven agradeció el frescor. Era un presagio de viajes y despedidas,

que aceptó de buen grado. En ese instante, el profesor Brand salió de la cueva. Andaba erguido, muy despacio. Dejó el caballo a sus espaldas, que se quedó mirándolo sin moverse. Avanzaba con la cabeza torcida hacia un lado, como si se hubiera dado un golpe en el cuello y, a medida que se acercó a ella, Sophia reparó en que miraba fijamente delante. Algo no iba bien. Su tez tenía una palidez grisácea.

—He de volver a casa —dijo cuando estuvo a su altura, sin mirarla siquiera.

—Ha cogido frío en la cueva, profesor. No es un lugar saludable.

—A casa.

Sophia se acercó al caballo de Brand, que seguía atado, y echó un vistazo de refilón al interior de la gruta. Parecía un lugar muy luminoso, tal vez los rayos del sol se colaban por alguna grieta entre las rocas, se dijo. Desató el caballo y se lo llevó de allí. El profesor Brand seguía de pie, con la cabeza espantosamente torcida; con esfuerzo, la joven se las compuso para ayudarlo a montar en el animal, y así se quedó, inclinado sobre la silla de cuero. Luego ella montó en el suyo y, sujetando las riendas de la caballería del profesor con una mano y guiando su montura con la otra, regresaron al pueblo donde Brand pasara la noche anterior. Por fortuna, Leonid andaba por allí, pues había ido a comprar unos sacos de trigo. Cuando Sophia lo llamó, acudió a toda prisa.

—Debe de haber contraído alguna enfermedad en el interior de la cueva —le dijo—, tal vez fiebres.

Entre ambos lo bajaron del caballo y, medio a rastras, cargaron con él y lo condujeron a casa de los campesinos. En la quietud del huerto, tres mujeres sentadas molían semillas de sésamo. Leonid les explicó que tenían que meter al profesor en la cama porque estaba enfermo. Pero no mencionó el *lagoum* de Sémele. Las mujeres se pusieron en pie al instante, temerosas de que hubiera sucumbido a una de esas fiebres tan frecuentes en la región. Pero cuando vieron cómo Sophia ayudaba al norteamericano a tenderse en el jergón, repararon en que éste no parecía acalorado ni sudaba; sólo estaba pálido, y tenía los ojos y los labios de color gris. Se dieron media vuelta, y abandonaron la casa sin mirar atrás. Los hombres tampoco regresaron allí al finalizar la jornada de trabajo; se quedaron en casa de unos primos, al otro extremo del pueblo.

Sophia no se apartó del lecho de Brand durante toda la tarde y parte de la noche. El profesor yacía en el jergón, respirando de forma lenta y pesada. Mantenía los ojos abiertos, pero no hacía gesto alguno, como si estuviera perdido en sus cavilaciones. De pronto, cuando el sol comenzaba a ponerse, se volvió hacia Sophia y pareció mirarla.

—Bailarines —dijo.

Minutos más tarde, avisado por Leonid, llegaba Obermann. Se inclinó sobre el camastro y echó un vistazo a Brand.

—Ha perdido el vigor —comentó—. Es un espectro. ¿Me hiciste caso, Sophia?

—No entré en la cueva.

—¿Te das cuenta de lo que puede ocurrirnos si nos oponemos a la voluntad de los dioses? —Se inclinó y tomó el pulso al enfermo —. No es posible suministrarle quinina. No se trata de fiebres. Ni tampoco darle láudano, porque no hay dolor. ¿Ves cómo se le han borrado las arrugas de la cara? Está regresando.

—¿A Norteamérica?

—No, no, Sophia. Ésa sería una travesía demasiado corta. Está volviendo a sus orígenes —se puso de rodillas, y examinó el jergón —. Lo que me estaba temiendo, hasta las chinches han desaparecido —anunció, y a continuación salió de la casa y se acercó a Leonid, mientras contemplaba la llanura que se oscurecía por momentos—. No podemos jugar con estas cosas, Telémaco. Se hallan por encima de nosotros.

—¿Se recuperará?

—Por supuesto que no. Tendrás que poner un telegrama al cónsul norteamericano. Deben llevárselo a Constantinopla. No podemos dejar aquí su cuerpo, acabaría echando por tierra nuestro trabajo. Los lugareños ya están aterrorizados y he tenido que prometerles más dinero, pero no puede permanecer aquí mucho tiempo —Obermann entró en la casa de nuevo—. Ahí sentada, Sophia, pareces la diosa de un túmulo funerario. ¡Tan maravillosa como si fueses de mármol!

—¡Heinrich!

—Discúlpame, te lo ruego. Sé que no debo hablar de belleza dadas las circunstancias —se acercó a Brand y lo miró de nuevo; tenía los ojos abiertos y parecía respirar con normalidad—. Está

esperando. ¿No te importa quedarte con él hasta que amanezca?

—Claro que no.

—Eres una diosa.

—Si lo fuera, podría ayudarle.

—Ni siquiera en una situación como ésta te paras a pensar en ti misma, Sophia. Eres admirable. Así es como tendrían que ser las cosas. Te garantizo que no corres ningún peligro. No se trata de una infección.

—¿De qué entonces?

—De una enfermedad, pero no una dolencia física. No sé nada más. Deberías solicitar la presencia de un clérigo turco.

—Lo único que me dijo fue «bailarines».

—¿Bailarines? Esta planicie es conocida como la llanura danzante, cuando el trigo se mece, agitado por el viento.

—¿Se referiría a eso?

—Y había bailarines que acompañaban a los dioses cuando éstos iban a ver a los mortales. Pero ¿quién puede saber qué estará pasando por esa cabeza?

Durante aquella velada y a lo largo de toda la noche, la joven se quedó junto a William Brand. Comenzó a disfrutar del silencio, que tanto había echado en falta durante los primeros meses de casada. Se instaló en la quietud; de vez en cuando, echaba una ojeada a Brand e incluso le tomaba la mano. Aunque mantenía los ojos abiertos, le parecía que estaba dormido. Si esto es la muerte, pensó, no tengo por qué temerla. Pero ¡vaya usted a saber! Había oído hablar de hechizos que embrujaban a las personas durante días y semanas, hasta que se rompía el conjuro. Le habían contado casos de personas que, dadas por muertas, acababan por despertar. Y una vez más, consintió en que el silencio se adueñase de ella durante una hora, quizá más.

—No estoy enamorada de él —dijo, por fin—, pero le admiro —y guardó silencio de nuevo—. No es un hombre como los demás —hizo una pausa—. Mas he hecho bien en plantarle cara, porque estaba pidiéndolo a gritos. De no haber sido así, no sabría ni por dónde se andaba. Es tan vehemente, tan alocado que habría hecho cosas raras. Si alguien le hubiera preguntado por la espada, no sé qué respuesta habría dado. Es tal lío, que prefiero ni pensarlo. ¡El marido de frau Obermann debe quedar por encima de toda

sospecha! —Y se echó a reír—. Me preguntan que cómo me casé con él. No tenía elección. Mi madre ya había decidido por mí. Pero no es una situación tan mala. No deja lugar a dudas o incertidumbres. Puedo llevar mi propia vida sin tener que esperar años para hacerlo. He dicho «mi vida», pero ¿es ésa mi vida? No lo creo —se interrumpió, mientras colocaba el brazo derecho de Brand bajo la manta, que le pareció sorprendentemente liviana—. Cuando llegué a este lugar la primera vez, no acababa de creérmelo. ¿Qué pintaba yo en Troya? Pero, entonces, monsieur Lineau me habló de los dioses; le ruego que tenga a bien disculparme —se excusó, al tiempo que contemplaba el rostro sereno y tranquilo de Brand—. Es posible hallar la salvación gracias al trabajo, a una actividad. Tan pronto como comencé a excavar, todo empezó a cobrar sentido. Mi esposo dice que tal es mi destino. Pero no estoy de acuerdo. No lo creo. Lo sabré cuando me llegue, pero no es éste mi destino —suspiró, fue hasta la puerta y, escrutando la noche, trató de distinguir el perfil de los olivos silvestres que se alzaban en los pedregales, pero no vio nada aparte de oscuridad—. Le he dicho que, por el momento, no quiero tener hijos. No es propio de una esposa griega, ya lo sé, pero él lo ha aceptado. Es como un niño, ¿verdad que sí? No necesita un contendiente. Hay que ver lo sorprendida que me quedé cuando, la otra noche, entró en nuestro dormitorio, posó la cabeza en mi regazo ¡y rompió a llorar! De verdad que no me lo esperaba. Luego, se fue —se apartó de la ventana, y volvió a ocupar su sitio junto a la cama del enfermo—. En el fondo, creo que nunca tendré hijos. Él es mayor que yo, mucho mayor. Pero no me importa. Estuvo casado antes, mas no me enteré hasta que llegué aquí —dijo, mientras daba vueltas al anillo de casada—. Sé que muchas personas piensan que mi marido está loco. Las caras que ponen no dejan lugar a dudas. Pero Heinrich no está loco. Sus ideas le llevan a ser poderoso, pero no está loco. Puede ser muy difícil de trato, por supuesto, y decir muchas barbaridades, pero no las piensa. Habla siempre con el corazón en la mano —extendió una de las suyas y empezó a examinarla—. Vaya por Dios, tengo las uñas sucias. La mugre de Troya. ¡A veces me parece que nunca me veré libre de esta inmundicia, que todos llevamos encima! Es como un accidente capaz de cambiar el curso de una vida. Así es. Troya ha dejado en mí una huella más profunda

que el hecho de estar casada. Y estoy segura de lo que digo —comenzó a estudiar la palma de su mano—. ¿El viento? Cada vez sopla con mayor intensidad. Hace que me sienta antigua. ¿Que no lo oye? Cualquier ruido que oiga atribúyaselo a él —Brand no se movió, aunque seguía con los ojos abiertos. Sophia se inclinó entonces sobre el profesor y se situó en su punto de mira, pero él no era capaz de reconocer nada aparte de sí mismo.

Al filo del anochecer del día siguiente, se presentó Cyrus Redding. Nada más recibir el cable enviado por Leonid, el cónsul norteamericano había tomado el paquebote que salía de Constantinopla, en compañía de Decimus Harding, el pastor de Oxford, que estaba con él cuando le habían entregado el telegrama.

—¡Qué menos podía hacer! —le dijo Harding a Sophia en la pequeña choza—. Antes que los ortodoxos, el profesor Brand habría preferido los ritos de la Iglesia anglicana, ¿no le parece? Además, tenía ganas de venir a Troya.

Cyrus Redding permanecía de pie junto a Obermann, al lado del camastro que ocupaba Brand. De repente, Obermann pasó un brazo por el hombro del cónsul y le susurró muy convencido:

—No saldrá con bien de ésta.

Cyrus Redding se humedeció los labios y asintió. A continuación, se volvió a Harding.

—Proceda, señor mío —le rogó.

El pastor abrió el maletín negro que llevaba con él y sacó una simple cruz de madera. Cuando comenzó el ritual, los otros se apartaron del lecho. Mientras, Obermann, de rodillas en aquel suelo de tierra batida, parecía rezar con fervor. Cuando finalizó la liturgia, Obermann se puso en pie y, para mayor sorpresa de Harding, le estampó un par de besos en las mejillas.

—Deseo que purifique esta casa, padre Harding. Pero hágalo en el exterior, que lo vean los del pueblo.

—La Iglesia de Inglaterra no dispone de un ritual para…

—Pero sí de exorcismos, ¿no es así? Toda religión cuenta con sus propios demonios.

—Me temo que no me lo sé de memoria.

—En tal caso, improvisaremos. Adelante, amigo mío. Eso es lo más importante, lo que más nos conviene, en este momento.

—No estoy dispuesto a…

—Pues yo sí. ¿Me permite su cruz? Sophia, ¿serías tan amable de traerme un poco de agua del pozo?

—Lo que se propone llevar a cabo es algo rayano en la blasfemia —exclamó un sonriente, por no decir encantado, Decimus Harding—. No creo que deba consentirlo.

—Es inevitable. Hay que desterrar la maldición que ha caído sobre esta casa.

Decimus Harding, Cyrus Redding y Leonid fueron tras él; formaban un insólito grupo a un lado de la entrada.

—A ver, Sophia. ¿Ya tienes el agua? —Su mujer había llenado un pequeño cuenco de barro en el pozo que había junto al camino y estaba de pie a su lado. Obermann alzó la cruz—. *Arma virumque cano!* —exclamó con voz tan potente que los lugareños se asomaron a la puerta de sus casas, desde donde habían seguido los acontecimientos de aquella mañana—. *At pius Aeneas per noctem plurima volvens* —prosiguió, espaciando las sílabas, mientras aspergía la puerta de delante y la escalera que conducía a la casa con el agua del cuenco.

—Es un popurrí de Virgilio —dijo en un susurro Decimus Harding a Cyrus Redding—, una blasfemia.

—*At regina iamdudum saucia cura!* —Obermann roció el suelo delante de la casa y puso la cruz contra la pared—. *Anna soror, quae me suspensam insomnia terrent!*

Sophia miraba a su marido y no salía de su asombro. No tardó en darse cuenta de que eran pasajes del poema épico de Virgilio, y no se sintió muy conforme con aquel uso.

—*At pius exsequiis Aeneas rite solutes, aggere composito tumuli, postquam alta quierunt!* —Confundidos por tanta solemnidad, los lugareños guardaron silencio, mientras los habitantes de la casa se abrazaban.

Obermann alzó la cruz una vez más y, para concluir la ceremonia, se postró de rodillas y la besó. Cuando se puso en pie, los del pueblo le aplaudieron, mientras él decía a voces:

—¡Purificada! ¡Purificada! *Arindi!* —Se volvió a Cyrus Redding, que, perplejo, había seguido toda la ceremonia y le dijo—: Disponemos de una carreta y un caballo para llevarnos de aquí al profesor Brand. No podemos perder ni un minuto.

—¿Qué ha estado haciendo, herr Obermann?

—¿Y a usted qué le parece? Exorcizando la casa.

—¿Con versos de Virgilio?

—Lo primero que se me vino a la cabeza. ¿Acaso los Padres de la Iglesia no se referían a él como el divino Virgilio? Hemos de llevarnos de aquí al profesor, ahora que todavía está con vida —entró en la casa de nuevo y, con la ayuda de Leonid y Sophia, sacaron por la puerta a Brand en el jergón que ocupaba y lo llevaron hasta la calle, donde había un caballo y una carreta atados junto a unos olivos silvestres.

—¡Mirad! —gritó de nuevo Obermann a los escasos pobladores del lugar—. No está muerto. Aún vive. *Olmedi! Yasiyor!*

Sentados en el pescante junto al cochero, Obermann y Redding avanzaban por la llanura.

—Ningún capitán griego o turco hubiera accedido a subirlo a bordo —le explicaba Obermann al cónsul—, por eso he contratado una embarcación que nos llevará desde la bahía de Ezine. Bordearemos la costa del mar de Mármara para comprar provisiones.

—¡Vamos a tardar unos cuantos días!

—¿Se le ocurre a usted una forma mejor de trasladarlo a Constantinopla? No tenemos alas ni disponemos de alfombra mágica.

—No llegará con vida.

—En ese caso, le daremos sepultura en el mar.

—¡El profesor Brand es ciudadano norteamericano!

—A Poseidón le trae sin cuidado Norteamérica, señor Redding. Seguro que recibirá de buen grado al profesor.

—Hay que seguir unas normas.

Ambos hombres hablaban en voz baja, mientras Leonid y Sophia cuidaban del enfermo en la parte trasera del vehículo que, con el traqueteo, no dejaba de chirriar.

—Tenga en cuenta, amigo mío, que en estos parajes no estamos en el siglo XIX, sino en épocas muy anteriores.

—¡Heinrich, Heinrich! —gritó Sophia—. ¡Ha fallecido!

—¿Muerto? ¡Que Dios lo acoja en su seno! —Obermann saltó por encima del cadáver y le palpó la muñeca—. No hay pulso.

Estabas en lo cierto.

—Murió de una forma tan discreta… —comentó Sophia—. Ni una mueca.

Cyrus Redding se quitó el sombrero de jipijapa.

—Es una situación insólita —afirmó—. No sé qué hacer.

—Está usted en compañía de Obermann —le respondió el arqueólogo—, así que no se preocupe. Reverendo Harding, si me concede un minuto: mire, nos dirigimos a la costa, donde nos desharemos de nuestra preciada carga, y usted oficiará los funerales.

—Habrá que realizar una investigación, herr Obermann —terció Cyrus Redding, mirando fijamente a Harding, en busca de apoyo.

—¿Y espera encontrar un forense y un juez de instrucción aquí, en la llanura de Troya?

—Me gustaría saber cómo va a comunicárselo el cónsul al claustro de Harvard, o a sus parientes —comentó Harding a Obermann.

—Bastará con que les informe de que el profesor Brand murió a consecuencia de una epidemia y que hubo que enterrarlo de inmediato. Algo muy normal en esta parte del mundo. Enviaré un certificado al registro de Constantinopla. Si usted hace lo mismo, reverendo Harding, lo darán por bueno.

—¿Y qué hacemos con Kadri Bey? —preguntó Sophia, sin inmutarse.

—No tiene por qué enterarse. Diremos que el profesor determinó irse a Constantinopla en una decisión repentina.

Harding y Redding permanecieron en silencio mientras, a paso lento, carreta y caballo seguían avanzando por la llanura. Cuando el cochero les advirtió de que habían llegado a la bahía de Ezine, descendieron del carro de uno en uno a una playa de guijarros. El Egeo resplandecía a la luz de la tarde que ya declinaba, sumiéndolos en una extraña incandescencia mientras, con cuidado, bajaban de la carreta el cadáver de Brand y lo depositaban sobre la playa.

—Hay un inconveniente —apuntó Obermann—. Si lo enterramos, los buitres sabrán dónde está. Hasta los héroes tenían pavor de semejante perspectiva.

—Además —terció el pastor, sintiendo un leve estremecimiento

—, no tenemos palas.

—Si decidimos no enterrarlo, podemos incinerarlo.

—Eso no es propio de cristianos, herr Obermann.

—Pero es homérico. Encenderemos una pira. Volveremos a colocarlo en la carreta. Hay leña por todas partes. Podemos cubrirlo con la embarcación.

En la playa, había un montón de palos de madera reseca por el sol. Dos pescadores, que aguardaban en silencio las instrucciones de Obermann, habían arrastrado a la playa la barca que Obermann había apalabrado para realizar la travesía hasta Constantinopla.

—No podría haberlo planeado mejor —comentó Decimus Harding, que parecía solazarse dadas las circunstancias.

—¿Se refiere a mí? ¡Ni lo había pensado!

—No me malinterprete. Quiero decir que ha salido mucho mejor de lo que usted hubiera imaginado.

—Los dioses están de nuestra parte. Eso es todo. La pira les agradará. Lo tomarán como un tributo.

—Todo eso suena a paganismo, señor mío —lo acusó Cyrus Redding, visiblemente molesto ante la situación.

Sin embargo, Obermann ya se había acercado al cochero del carruaje, le había pasado un brazo por el hombro y le había susurrado al oído. Al instante, el cochero desunció la carreta y partió a caballo por la llanura, dejando tras él a uno de los animales. Obermann se acercó a continuación a los dos pescadores y comenzó a hablar con ellos haciendo muchos aspavientos: señalaba al mar, y se frotaba las manos; alzó los brazos, y gesticuló con vehemencia mirando al cielo. Leonid y Sophia se llegaron hasta la orilla.

—Heinrich lo tenía todo planeado; estoy segura. Sabía que el profesor encontraría la muerte en la llanura.

—No tiene por qué extrañarse, frau Obermann —repuso Leonid —: la incineración era un rito de la antigua Troya. Por otra parte, ningún turco lo enterraría.

—Porque es impuro, ¿no?

—Si piensan que un hombre ha sido maldecido por Dios, la costumbre de por aquí es conducirlo a las afueras de la ciudad y alejarlo del lugar arrojándole tierra y piedras. Una vez muerto, la gente se aparta de él y no vuelve la vista atrás. Eso es lo que

habrían hecho con el profesor Brand.

Los dos pescadores llevaron la carreta de madera hasta la orilla y depositaron los restos de Brand en ella. A continuación, cubrieron el cuerpo con la barca y prepararon una pira alrededor del carruaje.

—Me imagino que se sabrá el ritual de memoria —comentó Obermann, acercándose a Decimus Harding—. Es algo muy inglés, ¿no?

—No estoy seguro de recordarlo al pie de la letra, caballero.

—Ni se preocupe. No creo que al profesor Brand le importe demasiado. Le ruego que comience. El sol está poniéndose.

Harding se aproximó a la carreta y se santiguó.

—Oh, Dios, en cuya misericordia encuentran reposo las almas de los fieles difuntos, te pedimos que te dignes bendecir esta tumba y la pongas bajo las alas protectoras de tu santo ángel.

Obermann sacó una caja de cerillas marca Lucifer, y acercó la llama a los palos que habían recogido en la playa, que prendieron al instante, lanzando llamaradas alrededor de la embarcación.

—Yo soy la resurrección y la vida —prosiguió Harding—. Quien crea en mí, aunque muera, vivirá, y ninguno de los que viven y creen en mí morirá para siempre. Oremos.

Cyrus Redding, Leonid y Sophia inclinaron la cabeza, mientras Harding recitaba una oración, que recordaba sólo a medias, por el difunto. Mientras rezaban, Obermann empujaba la madera con el bastón, colocándola debajo del bote, para que la improvisada pira ardiese mejor.

—Dale, Señor, el descanso eterno, y brille sobre él la luz perpetua —Harding miró al Egeo: el mar y el cielo parecían confundirse en aquel instante—. Escucha nuestras plegarias: que las almas de los fieles difuntos descansen en paz.

Las llamas subían más y más, y el calor les obligó a retroceder. En ese momento, Cyrus Redding comenzó a cantar, con voz clara y potente, un himno norteamericano, «El peregrino que viene de tierras remotas». Obermann asintió con la cabeza y sonrió, mientras balanceaba el bastón al ritmo de la melodía.

—¡Bravo! —gritó cuando el cónsul concluyó—. ¡Bravo!

Permanecieron mirando cómo el bote y el cadáver del profesor Brand ardían en la pira funeraria antes de que sólo quedasen las cenizas, mientras el sol se hundía en el horizonte y el mar se

tornaba más oscuro y negruzco. Obermann gritó algo a los pescadores turcos, que echaron a rodar la carreta chamuscada por la playa de guijarros hasta la orilla del Egeo.

—¿No deberíamos esparcir las cenizas? —preguntó Harding.

—El viento las arrastraría de nuevo hasta aquí —repuso Obermann—. Mejor será que confiemos a las olas los restos de Brand.

De modo que los marineros se adentraron en el mar y empujaron la carreta hacia lo más hondo, donde, poco a poco, desapareció de la vista, dejando una fina ristra de cenizas y madera quemada en la superficie.

—Era un hombre encantador —comentó Obermann a Sophia—, aunque no muy ducho en esto de la arqueología.

Entonces oyeron el galope de unos caballos que se aproximaban a ellos, y Cyrus Redding se sobresaltó.

—Vienen a sacarle de aquí —le anunció Obermann—; son su transporte.

Era el cochero, que regresaba con tres caballos amarrados.

—El reverendo y el cónsul volverán a caballo a Kannakale, donde tomarán un barco que los llevará a Constantinopla. Nosotros regresamos a Hissarlik. Aquí no ha pasado nada, nada de nada.

—Confiaba en poder acercarme a Troya —manifestó Harding—. Sería una pena que, estando tan cerca…

—Así seguirá siendo un sueño para usted —replicó Obermann—, y créame que le envidio. Pero debe regresar aquí. ¿Quién sabe qué nos deparará el destino?

Sophia, de espaldas, contemplaba el mar.

—Hasta siempre, profesor. Hasta siempre jamás —musitó, mientras las sombras de unas aves marinas se reflejaban en el agua.

12

El tiempo se había vuelto inesperadamente frío en la llanura de la Tróade; el viento cortante y la escarcha se abatían sobre las diminutas flores rojas y amarillas que la cubrían. Las cumbres más altas del monte Ida estaban nevadas y, tras su zambullida matutina, Obermann les aseguró que el Helesponto parecía taciturno, resentido. Nadie reparó en la ausencia del profesor Brand. Se conformaron con la explicación que dio el arqueólogo de que, satisfecho con lo que había visto en Troya, había regresado a Constantinopla.

—Contamos con las bendiciones de nuestro colega norteamericano —les dijo—; así que a trabajar. ¡El trabajo lo cura todo! ¡Si trabajamos es señal de que estamos vivos! —A continuación se volvió y dijo a Sophia—: He estado pensando en mi epitafio. «Descansa en paz. Ya has hecho bastante», aunque no, no está bien, no expresa lo que quiero decir; a ver si éste te parece mejor: «Imitadle. Trabajó por los mortales sin descanso». Creo que refleja mejor el espíritu de los griegos, ¿verdad?

Sophia no sabía a ciencia cierta si estaba hablándole en serio.

—No deberías pensar en sepulcros, Heinrich.

—¿Por qué no, si estamos rodeados de tumbas? Quién sabe lo que se esconde bajo nuestros pies —replicó, pisoteando la tierra.

Le había parecido bien la idea de Sophia de despejar la explanada que se extendía ante las puertas de Troya, así como los baluartes de la muralla en que se asentaban.

—Allí fue donde dejaron el caballo de madera —le había dicho ella.

—No quedará nada, Sophia. ¿No ves que entraron el caballo en la ciudad?

—Me gustaría ver el sitio en que lo dejaron. A lo mejor, hay un camino de piedra, o unos troncos para llevarlo rodando.

En ésas estaban aquella fría mañana, mirando un perímetro de forma cuadrada donde habían excavado hasta un metro de profundidad. Habían encontrado pernos y fragmentos de herramientas de piedra, prueba de que se trataba de un lugar por el que había transitado gente, pero nada que indicase que por allí hubiera discurrido un camino.

—Alcanzado el propósito ambicionado, el caballo de madera desapareció —dijo Obermann, al tiempo que levantaba una enorme piedra y la arrojaba contra unas matas que crecían junto a la muralla—. Una serpiente.

—¿Cómo la viste?

—Obermann lo ve todo. ¿Te he hablado de las víboras pardas? —Su mujer negó con la cabeza—. Son las más letales. Si te muerden, mueres al caer el sol. *Antelion* —parecía estar de buen humor—. Se ocultan en los matorrales de escaramujo (*rosa canina*), y son pequeñas, Sophia, no mucho más largas que un gusano. Así que ándate con ojo —le aconsejó, y acto seguido comenzó a trepar por el terraplén hacia las excavaciones principales; Sophia ya se disponía a seguirle, cuando apareció Leonid que venía a saludarles.

—Los hombres andan inquietos, profesor. Un imán les ha asegurado que hoy descubrirían algo de inestimable valor.

—No me digas, Telémaco. Por fortuna, ¿ha indicado ese santo varón el lugar en que se halla tan precioso objeto?

—Sólo se ha referido a la antigua ciudad. O con sus propias palabras: el sol se alzará una vez más sobre la antigua ciudad.

—Muy ingenioso, aunque poco preciso. Sin embargo, trabajaremos con ánimos renovados. Hay que confiar en ese enviado de Dios.

Habían llevado a cabo la mayor parte de las excavaciones en las proximidades de lo que Obermann aún daba en designar como el palacio de Príamo, un complejo de piedra situado en el centro del estrato al que se referían como «la tercera ciudad» o «la ciudad quemada». No hacía mucho que había descubierto un muro de contención de ladrillo: dieciséis hiladas ensambladas con mortero de piedra molida; por encima del muro, había una capa de cenizas, mezclada con piedras de construcciones más tardías, entre cuyas ruinas sobresalían los restos de las paredes más modestas de otra casa.

En el transcurso de la mañana, Sophia había seguido trabajando junto al lienzo, excavando y examinando los cascotes, no muy lejos del lugar donde su marido trataba de hacerse una idea de por dónde discurría aquella estructura.

—¡Heinrich, Heinrich! —gritó—. Otro de esos huesos.

Era la contraseña que ambos habían acordado, una forma de eludir la continua vigilancia del ojo siempre avizor de Kadri Bey.

—Déjalo donde está, querida.

—No. Creo que deberías anotarlo.

Obermann se dirigió sin prisas a la zanja en que estaba trabajando su mujer.

—Ahí está —musitó ella—. Es algo que reluce.

Obermann se arrodilló y escudriñó el hoyo de tierra oscura. Al él también le pareció que vislumbraba oro.

—¿Qué hora es? —preguntó a Sophia.

—Las nueve, más o menos.

Subió a lo alto de la zanja y llamó a voces:

—*Paidos! Paidos!*

Sabía que los hombres se aprestarían a almorzar al instante y que, como si fueran peones de labranza de un campo cercano a la hora del tentempié, se olvidarían de las excavaciones. Se transmitieron el aviso de uno a otro, y se dirigieron a la parte más alta del terraplén. Obermann enseguida bajó al hoyo otra vez y, con cuidado, extrajo un estuche o un cofre de cobre de medio metro de largo y unos treinta centímetros de ancho. Justo detrás, había un enorme cuenco, también de cobre, que contenía lo que parecía un candelabro. Nada más moverlo, Obermann vio ánforas y copas de oro, y anillos y pulseras asimismo de oro.

—Dame el chal que llevas puesto —dijo a su mujer con premura; Sophia se despojó de él, y lo dejó en el suelo, donde Obermann se apresuró a colocar los objetos de oro hallados en el cuenco—. Tenemos que darnos prisa —añadió. Una vez allí depositados, Sophia hizo un atadillo y se dispuso a colgárselo del cinturón con que se ceñía—. Guárdalo entre la ropa —le aconsejó Obermann—. Súbete la falda y escóndelo en el refajo.

En ese momento, no repararon en que, desde una zanja próxima, un niño estaba observándolos; era el hijo de uno de los trabajadores, que se encargaba de retirar las piedras con una

carretilla. Los adultos habían ido a almorzar, pero él no se había movido de su sitio.

—Casi no puedo dar un paso, Heinrich. ¿No ves lo que abulta?

—No te preocupes. No te apartes de mí —le dijo, y pasándole un brazo por el hombro y ocultando en parte con su cuerpo el oro que llevaban escondido, la condujo desde la muralla hasta la vivienda que ocupaban—. Si alguien pregunta —le susurró—, di que te has sentido indispuesta.

Sin que nadie se percatase, llegaron hasta la estancia que hacía las veces de dormitorio y cocina. Sophia se sacó el fardo de debajo de la falda y cuando estaba a punto de dárselo a Obermann, alguien llamó a la puerta.

—Deprisa —la apremió su marido—; déjalo en la cama, y échate encima. Recuerda: no te encuentras bien.

Abrió la puerta, y allí estaba Kadri Bey. Ninguno de los dos pareció inmutarse.

—¿Qué se ha llevado, herr Obermann?

—¿Llevado? No le entiendo.

—Le han visto con unas monedas brillantes en las manos.

—¿Monedas? No hay monedas en Troya, Kadri Bey. Nadie mejor que usted debería saberlo.

—Con algo dorado. El niño le vio.

—¿Qué niño?

—El hijo de Hamdy.

—Todo el mundo sabe que ese chaval es un ladronzuelo y un mentiroso de cuidado. Me sorprende que le permita seguir con nosotros. En cuanto a su padre, otro tramposo de tres al cuarto. Más de una vez he tenido que reprenderle.

—¿Puedo pasar?

—Si lo desea. Sophia no se encuentra bien. Rezo para que no sean las fiebres.

—¿Las fiebres?

—Mire cómo tiene el cuerpo de arqueado. Un síntoma evidente. Adelante, Kadri Bey. Estaba haciéndole compañía. A mí no me importa quedarme a su lado —pero Kadri Bey no traspasó el umbral —. ¿Qué ha dicho de mí el hijo de ese desalmado? ¿Que me he guardado monedas de oro, sacadas de las entrañas de Troya, a la vista de cientos de trabajadores? ¡Qué ridiculez! ¡Pase! ¡Registre mi

casa, Kadri Bey! Mire por todas partes en nombre del sultán. Abra arcones y aparadores.

—O sea, ¿que no ha encontrado nada en toda la mañana?

—Pues no, para ser exactos. He encontrado cebada calcinada y un trozo de queso petrificado. ¿Quiere verlos, Kadri Bey?

Ante aquel arrebato de furia, el vigilante pareció serenarse.

—Me fiaré de su palabra, herr Obermann. El chico se habrá deslumbrado con la luz del sol.

—No lo azote. Deje que se vaya. En Troya, uno cree percibir cosas que en realidad no existen.

—Transmita mis mejores deseos a frau Obermann. Espero que se restablezca pronto.

—Rezo a Alá para que así sea, Kadri Bey. Seguro que sí.

Tan pronto como se hubo ido, Obermann cerró la puerta y echó la llave.

—Date prisa —dijo a su mujer—; tenemos que esconderlo en el suelo.

Sophia saltó de la cama y le acercó el chal cargado de objetos de oro. Obermann procedió a retirar las baldosas del escondrijo.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó, mientras desataba el fardo; había unos pendientes de oro, una diadema y una salsera, además de dos pequeñas ánforas con sus correspondientes tapas y diversos aderezos—. ¡Se trata de objetos de incalculable valor! —exclamó, contemplándolos por un instante con los ojos muy abiertos para, a continuación, mirar a su mujer—. Los escondieron de forma precipitada. ¿Qué sentido tendría, si no, juntar una pulsera con una salsera? Y los ocultaron en un hueco en el interior del muro del palacio. ¿Tú qué opinas, Sophia?

—Pues que un desastre se les venía encima.

—Una catástrofe inminente, un final fatal. Un horror, como si los griegos hubieran entrado en Troya.

—Si se luchaba a las puertas del palacio, las mujeres ocultarían sus tesoros.

—Claro —Obermann tomó una de las ánforas de oro y examinó los relieves que la adornaban—. Ocultos durante cinco mil años. ¿No te da escalofríos sólo de pensarlo, Sophia?

—¿Por qué habría de sentir algo así?

—Una especie de terror sobrenatural. No sé. Hemos sacado a la

luz una parte de Troya. Nos hemos inmiscuido en su vida íntima.

—Demasiado tarde, Heinrich —repuso ella mirándolo con expresión sorprendida.

Obermann apretó el puño y se lo llevó a la frente.

—Tienes razón. Es una sandez. Hemos de temer más a Kadri Bey. Así que habrá que esconder de nuevo estos tesoros —los depositó con cuidado en el hueco practicado en el suelo, y volvió a colocar las losas encima—. Su destino es el de permanecer ocultos, ¿no? Son los peligros que acarrea el oro.

—No podemos dejarlos aquí, Heinrich. Bastaría con que nos ausentáramos durante unas pocas horas para que…

—Ya lo sé, para que viniera a inspeccionarlo todo con esos ojos de Argos que Dios le ha dado. Pero ya tengo la solución. —Heinrich no paraba de hablar; Sophia tuvo la impresión de que la idea iba tomando cuerpo en su mente a medida que la exponía, como si se la inspirase el aire puro—. Leonid y yo iremos a caballo hasta el mar. Llevaré un cartapacio lleno de papeles. Kadri Bey nos seguirá de lejos, no te quepa duda, y entonces aprovecharás para sacar los tesoros de aquí. Hay una pequeña alquería próxima a la costa, más allá de Kannakale. Voy a darte las indicaciones para llegar. Llevarás uno de los caballos y cabalgarás hasta ese lugar tan rápido como te sea posible. La gente de esa explotación te reconocerá.

—¿Quiénes son?

—Amigos. En el pasado, me prestaron una ayuda inestimable. Ahora podré comprarles la alquería. Los conozco desde los tiempos de Itaca.

Hasta aquel día, Obermann nunca le había mencionado a aquellos amigos. Otra faceta más de su vida de la que se enteraba por pura casualidad y de forma totalmente inesperada. Pero Sophia quería saber más de aquellas personas. Desde que, también por puro azar, se enterara de que había estado casado con anterioridad, sentía una enorme curiosidad por todo lo relacionado con el pasado de su marido. Si de verdad eran amigos suyos, de cuya existencia acababa de tener noticia, desde la época de Itaca, lo normal era que estuviesen presentes en las excavaciones que realizaban. Pero ¿qué hacían en la costa de Anatolia? ¿Por qué había cerrado un trato con ellos para comprarles la alquería? Obermann había sacado papel y una pluma.

—Les llevarás esta carta, Sophia. Ellos se harán cargo —se puso a escribir con premura, metió la cuartilla en un sobre y lo cerró—. Esta tarde, me marcharé con Leonid. Cerciórate de que Kadri Bey nos sigue. Te dibujaré un plano de por dónde debes ir. Es un lugar fácil de encontrar.

—¿Cuánto tiempo estaré fuera, Heinrich?

—Esta misma noche ya estarán cuidando de ti.

—No me has dicho quiénes son.

—Un matrimonio mayor, una pareja que no tiene hijos. Mira, éste es el puerto de Kannakale —explicó, mientras lo dibujaba con un lápiz en un trozo de papel—, de donde sale un camino en dirección este que llega hasta un pueblo llamado Karamic. Aquí te lo señalo. Sigue el sendero unos quinientos metros, hasta que veas una cabaña de piedra. A la puerta, suele haber comida y un cántaro de agua. Es la casa del hombre que mira el mar. Ya has oído hablar de él.

—No sé a quién te refieres.

—¿No te lo ha mencionado Leonid? ¡Qué raro! Es un campesino que se pasa la vida mirando el mar. No ha hecho ni hace otra cosa en la vida. Hay quien dice que es un santón; otros que está maldito. Pero no hace más que mirar las olas y el vaivén del mar.

—¿Habla?

—No, reza. Por eso aseguran que es santo. Afirman que es él quien evita que el mar inunde estas tierras, como ocurrió en épocas remotas. Ya has visto las conchas marinas que se mezclan con la tierra de por aquí. Tuerces a la derecha por la vereda que sale de detrás de su casa y recorres otro medio kilómetro, hasta este lugar, que te marco con una equis, donde verás la alquería. Se apellidan Skopelos.

—¿Son griegos?

—Griegos frigios; llegaron a Itaca desde Frigia durante la última hambruna. Pero me son muy fieles. Pondría la mano en el fuego por ellos. ¿Lo has entendido bien, Sophia?

—Como iré sola, confío en que no me pase nada.

—¡Eres frau Obermann! Nadie se atreverá a importunarte.

Para el viaje, se vistió como una lugareña. Tenía la cara y el cuerpo tan atezados por el sol y el aire que suponía, y con razón, que nadie se fijaría en ella. Para pasar inadvertida, prefirió montar a lomos de

una mula que de un caballo. Guardó los objetos de oro en un zurrón de piel, que pasó por encima del lomo del jumento, y se puso en camino hacia la alquería de los Skopelos.

13

El viaje no fue malo. La ruta que llevaba a Kannakale era un camino muy transitado. Divisó un manantial y cedió a la tentación de desviarse unos centenares de metros del sendero. Resguardado en parte bajo unos olivos, era un oasis de frescor y sosiego en mitad de la llanura. Poco duró la tranquilidad, sin embargo. Tras atar la mula, no bien se había acercado a la fuente, cuando cuatro perros negros que guardaban un viñedo cercano se abalanzaron sobre ella ladrando enfurecidos. Consciente del peligro, recordó lo que Odiseo había hecho en una situación como aquélla: «Tan pronto como los perros ladradores vieron a Odiseo, corrieron hacia él aullando, pero él, prudentemente, se sentó en el suelo y dejó el cayado al alcance de la mano». Así que se engurruñó donde estaba, no sin antes echar un vistazo para comprobar que la mula se hallaba a buen recaudo, y se quedó en silencio. Los perros dieron unas cuantas vueltas a su alrededor olisqueando sin dejar de ladrar, pero no le hicieron nada.

Alertado por los ladridos, un hombre acudió corriendo desde el viñedo y llamó a los animales. Comenzó a hablar muy deprisa en turco con Sophia, pero ella se limitó a ponerse en pie y no abrió la boca. Con una mezcla de modestia y azoramiento, se despidió con un gesto de la mano. El hombre regresó a toda prisa al viñedo y volvió con un racimo de uva, que la joven aceptó sin decir palabra. Luego, se acercó hasta donde había dejado la mula, que había permanecido impasible durante el mal rato pasado, y siguió su camino.

—Qué contenta estoy de haber leído a Homero —dijo, a medias para sus adentros, a medias para la mula.

A fin de no llamar la atención, atravesó Kannakale a paso lento, de forma que, en medio del ruido y el bullicio que reinaban en la ciudad, nadie reparó en ella. Con todo, se sintió mucho más tranquila cuando se topó en el sendero que llevaba al pueblo de

Karamic; dejó atrás las cabañas y los establos situados a las afueras de Kannakale, y se vio rodeada de praderas de pastos crecidos, tachonados de pequeñas manchas de tierra pantanosa, con sus dunas y matorrales de malas hierbas. En aquel paraje, el cielo se asemejaba a una inmensa cúpula abovedada, una infinitud levemente azulada que llegaba a confundirse con la tierra y los campos. En contraste con el firmamento que se veía en Troya que, a ojos de Sophia, siempre parecía inquieto y turbulento, cambiante, el cielo en aquel lugar era sutil, sereno.

Reconoció la cabaña de piedra del hombre que miraba el mar porque, como Heinrich le había mencionado, en el suelo, junto a la puerta, había hogazas de pan y unos higos. Al pasar por delante, dudó un momento, pues le apetecía hacer un alto y saludarle, pero no tuvo fuerzas para decidirse a interrumpirlo.

Cabalgó unos cuantos metros más, y echó el pie a tierra. Cuando estaba preparándose para el viaje, había decidido que, llegada a ese punto del camino, abriría el sobre y leería la misiva que Heinrich había escrito en griego al matrimonio Skopelos. Con esa idea, había portado consigo un abrecartas con el que rasgó fácilmente el sobre de papel vitela que Obermann utilizaba para su correspondencia. Tras los saludos de rigor al inicio de la misiva, leyó un párrafo que su marido había subrayado: «Lamento tener que informarles que nos vigilan muy de cerca y que, en cualquier momento, mañana mismo, el superintendente turco, que está a malas conmigo aunque desconozco las razones que le mueven a ello, registrará nuestra casa. Por eso, dejo en sus manos determinados objetos. Sé que los ocultarán y esconderán de modo que ningún turco pueda descubrirlos o hacerse con ellos. Como los lugareños le tienen informado de mis movimientos, no podré utilizar sus caballos. Al cubierto de la noche, prepárenme tres caballos para cuando vaya a recogerlos. Saludos. Sophia, la esposa de la que ya les he hablado, no sabe nada de la historia».

¿Qué significaba aquello? ¿Cómo que Sophia «no sabe nada de la historia»? Para ella, aquel asunto no era sino un tejemaneje, un enredo. ¿Qué asunto era aquel del que no sabía nada? ¿No era una forma impersonal y desconsiderada de referirse a ella? Para su sorpresa, la irritación que sentía era más fuerte que su curiosidad. De algún modo, tenía la sensación de que la había vendido a

aquellos desconocidos. Al igual que tantas otras cosas que desconocía, no lograba hacerse una idea de en qué podía consistir la traición, pero sentía miedo. Y estaba indignada. No sabía de la misa la media, mas se imaginó que se trataba de un asunto turbio.

El hombre que miraba el mar salió de la cabaña de piedra y recogió uno de los cántaros de agua que había junto a la puerta. Aunque Sophia estaba de pie allí cerca, al lado del sendero, no pareció verla. Ella trató de cruzar una mirada con el hombre, pero sus ojos, brillantes e inexpresivos, no advirtieron su presencia. ¿Se habría quedado ciego de tanto mirar al mar? Entró en la choza y, al cabo de un instante, salió de nuevo y retiró las hogazas de pan, sin hacer ni ademán de haberse fijado en la joven. Y así era: seguía viendo el mar.

Introdujo la misiva en el sobre y volvió a cerrarlo; manchó el reverso con un poco de tierra, como si se le hubiera caído por el camino. Y siguió adelante. Un cuarto de hora más tarde, llegaba a la alquería, donde se alzaba una vivienda de una sola planta construida al estilo de la región, con paredes de adobe y, a modo de tejado, unos tablones lisos cubiertos por una gruesa capa de atoba que la resguardaban de la lluvia. Era una casa más grande de lo normal, con una veranda de madera a lo largo de la fachada. También se veían graneros y otros cobertizos: todo traslucía prosperidad.

Aunque no vio a nadie, Sophia oyó a una mujer que cantaba en voz baja. Llamó, y el canto cesó al instante. Un hombre apareció en la veranda y, en turco, le preguntó qué deseaba.

—Soy Sophia, la mujer de Heinrich Obermann —se presentó.

—Dios mío. Bienvenida —dijo, en griego, tendiendo los brazos hacia ella—. Nos ha hablado de usted. ¡Maria, ven! —Salió entonces una mujer, haciendo una visera sobre los ojos con la mano, como si quisiera resguardarlos del sol—. Es Sophia. Él nos la ha enviado.

El marido y la mujer no se parecían en nada. El hombre era corpulento y fornido, con una cara rolliza y unas extremidades regordetas; ella era mucho más menuda y baja, casi una mota al lado de su esposo. Sorprendida, dio un paso atrás y, con gesto nervioso, se arregló el pelo con la mano.

—Es un honor —dijo el hombre—. Pase, por favor. Maria, disponlo todo para nuestra visitante —la mujer volvió a entrar en la

casa rápidamente—. Soy Theodore —se presentó.

—Vengo por encargo de mi marido, que le envía esto —Sophia sacó la carta y, mientras Skopelos la leía, se acercó a la mula y la liberó del zurrón de cuero que contenía los vasos y adornos de oro; cuando le presentó el talego, él lo recogió sin decir palabra, casi ceremoniosamente, y lo llevó a uno de los cobertizos.

El patio estaba tranquilo. A pesar de que parecía una casa de labranza muy productiva, había muy poca actividad. Durante el rato que permaneció cerca de la mula, le pareció escuchar a Maria —o eso creyó—, que hablaba rápidamente y de forma vehemente. Debía de estar dando indicaciones a una criada, puesto que no obtuvo respuesta. Advirtió un tono quejumbroso en la voz de aquella mujer y, de repente, decidió que no estaba dispuesta a pasar allí la noche.

Theodore salió de uno de los graneros, sonriente.

—Permítame que la acompañe dentro —le dijo—. Mi esposa le habrá preparado algo de comer.

Con los toldos tendidos para mitigar la luz vespertina y decorado con enormes y trabajados muebles de ébano, el interior de la casa estaba casi en penumbra. De una de las paredes colgaba un icono de la Virgen, con tres velas colocadas en sus correspondientes platillos. Y allí estaba Maria, con una bandeja de pastelillos cubiertos de azúcar en polvo, que parecía polvo de verdad.

—Ande, tome algo, después de tan largo viaje… —le dijo.

Sophia estaba al tanto de las normas de cortesía que había que observar en una casa extraña y aceptó de buen grado.

—¿Cómo está? —le preguntó Theodore—. ¿Se encuentra bien?

—Sí, mi marido está muy contento. ¿Han estado en Troya?

—No, no. Procuramos no molestarle cuando está metido en lo suyo, siempre tan ocupado. Sabemos de él de vez en cuando.

—¿Conoció a mi marido en Itaca?

—Hace muchos años de eso. Hicimos algunos trabajos menores para él, y siempre nos ha tratado con deferencia.

Sophia habría querido saber algo más acerca de aquellos «trabajitos», pero el hombre no añadió más.

—¿Se dedican a las tareas del campo? —le preguntó.

—No. Regentamos una casa de huéspedes.

—¿Un hotel?

—Un negocio pequeño. Por aquí pasaban gentes de otros países (ingleses, franceses y alemanes) que se acercaban a nuestra isla siguiendo los pasos de Odiseo. Yo trabajaba como guía para esas personas.

—Y así fue como conoció a mi marido.

—Sólo que él fue mi guía: sabe mucho de Itaca.

Sophia dio un sorbo del té cargado que Maria le había servido.

—¿Cómo está Leonid? —le preguntó Theodore.

—¿Lo conoce?

—Claro que sí.

—Es un buen chico —dijo Maria, con su vocecita quejumbrosa —. Reza a la Virgen —se quedó mirando al icono, y se llevó la mano al pecho.

Sophia estaba asombrada de que conociesen a Leonid y que él hubiese ido por allí. ¿Acaso les llevaba dinero de parte de Heinrich, otros tesoros para que los Skopelos los escondiesen?

—¿Tienen vecinos? —les preguntó.

—Sí, pero vivimos apartados —repuso Theodore—. Hay sitio de sobra para todo el mundo en estos parajes.

—Pero ustedes son griegos, y viven entre turcos.

—No se meten con nosotros. Como habrá visto, somos gente discreta, que nos dedicamos a nuestros menesteres.

—Mi esposo dice que son originarios de Frigia.

—Así es. Aquí nos sentimos más cerca de nuestra tierra. El paisaje nos la recuerda: la llanura, las montañas a lo lejos…

—¿Por qué no regresan?

—Buena pregunta. Tenemos obligaciones, responsabilidades. Nos hemos encariñado con su marido. ¿Un poco más de té?

Se hizo un silencio.

—¿Qué cultivan aquí?

—Lo suficiente para vivir; lo poco que nos sobra lo vendemos. Estamos a gusto; somos gente sencilla.

Sophia no se creía que fueran gente corriente: estaba más confundida en aquel momento que antes de conocerlos.

—Pero tienen una criada.

—¿Una criada? —intervino en ese momento Maria, que se mostró sorprendida.

—La he oído mientras hablaba con ella.

—Ah, la asistenta. Una chica huérfana que me ayuda en la cocina. No la molestará.

—No me ha molestado. Pero tiene una voz demasiado fuerte para tratarse de una muchacha.

—No la entiendo —repuso Maria.

—La oí cantar cuando llegué.

—¿Ah, sí? Ahora ha salido. Ha ido a los campos.

De nuevo, se hizo un silencio.

—Creo que no les molestaré más —acabó por decir Sophia.

—¿No va a quedarse a pasar la noche?

—No; se lo agradezco. Regresaré mientras haya luz.

No se empeñaron en convencerla para que restase allí y, cuando se disponía a incorporarse del enorme sillón que ocupaba, cayó de espaldas.

A la mañana siguiente, despertó completamente vestida en un lecho muy historiado en una pequeña habitación enjalbegada. Se había despabilado al oír que llamaban a la puerta. Allí estaba Maria, con un par de huevos y una hogaza de trigo.

—Estaba tan cansada después del viaje que se quedó dormida —le explicó.

—Creo que perdí el sentido…

—No; se quedó dormida profundamente. Nada más.

Sophia sabía que el aire de la llanura tenía fama de soporífero, pero nunca antes le había afectado de forma tan repentina ni con tanta intensidad.

—Ha venido Leonid —le anunció Maria.

—¿Leonid?

—La acompañará a casa. Es un buen chico.

Una vez que Sophia se hubo lavado las manos y la cara en la jofaina de porcelana que le llevaron, salió del cuarto y se encontró con Leonid, sentado en la veranda. Muy serio, hablaba en voz baja con Theodore, pero en cuanto vio a Sophia se puso en pie y le sonrió.

—Hola, frau Obermann. Creo que ha dormido muy bien.

—Es el aire.

—Ya lo sé. Suele pasar.

Tenía tantas ganas de ver a Leonid, que había salido a la veranda con el desayuno en la mano.

—No esperaba verlo por aquí. ¿Le apetece un huevo?

—Se lo agradezco, pero no. Ya he tomado algo. Es un largo viaje para hacerlo sola. El profesor lamenta profundamente haber recurrido a usted, pero no había nadie más.

—Y Kadri Bey, ¿no ha sospechado nada?

—¡Todo salió a pedir de boca! —exclamó Leonid, batiendo palmas—. El profesor y yo fuimos a caballo por la llanura hasta el Egeo, sin volver la vista atrás; cuando llegamos a la bahía de Granica, echamos pie a tierra. Oímos el leve golpeteo de unos cascos a lo lejos, y nos dimos cuenta de que venían siguiéndonos. Esperamos hasta que nos percatamos de su presencia en las rocas que se cernían sobre nuestras cabezas. En la llanura, uno llega a sentir la presencia de los seres humanos aun sin llegar a verlos, y así ocurrió. Nos desvestimos, dejamos la ropa y los cartapacios que llevábamos en la orilla y nos zambullimos en el mar. Nadamos hasta el promontorio que se alza fuera de la bahía y nos agazapamos. Desde allí, vimos cómo Kadri Bey se acercaba con dos de sus secuaces a la orilla para inspeccionar nuestras pertenencias, los caballos y la zona en que habíamos dejado nuestras cosas, y cómo, desconcertados y disgustados, volvían a ocultarse entre las rocas. Como habían visto que nos zambullíamos en el Egeo casi desnudos, creyeron que no habíamos llevado nada con nosotros. El profesor estaba exultante.

—¿Cómo explicaron mi ausencia cuando regresaron a Troya?

—En teoría, usted no se movió de allí. Estaba en cama con unas fiebres, y nadie se habría atrevido a molestarla. Cuando estuviéramos de vuelta, les diría que había salido un rato a tomar el aire.

—Ya estoy preparada —anunció Sophia, que no deseaba quedarse en la alquería ni un minuto más de lo necesario.

—Muy bien. ¿Lo ha recogido todo?

—Claro que sí.

—Antes de que nos vayamos, me gustaría que conociese a *Ferdinand*. —Entonces se acercó a Theodore y le dijo algo.

—Está en el campo —repuso Theodore—. Vengan por aquí.

Sophia y Leonid le siguieron hasta dejar atrás los cobertizos; ella echó un vistazo al granero donde Skopelos había depositado los tesoros, pero allí no vio nada, salvo tierra batida. Así, llegaron a un

campo en que había una enorme cabra blanca que pacía en un suculento prado.

—¡*Ferdinand, Ferdinand*! —llamó a voces Theodore, mientras la cabra echaba a andar hacia donde él estaba. Sophia reparó en que tenía las patas más largas que las de las cabras que había visto en Grecia. En ese instante, Theodore sacó una especie de caramillo o flauta del bolsillo de la camisa y comenzó a ejecutar una parsimoniosa y dulce melodía. Al escuchar la música, la cabra se alzó sobre las patas traseras y comenzó a bailar. A Sophia no se le ocurrió una palabra mejor que definiera aquello: la cabra «bailaba» en su presencia, con las patas delanteras recogidas de manera primorosa. Dio una vuelta sobre sí misma, con las lejanas montañas como telón de fondo.

—Nadie le ha enseñado —le comentó Leonid—. Danza así de natural —Theodore guardó el instrumento, y la cabra se puso a pacer de nuevo—. Frau Obermann y yo hemos de regresar a Troya, Theodore. Gracias por todo.

Volvieron al edificio principal, donde les aguardaba Maria. Leonid abrazó a Maria con cariño, le dio un par de besos en las mejillas y ella se estrechó con fuerza a él. Luego, abrazó a Theodore y le dio una palmada en la espalda. Habían dejado a Sophia de lado, pero al final Maria se acercó a ella y le besó la mano.

—Siempre la consideraremos una amiga —le dijo amablemente.

—Se lo agradezco.

Theodore trajo la mula, recién comida y cepillada, y Leonid desató su caballo de un poste del patio.

—*Khairete!* —gritaron—. *Khairete!*

Apenas habrían cabalgado doscientos o trescientos metros, disfrutando del frescor de la mañana, cuando oyeron un grito estremecedor, histérico y angustiado, procedente de la alquería. Asustada, Sophia volvió la vista atrás, pero Leonid ni se inmutó.

—Es la cabra, que ha entrado en la cocina —le aclaró—. Siempre lo hace después de bailar —y añadió—: Cuando sucede, Maria siempre chilla.

Siguieron adelante hasta que divisaron la cabaña de piedra del hombre que miraba al mar.

—¿Cuánto hace que conocen a mi marido?

—Muchos años.

—Y han venido con él hasta Troya.

—Lo consideran su patrón; la persona que vela por ellos, si lo prefiere.

—Les da dinero.

—Los mantiene. El profesor es generoso.

—¿Y qué le ofrecen ellos a cambio?

—Realizan pequeñas tareas para él, como ésta.

—O sea, ¿que le guardan determinados objetos?

—Es otra forma de verlo. Esconden objetos que, de lo contrario, se llevaría el viento. El profesor aspira a construir un gran museo de la Antigüedad, donde puedan contemplarse todas las cosas que ha descubierto. No le gustaría que hubiese objetos de Troya en Constantinopla o París.

Sophia no estaba enterada de aquel museo con que soñaba Obermann, pero se las compuso para que no se notase su asombro.

—Me ha hablado de la casa de Atenas. Por lo visto, mi padre le echa una mano.

—En efecto, así es. Debería sentirse orgullosa, frau Obermann. El profesor aspira a erigir su museo en el centro de la ciudad en que usted nació, como tributo al mismísimo Homero.

Mientras cruzaban la llanura de vuelta, por alguna razón, Sophia no se quedó tranquila con aquella explicación.

La joven encontró a su marido tirado en el suelo de su vivienda. Sujetaba un cuenco de cerámica, que acariciaba con suavidad: tuvo la impresión de que estaba cuchicheando con aquel objeto.

—Hablame de los Skopelos —le pidió ella al llegar.

—Trabajan para mí.

—Me parecieron enigmáticos.

—Los frigios son herméticos por naturaleza, incluso cuando no oculten un secreto que merezca la pena.

—Tienen una cabra que baila.

—Un animal que está loco, y no me gusta la locura —añadió sin más comentarios.

14

Obermann estaba de rodillas sobre el áspero suelo.

—Doy gracias a los dioses por haberme dejado ver este día —se inclinó y besó una enorme piedra gris—. El mundo será distinto a partir de hoy.

Durante las semanas que siguieron al descubrimiento de los tesoros de oro, habían continuado excavando en las proximidades del palacio. Encontraron granos y semillas, que fueron debidamente recogidos y clasificados, así como algunos fragmentos de cerámica y una llamativa hilera de bolas de plomo que parecían formar parte de un sistema de pesas. De improviso, uno de los obreros descubrió unas piedras planas y grises, repartidas bajo la capa de tierra que acababan de remover. En un primer momento, no les prestaron atención y apartaron junto con los escombros que había que retirar. Fue entonces cuando Sophia reparó en una curiosa muesca o incisión a un lado de una de las piedras. Al levantarla, comprobó que era más ligera que cualquier otra y de diferente textura; entonces retiró la tierra que la cubría con el índice y, para su sorpresa, descubrió una serie de curiosas marcas en la parte superior de su superficie. La depositó de nuevo en el suelo con mucho cuidado junto a la zanja, y tomó otra, donde aparecía un conjunto similar de signos o marcas labrados. No tenía ni idea de qué podían ser aquellas hendiduras, de modo que se acomodó en un murete de piedra que había a un lado de la zanja y se puso a observarlas. A sus ojos, estaba claro que no se trataba de signos trazados al azar: eran curvas y diagonales, puntos y barras paralelas, que, juntos, parecían constituir una secuencia. A primera vista, como no entendía nada, casi había dejado caer la tablilla. Pero luego empezaron a temblarle las manos, y la había colocado a un lado. Con la boca reseca, la había levantado con cuidado y se había acercado a Leonid y a su marido, que se hallaban junto al

muro del antiguo palacio.

—Heinrich, Heinrich —dijo—, he encontrado un objeto que quizá te interese.

Algo en su tono alertó a Obermann, que se volvió hacia ella con lentitud.

—¿De qué se trata, querida?

—He descubierto unas inscripciones.

—No existen tales en Troya.

—Pues serán marcas, pero hechas por el hombre; de eso estoy segura.

Se dirigieron a la zanja en que Sophia había estado trabajando. Su mujer le señaló la piedra lisa que había dejado sobre el muro. Leonid la sostuvo con delicadeza y la examinó a fondo.

—No sé qué decir, profesor. Nunca había visto nada igual.

Obermann alargó los brazos, y Leonid colocó la piedra con cuidado en sus manos. Se acercó tanto a aquel objeto que bien parecía que estuviera oliéndolo o que se dispusiera a comprobar su sabor. Permaneció en esa posición durante unos minutos y, cuando levantó la cabeza, Sophia reparó en que tenía los ojos humedecidos.

—¿Dónde la encontraste, Sophia?

—Aquí. Hay muchas esparcidas por el suelo. No son piedras corrientes, Heinrich.

—No; por supuesto que no. Son tablillas de arcilla, cocidas en una enorme fogata —hablaba despacio y con claridad—. ¿Sabes de qué se trata, Sophia? Son tablillas para escribir. Son páginas.

—En Troya no se conocía la escritura, profesor. Las fechas…

—En Troya conocían la escritura, Telémaco. Tienes ante ti la escritura de Troya, sus palabras, su lengua, que, tras permanecer mudas durante tres mil años, nos hablan de nuevo.

Aquella tarde recogieron las tablillas. Obermann estaba muy callado: parecía distraído, como si albergase dudas. Cuando Sophia se interesó por saber si se encontraba decaído, se limitó a sonreír.

—No, qué va. Lo que ocurre es que no acabo de entenderlo. Estoy confuso —entonces, Lineau apareció en la cabaña donde habían llevado las tablillas—. Por fin: aquí está el hombre que será capaz de ver lo que nosotros no sabemos entender. Tome asiento, monsieur Lineau. Voy a mostrarle algo maravilloso.

Rápidamente, Lineau pasó los dedos de la mano derecha por la

tablilla que Obermann le había entregado.

—Se trata de marcas realizadas en la arcilla con un estilete u otro objeto punzante —explicó—, labradas con exactitud y precisión. No hay duda. No son jeroglíficos, herr Obermann, y tampoco pictogramas.

—¿No serán egipcios?

—En absoluto. Estos símbolos siguen una secuencia lineal. ¿No ve usted las líneas rectas que separan las diferentes hileras? Es una forma de escritura lineal. Nunca había visto nada igual —y añadió, volviendo el rostro a Obermann—: De todos los tesoros que hemos encontrado en Troya, éste es sin duda el más importante. No creo que pueda ocultárselo a los turcos.

—Ni tengo intención de hacerlo, monsieur Lineau. Ya he informado del hallazgo a Kadri Bey. Nuestro supervisor se ha puesto a dar saltos, como si estuviera tan loco como una vaca.

—Se dice como una cabra, Heinrich.

—Se ha ido corriendo a cursar un telegrama a Constantinopla. Aún no me lo creo. Aquí viene nuestro mandamás.

Kadri Bey se sumó a ellos.

—No sabía cómo explicarlo —les dijo—. Me he limitado a informar de que hemos encontrado tablillas escritas.

—Aquí las tiene. Echeles un vistazo, Kadri Bey, y pásmese —el inspector las contempló con atención, pero no las tocó—. Son las pruebas más antiguas de escritura en Europa.

—No estamos en Europa, herr Obermann. Esto es Turquía.

—No sea tan estrecho de miras, Kadri Bey. Esto es Troya, la tierra de los griegos, de Héctor y Príamo.

—Eso está aún por demostrar.

—¿Qué más pruebas quiere? ¡Los poemas de Homero así lo aseveran más allá de toda duda razonable! —aseguró, tomando una de las tablillas—. Aquí tiene sus primeras palabras, que llegan hasta nosotros tras superar la sima del tiempo. Los veo allí, en sus lejanas costas… —se interrumpió y se volvió hacia su esposa—. Ya sé que no debo llorar delante de estos caballeros, Sophia, y que me regañarás, echándome en cara que me comporto como un actor dramático.

—Nada puedo reprocharte, Heinrich, excepto tu amor por Troya.

—Ya lo sé. Y Kadri Bey siente lo mismo que yo, ¿o no es cierto?

—Con tal de que Troya siga en territorio turco…

—No creo que haya nadie capaz de interpretar estos signos —comentó Lineau, que seguía pasando los dedos por la tablilla—. No se parecen a ninguno de los que conocemos.

—No se descorazone nada más empezar, monsieur Lineau. Contamos con una enorme ventaja: sabemos que son griegos.

—Miles de años separan estos signos de los versos de Homero. No estoy seguro siquiera de que nos hallemos en condiciones de afirmar que son griegos.

—¿Cómo los definiría usted?

—No tengo ni la más remota idea.

—De acuerdo. Los llamaremos «los textos inexistentes de la ciudad que jamás existió en ninguna parte» —anunció Obermann, para añadir en un tono más mesurado—: Discúlpeme, Lineau. Como ya se imaginará, estoy fuera de mí. No creo que pueda volver a dormir durante el resto de mi vida. Debemos ser osados, arrojados. ¿Por qué no habríamos de ser capaces de interpretar esos signos? Si damos por bueno que guardan relación con el griego, e insisto en que así lo creo, poco a poco, esas palabras nos revelarán su significado, y los muertos hablarán.

Al recibir el telegrama enviado por Kadri Bey, el Museo de Antigüedades de Constantinopla ordenó a Obermann que tratase las tablillas con todos los miramientos del mundo, que las guardase y esperase a recibir nuevas instrucciones. Entretanto, el director del museo se había puesto en contacto con Augustus Franks, su homólogo del Museo Británico de Londres, donde acababan de inaugurar una nueva sección dedicada a las «escrituras protohistóricas». Ambos acordaron que un joven brillante, miembro del nuevo equipo, Alexander Thornton, se desplazase cuanto antes a Hissarlik.

—Será uno de los zánganos del museo —comentó Obermann a Sophia—, uno de esos ingleses paliduchos. Conozco muy bien a esa clase de gente: patanes agresivos, cobardicas o hipócritas, como nuestro amigo el reverendo Harding. ¿Te lo imaginas convirtiendo a los turcos al cristianismo? Antes convencería a los ciudadanos de Oxford para que abrazasen el paganismo —se quitó el sombrero y se abanicó con él—. Me pregunto a cuál de esos tres tipos de

ingleses pertenecerá el señor Thornton.

15

A las tres semanas de haber zarpado de Tilbury, llegó Alexander Thornton. A Sophia no le pareció que fuera ningún zángano de museo, como había asegurado su marido, sino un hombre con aspecto de atleta o montañero. Era alto y muy delgado, con la cara atezada tras el tiempo que había durado la travesía.

Kadri Bey se empeñó en recibirlo con rebuscadas muestras de cortesía en la propia Troya. Sophia se fijó casi con insistencia en aquel joven que estrechaba manos, saludaba y degustaba la tacita de café turco que le ofrecieron. Se desenvolvía con soltura, aunque era serio y cohibido en sus modales.

—Confío en que se encuentre bien, señor —le dijo a Obermann.

—Mejor que en toda mi vida, señor Thornton. Estoy que no quepo en mí.

—Me alegro. En Inglaterra, todos hemos oído hablar de su magnífico trabajo. Y las últimas noticias…

—Pronto tendrá ocasión de contemplar mi obra, señor Thornton. Antes, permítame que le presente a mi esposa, frau Obermann.

—Encantado —dijo él, inclinando levemente la cabeza antes de estrecharle la mano, aunque no pudo disimular su sorpresa al encontrarse con una mujer en las excavaciones.

Obermann se echó a reír, y le dio una palmada en la espalda.

—¿No cree que éste sea el lugar más adecuado para una mujer?

—Al contrario. Estoy encantado.

—Muy propio de un inglés. ¿Qué te había dicho yo, Sophia? Ecuánimes, por encima de todo. ¿Se da cuenta, señor Thornton, de que se halla usted en el mismo lugar que una vez ocupase el caballo de madera de los griegos?

—Todo un honor, lo reconozco. Pero siempre creí que la historia del caballo no era más que eso, una fábula.

—Lleva demasiado tiempo encerrado en el Museo Británico,

señor Thornton. Ha perdido su capacidad de asombro.

—Sólo llevo seis meses en el museo, señor. No achaque a la institución, pues, mis defectos, que sólo a mí son atribuibles.

Thornton era, desde luego, una persona habituada a decir lo que pensaba. Su madre había muerto de cáncer cuando él sólo contaba quince años y, desde entonces, se había vuelto más reflexivo y seguro de sí mismo. Comenzó por cuestionarse el mundo o, más en concreto, la sociedad en que vivía. Había decidido estudiar teología en Oxford, porque anhelaba ser pastor en el East End londinense a fin de ayudar a los pobres y marginados de aquel barrio. Hasta que, durante uno de los largos paseos que daba por los campos que rodean Oxford, notó que comenzaba a sentirse incómodo con las enseñanzas de la Iglesia en la que se había formado. Finalmente, las dudas acabaron con su fe. Abandonó, pues, los estudios de teología, y optó por la relativamente nueva disciplina de la paleografía que se impartía en la Facultad de Arqueología de la universidad. No se desentendió, sin embargo, de sus inquietudes en materia de justicia social. Formó parte del Consejo de Educación de la Ciudad, y se convirtió en un defensor del pensamiento progresista en cuanto a los derechos de los trabajadores y la causa de las mujeres. Incluso llegó a dictar conferencias sobre las reformas en el Exeter Hall.

—Es usted un hombre de carácter —estaba diciendo Obermann—. Lo celebro.

Sophia no había cesado de observar a Thornton durante las presentaciones. Aunque parecía serio y reflexivo, advirtió que los modales de su marido no dejaban de hacerle cierta gracia. No estaba segura de si le resultaba simpático o no.

—Heinrich, el señor Thornton querrá ver su alojamiento —terció Sophia—. Ha hecho un viaje muy largo.

—Créame que lo siento, señor Thornton, pero no disponemos de cuencos de oro para el agua ni de camareras. Todavía no estamos como en los tiempos de Homero. Hemos hecho cuanto hemos podido, pero estamos aún muy lejos del modelo que describiera el poeta.

—Me gustaría ver esos objetos cuanto antes.

—¿A qué se refiere?

—A lo que me ha traído hasta aquí, a las tablillas. Para eso he

venido.

—Veo que tiene prisa, señor Thornton. Me parece admirable, encomiable. A lo largo de mi vida, siempre he demostrado de lo que es capaz de alcanzar una persona con voluntad de hierro. ¡Hasta me circuncidé en secreto en La Meca para mejor pasar inadvertido! —Sophia dirigió una extraña mirada a su marido: ¿por qué mentía en una cuestión tan íntima?—. Muy bien. Le acompañaré a verlas —y fue con él hasta el cobertizo donde habían dejado las tablillas—. Las hemos guardado aquí —le explicó—, en el lugar más seco. A buen recaudo, como dicen ustedes, los ingleses.

Thornton observó con gran atención la estancia en que habían entrado.

—No esperaba que hubiese tantas —comentó.

—Hemos encontrado ciento setenta y ocho tablillas distintas, todas de similar aspecto y tamaño más o menos, como puede ver. Pero, claro, las inscripciones que se observan en cada una son muy diferentes.

—A buen seguro que habrá estructuras y caracteres que se repiten —replicó Thornton—. ¿Me permite? —Recogió una de las tablillas y la observó con gran atención, con una mirada cargada de sorpresa, abstraída, tan cerca de su cara que Sophia se preguntó si no sería corto de vista; también se dio cuenta de que las manos le temblaban levemente—. ¿Puedo hacerle una pregunta, herr Obermann? ¿Qué idea tiene usted sobre las lenguas que se hablaban en esta parte del mundo? Porque he oído diversas opiniones.

—Todas procedían del tronco indoeuropeo, pero diferían tanto entre sí como el latín del griego. Incluso albergo mis dudas respecto a si el albanés pueda ser incluido en la lista de lenguas arias.

—¿En ningún caso semíticas?

—Tengo serias dudas. Creo que el lenguaje que se hablaba en esta ciudad estaba emparentado con el ilirio o con el tracio de la Antigüedad.

—¿Acaso no es el mismo que el de los pelasgos?

—Me descubro ante sus conocimientos, amigo mío.

—Es mi profesión. En ese caso, Homero utiliza el término para referirse a los griegos aqueos, no a los tracios —añadió, sin dejar de mirar las tablillas muy de cerca—. Son una especie de tablillas de arcilla cocida pero, en cuanto a su forma, parece que fueron

cinceladas —comentó, como si hablara para sí—. Siempre están partidas en un extremo, hay una inscripción y algo que se asemeja a una numeración. Fueron escritas cuando la tablilla aún estaba blanda y, parece evidente, que por escribas que sabían lo que se traían entre manos. Me imagino que, en este caso, habrá llegado a las mismas conclusiones que yo, amigo mío.

—A las mismas, se lo aseguro, señor Thornton.

—¿Ha llevado a cabo una estimación acerca de cuándo fueron escritas?

—Se encontraron al mismo nivel que la ciudad de Troya arrasada por el fuego, así que calculo que se escribieron hacia el año 1800 antes de nuestra era.

—Parece usted muy seguro.

—Es mi profesión.

—Aun suponiendo que se tratase de una lengua indoeuropea, se trata de una fecha muy temprana para una escritura como ésta.

—Verá como es una fecha que será aceptada universalmente. De eso estoy seguro —Thornton lo miró con esa expresión veladamente burlona que Sophia había advertido con anterioridad—. Rara vez han resultado erradas mis primeras impresiones. ¿Sabe usted lo que ha de dominar cualquier arqueólogo que se precie?

—¿La geometría?

—Por supuesto que no. ¡No me diga que es usted pitagórico! El arqueólogo debe dejarse llevar por la inspiración, ha de tener perspectiva, imaginación. ¿Me permite que le cuente una anécdota? Cuando estábamos excavando en Itaca, no encontramos manantial alguno. Pero pensamos que el palacio de Odiseo debía de disponer de pozos. ¿Qué había sido de esos pozos? Sedimentos seculares los habían cegado. Mis hombres deseaban descubrir un nuevo pozo en un rincón del patio, pero yo sabía que no darían con él. Guiándome por el perfil que mostraba la ladera de la colina que teníamos encima, ¿me sigue usted, señor Thornton?, dibujé una cruz en el suelo junto a una enorme mole de piedra que habíamos extraído de aquel lugar y les ordené que cavasen. Luego, me vi obligado a salir de viaje y, cuando regresé, todo el mundo parecía nervioso.

—¿Qué había pasado?

—Los trabajadores no habrían excavado más de medio metro desde la superficie cuando encontraron el brocal cegado de un

antiguo pozo de aproximadamente un metro de diámetro. Se trata del mismo pozo que Homero decía que procedía de un claro manantial. En la base, a unos diez metros de profundidad, hallamos un manantial que daba un agua mejor que la que podía encontrarse en muchos kilómetros a la redonda, un manantial que abastece aún a los habitantes de Itaca, que todas las mañanas me tienen presente en sus oraciones. Pero ahí no acabó la historia. Junto al pozo, descubrimos un par de cántaros de doble asa de los que, sin dudarlo, nos servimos para nuestras necesidades. En eso consiste la arqueología, señor Thornton.

—Una anécdota realmente impresionante.

—Como se imaginará, aquellos hombres consideraron la marca que yo había trazado (una cruz) como señal de un designio sobrenatural y, desde entonces, aseguran que puedo obrar milagros.

—No me extraña.

—No los saqué de su error. A eso me refería con lo de imaginación.

Sophia ya estaba al tanto de aquella anécdota, pero juraría que en el pasado su esposo se había referido a los tirios, no a los habitantes de Itaca.

—Creo que ya va siendo hora de que el señor Thornton vaya a ver su alojamiento —insistió la joven.

—He de confesar que estoy cansado.

—Siempre puede alegar a mi marido en su defensa: ha aburrido a legiones de seres humanos con historias parecidas a ésa.

—El señor Thornton se siente inspirado, Sophia. Sólo desea cerrar los ojos y soñar con Troya. A todos nos ha pasado.

—Rara vez sueño —dijo, mirando a Sophia—, pero me muero por una cama.

Lo acompañó hasta el pequeño recinto donde se agrupaban las cabañas y casitas de piedra.

—Me sorprende ver a una mujer por estos parajes —comentó él —, si me permite la libertad.

—Puede decir lo que le venga en gana, señor Thornton; estamos en un lugar en el que impera la libertad —y se echó a reír—. Pero no soy la única mujer que anda por aquí. Hay muchas turcas que trabajan con los hombres. Hemos caído en la cuenta de que, juntos, trabajan mejor.

—Me complace oír eso. En mi opinión, en la vida no ha de haber diferencias por razones de sexo.

Sophia se quedó mirándolo fijamente por un momento, y reparó en la seriedad, casi gravedad, con que se expresaba.

—¿Cree de verdad en la igualdad?

—Claro que sí. Incluso he disertado al respecto en Exeter Hall.

—Mucho me temo que tales teorías aún no hayan llegado a Grecia.

—Seguro que su marido es de mi misma opinión. Comparte con usted el trabajo que realiza, le permite que me acompañe a mi alojamiento.

—Es un hombre de gran corazón.

—No, no se trata de eso. Es un hombre ilustrado. Necesitamos más hombres como él en Inglaterra. ¿Sabía usted que en mi país no está permitido que las mujeres trabajen en los museos? Me parece escandaloso.

Una vez más, reparó en la seriedad con que Thornton se expresaba.

—La divinidad de este lugar es una mujer —comentó—, Atenea Glaucopis, la de los ojos refulgentes.

—Lo sé.

—Un epíteto que indica que sus ojos relucen en la oscuridad de la noche —explicó la joven—. Nos observa mientras dormimos, vela por nosotros. Pero usted no necesita de su protección, señor Thornton. Acaba de admitir que no sueña.

—¿Tan peligrosos son los sueños?

—Por supuesto. Un sueño es capaz de alterar la salud física. Muchas veces lo he comentado con mi marido. A él le encanta soñar. Dice que extrae fuerzas de los sueños.

—¿Y qué piensa usted?

—Nada; que cierro los ojos y veo visiones: arroyos, ríos, árboles. Los convoco, anhelo verlos y aparecen ante mí. Me transmiten gran tranquilidad —afirmó, mientras se preguntaba si no se habría excedido en sus confidencias—. Gracias a los sueños, recibimos profecías, advertencias.

—¿Cree en esas cosas?

—Y usted también acabará por creerlas, cuando haya pasado un tiempo en Troya. Ésa es su casa —anunció, y señaló una cabaña

construida con piedras procedentes del enclave en que se asentara la ciudad y una techumbre de paja; tras la malhadada visita de William Brand, los lugareños no miraban con buenos ojos a las personas que visitaban a Obermann—. No le extrañe el viento que, de un modo u otro, se las apañará para atravesar estas piedras y vendrá a rondarle.

—Increíble. Son piedras procedentes de las excavaciones, ¿no es así? Me siento honrado de cobijarme entre ellas; me tranquilizan enormemente.

—Son fuertes e imponen. Ahí tiene un cántaro y una jofaina. En cuanto a lo que mi marido designa como «lo innombrable», se encuentra debajo de la cama. Para asearnos, nos acercamos al río: hay un lugar reservado para los hombres y otro para las mujeres, muy bien delimitados. Por lo que se refiere a las comidas, ya está al tanto de los horarios.

—¿Cree que podré traer las tablillas de arcilla aquí? —preguntó él, que la había estado escuchando distraído.

—Tendrá que preguntárselo a mi marido. ¿Piensa que, como las antiguas piedras, serán capaces de transmitirle algo?

—No, claro que no. Pero me gusta comenzar a trabajar lo más temprano posible. Al amanecer, mi mente está más despejada: el mundo se despereza, y yo con él.

Sophia llegó a la conclusión de que aquel hombre era la mezcla más asombrosa que había conocido de romanticismo y pragmatismo. Si se atenía a las esperanzas imposibles que albergaba en cuanto a las mujeres, no había duda de que era un soñador, por mucho que se empeñase en decir lo contrario. Con las tablillas, observaba un comportamiento académico y pragmático, al tiempo que las piedras de Troya lo dejaban sobrecogido. Merecía la pena prestarle más atención.

16

Alexander Thornton comenzó a trabajar con las tablillas de arcilla a la mañana siguiente. Llevaba con él una lupa, un enorme cuaderno de notas y unas cuantas plumas.

—Los plumines son de diferentes formas —explicó a Obermann—, para copiar los signos con toda precisión.

Cuando le preguntó si podía llevarse las tablillas a su cabaña, el arqueólogo accedió de buen grado. De modo que colocó con cuidado veinte o más tablillas en una carretilla y las transportó a su alojamiento; repitió la operación tantas veces como fue necesario hasta trasladarlas todas. Tras disponerlas en hileras en el suelo, comenzó a copiarlas una por una. No tardó en darse cuenta de que se trataba de una combinación de símbolos y grafismos. Había una daga y un cuenco, una rueda y la cabeza de un caballo, un ánfora y una copa de un asa. Dibujó todo muy despacio, imitando con exactitud las curvas y punteados de los originales en arcilla. La cabeza equina le recordó el caballo blanco esculpido en creta en el valle de Uffington: mostraba un temperamento similar. Cuando era aún estudiante en Oxford, había hecho una excursión por aquel valle siguiendo las riberas del Támesis, y aún recordaba la maravillosa sensación que había experimentado la primera vez que había visto a aquel enorme animal que parecía emerger de la tierra. No menos lo era la que estaba experimentando en aquel momento.

Sin embargo, otros pictogramas no eran tan fáciles de descifrar. Uno de ellos representaba una estructura oval sobre una rueda y, a medida que fue dibujándolo, descubrió que simbolizaba un carro de guerra. Otra de aquellas figuras parecía representar una vestimenta o una túnica, y también descubrió un animal con cuernos que se asemejaba a un buey. Pero algunos de aquellos signos no podían ser sino palabras, letras o sílabas; hasta donde él podía discernir, había también puntos y guiones que tenían que ser números. Algunos de

los símbolos estaban repetidos y otros aparecían reproducidos en diferentes tablillas. Pero ¿quién podría interpretar su silencio, cuando escribas y ciudad llevaban un tiempo inmemorial enterrados bajo el polvo de los siglos? Las tablillas ocupaban tanto espacio que apenas le quedaba sitio para moverse. Pero pensaba dormir rodeado de ellas, quería despertarse por la mañana y que fueran lo primero que viera en el mundo. Con ayuda de unas cuerdas, había colgado los dibujos que había hecho de los bastos cabrios de madera del techo. Había tratado de colocarlos en disposición vertical, de forma que pudiera ver el mismo signo, o conjunto de signos a un tiempo; creía que, si pasaba el tiempo suficiente rodeado de aquellos símbolos, llegaría a descubrir las inescrutables correspondencias y asociaciones existentes entre ellos. Igual que, al contemplar nada más despertar las tablillas de cerámica desde la cama, confiaba en descubrir las semejanzas más sobresalientes.

Lo primero que pensó fue que no tenían nada que ver con una lengua indoeuropea; a su modo de ver, aquellos signos le parecían demasiado escuetos o, como se repetía a sí mismo, «demasiado extraños». No disponía de ninguna prueba concluyente, como es de suponer, pero le daba la impresión de que se trataba de un sistema de escritura más emparentado con los utilizados por los egipcios o asirios, lo que echaría por tierra la teoría de Obermann de que los habitantes de Troya habían hablado una forma primitiva del griego, pero estaba seguro de que llegaría a convencerlo de que era él quien estaba en lo cierto. La verdad se hallaba por encima de prejuicios e ilusiones. Sin embargo, habría de trabajar arduamente y durante mucho tiempo, antes de que tuviera el atrevimiento de presentar tales conclusiones y, en cualquier caso, siempre cabía la posibilidad de que estuviera equivocado.

Sophia llamó a la puerta para avisarle de que era hora de almorzar. Ya se disponía a alejarse, cuándo oyó que Thornton la llamaba.

—Perdone el desorden —se excusó—, aunque para mí no lo sea; sin embargo…

—Según el sentido femenino del orden sería tal. No le quito la razón, señor Thornton.

—No, no me refería a eso. Cualquier persona diría que esto es un caos —había vuelto a colocar las tablillas en vertical, no en horizontal, y había cubierto el jergón con las tiras de papel donde

había dibujado los pictogramas—. Me gustaría que echase un vistazo a esto, señora Obermann.

—Lleva aquí dos días, señor Thornton, así que creo que tiene todo el derecho a llamarme Sophia. Estamos en Troya, no en Londres. Si me lo permite, yo le llamaré Alexander. ¿Le parece bien?

—Por supuesto. Claro que sí. Encantado. A fin de cuentas, me dirijo a Leonid por su nombre de pila, y a punto he estado de dirigirme a Lineau como Pierre —Sophia siempre había juzgado a las personas por la forma en que reían y, en tales ocasiones, de Thornton emanaba un encanto especial—. Pero no sé cómo le habría sentado, porque parece un hombre a la vieja usanza.

—En eso se equivoca, Alexander. Monsieur Lineau siempre habla conmigo de nuevos métodos de investigación.

Thornton se había inclinado mientras sobre la cama y se había hecho con una de las tiras de papel.

—Esto es lo que quería enseñarle. ¿Ve usted estas dos figuras, que aparecen en líneas separadas? ¿No advierte cierto parecido?

—Sí, con toda claridad.

—¿Qué cree que representa cada una de ellas?

—¿Una espátula para cocinar?

—Obsérvelas de nuevo. Una línea que termina en curva, o en una especie de gancho en el extremo superior, y que, más tarde, se divide en dos líneas, una a cada lado. ¿Lo ve? Luego, las dos líneas van hacia abajo. Ahí es donde reside la diferencia.

—En uno de los dibujos, las líneas que bajan se cruzan; en el otro, se dividen, cada una por su lado.

—¿Aún no lo ve? Es un rostro humano.

—Ahora que lo dice, creo que tiene razón.

—Siempre en esa disposición.

—La cabeza, los brazos, las piernas. ¿Por qué esa diferencia en cuanto a la posición de las piernas?

—La figura con las piernas cruzadas representa a un hombre. La otra es una mujer.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Porque la figura del hombre aparece mucho a más menudo que la de la mujer. Cuestión de sentido común.

—Es usted un idealista, Alexander —dijo Sophia, y experimentó

cierto placer al referirse a él por su nombre de pila—. ¿No puede imaginarse una sociedad en que las mujeres llevasen la voz cantante?

—Me temo que, respecto a eso, sólo disponemos de la leyenda de las amazonas. También estoy convencido de que las piernas cruzadas eran un signo de poder y autoridad. Tal vez el rey o el caudillo cruzasen las piernas cuando ocupaban el trono, y llegase a convertirse en símbolo del hombre.

—Mientras que la mujer las tiene separadas, dispuesta a recibir.

—Sí —repuso, un tanto apurado—, eso es lo que creo.

—Y el hombre permanece agazapado, dispuesto a asestar el golpe.

—Va usted más lejos que yo, señora Obermann, perdón, Sophia.

—Pero ahora que lo he comprendido, está claro que eso es lo que representa. ¿Qué indica este símbolo?

—Me tiene confundido: parece una flecha que va a estrellarse contra una línea horizontal. Si esa línea representase la superficie de la tierra, la flecha podría simbolizar el trigo que nace de la tierra. Fíjese en esta figura: parece cebada ya crecida que brotase de la misma línea. Pero no son más que suposiciones.

Ambos se hallaban inclinados sobre la tablilla, con las cabezas muy juntas, cuando oyeron la voz de Obermann.

—El almuerzo no espera, señor Thornton —dijo desde el umbral —. No entretengas a nuestro visitante, Sophia.

—Alexander estaba refiriéndome sus observaciones. Me parecen asombrosas.

—Confío en que podré oírlas de boca del propio Alexander —repuso, dando énfasis al nombre de pila—. El almuerzo está servido.

Durante la comida, Obermann les contó un viaje que había hecho a Bosnia, tres años antes, en busca de antigüedades.

—Me acompañó un caballero inglés. ¿Ha oído hablar de Arthur Mackenzie, señor Thornton? —El joven hombre negó con la cabeza —. Un excelente geólogo. Una vez que tenía mucha sed, tras dar un largo paseo al sur de Sarajevo, pidió un poco de agua en el primer pueblo por el que pasamos. Al instante y sin mediar palabra, un niño nos condujo hasta la fuente de la localidad. En eslavo, «agua» se dice *wada*. También nos enteramos de que para «leche» usan el término *mlieke*. No creo que sean meras coincidencias, señor

Thornton —Obermann hacía estos comentarios sin apartar los ojos del inglés; Sophia pensó que estaba poniéndolo a prueba.

—Por supuesto que no, herr Obermann. El eslavo y el inglés provienen de un tronco lingüístico común que se hablaba unos cuantos miles de años atrás. Creo que nuestros antepasados procedían de las montañas de Asia Central. Todos descendemos de aquellas hordas indoeuropeas.

—Lo mismo que mis troyanos.

—Ése es un asunto más espinoso.

—¡No importa!, ¡no importa! —exclamó, agitando las manos—. Cuando estuve en Bosnia, sus habitantes se dirigían a mí muchas veces como *brat*, es decir, «hermano»; los bosnios se refieren a los extranjeros como *shija*, «vecinos». ¿Sabe usted de dónde les viene esa predisposición al igualitarismo? Lamento tener que decir esto, Kadri Bey, viene de que piensan que sus amos turcos son unos déspotas. Les une un talante común.

—Somos ecuánimes, herr Obermann —repuso el aludido—. Hemos causado menos dolor y sufrimientos que los imperialistas británicos.

—Supongo que el señor Thornton no estará de acuerdo con lo que acaba de decir, Kadri Bey.

—Muy al contrario: creo que mi país ha cometido tremendos errores.

—Es usted un inglés fuera de lo corriente —repuso el turco.

—En mi opinión, caballero, creo que en este enclave todos estamos fuera de lugar.

—Bien dicho —rió Obermann, batiendo palmas—. En Troya, somos como animales, ¡todos somos caballos de madera!

—También el Imperio británico —intervino Lineau— nos ha deparado hombres intrépidos, como Henry Rawlinson, con quien tuve ocasión de trabajar en una ocasión.

—¿Lo conoció? —Thornton no daba crédito—. Es un ejemplo para mí, un hombre al que venero.

—Aún está vivo, señor Thornton.

—También hay héroes vivientes —apostilló Obermann.

—Trabajé con él en Persia —continuó Lineau, haciendo caso omiso de la observación de Obermann—, cuando era ministro plenipotenciario en aquel país. La política no le dejaba mucho

tiempo libre, pero nunca perdió su pasión por la Antigüedad.

—¿Quién es Rawlinson? —preguntó Sophia a su marido.

—¿Nunca has oído hablar de él? Fue quien abrió los ojos al mundo respecto a Babilonia y Persia: un viajero de los océanos del pensamiento, ¿no le parece, señor Thornton?

Mientras, dominado por los recuerdos, Lineau continuaba su relato.

—De joven, como militar, tuvo la buena fortuna de que lo destinasen a Kermanshah, en el corazón de los montes Zagros.

—Un paraje infestado de bandoleros —explicó Obermann a su mujer—, un lugar salvaje e inexplorado, que no guardaba memoria de su pasado.

—No exageremos —afirmó Lineau—. El cuartel de Rawlinson se encontraba a pocos kilómetros de una localidad llamada Behistún. Allí, en las estribaciones de los Zagros, en la ruta que discurre entre Ecbatana y Babilonia, se alza un enorme macizo rocoso, de muchos metros de altitud. En una de las caras de esa peña, el rey de Persia, Darío, rey de reyes, ordenó que se esculpiese una enorme imagen suya, con sus enemigos postrados ante él. A los pies de la roca, brota un límpido manantial, de agua muy fría. También hay un estanque, donde los lugareños llevan sus ofrendas. Está considerado como un lugar sagrado —los ojos ciegos de Lineau no dejaban de moverse a uno y otro lado—. Junto a la imagen del rey, hay una larga inscripción escrita en tres lenguas. Darío dio la orden de que alisaran aquella vertiente de la peña para que nadie pudiera escalar y echar a perder tan magnífico trabajo. Y así se hizo.

—Pero Rawlinson, que era un aventurero —añadió Obermann—, consiguió trepar.

—Y copió las inscripciones —continuó Lineau—. Más tarde, poco a poco, se empeñó en descifrarlas. Estaban escritas en babilonio, en persa antiguo y en una extraña lengua que conocemos como elamita. La grafía utilizada es la misma que ahora llamamos escritura cuneiforme, de letras en forma de cuña, las primeras palabras creadas por el hombre.

—Una maravillosa proeza —comentó Thornton—, sólo comparable a la realizada por Champollion con los jeroglíficos egipcios.

—¡Qué energía, qué vitalidad! —exclamó Obermann, que

guardó silencio sólo un momento—. Pero no podemos conformarnos con eso. Como acaba de decir el señor Thornton, hemos de hacer algo que esté a la altura de Rawlinson. Vamos a descifrar el lenguaje de Troya, ¡la mayor proeza de todas!

—Lo más llamativo —apostilló Thornton— es que la lengua que hablaban los persas y los babilonios era semítica.

—Pero los troyanos no eran semitas. Estoy seguro que formaban parte del tronco indoeuropeo.

—¿Cómo puede estar tan seguro, herr Obermann? —quiso saber Thornton—. Es decir, ¿cómo puede estar realmente seguro de lo que dice?

—Porque me conozco, que dirían los griegos, y sé cuándo atino.

—Maravilloso don.

—Los semitas proceden de Mesopotamia. ¿Qué relación existe entre Troya y los hijos de Sem? Los troyanos llegaron desde Asia occidental, como el tronco común de las lenguas indoeuropeas. Por eso nos resultan tan familiares.

—¿Y si no lo fueran tanto? —le preguntó Thornton—. ¿Qué pasaría si fueran más misteriosos y ajenos a nosotros de lo que creemos?

—Le recuerdo que disponemos de Homero como prueba.

—¿Y si Homero no hubiera tenido nada que ver con ellos?

—¡Qué disparate, señor Thornton, Alexander, quiero decir! —Obermann podía haber añadido un comentario intrascendente pero, en cambio, se volvió a Sophia—: El señor Thornton se está volviendo hereje. Tienes que convertirlo antes de que arda en el infierno.

—Su obligación consiste en explorar todas las posibilidades, Heinrich. ¿Acaso no es ésa la razón de que lo tengas en tan alta estima?

—Por supuesto; lo había olvidado. Pero dígame: ¿cómo es posible que el paraje en que nos encontramos concuerde completamente con las descripciones del poema de Homero?

—No tengo ninguna explicación, señor, salvo que… —Pareció vacilar un instante—. No pocas veces he reparado en la naturalidad con que el universo se adapta a nuestras convicciones y descripciones. Cuando los astrónomos decidieron que tenía que haber un nuevo planeta, descubrieron Neptuno.

—Lo descubrió un alemán. Yo ya vivía entonces.

—¿Están diciendo que el universo se comporta como un camaleón? —Sophia había entendido de forma meridianamente clara lo que se hallaba en juego.

—¿Cree que todo son invenciones de nuestra imaginación? —dijo Obermann, mientras alargaba el brazo hacia las excavaciones; se habían sentado un poco alejados de las obras, cerca del trazado de las murallas de piedra.

—Claro que no. Pero, a lo peor, es incognoscible.

—Otro disparate. Si así fuera, el conocimiento humano no habría progresado jamás.

—Es sólo una teoría.

—¿Y todas las teorías son igual de válidas? —Obermann parecía haberse refrenado un poco—. Sophia, ¿has oído lo que dice Alexander? —pronunciando el nombre de pila del joven de un modo harto peculiar de nuevo—. He alzado el telón, he mostrado la aurora. Y pretende que ese amanecer es falso.

—No ha dicho tal, Heinrich.

—Mi esposa se pone de su parte, señor Thornton. La ha impresionado usted con sus conocimientos. He resuelto el enigma más intrincado de la historia, y me ningunea de forma ignominiosa —se quejó para, a continuación, rodeándola con el brazo, en un gesto casi propio de un señor feudal, darle un beso en la mejilla.

Cuando terminaron de comer, Thornton regresó a las excavaciones con Lineau.

—Cuénteme más cosas de Rawlinson —le rogó—. No se imagina cuánto me interesa.

—Es un hombre alto, aunque no tanto como usted —dijo Lineau mientras el joven inglés no dejaba de preguntarse cómo habría podido Lineau calcular su estatura—, ingenioso en extremo: no tenía que atarse los zapatos; usaba unos en los que bastaba con introducir el pie, pues aseguraba que no podía perder el tiempo atando y desatando unos cuantos nudos. En cambio, era capaz de pasarse horas contemplando la forma de aquellos signos. Era un hombre sorprendente —añadió, mientras tomaba a Thornton por el brazo—. Aún vive, en un lugar llamado Cricklade. No estaría de más que le hiciera una visita.

—No me atrevo. Me sentiría intimidado en su presencia:

presentarme ante alguien que ha resuelto los misterios de la escritura cuneiforme…

—Es usted un hombre con agallas, señor Thornton: alguien que ha osado dudar de las teorías de herr Obermann, que se ha atrevido a poner a Homero en cuestión.

—Sólo avanzaba una hipótesis.

—Herr Obermann no es un hombre dado a hipótesis o argumentos. Este lugar sólo puede ser la Troya descrita por Homero. Es una persona de profundas convicciones, alguien a quien uno no puede hacer frente en determinadas cuestiones porque, si lo atacan, se revuelve como un tigre.

—Espero no verme en semejante situación.

—Más le vale —aseguró Lineau, como si estuviese mirándole—. Armaría un verdadero escándalo, como dicen ustedes, los ingleses.

—Aquí todos somos científicos, monsieur Lineau. Seguro que sabremos cómo comportarnos.

—¡Eso se cree usted! —exclamó en tono burlón, aunque expresado con la mayor delicadeza—. Herr Obermann no estaría de acuerdo con usted. Y le aseguro que es más que un científico —se interrumpió y alzó la cabeza—. ¿Se ha dado cuenta de que no corre un hilo de aire? Seguro que hoy habrá tormenta.

17

A media tarde, mientras se hallaba absorto estudiando las tablillas de arcilla, comparándolas signo a signo, Thornton oyó un leve ruido, algo semejante a un suspiro, proveniente de debajo de sus pies. La mesa en que estaba trabajando comenzó a temblar de un lado a otro; la cama pareció estremecerse y, a medida que aquel leve lamento se convertía en un rugido, el suelo que pisaba comenzó a moverse. Un cubo de agua empezó a balancearse, y su líquido acabó por el suelo. Su primera reacción fue salir al exterior, pero antes debía poner las tablillas a buen recaudo. A medida que el temblor se dejaba sentir con mayor fuerza, fue reuniéndolas rápidamente y las colocó en dos mochilas de lona, de las que utilizaban para guardar la ropa sucia. Cuando, por fin, abandonó la cabaña, vio que Obermann y los demás seguían al pie de la excavación, mientras muchos de los trabajadores se apresuraban a abandonar el montículo, camino de la llanura.

—¡Aquí estamos a salvo! —les gritaba Obermann—. ¡Troya ha sobrevivido a muchos terremotos!

Los árboles del terraplén y de la llanura parecían zarandeados; los techos de madera de dos cabañas se vinieron abajo: el bramido de la tierra había llegado más allá de aquella elevación y se extendía por el llano. La misma tierra se encrespaba y mecía, como si del mar se tratase.

—¡Es Zeus quien nos habla! —clamaba Obermann—. ¡Nos recuerda cuáles son sus poderes!

Thornton miró a Sophia, que permanecía de pie al lado de Lineau, prestándole el brazo. Se mostraba serena en medio de aquel caos. Lineau no dejaba de mover los ojos, pero también parecía tranquilo. Thornton pensó que Obermann estaba en lo cierto y que, de alguna manera, Troya se hallaba protegida de todo mal. A continuación, contempló asombrado cómo se abría una grieta en el

extremo oriental de las excavaciones, que sacaba a la superficie una reducida cámara de piedra.

El sobresalto no duró más de un minuto; luego, una espesa capa de polvo voló a lo alto, gracias a una repentina corriente de aire procedente del terraplén y de la llanura, que fue subiendo y subiendo hasta confundirse con las nubes.

—¡No está mal —exclamó Obermann— haber escuchado el bramido de los dioses que viven en las entrañas de la tierra! ¡Zeus ha recibido la visita de los hijos de Telus! —dijo mirando a Thornton—. ¡Lo mismo que Príamo debió de oír las voces del reino de lo invisible! —Parecía fuera de sí; Leonid no se apartaba de su lado y, bajo aquella nube de polvo, resultaban idénticos.

Thornton estaba llorando, no de alegría ni de pena, sino porque se le había metido tierra en los ojos. Se limpió la cara con la manga de la camisa, y se acercó hasta Sophia y Lineau.

—¿Puedo ayudarles? —les preguntó.

—Claro que no —replicó Lineau—. Eramos nosotros quienes nos disponíamos a echarle una mano. Sophia me ha dicho que estaba usted llorando.

—Pura casualidad; no era de pena, sino porque hay polvo por todas partes.

—Y los árboles, ¿se zarandean?

—Sí.

—Debe de ser maravilloso ver algo así —era la primera vez que Thornton le oía hacer un comentario acerca de su ceguera.

—La tierra se movía como las olas del mar —le explicó Sophia —. Era majestuoso, impresionante.

—¿Ha visto la grieta que se ha abierto en el suelo? —le preguntó Thornton—. Una enorme sima hacia el este.

—Desde aquí no podemos verla —repuso la joven—. Vamos, monsieur Lineau, echemos un vistazo —y allá que se fueron, a trancas y barrancas, como si fuera la primera vez que andaban. Obermann se unió a ellos.

—Hemos salido con bien, Sophia. Los dioses creen en el destino que nos aguarda.

—Los dioses de la fortuna —apostilló Lineau.

—Si pudiera ver la llanura —repuso Obermann—, observaría una perspectiva digna de Mantegna. Telémaco, deberías acercarte

cuanto antes al pueblo por si necesitan ayuda. ¿Dónde está Kadri Bey?

—No se ha apartado de los trabajadores —le informó Leonid—. Salieron corriendo hasta la base del terraplén.

—Están a buen resguardo. Y bien, amigo Thornton, ¿qué le parece el clima de Troya?

—Tonificante.

—¿Tonificante? —repitió Obermann, entre risas—. Bonito vocablo. Pero se trata de algo mucho más antiguo, que se pierde en la noche de los tiempos. Vivimos en una época de presagios, de advertencias.

—No me hago idea de lo que pretenden transmitirnos, señor.

—En ese caso, dé rienda suelta a su imaginación, señor Thornton. ¿Se ha fijado en la grieta que se ha abierto en el terreno?

—Nos disponíamos a echar una ojeada.

—Hemos recibido un aviso. Atentos, vamos a descubrir algo grandioso —añadió Obermann, mientras se dirigían a la brecha practicada en la tierra, donde se advertía con toda claridad la presencia de una cámara rectangular.

—Antes habrá que retirar mucha tierra y muchos escombros —observó Leonid.

—Eso es lo de menos. Creo que hemos dado con lo que andaba buscando —aseguró Obermann, mientras se dirigía hacia uno de los muros de la estancia, más allá del cual se veía una roca cortada a pico por una losa plana que se había venido encima—. ¿Qué le sugiere este lugar, señor Thornton?

—No sabría decirle.

—Es una tumba. Un espacio ceremonial, un recinto sagrado, junto al que se halla el sepulcro. Hemos de darnos prisa. Tratemos de retirar la losa, mientras Kadri Bey sigue con los obreros allí abajo. Bastantes problemas he tenido ya con los cadáveres que he encontrado: en contra de los principios por los que se rige la ciencia, los turcos son partidarios de enterrarlos. Si conseguimos vaciar la tumba antes de que regresen, mucho mejor. Telémaco, ve a ver a Kadri Bey, y explícale que las excavaciones no son seguras. Paga a los hombres y pídeles que regresen la semana que viene. Como es un cobarde, Kadri Bey no se separará de ellos. Apresúrate.

—Pero me había dicho que me acercase al pueblo.

—He cambiado de idea. Los lugareños pueden esperar.

Mientras Leonid echaba a correr ladera abajo, Obermann pegó la oreja a la roca cegada y dio unos golpes en la losa.

—No está vacía —afirmó—. Ahí dentro hay algo. En cuanto Telémaco regrese, retiraremos la losa —dijo, con una voz que resonaba en el silencio de la tierra.

La nube de polvo había comenzado a asentarse. Thornton no las tenía todas consigo, porque podía haber réplicas. ¿Se trataba de una falsa encalmada que podía verse interrumpida por otro terremoto? Por primera vez se fijó en los miles de pájaros que, con sus nidos movidos de sitio o destruidos, revoloteaban en círculos por el cielo y cuyas alas, todas juntas, proyectaban una larga sombra sobre el terraplén. Sophia miró a lo alto en el mismo momento.

—Una escena sobrecogedora —le dijo—. Resulta todo tan extraño…

—Lo sé. ¿Se ha dado cuenta de que no se oye el piar de los pájaros?

—Eso es lo más llamativo.

Leonid ya estaba de vuelta.

—Regresan a sus aldeas —informó a Obermann— para velar por sus familias. Kadri Bey va camino de Kannakale a fin de ver qué daños ha habido allí.

—Estupendo. Y que se quede mucho tiempo en ese lugar. Telémaco, necesitamos que nos eches una mano. ¿Están dispuestos, caballeros?

Leonid y Lineau, Obermann y Thornton trataron de retirar la losa de piedra de la parte de la peña que había tapado.

—Pesa demasiado —reconoció Obermann—. Habremos de retirarla centímetro a centímetro. Sophia, ¿podrías traerme un martillo y una palanca? Tenemos que separar la losa de la roca.

—Deberíamos conservar una imagen de su estado actual.

—No disponemos de una cámara fotográfica, señor Thornton.

—Puedo hacer un esbozo.

—Dibuje, en ese caso. Telémaco dispone de una máquina de fotos, pero tardaría mucho en ponerla a punto, ¿no es así?

—Si lo que desea es hacer las cosas con rapidez…

—Más que nada; es lo que más deseo en el mundo.

Thornton volvió a su cabaña. Aunque el interior parecía haber

aguantado el temblor, optó por dejar las mochilas de lona fuera de la casucha. Regresó con un lápiz y un cuaderno, y en un santiamén dibujó la cámara y el recinto tapado en la vertiente oriental de la roca. Sophia había llevado a Obermann el martillo y la palanca que le había pedido, y el arqueólogo comenzó a introducirla en el espacio que había entre la losa y la peña que, en realidad, parecía una capa compacta de tierra. Lo hizo con rapidez y limpieza, por todos los lados de la losa, mientras el polvo seguía posándose entre medias. Las numerosas bandadas de pájaros oscurecían la luz, hasta el punto que parecía el crepúsculo.

—Ahora podremos separar la losa fácilmente. Si el señor Thornton ha terminado su esbozo, no estaría de más que nos echase una mano.

—Concédame un momento, señor.

—¿No se le antoja raro, Lineau, que nos preocupemos más por la apariencia externa de las cosas que por la realidad que ocultan en su interior? Cuando examina un ánfora, usted la dibuja con su mente, la recrea, trata de imaginarse con los ojos del alma qué impresión le produjo al primero que la consideró como de su propiedad, algo que nunca nos devolverán el dibujo o la fotografía.

Thornton se unió a ellos y, entre los cuatro, apostados en los vértices de la losa, trataron de apartarla de la cavidad rocosa, que fue cediendo lentamente, hasta que les permitió ver lo que encerraba: el esqueleto de un niño, en posición fetal; los huesos mostraban manchas de color carmesí; junto a la calavera, reposaba la cabeza de un martillo que parecía de jade. Sophia tuvo la sensación de que Obermann, más que sorprendido, contemplaba la escena horrorizado. Thornton hizo un gesto de negación, y se llevó las manos a la cabeza.

—¿De qué se trata? —preguntó Lineau—. ¿Por qué se muestran tan consternados?

—Es un niño —repuso Thornton—; le han descarnado los huesos y cubierto con un polvo de color ocre.

—Ya vi algo así anteriormente —dijo Obermann, sin apartar la vista del cuerpo del pequeño—, entre antiguas tribus de Mongolia.

—Es frecuente en los enterramientos de finales del Mesolítico. —Thornton estaba deseando entrar en la angosta cavidad, pero se contuvo; por educación, Obermann tenía que ser el primero.

—No me gustan esas clasificaciones, señor Thornton. Me parecen muy poco precisas. Por otra parte, ¿qué tiene que ver la Edad de Piedra con este estrato de la ciudad de Troya?

—Debemos llevarnos el esqueleto —comentó Linean—. No podemos examinarlo aquí.

—No es posible —replicó Obermann—. Demasiado frágil; podría convertirse en polvo o en un montón de huesos astillados. ¿Quién sabe qué podría pasar si, de repente, lo expusiésemos al aire libre?

—En ese caso, hemos de darnos prisa. Permítame su brazo, señor Thornton —y sin pedir permiso a Obermann, Lineau irrumpió en la cavidad y, con la ayuda del inglés, se arrodilló junto al pequeño esqueleto. En voz baja, Thornton iba describiéndole la posición y la colocación de los restos, mientras Lineau pasaba las manos por los huesos teñidos de rojo. Thornton reparó en que, junto al cuello, había la punta de una flecha, justo debajo de la cabeza del martillo, y se lo susurró a Lineau. Obermann no les quitaba ojo.

—Estoy impaciente, señores.

—Era un niño, de no más de ocho o diez años. Los huesos están en condiciones y bien formados. La *norma verticalis* (superior) es alargada y en forma de óvalo. La *norma temporalis* (lateral) es dilatada; presenta una curvatura larga y algo aplanada en el vértex.

—Si desea que mi esposa le entienda, monsieur Lineau, tendrá que emplear términos más asequibles.

—Verá como esto sí que lo entiende: el niño fue ejecutado; le asaetearon en el cuello. La punta de la flecha se halla junto al cuerpo. Ahí la dejaron, intencionadamente. La parte superior de la columna vertebral aparece seccionada.

—No es posible —dijo Obermann a voz en grito.

—Y le diré algo más a su esposa: se comieron la carne de la criatura. Los huesos presentan numerosas incisiones, que sólo pudieron practicarse con ayuda de cuchillos.

—Más imposible aún. Homero jamás mencionó el canibalismo.

—Acérquese y véalo con sus propios ojos —dijo Thornton.

—No necesito verlo. Ésta no es una ciudad de muerte —Sophia se había quedado mirando los pájaros, que parecían flotar en el cielo, por encima de sus cabezas—. Es una ciudad de vida —aseguró —. La vida es voraz, así lo quiso Dios, y la vida debe continuar.

Pero, enfrascados en la discusión que mantenían sobre los huesos, los hombres no prestaron atención a las palabras de la joven.

—Por otra parte —continuó Obermann—, podría tratarse de picotazos de aves carroñeras para arrancarle la carne.

—Se trata de cortes demasiado precisos, demasiado uniformes —replicó Lineau que, en esos momentos, estaba examinando el peroné con las manos—; siguen una pauta.

—Ninguno de ustedes tiene la más remota idea de arqueología. Les presento un nuevo mundo, y tratan de enterrarlo, pretenden echarlo abajo.

Al notar un cambio en la dirección del viento, todos miraron al cielo. No oyeron ningún ruido, sólo un abrupto y violento temblor de tierra. Instintivamente, los hombres se agolparon y, aterrorizada, Sophia se unió a ellos, en círculo alrededor de la pequeña tumba. La sacudida sólo duró unos segundos; luego, volvió a reinar la calma.

—Hemos sobrevivido a la réplica —anunció Obermann—. Ya no habrá más.

—Fíjese en los huesos —le advirtió Leonid.

Tras haber permanecido expuestos a aquel aire tan denso, los huesos estaban desintegrándose delante de sus propios ojos, se desbarataban y se deshacían en polvo. Obermann trató de recuperarlos de inmediato, pero el cráneo y una parte del pecho se le disolvieron entre los dedos. Retrocedió un paso y profirió un grito, que a Thornton le pareció más de triunfo que de desazón.

—Los huesos han desaparecido —musitó Sophia a Lineau—, se han desintegrado por la presión del aire.

—Algo bastante frecuente: he visto cómo espadas y martillos se convertían en polvo.

—Igual que si no deseasen que nadie los descubriese.

—No pretendían sobrevivir. Ya habían cumplido su función.

—Adiós a su teoría del canibalismo, señor Thornton —comentó un Obermann radiante, a ojos de los allí presentes—. Las pruebas han desaparecido —añadió, sacudiéndose el polvo de las manos—. Se ha puesto de manifiesto la voluntad de los dioses.

—Pero el caso es que lo he visto, señor.

—La vista puede resultar engañosa, señor Thornton. ¿Viste algo, Telémaco? —Leonid negó con la cabeza—. ¿Y tú, Sophia?

—No tuve la oportunidad, Heinrich.

—Ni yo tampoco —replicó Obermann, mirándolos a todos, de uno en uno—. No he visto nada, nada que desmienta al más celebrado poema épico de la historia del mundo.

Sophia observó que el desánimo y el asombro hacían mella en Thornton. Cuando se apartó del grupo, ella lo siguió y le dio una palmadita en el hombro.

—Sé que está disgustado, Alexander. Lo que ha hecho mi marido es inexcusable. Es…

—Un vándalo.

—Yo no lo juzgaría con tanto rigor. En Grecia decimos que son como tuertos: sólo ven lo que quieren ver.

—Como los cíclopes.

—Eso es. Pero Ulises logró engañarlos, ¿no fue eso lo que pasó? —repuso ella con un asomo de duda—. Busque las pruebas en otra parte, en las tablillas, por ejemplo. Si las encuentra, mi marido se pondrá de su parte, estoy convencida. Dé con esos indicios.

18

Tres días después del terremoto, Sophia divisó un jinete a lomos de un caballo negro, que cabalgaba al paso por la llanura; parecía que no sabía muy bien adónde se dirigía, pero, a medida que fue acercándose, la joven comprobó que el jinete montaba a mujeriegas. Vestía de negro, y se antojaba como un apéndice que sobresaliese de la montura. De pronto, Sophia reconoció la larga y encorvada silueta del reverendo Decimus Harding, lo que la hizo recordar la muerte de William Brand, y se sintió desasosegada. Lo esperó, mientras el clérigo ataba el caballo en una arboleda de jóvenes robles y subía a la cima del terraplén.

—Buenos días tenga usted, frau Obermann. Espero que se encuentre bien después del terremoto.

—Lo mismo le deseo, padre. Pues sí, todos estamos bien y muy animados.

—Me alegra oírle decir eso —por extraño que pudiera resultar, parecía decepcionado—. No podía quedarme mano sobre mano hasta no ver el desastre con mis propios ojos.

—No ha habido tal, reverendo —intervino Obermann, que se había acercado a ellos—. Capeamos el temporal, como dicen ustedes. Somos fuertes.

—¡Qué bien, señor, estoy encantado! —Por un instante pareció desconcertado—. A pesar de que no fue tal lo que me dijo el embajador británico. Todo el mundo se lamentaba de su mala suerte.

—Los rumores tienen «mil lenguas», señor Harding.

—Como dijo Virgilio. Recuerdo que es usted un gran conocedor del poeta latino —respondió Harding, a quien se le habían quedado grabadas las frases que Obermann había pronunciado durante la purificación de la casa del poblado—. No dejo de darle vueltas a que tuvo que ser una especie de maldición lo que acabó con la vida

del norteamericano.

—Nadie se lo discute, caballero.

—Por supuesto. Sería de muy mal gusto —Harding carraspeó—. El embajador creía que sus excavaciones se habían visto seriamente afectadas.

—Pues ya ve, Layard andaba errado; tampoco sería la primera vez —tiempo atrás, sir Austen Layard, el embajador inglés en Constantinopla, fue el arqueólogo que había descubierto el palacio de Senaquerib en Nínive.

—No debería decir eso, herr Obermann, claro que no —Harding estaba encantado—. Sir Austen podría molestarse.

—No sabía nada de bajorrelieves —continuó Obermann—, no comprendía la disposición romboidal.

—Dejemos que los entendidos se peleen entre ellos, mi querida señora. Nosotros no sabemos de esas cosas —dijo Harding a Sophia, no sin tomar nota mentalmente de las críticas formuladas por Obermann—. ¿Así que no les pasó nada?

—Troya está espléndida, como puede comprobar. ¿Notaron el terremoto en Constantinopla?

—Los arrabales se vieron afectados, pero la ciudad antigua resistió. De todas formas, ya saben que la circunspección no es el punto fuerte de los turcos, así que hubo espantosos gritos y alaridos. Creí que era el fin del mundo —de hacer caso al gesto de Harding, cualquiera habría pensado que no le hubiera importado—. Fue un temblor leve: un entrechocar de cacharros, poco más.

—Acompáñeme, reverendo. Voy a enseñarle lo que hemos descubierto —Obermann tomó a Harding del brazo, para disgusto del clérigo, y lo llevó hasta el enclave de Troya—. El plano de la ciudad es muy sencillo, como puede comprobar. Esta calle que sube, empedrada con losas, arranca en una puerta situada en la parte occidental de la ciudad. ¿Ve los cimientos?

—Llevo esta ciudad en la cabeza desde hace muchos años, herr Obermann; la dibujé siguiendo las páginas del divino Homero.

—Dada su profesión, no creo que sea ése el epíteto más adecuado.

—Una concesión a la fantasía, amigo mío.

—Yo diría que es el santo por excelencia; pero, viniendo de usted, suena a blasfemia.

—Podemos referirnos a él como el Sagrado, ¿no es así?, para no escandalizar a los pusilánimes.

De lo que Sophia dedujo que la conciencia de Harding no era pacata precisamente.

—Heinrich me asegura que Homero contiene más belleza que la Biblia. ¿Es también de esa opinión, padre Harding? —preguntó entonces ella.

—Es el más antiguo poema escrito que conocemos, por supuesto, y contiene pasajes maravillosos. Le recuerdo, señora, que en mi iglesia no recibo el tratamiento de «padre», sino que soy el «reverendo señor Harding». Una sutileza.

—Pero ahora pisa usted la tierra de los dioses y los héroes —señaló Obermann—. Fíjese en que la calle principal conduce directamente al palacio —añadió, haciendo un surco en la tierra con el bastón—. Hemos retirado millares de metros cúbicos de escombros, y hemos construido un camino para llevárnoslos de aquí. Enormes masas de rocalla, amigo mío, de dieciséis metros de altura.

—No soy muy ducho en cálculos, herr Obermann.

—Por eso es usted clérigo. ¿Ve la capa que se extiende sobre aquellas piedras, como si de una nube de negro vapor se tratase? ¿Ve el estrato amarillo, que está justamente encima, procedente de materiales que han ardido al rojo vivo? —Obermann señalaba con el bastón a las ruinas de unas cámaras de pequeñas dimensiones—. Durante la conflagración, el viento debió de arrastrar las llamas desde el suroeste, donde está la puerta, hasta el nordeste. Todos los tesoros que hemos hallado estaban en el sureste de la ciudad.

—¿Tesoros, dice usted? Si Ahmed Nedin lo hubiese oído daría saltos de contento.

—Objetos que yo considero tesoros, caballero —replicó Obermann al instante—. Estatuillas de arcilla, cuencos.

—¿Objetos de valor?

—Cuanto hay en Troya es precioso.

—Pues el señor Nedin estaba convencido de que, no muy tarde, el museo acogería un cargamento de piezas de oro. —Decimus Harding había ido a ver el Museo de Antigüedades de Constantinopla y había tenido la oportunidad de departir con el señor Nedin; el director era un gran admirador de Inglaterra,

incluso había pasado la tarde con el reverendo señor Harding fumando un narguile—. ¿Le he contado ya lo de la espada?

—¿Espada, de qué espada habla? —se revolvió Obermann—. No sé nada de una espada.

—Tranquilícese, amigo mío. Me refiero a la espada de Constantino XII.

—El último emperador de Bizancio. ¿Qué hay de esa espada?

Sophia se dio cuenta de que su esposo parecía confuso, y dedujo que había una madeja de relaciones que desconocía entre Heinrich Obermann y Ahmed Nedin, entre el «botín» prometido y la súbita aparición de aquella espada en el curso de las excavaciones. Pero prefirió no meterse en berenjenales.

—Fue derrotado por Mehmet II, ¿no ocurrió eso? —se limitó a preguntarle a su marido.

—Era conocido como el emperador de mármol —le aclaró Harding, que no su cónyuge—, pero de un mármol de mala calidad.

—Provocó la caída de Bizancio —añadió Obermann.

—El imperio resplandeciente obligado a morder el polvo —continuó Harding, muy satisfecho de la expresión que había encontrado—, y los turcos se enseñorearon de sus maravillosos dominios. Pero debo hablarle de la espada, herr Obermann.

—Como guste.

—Un marchante turco de antigüedades, a quien todo el mundo conoce como Issed Saka…

—Le conozco —replicó Obermann—. Un pervertido, un sodomita.

—El caso es que entregó una espada a Ahmed Nedin, asegurándole que era el arma de Constantino XII.

—No se fíe de él.

—Los especialistas del museo confirmaron que, dada la forma, sin duda era bizantina.

—Una buena imitación, nada más.

—Eso mismo dije yo. Le asombraría la cantidad de objetos falsos que acaban por recalar en el museo.

—Pero alguien con buen ojo siempre acabará por descubrirlos.

—¿De verdad? —Harding miró fijamente a Obermann—. Le tomo la palabra.

—Mi palabra vale siempre —repuso Obermann un tanto

ofendido.

Sophia reparó en que su marido estaba cada vez más nervioso.

—Vaya, ahí viene el señor Thornton —dijo ella—. Creo que debería conocerlo, reverendo señor Harding.

El clérigo no hizo el menor caso del comentario y siguió hablando con Obermann.

—A manos de Ahmed Nedin llegaron unas cuantas espadas más; sus propietarios se las presentaban como la espada de Constantino XII. Así que tiene en mente organizar una pequeña exposición.

—Si así lo desea, iré a Constantinopla y le diré cuál es la verdadera.

—Pero lo ha visto hace poco, ¿no es así? Cuando cené con él, no dejó de ensalzarlo.

—Sí, con motivo de una breve visita que hice a la ciudad —repuso Obermann, mostrándose dubitativo—. No tuve tiempo de hablar con él de nada realmente importante. Vaya, aquí está su compatriota. ¿Me permite que le presente a Alexander Thornton, del Museo Británico?

—Encantado. ¿Hemos de saludarnos a la usanza turca?

Thornton no entendió a qué venía aquello, y a punto estuvo de plantar un par de besos en las mejillas al señor Harding, gesto que éste se apresuró a rechazar espantado.

—No podía salir bien —dijo Obermann—. Los ingleses no se besan entre ellos, no en público, cuando menos —y estalló en carcajadas, mientras estrechaba a Sophia contra él.

Aquella noche, durante la cena, Harding insistió una vez más en la caída de Bizancio.

—Todos los objetos de oro debieron de quedar reducidos a cenizas —comentó—. En el mundo no hay belleza, ni grandeza, que no sea perecedera.

—No estoy de acuerdo —replico Lineau—. El oro perdura mucho tiempo.

—Sin duda se refiere usted a copas o ánforas.

—No me malinterprete. Hablo de ideales, de anhelos. La idea de Troya ha pervivido durante millares de años; la gloria del Imperio bizantino aún ilumina el mundo.

—Es una insensatez —afirmó Obermann— comparar Troya con

Bizancio. No tienen nada que ver.

—Pueden guardar una relación más estrecha de la que usted se imagina, herr Obermann —le dijo Decimus Harding sonriendo—. Tras la caída de Constantinopla, el sultán Mehmet II, el conquistador de la ciudad, envió una misiva al Papa, en la que lamentaba que su santidad siguiera considerándolo como enemigo suyo, a pesar de que tenían ascendientes comunes. En la carta, Mehmet le explicaba que los teucri, los troyanos, de los que descendían los italianos, pertenecían al mismo linaje que los teurci o turcos —prosiguió el clérigo sin dejar de sonreír—; sólo una diferencia circunstancial en la disposición de las consonantes había empañado la afinidad de ambos pueblos.

—Una broma absurda —comentó Obermann.

Kadri Bey no se había perdido detalle de aquella conversación.

—No se precipite, herr Obermann. Hay muchos turcos que piensan que la conquista de Constantinopla fue una justa venganza por la caída de Troya. Por fin, los griegos pagaron por la perfidia que habían cometido. Una vez tuvo a bien preguntarme cuál era la razón de que los aldeanos turcos venerasen a los héroes homéricos. Pues bien, aquí tiene la respuesta: es una muestra de veneración hacia sus ascendientes.

—¡Qué locura! —exclamó Obermann, al tiempo que dejaba el vaso en la mesa—. Lunáticos. No me creo ni una sola palabra —en ese momento, Sophia cayó en la cuenta de por qué Kadri Bey escrutaba tan a fondo el sitio de las excavaciones: creía que estaba preservando el patrimonio de su país—. ¿Acaso no me he expresado con claridad ante el mundo entero? Los turcos son asiáticos, y proceden de Oriente. Los troyanos son europeos, que llegaron desde el norte.

—¿De qué pruebas dispone para hacer tal afirmación? —preguntó Thornton, sumándose a la discusión.

—¿Pruebas, dice usted? Aquí está la prueba —replicó, y se llevó una mano a la cabeza—, y aquí —añadió, señalando el corazón con la otra—. No necesito nada más.

—No es una prueba que pudiera alegarse ante un tribunal de justicia —replicó Decimus Harding.

—Ningún jurado se atrevería a condenarme por idealista, ni siquiera uno compuesto por ciudadanos ingleses —Obermann

parecía haber recuperado el buen humor—. Cuento con un testigo, por otra parte. Tengo a Homero de mi parte. ¿Realmente piensa que Héctor y los guerreros troyanos eran antecesores de los turcos? No pretendo mostrarme irrespetuoso con su pueblo, Kadri Bey, pero no está hecho de la madera de los héroes.

—No lleva usted razón, herr Obermann —intervino Harding una vez más—. Ahí tiene a Mehmet, que derrotó al emperador de mármol, al sultán Murad, a Suleimán el Magnífico, todos dignos de los versos de Homero.

—No discutiré de estos asuntos con un clérigo.

—Los sacerdotes siempre dicen la verdad —intervino Kadri Bey, que no parecía dispuesto a dejar las cosas como estaban—. Los turcos no son menos valientes, ni menos osados, y reclaman la ciudad de Troya como propia.

—Ya lo veremos —repuso Obermann—. Los muertos no mienten, y nos contarán su historia, con la ayuda de nuestro amigo aquí presente, el señor Thornton.

—A lo mejor no es de su agrado lo que nos revelen —replicó el inglés.

—En ese caso, les rogaré que guarden silencio.

19

Como colofón de la velada, Obermann se puso a organizar una expedición para solaz de los visitantes.

—Tendrá ocasión de descubrir, señor Thornton —dijo el arqueólogo—, el lugar en que arraigó la semilla que trajo la aflicción a Troya: el monte Ida. Seguro que puede olvidarse de sus obligaciones académicas durante un par de días y ver el sitio donde Atenea, Afrodita y Hera se pelearon por la manzana de oro.

—No me fío tanto de la mitología como usted, señor mío, pero ya que me lo propone…

—Pues claro que sí. En esas historias antiguas siempre hay un poso de verdad. Revestida de reluciente armadura, Atenea se le apareció a Paris y le prometió la sabiduría divina, si era ella la destinataria de la recompensa. Hera se le mostró en toda la majestad de su realeza, y le ofreció riqueza y honores. Afrodita se le acercó, luciendo el ceñidor mágico, y le prometió una esposa tan hermosa como él. ¿Qué otra cosa podía elegir? ¿Acaso no se anhela tener una compañera maravillosa, como nuestra incomparable Sophia, quizá?

—No sé por qué diosa me inclinaría, señor: el acicate de la sabiduría de los dioses podría ser determinante.

—Me deja usted boquiabierto. Un hombre joven tiene que soñar con el amor, ¿no te parece, Sophia?

—No tengo ni idea, Heinrich —tras lamentar el tono de su respuesta, procuró expresarse con mayor dulzura—: No hay reglas en lo que al corazón se refiere.

—¡Palabra de mujer! —exclamó Obermann—. Pero la historia nos demuestra que siempre prevalece el amor. Es irresistible, no hay fuerza en el mundo capaz de plantarle cara —concluyó, y él y su esposa intercambiaron una significativa mirada.

—Sin embargo, el amor también provoca celos y división, es el

origen de la guerra —terció Decimus Harding, a quien no se le había pasado por alto aquella mirada—. De sobra sabían los hombres de la Antigüedad que el amor y las contiendas siempre van de la mano.

—Si me permite la pregunta: ¿qué saben los clérigos del amor?

—Aquí veo las consecuencias —repuso, mientras contemplaba las ruinas de Troya—. Afrodita le prometió a Paris la mujer más hermosa del mundo y, con ayuda de la diosa, raptó a Helena y se la llevó a Troya. Es una historia que usted conoce muy bien, frau Obermann —añadió Harding, mirándole sólo a ella—. El esposo de Helena, Menelao de Esparta, instó a Agamenón y a los otros caudillos griegos a que iniciasen la guerra contra Troya. El resto es cosa de Homero.

—No subestime nunca la determinación de un esposo agraviado —replicó Obermann—. Menelao era implacable, su ira no conocía límites; estaba dispuesto a que muchos perdiesen la vida, a saquear y destruir la ciudad.

—Vivimos en una época más civilizada —repuso Harding—, controlamos mejor nuestras pasiones personales.

—¿Ah, sí? —repuso Obermann—. No comparto su opinión.

—¿Serán tan amables de disculparme, caballeros? Estoy cansada después de un día de trabajo —se excusó Sophia, levantándose de la mesa.

Todos se pusieron en pie a un tiempo, y Obermann se dispuso a acompañarla ladera arriba hasta la cabaña que ocupaban.

—No lo olviden —les dijo—. Saldremos al alba. ¡Seguiremos los pasos de Paris hasta el monte Ida!

Al día siguiente, al amanecer, los cuatro viajeros —Obermann y Sophia, Harding y Thornton— cabalgaban lentamente hacia el sureste, en dirección a las montañas, siguiendo el curso del río Escamandro, a través de la llanura de Troya.

—¡Miren, caballeros! ¡Cisnes! —gritó Obermann, señalándolos con gran nerviosismo—. Sin duda pensaban que eran aves propias de Inglaterra, el cisne del río Avon, el Támesis, tan deleitable.

—Tienen un porte muy inglés, ¿no le parece? —le comentó Harding a Sophia, que cabalgaba a su lado—, muy majestuoso.

—También son agresivos: graznan a todo el que se acerca demasiado —repuso ella, que no sabía si el reverendo estaba

tomándole el pelo.

—Normal.

—Resultan hermosos cuando están en el agua —apuntó Obermann—, pero en tierra son desgarbados y patosos.

Atravesaron la llanura sin percance, seguidos de un jumento cargado con todo lo necesario, dejando atrás tierras de labranza y cabañas de adobe y techumbres de paja. El sol calentaba de firme, pero el viento del nordeste que levantaba polvo por la senda que seguían mitigaba el calor. Llegaron a la aldea de Bournabashi, donde salieron a recibirlos unos cuantos niños que se arremolinaban en torno a la comitiva con las manos abiertas.

—Permítanme que les enseñe algo —dijo Obermann, y se desviaron del sendero unos cien metros, hasta llegar a una colina de la que surgía un peñasco, que el arqueólogo señaló con el bastón—: Johann Conze y monsieur Chevalier juraron y perjuraron que en ese enclave se alzaba Troya. ¿Se imaginan algo más ridículo, más carente de sentido? Presten atención: es un lugar apropiado para animales salvajes —unas cuantas ovejas, algunas cabras y otras tantas vacas pacían a los pies de la colina—. Mis rivales guardan silencio como es natural; no se atreven a plantarme cara.

—Es como un cisne cuando grazna —musitó Harding a Thornton.

Tras hacer un alto para que los caballos bebiesen de un manantial que brotaba en la parte occidental de la peña, continuaron hacia el monte Ida. A medida que se acercaban a la cordillera, el aire se volvía más puro, igual que se oía con mayor claridad y profundidad el retumbar de los cascos de los caballos por el sendero. Estaban rodeados de rocas basálticas, negras y aplanadas, y cuando Sophia lo comentó, Thornton le explicó que eran restos de la lava que, tiempo atrás, había llegado hasta la llanura.

—¿Quiere decir que hubo un tiempo en que el monte Ida era un volcán? —le preguntó.

—Es muy probable; esto es lo que queda de él.

—O sea, que ya estaba dotado de vida antes de que los dioses posasen sus pies en él.

—No ha de tomarse en serio esas leyendas, Sophia.

—Ya no sé qué creer.

—El tiempo mitológico nada tiene que ver con la era geológica. Son esferas distintas.

—Pero ambos forman parte del mismo mundo. ¿Acaso cree que soy la única persona que anda perdida?

—La confusión es consustancial con la vida —repuso Thornton sonriendo—. Nunca estamos seguros de lo que pensamos ni de lo que sentimos.

—¿Lo que sentimos, dice? Ah, de eso sí que estoy segura.

—¿De verdad? —preguntó, mientras se quedaba mirándola—. Mañana no tiene por qué sentir necesariamente lo mismo que hoy.

—Trata de confundirme. Dejémoslo.

—No diga eso. Una de las pocas cosas buenas de estar aquí es disfrutar de la oportunidad de conversar con usted.

—¿Conmigo? —exclamó Sophia, realmente sorprendida—. No soy inteligente, tampoco ingeniosa.

—Pero es usted bondadosa y sincera, lo que me hace albergar esperanzas.

—¿Qué clase de esperanzas?

—Confiar en que… No lo sé. Esperanza en que todo merece la pena, esperanza en el futuro.

Mientras la joven meditaba sobre cómo podría ser ese «futuro», Obermann requirió la atención de Thornton para pedirle que observase el muro de un granero junto al que estaban pasando.

—¿Ve usted esos trozos de cerámica que sobresalen de la arcilla? —le preguntó—. Rojos y marrones, helénicos en su mayoría. Debemos de estar cerca de una antigua ciudad, señor Thornton. La cerámica suele aparecer a escasa profundidad.

—¿Tiene idea de qué ciudad puede ser, señor?

—Creo que se trata de Escamandria. Ya verá como, un poco más adelante, llegamos a una aldea: siempre hay algún núcleo de población en las proximidades.

En efecto, al cabo llegaron a una aglomeración de chozas, establos y viviendas. Obermann desmontó y se dirigió a una pequeña tienda que había en el centro. Unos minutos más tarde, regresó.

—La aldea se llama Ine —explicó—. No sé si se trata de una corrupción lingüística del nombre del dios fluvial, Ínaco, padre de Io. La mujer no supo decírmelo. Pero me ha vendido esto por una

bagatela —y les mostró un busto de mujer, de mármol blanco, un óvalo perfectamente pulido y moldeado, que a Sophia le recordó una piedra preciosa.

—Tiene los ojos cerrados —comentó—. Debe de estar dormida.

—Dormida o meditando —replicó Obermann—. Un buen augurio para nuestra excursión. Podría ser Atenea, o Afrodita. Incluso con los ojos cerrados, sabrá guiarnos.

Continuaron viaje hasta el pueblo de Beiramich, asentado en una meseta sobre el Escamandro. Hicieron un alto, y tomaron un frugal refrigerio, pan y aceitunas, mientras escuchaban el murmullo del agua que les llegaba desde abajo.

—¿Se han parado a pensar alguna vez —les preguntó Sophia— que los pájaros siempre cantan a la orilla de los ríos, pero que ni se les oye cerca de ciénagas y pantanos?

—Porque imitan el sonido del agua —repuso Thornton—, y responden con sus trinos. En tierras pantanosas, sólo se oye el viento.

—Si está en lo cierto, ¿por qué cantan los pájaros en Oxford? —remachó Harding.

—Porque oyen las voces de las personas cuando hablan, y los pájaros responden.

—Seguro que no. Se comunican entre ellos. Lo que pasa es que nosotros no los entendemos.

—En Oxford, nadie entiende de nada —aseveró Obermann—. En marcha. No sería prudente que hubiera anochecido cuando llegásemos al monte Ida.

Siguieron cabalgando hasta llegar al pueblo de Evjilar.

—Evjilar —les aclaró Obermann— significa «pueblo de cazadores». Por aquí hay muchos animales salvajes que bajan de las montañas, osos, jabalíes…

—¿Estaremos a salvo? —quiso saber Harding.

—¿Allá donde vamos? Eso espero. Además, usted es un hombre de Dios, y rezará por nosotros —Obermann parecía regocijarse ante la evidente intranquilidad del clérigo—. ¿Acaso Jesús no amansó a las fieras en el desierto?

—No recuerdo ese pasaje en concreto.

—Debería estudiar más a fondo la Biblia, señor Harding. Por si acaso, me he traído una pistola.

—¿No les parece que el aire es más fresco? —comentó Sophia.

—Nos encontramos a más de doscientos metros sobre el nivel del mar —repuso Obermann—. Estamos cerca del monte Ida.

Llegaron a un pequeño claro, donde había un estanque de aguas verdosas; allí arrancaba la ladera empinada del monte, alfombrada de pinos, robles y castaños.

—Que descansen un poco los caballos —propuso Obermann—, antes de seguir adelante.

—¿Cómo piensa subir hasta allí? —le preguntó Harding.

—Aunque desde aquí no pueda verla, hay una senda, que se ha utilizado durante miles de años. Es una vereda que han ido abriendo los seres humanos. Además, no habremos de subir mucho. El calvero de las diosas se encuentra a los pies del primer pico.

—No sabe cuánto me alegra oír eso.

Sophia se acercó a Thornton, que estaba llevando su montura hasta el estanque.

—Ha estado muy callado —le dijo.

—¿De veras? Estaría distraído.

—Pensando en su trabajo, seguro. No es capaz de dejarlo de lado ni un momento.

—Y en otras cosas, me temo —respondió, sin mirar a Sophia—. Es un paisaje magnífico, majestuoso.

—¿Qué son esas otras cosas que se teme?

—Era sólo una forma de hablar. ¿Cuál de esos picos cree que será nuestro destino? Admito que no estoy muy acostumbrado a subir montañas.

—Heinrich no nos exigirá nada que no podamos hacer. Conoce el camino. Ya lo ha recorrido otras veces. Es usted muy reservado, Alexander.

—Si lo que digo me hace sentirme apurado, prefiero quedarme callado. Sólo es eso.

Sophia notó que su marido se aproximaba a ellos.

—Alexander desea saber cuál será nuestro lugar de destino, Heinrich.

—Nos dirigimos al monte Gárgaro, señor Thornton, uno de los que forman la cordillera del Ida, al lugar en que se aparecieron las diosas que, para mayor fortuna, es donde nace el Escamandro. Así que tendrá ocasión de contemplar el nacimiento del río. De esa

montaña brota el divino río, y ahí empezó también la guerra de Troya. Un enclave doblemente bendecido. A los seres humanos les encanta lanzarse a la aventura.

Espolearon los caballos y encararon la pendiente que arrancaba a los pies del monte, siguiendo un sendero de tierra y piedras que discurría por un espeso bosque; torcieron a continuación y, durante casi dos kilómetros, siguieron por la orilla de un arroyo hasta llegar a un valle que se abría paso entre dos de las cumbres de la cordillera del Ida. El valle entero estaba sembrado de rocas y guijarros que se habían desprendido de las escarpadas laderas que lo cerraban por cada lado. Desde las alturas, les llegaba un rumor de agua desde alguna parte.

—Ahí los tienen: el monte Gárgaro y el monte Cotylus —les gritó Obermann, que se había adelantado un poco a los demás—. La cumbre del Gárgaro está a unos mil ochocientos metros sobre el nivel del mar. No se apuren. ¡No vamos a coronarlo! —dijo riéndose —. El calvero se halla mil doscientos metros más abajo. Además, tendremos ocasión de contemplar el nacimiento del Escamandro. Síganme.

—No nos queda elección —mascullό Harding, que no estaba disfrutando nada de las fatigas de aquel día.

Subieron por una angosta vereda, cabalgando en fila india; el animal de carga cerraba la partida. Al cabo de una hora de penosa ascensión, llegaron a una pequeña meseta, desde donde contemplaron el valle a sus pies y la llanura de Troya, que se extendía hasta el mar. Sólo se oía el murmullo del agua.

—Estamos cerca del claro de las diosas —les informó Obermann —, pero antes quiero que vean algo.

Lo siguieron por los vericuetos de una senda que parecía rodear la montaña, hasta que se detuvo y señaló a lo alto. Unos sesenta metros más arriba, en una pared de roca casi vertical, había una gruta natural de la que brotaba un caudaloso manantial que se precipitaba desde una altura considerable arrastrando piedras hasta unirse con un minúsculo arroyo y convertirse en un riachuelo que discurría por la ladera de la montaña.

—¡El nacimiento del divino Escamandro! —exclamó Obermann —. Alimentado por el deshielo de las nieves de invierno, ¡su agua es pura y fecunda la montaña!

En efecto: más abajo, las laderas se hallaban cubiertas de bosques, que llegaban hasta los pies de la montaña y al llano.

—Aquí se talaron los árboles a fin de fabricar las naves que Paris utilizó cuando se hizo a la mar para raptar a Helena. De estos montes, salió la madera que los griegos emplearon para construir el enorme caballo. ¿Entienden ahora por qué esta tierra también contribuyó a forjar el destino de Troya? Éste era el lugar donde los dioses se apostaban para contemplar las batallas. Aquí fue donde Anquises y Afrodita concibieron a Eneas. Por eso quería traerles hasta este sitio. Porque estos parajes también forman parte de la ciudad.

—Pronto seremos nosotros quienes necesitemos leña para hacer una hoguera —comentó Harding con preocupación a Thornton; el sol estaba declinando, y aquel cielo tan claro era un presagio evidente de que la noche sería fría. No había supuesto que la excursión fuera a ser tan larga, y no le seducía la idea de pasar una noche al raso en suelo turco.

Sophia, por el contrario, se había contagiado del espíritu aventurero de Obermann, y disfrutaba de cada instante que pasaba en la montaña. Thornton le indicó que contemplase el reflejo de la luz del sol poniente en la pared de roca: daba la impresión de que, en el interior de la montaña, resplandeciera un horno encendido.

—Ahora podríamos hacer una visita a las tres diosas —propuso Obermann.

Desanduvieron el camino un corto trecho, y se adentraron por un sendero angosto que, entre peñas y matorrales de tojo, desembocaba en un bosque. Lejos de la vista de la cadena montañosa y del agua que se precipitaba, era un lugar más oscuro y umbrío. Los viajeros guardaron silencio. Luego, llegaron a un pequeño claro donde crecían juntos tres altos alisos.

—Pisamos tierra sagrada —apostilló Obermann.

Desmontaron y ataron los caballos a los robles que rodeaban el calvero.

—Estos árboles crecen donde se posaron los pies de las diosas. Los alisos agradecen el agua, y les gusta el Escamandro, igual que a las diosas.

Para sorpresa de Harding, Obermann se arrodilló e inclinó la cabeza para orar. El clérigo, que no aprobaba aquel acto de

veneración, prefirió caminar hasta los límites del calvero, y se dispuso a atisbar entre los árboles. Pero de repente, dio un paso atrás. Pensó que algo se movía en la espesura y volvió junto a sus compañeros a toda prisa, en el momento en que Obermann se ponía en pie.

—Podemos acampar aquí —dijo el arqueólogo—. Como todavía hay luz, vamos a recoger unas cuantas ramas del suelo y encender una hoguera —añadió riéndose, al ver la cara de incredulidad de Harding—. Llevamos comida en las mochilas y tuve la precaución de traer cuatro mantas. El terreno es llano.

Les fue muy fácil encontrar la leña que necesitaban en el bosque que se extendía más allá del calvero, y la apilaron hasta formar un buen montón, lejos de los alisos. A medida que el cielo se oscurecía, la luna llena resplandeció por encima de las montañas. En aquel lugar, su órbita plateada, estriada con las marcas de los valles y montañas de su superficie, parecía estar por completo pegada a la tierra.

—Ya sé qué vamos a hacer —anunció Obermann.

—Espero que no se trate de algún ritual —le comentó Harding a Thornton—. Creo que es pagano hasta la médula, ¿no le parece?

—Creo que se comporta así para mantener unas relaciones fluidas.

—¿Relaciones? ¿Con quién?

—Con los troyanos, con la tierra.

Obermann se había acercado a la caballería que transportaba la impedimenta y, de una de las alforjas, sacó el busto de mármol que había comprado en Ine.

—Éste es el premio —dijo—. Sophia, deberás elegir a uno de nosotros tres y entregar este busto a quien, en tu opinión, más se lo merezca.

—Eso es una imitación de la leyenda, herr Obermann —aseveró Harding—. ¿Le parece prudente? ¿Y si se desencadenase un nuevo conflicto, entre nosotros?

—¿Cuál sería el motivo de la contienda? No somos divinidades, y el señor Thornton no va a raptar a nadie, al menos eso espero.

—No sé qué he de hacer, Heinrich.

—Ven aquí. Nos colocaremos delante de ti. El señor Harding es el más devoto; yo, el más audaz, y el señor Thornton, al fin y al

cabo, el más apuesto. Tienes que elegir entre nosotros tres.

Se situaron justo delante de los tres alisos. A la clara luz de la luna, en aquel momento, cualquiera los habría tomado por tres estatuas de mármol, silenciosas e inmóviles, bañadas en un reflejo plateado. El busto tallado se hallaba en el suelo, entre Sophia y los tres hombres.

—No puedo hacerlo, Heinrich.

—¿Cómo va a emitir un juicio sobre nosotros, señor? —preguntó Thornton.

—Las mujeres disponen de un sexto sentido.

—No estoy muy seguro —afirmó Harding—: Acuérdese de Eva.

En ese instante, oyeron aullar a un lobo, muy cerca del lugar donde se encontraban. Los caballos relincharon y se movieron inquietos, mientras Obermann se acercaba al borde del calvero y atisbaba en la oscuridad que se extendía más allá de los árboles.

—Es una advertencia —dijo, cuando volvió junto a sus compañeros—. Dejémoslo.

—Te han enseñado que no había que emular a los dioses —afirmó Sophia.

—Es posible.

—Me ha parecido que se movía algo entre los árboles —comentó Harding, visiblemente nervioso.

—Cuando hay luna llena —replicó Obermann—, el lobo puede apoderarse de un alma humana, al menos eso es lo que, de niño, me contaban en Alemania. ¿Qué otra alma querría unirse a nosotros precisamente esta noche? —preguntó, mirando a Sophia, que por un instante había pensado en William Brand.

Mientras hablaban, Alexander Thornton había recogido unas cuantas ramas más caídas en el calvero y en la espesura de los alrededores. Las acarreó hasta el centro del claro y las apiló junto a las otras.

—Una hoguera bastará para ahuyentar a esos animales —dijo; sacó una caja de cerillas de marca Lucifer de uno de los bolsillos, y no tardó en alzarse una fogata que difundió luz y calor por el claro.

—Cantaremos —sugirió Obermann—, cantaremos a pleno pulmón, para espantar a las alimañas nocturnas. Voy a cantarles *Einerlei* y, luego, *Meinem Kinde!* —dijo, arrancándose a voz en cuello; a continuación entonó otra balada que comenzaba por *Für*

fünfzehn pfennige. Los otros no entendieron nada, pero cuando Thornton atacó con una versión de *The Sobbing Deer* y otra de *Where the Bee Sucks*, Decimus Harding se le unió. Y siguieron cantando, hasta que, cansados, ya no se les ocurrieron más canciones y se dispusieron a dormir tranquilamente al amor de los rescoldos. En el bosque, no se oía ni un ruido.

A la mañana siguiente, todos se levantaron de buen humor, aliviados y encantados de que durante la noche no se hubiera producido ninguna incursión. Atrás habían quedado los peligros. Pero cuando estaban recogiendo las mantas y pisando los restos de la hoguera, Obermann, en jarras y atónito, exclamó:

—¡Ha desaparecido! ¡Se la han llevado!

—¿A qué te refieres, Heinrich?

—La dejé aquí, en el suelo. —La escultura, el busto de mármol había desaparecido.

—Tiene que estar ahí —comentó Harding—. ¿Cómo va a haber desaparecido?

Buscaron por todo el calvero, por si la cabeza de mármol hubiera rodado por alguna extraña razón, incluso miraron por la espesura que rodeaba el claro.

—¿Se les ocurre alguna explicación? —les preguntó Obermann, como si tratase de desafiarlos.

—Que un oso se la haya llevado durante la noche —aventuró Thornton, sonriendo—. A lo mejor les gustan esas cosas.

—¿Y que no hiciera ningún ruido ni nos despertase? —repuso Obermann—. No me lo creo.

—A lo mejor alguno de nosotros es sonámbulo —propuso Harding, también sonriente—, aunque dudo que se aventurase en la espesura.

—¿Qué explicación se te ocurre a ti? —le preguntó Sophia a su marido.

—No lo sé —dijo mirando a los otros con recelo—. Si mencionase la intervención divina, se reirían de mí…

—¿Que las tres diosas se aparecieron de nuevo y se apoderaron de un objeto que les hacía la competencia?

—No tan deprisa, reverendo. No olvide que estamos en lugar sagrado y que, por eso, los lobos ni siquiera se han acercado.

—En ese caso, el busto sería la recompensa por habernos prestado su protección —dijo Sophia.

—¡Qué locura! —comentó Harding.

—Podría ser —convino Obermann, rodeando a su esposa con el brazo—. Como mujer que es, Sophia entiende mejor a las diosas. A lo mejor se esperaban que se la dejásemos como presente.

20

Durante las semanas que siguieron al regreso de Decimus Harding a Constantinopla, Sophia se mostró cada vez más interesada en el minucioso estudio de las tablillas en que se hallaba enfrascado Thornton. Solía acercarse a su cabaña y, sentados juntos, se abstraían contemplando los signos y los símbolos que el joven había colocado en la mesa de madera. Ya era capaz de reproducirlos con enorme precisión y, entre ambos, establecían comparaciones sobre las interpretaciones que les sugerían aquellas grafías: lo que a Thornton le parecía un mazo de flechas, a Sophia se le antojaba una gavilla de espigas de trigo.

A su vez, el inglés comenzó a interesarse por el celo con que ella estudiaba las figurillas votivas que solían aparecer en el enclave de Troya. Algunas eran de terracota, perfectamente modeladas, con cabezas de hombre o mujer; otras eran mucho más toscas, y no acababa de encontrarles un significado preciso. Sophia había reparado en las líneas dibujadas en el dorso de algunas, por ejemplo, que parecían representar los largos cabellos de una deidad femenina.

—Lo más sorprendente —le dijo Sophia una mañana en que estaba enseñándole un basto ídolo de hueso— es que otras estén tan magníficamente ejecutadas. Es como si fueran obra de un artista vivo.

Ambos se encontraban de pie, juntos, en la cabaña en que Obermann y ella vivían, junto al hueco del suelo en que guardaban los tesoros.

—¿Cómo interpreta esto? —le preguntó Thornton, señalando cuatro líneas horizontales trazadas por debajo de la cabeza.

—La armadura de la diosa. Los pechos están más abajo. Estas líneas que se cruzan sobre el pecho le confieren también un aspecto belicoso.

—¿Y esto?
—Creo que es la vulva.
—Nuestros amigos no eran muy delicados.
—No temían a la vida. Ése es el origen del mundo, Alexander.
—«La bendición de estar vivo en aquel amanecer» —repuso él, un tanto cohibido—. Lo siento: me limito a citar un verso.
—No tiene por qué disculparse: es un sentimiento hermoso. El mundo entero debió de regocijarse cuando aparecieron los hijos y las hijas de Eva. Aquí otra diosa con las mismas marcas, ¿ve usted?
—Los troyanos pensaban en sus dioses de un modo mucho más sensato. Sus divinidades disfrutaban con…
—¿Las relaciones sexuales? Por supuesto. Formaban parte de su divinidad. Eso es lo que nosotros tenemos en común con ellos.
—Creía que usted era cristiana, Sophia.
—No aquí. El cristianismo nada tiene que ver con Troya —colocó la estatuilla para que le diera mejor la luz—. Era la diosa de la vida, la homologa de Rhea. Mire esta otra. Creo que es una estatuilla que servía como juguete infantil. O a lo mejor era un amuleto de buena suerte que le ponían a la criatura entre la ropa. ¿Lo ve? En lugar de la cara, hay sólo un círculo tallado.
—No creo que estuviera destinado a un niño. Parece demasiado fiero.
—Yo no lo calificaría así. Es una imagen antigua, nada más.
—¿Y esto, qué es? —preguntó Thornton, sosteniendo un pesado objeto de diorita, del que sobresalían cinco protuberancias o abultamientos.
—¿Ve estas líneas tan poco marcadas? Se trata de un collar, así que esta esfera es la cabeza —contestó ella, al tiempo que la enderezaba—. Los brazos y las piernas están en el lugar que les corresponde —añadió—. Es muy intrigante: parece estar poseída por un espíritu.
Thornton dio un paso atrás.
—Podía haber sido de ese niño.
—¿Del cadáver que encontramos? Mucho me temo que su espíritu se haya evaporado.
—¿Es eso lo primordial para que un niño tenga vida, el espíritu?
—Por supuesto —repuso Sophia.
—Yo creía que era el alma.

—Oh, no. El alma es algo inerte, algo que habita en nuestro interior, como una piedra, mientras que el espíritu brinca y danza, como la savia fluye por los árboles y la sangre por las venas.

—Nunca sé cuándo habla usted en serio, Sophia.

—Jamás hablo en serio.

—La he observado cuando está callada. En esos momentos, sí parece seria. Por ejemplo, cuando mira por encima de la llanura hacia el Helesponto y juguetea con su caballo.

—¡Se ha estado fijando en mí! No es justo.

—La observo muchas veces.

—Deje de hacerlo. Ahora estoy hablándole en serio, Alexander. No lo haga, se lo ruego.

Al verla tan angustiada, Thornton se dio cuenta de que había llegado demasiado lejos. Miró alrededor, evitando que sus ojos se encontraran, y reparó en que, por casualidad, había dejado el capote y el sombrero sobre la cama. En un extremo de la mesa, estaba el paquete de cigarrillos americanos de Obermann.

—Veo que está bien instalada, Sophia.

—¿Usted cree? Yo no diría eso —repuso, entre risas—. Me las apaño, como dice mi marido.

—Pero disfruta con este trabajo.

—En este momento, forma parte de mi vida. —Guardó silencio un instante y, poco a poco, fue pasándosele el enfado—. Nunca lo había comentado con nadie hasta ahora.

—La admiro, Sophia —confesó él, interpretando correctamente la mirada que le había dirigido—. Pero no puedo decir nada. También yo debo guardar silencio.

Cuando Thornton regresó a su cabaña, sacó una carta que había comenzado a escribir al director del Departamento de Escrituras Protohistóricas del Museo Británico. Consideraba a Alfred Grimes no sólo un compañero, sino también un amigo. Thornton había pensado que tenía que contarle todo lo referente al descubrimiento y la inesperada desaparición del pequeño esqueleto que habían hallado tras el terremoto. Aunque de forma no oficial, era un recurso para dejar constancia del hecho y conservar algún vestigio de las condiciones reales de la vida en Troya. Así, había escrito:

Querido Grimes:

> Aquí me tienes, en lo alto de la colina fortificada de Hissarlik, también conocida como Troya. Un enclave singular en muchos aspectos; en ninguna otra parte del mundo se han descubierto tantos restos de antiguos asentamientos, dispuestos en diferentes estratos y que contengan tan numerosos vestigios.

Luego continuaba con la descripción de los diferentes yacimientos en que se habían hallado los distintos asentamientos de Troya, explayándose en el descubrimiento de la «ciudad incendiada» que, según todo el mundo, era la que Homero tenía en la cabeza; en otro folio, le aseguraba que estaba encantado con la oportunidad que se le había ofrecido de estudiar las tablillas de arcilla.

> Creo que son algunas de las primeras muestras de escritura del mundo; es posible que sean anteriores incluso a las encontradas en Mesopotamia, aunque en ésta, como en muchas otras cuestiones, no he llegado a una conclusión definitiva.

Después relataba los renqueantes progresos que había realizado a la hora de descifrar los símbolos, aunque dejaba entrever una esperanza: «Los árboles no me impedirán ver el bosque».

Se interrumpió un momento, y comenzó a escribir otro párrafo.

> Ya sabes que herr Obermann es conocido como colega un tanto agresivo y déspota: una fama nada inmerecida. Es un teutón a carta cabal, que se sirve de la arqueología para justificar sus teorías, sin hacer caso de las pruebas. Ordena la destrucción de cualquier vestigio romano o griego que le distraiga de la prehistoria. Trata con desdén todos los fragmentos que encuentra pertenecientes a la época clásica. Y si por casualidad caen en sus manos mientras trabaja, ¡prescinde de ellos sin miramientos! Observa con aprensión cualquier asa de ánfora que aparezca. De hecho, ocurrió un inquietante y más bien desagradable incidente.

Con gran rapidez, Thornton pasó a escribirle el relato del

descubrimiento del esqueleto del niño que había terminado por convertirse en polvo.

> Observé y toqué marcas indelebles practicadas con un cuchillo en aquellos huesos, prueba de que le habían arrancado la carne, pero herr Obermann se mostró de todo punto indiferente, y pareció encantado al ver cómo los restos del pobre niño se desintegraban tras quedar expuestos al aire. A pesar de que tales prácticas están más que atestiguadas en las ceremonias de otras tribus primitivas, negó con rotundidad que sus venerados troyanos realizasen sacrificios rituales o practicasen el canibalismo, porque, según él, los troyanos no eran un pueblo primitivo, sino héroes homéricos revestidos de relucientes armaduras.

Thornton se detuvo de nuevo y leyó lo escrito.

> Te ruego que conserves esta carta hasta que yo regrese, momento en que trataré de realizar un relato pormenorizado del incidente. Te incluyo un dibujo que hice en el lugar del enterramiento.

A continuación prosiguió dándole recuerdos para sus compañeros del Museo Británico, se despidió formalmente y firmó la carta: «Afectuosamente, A. Thornton».

Metió la misiva en un sobre y lo cerró.

A la mañana siguiente, entregó la carta a Rashid, un muchacho turco que se dedicaba a llevar y traer mandados entre Hissarlik y Kannakale.

Obermann había ido caminando hasta el «arsenal», la cabaña donde depositaban lo que iban encontrando, cobertizo al que había distinguido con aquel apelativo desde que apareciera la espada. Al pasar había visto cómo Thornton entregaba un sobre al muchacho, de modo que se quedó en el umbral hasta que el inglés hubo desaparecido. Luego, llamó al joven.

—Rashid, ¿qué llevas ahí? —le preguntó, mientras echaba un vistazo a la dirección escrita en el sobre.

—Me voy a caballo a Kannakale esta mañana, así que me llevo la carta.

—Déjala en mis manos, y no se lo digas al señor Thornton —le dijo, entregándole la propina que tenía por costumbre—; sería capaz de reclamarte la devolución de la piastra que te ha dado.

Al ver a Sophia ocupada en una zanja en que habían descubierto unas cuentas de jade, se dirigió a la cabaña que ocupaban. Sacó la carta del sobre y, silbando por lo bajo, la leyó a toda prisa.

—El inglés está molesto conmigo —dijo para sus adentros—. No le parezco un buen chico.

Encendió una vela y quemó la misiva.

Aquella noche, después de cenar, Sophia reparó en que su marido estaba de un excelente humor: se mostraba desacostumbradamente obsequioso con Thornton, rogándole que volviese a servirse melocotones en almíbar, que mezclaba con un poco de curaçao de una petaca que había llevado a la mesa.

—No es ambrosía —reconoció Obermann—, pero es que no somos dioses. Somos mortales, que disfrutan de los melocotones en almíbar. ¿Le apetecen, señor Thornton?

—Tampoco somos héroes —comentó Lineau, haciendo caso omiso de la fruta almibarada.

—¿A qué se refiere, amigo mío?

—Hemos dejado atrás la época de los héroes.

—Lineau, es usted un pesimista. ¿También está de acuerdo señor Thornton, en que la época de los héroes es cosa del pasado?

—No sabría decirle.

—Pero seguro que tendrá una opinión al respecto. Fíjese en su amigo Rawlinson, por ejemplo. ¿Cree que será recordado dentro de mil años?

—No es amigo mío, pero lo tengo en muy alta estima.

—¿De modo que también es un héroe?

—Desconozco el significado exacto de ese vocablo: ha pasado mucho tiempo desde lo de Troya.

—Me gustaría entablar un reto con usted, señor Thornton.

—¿Cómo dice?

—Le desafío a rodear tres veces el perímetro de Troya, igual que Héctor y Aquiles: en tres ocasiones, circundaron la ciudad de Troya en una competición heroica. ¿Seremos como aquellos héroes,

capaces de repetir sus gestas?

—No se trataba de una carrera —apuntó Lineau—, sino de buscar la muerte del contrario.

—Pero nosotros somos hombres deportistas, más ilustrados que aquellos primitivos troyanos, ¿no es así, señor Thornton?

—Eso es lo que creo, sí, señor.

—En ese caso, correremos por la llanura. ¿Qué prefiere, ser Aquiles, el de los pies ligeros, o Héctor, el del refulgente yelmo?

—Aquiles me parece demasiado imponente —repuso el inglés echándose a reír—. Me conformaré con compartir el destino de Héctor.

—Sea como dice. Mañana, echaremos una carrera como la que describiera Homero. Ambos comenzaron ante las grandes puertas de Troya, a los pies de la muralla. Dejaron atrás la atalaya y la higuera silvestre antes de internarse por un sendero de carretas y los dos maravillosos manantiales que vierten sus aguas al Escamandro. Luego, pasaron por delante de los lavaderos, donde hemos encontrado esos aljibes de piedra.

—¿Cuál será el premio? —quiso saber Sophia.

—La gloria imperecedera.

—No permita que la historia se repita —le susurró Kadri Bey a Thornton—. Héctor pereció a manos de Aquiles, y arrastraron su cadáver por la llanura polvorienta.

—Ya lo sé; pero no creo que herr Obermann discrepe de mis teorías hasta tal extremo.

—Si por tres veces damos la vuelta a la ciudad, señor Thornton —le aclaraba Obermann—, recorreremos unos quince kilómetros. ¿Está dispuesto a continuar?

—Por supuesto.

—Seguro que en su colegio le obligaron a correr distancias mucho más largas.

—Pero no por un terreno tan escarpado: no hay montañas en Sussex.

—¿Así que fue educado en la tierra de los sajones del sur? Eso explica la firmeza de sus convicciones. Admiro la forma de pensar sajona: me parece realmente práctica.

—Desde luego, creen en la justicia.

—Como todos nosotros. Así que, en justicia, como en el caso de

Héctor, usted será el primero en salir: le daré una ventaja de treinta segundos —acto seguido, Obermann se puso en pie y tomó a Sophia del brazo; regresaron a su cabaña caminando despacio, mientras el arqueólogo iba explicándole a su mujer el espectáculo que el cielo nocturno ofrecía a sus ojos.

21

A la mañana siguiente, y para sorpresa de los trabajadores turcos, Obermann y Thornton se presentaron en calzón corto y camiseta delante de los bloques de piedra que indicaban el lugar donde se hallaran las puertas de Troya. Sophia, Lineau y Leonid los acompañaban; Leonid les ofreció a cada uno una copa metálica de agua del manantial. Parecía una competición desigual: Obermann era un hombre fornido, con la corpulencia propia de la edad mediana, mientras que Thornton era lo bastante joven todavía como para estar delgado y en pleno vigor físico.

—Sophia, ¿tendrás la bondad de indicar la salida con esto? —pidió el arqueólogo a su esposa, al tiempo que ponía en sus manos un cuenco de bronce cincelado con una enorme rueda dentada, que habían desenterrado de una de las cámaras del antiguo palacio—. Telémaco, tú irás por delante, y vigilarás el desarrollo de la carrera: verás como discurren las cosas, igual que los dioses observaron la carrera de Héctor. Dispone de treinta segundos de ventaja, señor Thornton.

Era tal la confianza en sí mismo que exhibía su marido que Sophia no salía de su asombro. ¿Cómo se atrevía a competir con aquel joven de complexión atlética en una carrera de más de quince kilómetros? Aunque ya estaba sudando bajo el sol de aquella mañana, se mostraba seguro y convencido de alzarse con la victoria. Leonid echó a correr con un zurrón de piel en que llevaba una cantimplora con agua.

—Usted será el cervatillo, señor Thornton, y yo, el sabueso. Una vez que haya abandonado su guarida en esta límpida mañana, seguiré su rastro por calveros y arboledas.

—¿Homero?

—En él me inspiro para cuanto hago. ¿Recuerda ese pasaje onírico en que un hombre no es capaz de alcanzar a otro que corre

por delante? Vamos a ver si ese sueño es realidad. ¿Preparada, Sophia?

Sophia alzó el cuenco de bronce y lo golpeó con la palma de la mano. Al escuchar aquel sonido sordo, Thornton salió a la carrera, mientras Obermann lo observaba y, en voz alta, contaba hasta treinta. Tras mandarle un beso a su esposa, echó a correr tras él. A Sophia le pareció que había arrancado como una exhalación y, de hecho, avanzaba mucho más rápido de lo que ella había creído: manejaba con tanto garbo su corpulencia que parecía cortar el aire. Pero no había posibilidad alguna de que pudiera alcanzar a Thornton, que mantenía la velocidad y la concentración de un corredor bien preparado. Hasta que, por fin, los perdió de vista a ambos.

—¿Qué sentido tiene esta carrera? —preguntó la joven a Lineau, que permanecía a su lado.

—Su marido quiere dar una lección al inglés, pero no sé todavía cuál.

—¿Presentándose como un perdedor? Porque seguro que va a perder.

—Es posible que, saliendo victorioso frente a un hombre mayor que él, Thornton aprenda algo. Entra dentro de lo posible. A veces, los caminos de su marido son inescrutables.

Al cabo de un rato, apareció Thornton de nuevo: corría de forma más mesurada, pero no daba muestras de fatiga. Saludó a Sophia con la mano, mas no dijo nada. Dos o tres minutos después, apareció Obermann: mantenía un ritmo pausado, relativamente rápido, que parecía adecuarse a su forma física.

—¡Estoy en forma! —le gritó a Sophia—. ¡Nadar a diario me ha puesto a tono! ¡Soy como el águila que, desde las nubes, acecha cuanto corre por la llanura!

—Si la carrera fuese de veinte vueltas —aventuró Lineau—, estoy seguro de que el vencedor sería herr Obermann: cuestión de perseverancia.

—Y yo estoy empezando a entenderle —repuso la mujer—. Ganará por encima de todo.

—Como no caiga un rayo, lo veo difícil.

—No me extrañaría nada, monsieur Lineau, si mi marido pudiera emplazar al trueno.

—¿No irá a decirme que lo considera un hombre peligroso? —replicó Lineau, en tono bromista y desenfadado.

—Claro que no —contestó Sophia, con idéntica ligereza—. Pero sus dioses sí que son peligrosos.

—Siempre y cuando pudiera invocarlos…

—Por suerte, ya no es posible.

—¿Así que es un simple mortal?

—Sí, pero lleva esa condición al límite, ¿no le parece?

—Al menos lo intenta, frau Obermann —repuso Lineau, que guardó silencio un instante—. No sabe cómo la envidio.

—¿Por qué, si puede saberse?

—Porque vivirá lo bastante para saber si culmina su empresa, o no.

Tras rematar la segunda vuelta a la antigua ciudad, Thornton reapareció. Como en la anterior ocasión, parecía descansado y rebosante de energía. Sophia iba a decirle algo, pero él se llevó un dedo a los labios.

—Estoy sudando a mares —le dijo—. No estoy en condiciones de acercarme a nadie.

Cuatro minutos después de que desapareciese en lontananza, llegó Obermann, que mantenía el mismo ritmo y velocidad mostrados al principio de la competición. Al pasar por delante de Sophia, le dijo un verso en griego, pero su mujer no llegó a escucharlo.

—Esopo —le aclaró Lineau—; la liebre y la tortuga.

A la tercera vuelta, y para sorpresa de Sophia, Obermann apareció solo. Aunque aún estaba lejos, Sophia le preguntó:

—¿Dónde está Alexander?

Obermann hizo un ademán como si se encogiese de hombros, pero no contestó hasta que no pasó por su lado.

—Héctor ha mordido el polvo.

—¿Cómo es posible? ¿Qué ha pasado?

—No me detuve a averiguarlo —repuso Obermann, riéndose, sin alterar el ritmo de sus zancadas hasta que arribó a los bloques de piedra donde finalizaba la carrera—. ¡Aquiles ha triunfado! —gritó, acercándose a Sophia con los brazos extendidos—. ¿Dónde están los laureles del campeón? ¿No deseas dar la enhorabuena a tu marido, al vencedor?

—Voy a buscarlo —anunció ella, desasiéndose de sus brazos—. A lo peor, está herido.

—Telémaco lo atenderá. Mira, ahí vienen. La liebre cojea, pero no ha sufrido ningún daño.

Sophia observaba a Leonid, que ayudaba a Thornton; ambos se acercaban lentamente hasta donde estaba el grupo. Sorprendida ante la inquietud que había sentido por que le hubiera pasado algo, contempló preocupada cómo se apoyaba en Leonid. Cuando los dos estuvieron más cerca, se fijó en la palidez del joven.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó.

—El tobillo —repuso el inglés, con una mueca que trataba de ser una sonrisa.

—¿Se cayó?

—Noté un golpe en la espalda, como una piedra, una roca. Al sentir el dolor, me fui de bruces y tropecé.

—No se lo ha roto —aseguró Obermann—; es sólo una torcedura. Que el señor Thornton se apoye en ti, Telémaco, y así lo llevaremos a su cabaña.

—¿Una roca? —preguntó Sophia, que no acababa de creérselo.

—Eso no es posible —contestó Obermann, en lugar de su contrincante, a la pregunta formulada por su mujer—. No había ninguna cerca, señor Thornton. ¿Viste tú alguna roca, Telémaco? —Leonid negó con la cabeza—. Nadie pudo arrojarle un proyectil desde las murallas de Troya. Resbaló y se cayó al suelo. Eso es todo.

—Le repito que la noté. Y entonces perdí el equilibrio.

—Eso sí que es un enigma, señor Thornton.

—A lo mejor fue una piedra que llevaba un pájaro en el pico —aventuró Leonid—. Son cosas que pasan.

—En ese caso —afirmó Obermann—, se trataría de una maldición, y no creo que el señor Thornton sea la clase de hombre que hace caso de los agüeros.

—Seguro que tengo una marca visible en la espalda.

Obermann examinó la piel del inglés.

—Ni una señal ni un rasguño. Me da la impresión de que cayó herido por una flecha lanzada por Atenea. Ya sabe: las flechas de los dioses son invisibles.

—¿Y qué razones tenía Atenea para atacarlo? —preguntó Lineau.

—¡Desea dejar en buen lugar el honor del fundador de Troya!

—¿Del fundador, dice?

—De su descubridor, no de su fundador —añadió Obermann, entre risas—. Me he confundido.

—Les digo que fue una piedra —insistió Thornton, muy convencido—, que me lanzaron con fuerza.

—Pues no se observa señal alguna.

—Si me hubiera dado en la cabeza, podría haberme dejado en el sitio.

—¡El caso es que no está muerto! —exclamó Obermann, batiendo palmas—. No se queje: sólo se ha torcido un tobillo. Si no fuera usted inglés, diría que es un mal perdedor.

22

El tobillo malherido le dio la oportunidad a Thornton de permanecer en su cabaña, donde se dedicó con ahínco al estudio de las tablillas de arcilla. Si se quedaba mucho tiempo mirando los signos, éstos se convertían en una serie informe e indiscernible de líneas y marcas, motivo por el que repartió el tiempo y la atención que les dispensaba, según los pasos que seguía para descifrarlas. Así, comparaba las tablillas con diversos jeroglíficos egipcios, por poner un ejemplo, y buscaba semejanzas entre ellos; o estudiaba las hileras de símbolos tratando de discernir algo que le permitiera asociarlos con la escritura cuneiforme de Mesopotamia. Separaba aquellos signos que, sin duda, eran dibujos, o ideogramas, de otros que, a su entender, eran indicaciones de carácter fonético y, de entre estos últimos grupos, dedujo que había llegado a identificar hasta ocho unidades, o sílabas, diferentes.

—Son un recordatorio de algo —le explicó una tarde a Sophia, que acudía a diario para ver la evolución del tobillo y le daba unas friegas con grasa de oso, que había adquirido en Kannakale y que, al parecer, era un remedio infalible para las distensiones musculares; desde luego, el tobillo de Thornton había mejorado sensiblemente—. Si se trata de crónicas, éstas son breves y puntuales. Están dispuestas en unidades.

—Si son cronicones —comentó ella—, también habrá cifras.

—Exacto. Fíjese en estas marcas que aparecen al final de cada línea.

—¿Y qué me dice de las que figuran al comienzo? Son todas muy parecidas.

—Es usted una magnífica observadora. Todavía ignoro qué representan. Me imagino que significan un cambio de tiempo verbal, o una desinencia según los casos. Más me inclino por el plural que por el singular; más por el acusativo que por el

nominativo. Si diese con la prueba de una declinación gramatical… Tenga a bien disculparme, Sophia. Estoy aburriéndola con mis disquisiciones.

—No son divagaciones. Lo que dice tiene mucho sentido, una representación de los albores del mundo.

—Muchas tablillas, sin embargo, están quemadas o en mal estado. A veces, tengo la impresión de que estoy buscando algo en un montón de cenizas.

—Mi esposo me ha enseñado la importancia de las marcas del fuego, que tantas cosas dejan a salvo.

—Cuando se declara un incendio…

—¿Sí? —repuso Sophia, con cautela.

—¿Quién puede decir qué va a perderse, o qué quedará a salvo? Mire esto, por ejemplo. En mi opinión, se trata de un rótulo de arcilla, pero ha desaparecido el objeto al que iba unido. Aquí, tenemos un sello de arcilla, mas no acierto a descubrir el simbolismo. ¿Se trata de una bailarina, de una garza real acaso?

—Tendrá que armarse de paciencia, Alexander.

—Lo sé. Troya no se construyó en un día. ¿Puedo hacerle una pregunta, Sophia?

—Si se ajusta a las convenciones sociales…

—¿Es usted feliz en este lugar?

—Estoy contenta; siempre tengo algo que hacer.

—¿No lamenta haber venido aquí?

—Lo que está preguntándome es si tengo algún motivo de queja respecto a mi matrimonio.

—Oh, no; se lo aseguro —repuso él, que parecía muy intranquilo —. Jamás se me ocurriría preguntarle algo así.

—Tampoco yo le respondería. ¿Y usted, es feliz aquí?

—Estoy encantado con el trabajo que llevo a cabo, igual que usted. Es lo más interesante que he hecho en mi vida: me siento abrumado —luego examinaron dos o tres tablillas en silencio, hasta que Thornton volvió a dejarlas en su sitio—. Me gustaría preguntarle algo más, Sophia.

—¿De qué se trata? —quiso saber ella, alarmada y llevándose una mano al cuello.

—¿No ha notado, o sentido, algo raro en este lugar?

—¿A qué se refiere?

—Pues a que fui golpeado con una piedra que desapareció, igual que se esfumaron, ante nuestros ojos, los huesos de aquel niño.

—Al contacto con el aire. Es algo muy normal.

—No me refiero sólo a eso; me refiero a todo, terremoto incluido. Seguro que usted ha percibido otras cosas.

—Nada fuera de lo normal —repuso ella, sin mencionar el fallecimiento repentino de William Brand, el norteamericano, porque no sabía cómo enfocarlo; pero sí recordó con claridad algo más: el llanto de la mujer en la alquería de Theodore Skopelos—. Lo único que pasa es que se halla en un sitio desconocido. Nada más.

—Claro. Son imaginaciones mías, que usted no ve con buenos ojos.

—No necesita mi aprobación, Alexander.

—Al revés. Creo que me hace falta su apoyo.

—¿Para qué?

—Para seguir aquí.

Sophia se inclinó y lo besó suavemente en la mejilla.

—Ya lo tiene. Cuente con él, Alexander.

Andando la tarde, Kadri Bey, hecho un manojo de nervios, llevó a Thornton un montón de tablillas en perfecto estado, que habían encontrado en una de las excavaciones más recientes, una «cocina» o un «refectorio», donde ya habían hallado huesos de cabra, de oveja y de uro.

—Me alegra tener la ocasión de traerle estas tablillas, señor Thornton —dijo—. Si me permite, en mi modesta opinión, le diré que creo que son bastante más antiguas que las otras. Las hemos encontrado en un estrato mucho más profundo.

—¿Dónde estaban almacenadas?

—En un horno de piedra. Espero que disfrute con ellas.

Un rato después y tras haberlas examinado, el inglés pensó que Kadri Bey había acertado en sus suposiciones. Eran dibujos, o palabras dibujadas, ideogramas, muy similares a los primeros jeroglíficos conocidos. Le pareció distinguir la silueta de un pez y una palmera, de una barca y una montaña. Al estudiar aquellas imágenes, Thornton pensó que tenía ante sí un mundo perdido, en el que cuanto había en la naturaleza era sagrado y rebosante de vida. Otra de las tablillas le llamó la atención poderosamente. En ella, aparecían cuatro trazos horizontales con cuatro círculos

alineados encima; en el lado derecho, había un dibujo que lo mismo podía representar un martillo que un hacha; dentro de cada círculo, dos puntos o tildes. Si Thornton hubiera sido matemático, se habría quedado extasiado contemplando aquella ecuación durante un rato. Pero respiró hondo, y cayó en la cuenta de que los círculos representaban cabezas, cuatro de ellas separadas de cuatro cuerpos, que yacían bajo ellas, cortadas sin duda por el hacha que completaba el ideograma. Era una prueba de cuatro ejecuciones o sacrificios.

—Ahora estoy seguro —musitó—. Ésta era una ciudad de muerte.

23

Incluso después de haberse despedido de Thornton y haber vuelto a su casa, a Sophia no se le iba de la cabeza el recuerdo de los lloros de aquella mujer. Era un lamento que asociaba con la sequedad de Maria Skopelos, con la cabra que bailaba al son de la flauta y, por si esto fuera poco, con la inesperada aparición de Leonid tras el largo rato que se había quedado dormida. No estaba clara la relación existente entre tres situaciones tan dispares, pero la joven pensaba que constituían una secuencia cuya ilación no acertaba a descubrir. ¿Por qué se había desmayado, o quedado adormilada, cuando estaba con Maria y Theodore? Leonid había ido para acompañarla de vuelta a casa. Y entonces se había producido la situación más inexplicable: él no se había inmutado al escuchar los lloros de la mujer, sino que le había comentado que el macho cabrío, nervioso después del baile, siempre provocaba los alaridos de Maria en la cocina. Pero ella estaba segura de que se trataba de un lamento preñado de angustia, y tomó la decisión de emprender un viaje.

—Me voy a Kannakale. Deseo ver tiendas y darme una vuelta por el zoco —anunció a su marido, a la mañana siguiente.

—¡Por fin ha salido la mujer que llevas dentro! Compra cuanto se te ocurra, Sophia. Te mereces lo mejor. Frau Obermann tiene que ser la mujer perfecta.

—¿Qué te parece si me alojo en el Central Hotel?

—¿De verdad te apetece? Pues claro que sí. Soy de sobra conocido en ese establecimiento. Pediré a Telémaco que vaya y reserve a tu nombre la suite más espaciosa.

—No, Heinrich. Se trata de una aventura mía, y seré yo quien lleve a cabo lo necesario.

—Como prefieras. Compra seda y lino, zapatos preciosos. Te daré dinero —dijo, mientras se acercaba a un rincón de la cabaña, y extraía unas cuantas monedas de oro de un jarrón.

—No me hace falta, Heinrich. Tengo dinero, aparte de las joyas que traje de Atenas. No necesito oro.

—Como gustes —respondió Obermann, sin ocultar su enojo—. Serás como Artemisa, disfrazada de mujer mortal, que desciende sobre los humanos en una reluciente nube.

—No lo creo. Todos somos mortales.

—Nunca digas eso, Sophia. Somos dioses en cuanto a nuestras ambiciones. La fuerza de la voluntad es un atributo divino.

—Creo que me he casado con un hombre peligroso.

—Y también leal, un marido fiel que te ofrece oro —repuso riendo—. Ninguna podría resistírseme.

—Mejor no hagas la prueba. Voy a prepararlo todo.

Aparte de acercarse hasta la alquería y averiguar algo más sobre Maria y Theodore Skopelos, no se había trazado un plan definitivo, ni siquiera estaba segura qué intenciones la guiaban. Estaba segura, sin embargo, de que sabría algo más sobre la vida que había llevado su marido. Así que, mientras cabalgaba por el camino polvoriento que llevaba hasta Kannakale, le asaltaba una oscura sensación de culpa, de intromisión. Dos milanos reales le pasaron por encima, como si estuviesen observándola, de modo que espoleó el caballo y cabalgó más deprisa. Las aves siguieron su lánguido vuelo sobre la llanura, y ella sonrió pensando en su propio desatino.

Cuando llegó a la ciudad, decidió pasarse por el Central Hotel y reservar una habitación; si su visita a la alquería no salía como deseaba, necesitaría un sitio para pernoctar. Mientras daban comida y agua a su montura en el patio, Sophia se tendió en la cama y se puso a contemplar las lentas evoluciones del ventilador de madera del techo. De repente, se dio cuenta de que estaba temblando, y no por el frescor del cuarto después del calor que había pasado durante el trayecto. Temblaba de miedo. Pero ¿qué podía temer? ¿O tal vez la dominaba un terror que no sabía precisar? Se incorporó, fue hasta la ventana y contempló el trajín cotidiano de los habitantes de la ciudad de Kannakale. Poco a poco, aquella medrosa sensación se le pasó.

Tomó el camino que, a la salida de Kannakale, discurría en paralelo por la costa hasta el pueblo de Karamic. Ya era más del mediodía y notó que el fuerte calor empezaba a hacerle mella: no había comido ni bebido nada desde que saliera de Hissarlik. Vio un arroyo cerca

de allí, pero el agua remansada y salobre de la llanura no le inspiraba ninguna confianza. Cuando atisbo la cabaña de piedra del hombre que miraba el mar, pareció olvidarse del cansancio. Por un momento, dudó si interrumpir la meditación del ermitaño, pero sabía que lo normal era ofrecer un refrigerio a cualquier viajero que pasase por allí. Cuando se acercó a la chocita, observó que la puerta se hallaba abierta.

Ató la caballería a una estaca de madera que había junto a la casucha y se dirigió a la puerta. El hombre se había percatado de su presencia antes incluso de oír sus pasos, de modo que preguntó, en turco, quién andaba por allí. En contacto con los trabajadores de Hissarlik, Sophia había aprendido unas cuantas palabras de aquella lengua, así que le explicó a su modo que estaba de paso y le pidió un poco de agua. El hombre salió al umbral: era muy alto y pálido, con un cabello tan largo que le llegaba hasta los hombros; tenía barba y bigote, también largos. No la miró; apartó la vista, aunque no podría decirse si por cortesía o humildad. Le dijo que allí había agua, tanta como desease, pero que no debía entrar en la cabaña. Regresó al interior, y luego se asomó con una jarra y un cuenco, aunque siguió sin dirigirle la mirada. Quizá no le estaba permitido mirar a una mujer. Ella bebió con ganas del cuenco que le ofrecía, mientras tanto el hombre parecía abrir y cerrar las manos. No bien Sophia le había dado las gracias, el hombre la miró: entonces fue como si hubiera sentido un estremecimiento provocado por alguna fuerza material. Tenía unos ojos tan pálidos que el iris parecía casi blanco: una pupila del azul más pálido que imaginarse pueda sobre un fondo nevado, una mirada que sólo desprendía silencio, soledad y tristeza. En los ojos desvaídos del ermitaño, Sophia vio cuevas, inhóspitas montañas y senderos solitarios. Luego, él desvió la mirada y aquella sensación desapareció.

Le preguntó adónde se dirigía, y ella le señaló la alquería con la mano.

—No vaya a ese lugar —aconsejó el ermitaño negando con la cabeza—. Ahí vive una mujer que está loca, ¡una demente! *Deli kadin!* —y, sin dejar de repetir aquella frase, abrió los brazos y clavó la vista en la tierra, como si se tratase de la imagen de un crucificado.

Sophia le dio las gracias de nuevo por el agua, y se despidió de

él. Era lo que había sospechado: aquel extraño alarido lo había emitido una mujer que, al decir del hombre que miraba el mar, estaba loca. ¿La habría visto él caminando por los senderos y veredas cercanas? O, como parecía más probable, ¿le habrían hablado de ella quienes le proporcionaban agua y alimento? Cabalgó lentamente, sin dejar de pensar en la relación que había entre su marido y Theodore Skopelos. Cuando dejó atrás una curva que seguía el meandro del arroyo, de repente la sobresaltó un estruendo repentino: un poco más adelante, distinguió la inconfundible silueta de Leonid que, montado en su caballo blanco, se dirigía a la alquería. Echó pie a tierra al instante, y se dispuso a esperar a la sombra de un aliso que crecía junto al regato. ¿A qué habría vuelto Leonid? ¿Para recuperar los tesoros que ella había llevado a aquel lugar, hacía ya unas cuantas semanas? Parecía la explicación más plausible. Sin embargo, la curiosidad pudo con la joven. Dejó el caballo amarrado junto al arroyo, y echó a andar por aquel nauseabundo camino.

Ante ella, se alzaban las construcciones de la alquería. Aminoró el paso. No quería acercarse demasiado, ni aún deseaba que la viesen. A continuación, oyó una risotada, una risa histérica, una carcajada salvaje, preñada de aflicción. Eran las risas de la mujer demente. Sin poder evitarlo, Sophia siguió adelante, como si se sintiese atraída por aquel grito desgarrado, y pudo verlos en la explanada de delante de la casa; se acercó un poco más, y contempló la silueta de Leonid: estaba sentado en el suelo; a su lado, la mujer permanecía de pie, envuelta en una sábana o en una manta blanca. Los cabellos grises se le desparramaban sobre los hombros, y tenía el rostro desencajado, como moldeado y corroído por ideas monstruosas. A continuación, la mujer se arrodilló, y los dos, Leonid y ella, comenzaron a darse manotazos como dos perros que retozan. Sophia no pudo soportarlo, y apretó el paso. La mujer fue la primera que advirtió su presencia y emitió un gruñido. Leonid se volvió, vio a Sophia aproximándose y se levantó.

—¿Qué significa este horripilante espectáculo, Leonid? ¿Qué está haciendo aquí? —el joven meneó la cabeza y no abrió la boca, pero la miró, como si se compadeciese de ella—. Le exijo una respuesta. ¿Qué está haciendo aquí?

—Sophia, le presento a mi madre.

La mujer gritó a Sophia para a continuación ponerse a gritar palabras en ruso.

—¡Madre, madre! *Matrishka!*

Sophia se quedó paralizada y, en ese momento, lo entendió todo. Dio media vuelta y echó a correr tan rápidamente como pudo, perseguida por las risotadas de aquella mujer. Y no se detuvo hasta que llegó al lugar donde había dejado atado el caballo. Montó a toda prisa, y se alejó del lugar.

24

La mañana en la que Sophia se fue, Thornton se había despertado antes de lo habitual y, nada más abrir los ojos, supo que había resuelto uno de los enigmas contenidos en las tablillas. Aquella lengua nada tenía que ver con el griego ni desde luego guardaba alguna relación con éste. Pero sabía de dónde provenía.

Salió de su casa en el momento en que Obermann se despedía de Sophia, antes de emprender viaje a Kannakale. Thornton trató de desviar la mirada: nada le apetecía menos que el espectáculo de Obermann besando a su mujer.

—Se ha levantado muy temprano, señor Thornton —observó Obermann, cuando éste se dirigía a las excavaciones—. Ya se sabe: a quien madruga…

—Tengo mucho que hacer.

—¿Las tablillas le resultan estimulantes? ¿Qué se le ha ocurrido al respecto? ¿Le importa? —Sin esperar respuesta, entró en la cabaña que ocupaba Thornton; vio las tablillas, esparcidas por encima de la mesa; tomó una y puso cara de estudiarla meticulosamente—. Homero aseguraba que los hombres hablaban una lengua, y los dioses utilizaban otra. A lo mejor, éste era el lenguaje de los dioses.

—No comparto su opinión, herr Obermann. Sin duda, se trata de un lenguaje humano —Thornton apenas podía disimular su satisfacción, su entusiasmo—. Pero no se trata de los hombres que usted se imagina.

—¿Y bien? —preguntó Obermann, como quien no quiere la cosa.

—Permítame que le enseñe algo. Fíjese en esta secuencia de signos. En un primer momento, no me decían nada; después, sin embargo, identifiqué siete variantes.

—¿Siete casos diferentes?

—Exacto. ¿Qué le parece?

—Soy un hombre, fruto de la tierra y la piedra, señor Thornton. Créame cuando le digo que no le sigo.

—Son idénticos a los del antiguo sánscrito. ¡Mire! ¿Ve estos dos signos separados que aparecen al final de muchas de estas letras? Creo que son tiempos verbales, que he interpretado como el *ya* y el *tva*. ¿Tiene idea de su significado, herr Obermann?

—Confío en que usted me lo aclarará.

—Se trata de sánscrito antiguo —Obermann le miraba impasible—. ¿No se da cuenta? Los troyanos hablaban el lenguaje de los antiguos *Vedas*, la misma lengua que los protagonistas del *Rigveda* y del *Samaveda*.

—Es imposible, señor mío. Sencillamente, está fuera de lugar. Eran griegos; no procedían de la India.

—No estoy diciendo que fueran hindúes, sino que formaban parte de las poblaciones que vivían en Punjab y Uttar Pradesh. Mucho más antiguos que los griegos, desde luego. ¿No le parece una maravilla? —mientras, Obermann guardaba silencio—. Es la prueba de que existió un lenguaje escrito anterior a la aparición de los alfabetos fenicio o griego. ¡Se trata de todo un descubrimiento!

—Está errado en su interpretación, señor Thornton. No es cierto lo que dice; está desvariando.

—¿En qué se apoya usted cuando osa emitir semejante parecer?

—No se trata de una opinión: es una afirmación.

—Pero esa afirmación suya, como usted dice, tendrá que sustentarse en algo.

—¿Sustentarse, dice? He dilapidado mi vida y mi fortuna estudiando esta ciudad, señor Thornton.

—No estamos hablando de eso.

—He trabajado día y noche a fin de descubrir un nuevo mundo para la arqueología; he hecho lo que nunca nadie se había atrevido, ni jamás osará repetir.

—Sólo tiene en cuenta su punto de vista…

—Tenga a bien no interrumpirme cuando estoy hablando. Mientras nuestro planeta siga habitado por seres humanos, existirá Troya. Los habitantes de la ciudad fueron cantados por Homero y miles de poetas desde el momento en que los bardos vieron la luz. Y siempre han sido europeos, no asiáticos. Me parece extravagante esa idea suya de que procedían del este. ¿Hemos de tirar por la

borda una tradición universal con tal de que su teoría se mantenga en pie?

A pesar de su esfuerzo por mantener la calma, Thornton se había enfadado de veras.

—Permítame que le enseñe algo, herr Obermann, y dígame, después, si se trata de una teoría mía tan sólo —repuso, tomando la tablilla en la que estaba representada el hacha y las cuatro cabezas decapitadas—. ¿Ve las víctimas y qué fue lo que las condujo a la muerte? ¡Es la representación de un sacrificio humano!

Obermann volvió la cabeza; no quería contemplar aquellas imágenes.

—¿Qué interés puede tener tamaña insensatez? —exclamó, arrebatándole la tablilla y arrojándola a un rincón—. Usted está decidido a acabar conmigo y con el trabajo que he realizado. Es un emisario de mis enemigos ingleses, que no descansarán hasta dejarme en evidencia y silenciarme para siempre.

—No es ésa mi intención —en cuanto Obermann comenzó a gritarle, Thornton recuperó la compostura—. Me he limitado a comentarle lo que he descubierto. Nada más.

—¿Lo que «usted» ha descubierto? ¿Y qué hay de «mis» hallazgos? He hecho maravillas, señor Thornton. Pero nadie en Inglaterra se muestra dispuesto a entenderlas. Su deleznable museo es un nido de víboras prestas a atacarme.

—Créame, señor, cuando le digo que no es cierto: veneramos su nombre.

—Está bien. Basta —Obermann hizo visibles esfuerzos por volver a sus cabales—. Es tanta la irritación que usted me produce que agota mis fuerzas y acorta mi vida. Jamás se lo perdonaré.

—Lamento haberle sacado de sus casillas.

—¿De verdad? —replicó, mirando a Thornton—. Estamos en paz, pues. Hay una vieja costumbre griega para dar por zanjada una discusión. El que ha empezado la disputa cita el libro octavo de la *Odisea*: «¡Salud, respetado extranjero! Si algo de lo que he dicho te ha molestado, llévenselo cuanto antes los aires en sus remolinos»; a lo que el otro responde con unos versos del decimoctavo libro de la *Ilíada*: «Pero dejemos lo pasado, aunque afligidos, pues es preciso refrenar el furor del pecho». ¿No recuerda los versos de la *Odisea*?

—No fui yo quien inició la discusión, herr Obermann. Me he

limitado a dar cuenta de las conclusiones a que había llegado.

—¿De modo que he sido yo?

—Usted fue quien recurrió a palabras hirientes, por supuesto.

—Está bien. Olvidado —y a continuación recitó los versos de Homero a los que, a petición suya, Thornton dio cumplida respuesta—. De nuevo somos hombres —dijo Obermann, tratando de sonreír a Thornton, pero al ver que no lo lograba se alejó rápidamente.

Hasta Thornton estaba fuera de sí. Se sentó en la cama y trató de tranquilizarse: había sacado a Obermann de sus casillas, de sus cabales, y sabía que no podía quedarse en Hissarlik.

25

Sophia se encontró tumbada en la cama de la habitación del Central Hotel de Kannakale, con el ventilador de madera que seguía dando vueltas y chirriando en el techo. No se había parado a reflexionar, ni a pensar siquiera, en la forma tan precipitada de irse de la alquería. Debía de haberse pasado la noche durmiendo; ni siquiera recordaba haber vuelto al hotel.

La demente era la esposa de Obermann, aquella con quien se había casado en Rusia. Cuando, en un descuido, le había mencionado ese matrimonio, le había contado a Sophia que se había suicidado. Pero no había muerto. Habían cuidado de ella dos criados griegos de Obermann, que se habían trasladado con él desde Grecia hasta el Asia Menor. Y Leonid era hijo de Obermann. Le pareció advertir ciertos parecidos en que no había reparado hasta entonces, como la forma de la mandíbula o aquella frente despejada.

Lo comprendió todo al instante y con tanta claridad como si se lo hubiera dicho su marido. ¿Su marido? No era probable que se hubiera divorciado de la mujer loca, en cuyo caso Sophia nunca había estado casada legalmente con él. Se dio una vuelta en la cama, y gimió. ¿Quién y qué era ella, en ese caso? Se levantó y se lavó la cara con el agua de una jarra que vertió en una jofaina que había junto a la cama. Huir fue en lo primero que pensó: escapar de él, huir de sí misma y de Troya. Si regresaba a Atenas le aguardaba un futuro de amargura, pero no le disgustaba semejante suerte. Sabía que no podía fiarse del sentido del honor de su madre, al menos por cuanto había dinero por medio, pero estaba segura de que sería capaz de soportar cuantas cosas le echase en cara. En cuanto a su padre, todo hay que decirlo, era lo de menos. Se tumbó en la cama de nuevo y se echó a llorar.

De pronto, sin esperarlo ni pretenderlo, dejó de llorar. Se secó

los ojos con la manga de la chaqueta y se levantó. La angustia y la preocupación que había sentido se habían evaporado y dado paso a la rabia. Él le había mentido, le había escamoteado aquella «historia», como decía en la carta que había dirigido a Theodore Skopelos. La había atacado y traicionado.

—No daré muestras de tener miedo —dijo en voz alta—. No mostraré sumisión, ni permitiré que acabe conmigo. Lucharé y lograré la victoria.

No estaba dispuesta a huir. Volvería a Hissarlik y le plantaría cara. Recurriría a Thornton y a Lineau como testigos de las acusaciones que pensaba aducir en su contra. ¿Por qué habría de ser ella la víctima de su engaño, si tenía una determinación tan fuerte como la de Obermann y una conciencia infinitamente más limpia? Tras comunicar al personal del hotel que quería reservar la habitación por un tiempo indefinido, bajó al patio, montó en su caballo y así dio comienzo el viaje de vuelta a Hissarlik.

En el hotel, la habían advertido de que se avecinaba una tormenta. El cielo estaba oscuro y soplaba un fuerte viento procedente del mar. En el momento en que salía de la ciudad, divisó un relámpago, seguido de un trueno pausado. Inquieta y nerviosa como estaba, le había dado la impresión de que aquel rayo había adoptado la forma de una flecha que la impulsaba a ir a Troya. Su montura, amedrentada, alzó el pescuezo y dilató los ollares, pero ella le instó a seguir adelante. Cuando empezó a llover, se echó a reír abiertamente. Instantes después, tenía la ropa tan empapada como si se hubiera metido en el mar, pero apenas se dio cuenta. Aún se sentía enardecida.

Cuando llegó al Escamandro, el río bajaba embravecido. Frente a ella, se alzaba el colosal terraplén de Hissarlik, medio oculto bajo aquel chaparrón, del que emanaba un vapor que parecía humo. Espoleó al caballo una vez más: estaba deseando encararse con Obermann bajo los elementos desatados, y galopó hasta el lugar de las excavaciones. En ese instante, sin embargo, se vio obligada a detenerse ante el panorama que se extendía ante sus ojos: una chispa había caído sobre la cabaña de Alexander Thornton, y ya no quedaba nada de la techumbre de paja. La lluvia entraba a raudales en el cobertizo. Desmontó, y echó a correr hacia allí. A medida que se acercaba a la entrada, observó que la puerta estaba abierta,

balanceándose a uno y otro lado, cuando, de repente, apareció el propio Thornton, ligeramente encorvado, como si le doliese algo, sin reparar en que Sophia se hallaba allí.

—¡Alexander, Alexander! ¿Qué ha ocurrido?

—Todo ha desaparecido. Se ha esfumado, se ha evaporado.

—¿Te refieres a las tablillas?

—Sí.

Alzó los ojos hasta la techumbre quemada, que aún humeaba.

—Debió de ser ese rayo —le dijo—. Lo vi desde Kannakale —añadió Sophia, mientras echaba un vistazo alrededor, en busca de Obermann. Lo atisbó a lo lejos, agazapado tras un caballón, dando instrucciones para que cubriesen las piedras con telas impermeabilizadas.

—No sabría decir si fue por el rayo, no podría asegurarlo —afirmó él, mientras la miraba directamente a los ojos, lo que bastó para que ella entendiese que quería decirle que había intervenido una mano humana—. Desperté rodeado de llamas por todas partes, antes de que empezase esta tormenta tan aparatosa. Pero no me dio tiempo a ponerlas a buen recaudo. Luego, la lluvia… —por un momento, pareció a punto de echarse a llorar—. Todo ha desaparecido; mis dibujos, también se han perdido.

—Echemos una ojeada.

Thornton la acompañó dentro de la cabaña: las tablillas se habían convertido en una masa informe de arcilla marrón oscura. Los dibujos del joven inglés habían sido pasto de las llamas y se hallaban desperdigados por el suelo, empapados por la tormenta.

—Todo ha desaparecido —repitió—. Es como si las tablillas no hubieran existido nunca —añadió, mientras aquel diluvio no parecía que fuera a tener fin—. Eso es lo que él quería.

Sophia rebuscó entre los escombros de la cabaña de Thornton, con la esperanza de que se hubieran salvado algunas tablillas, algunos dibujos. En ese preciso instante, percibió un leve temblor en el lecho del joven, y se volvió: una pequeña víbora de tonos castaños se deslizaba por la almohada. Le tomó del brazo y le señaló con la mano.

—Tenga cuidado, una serpiente. *Antelion* —el animal se enroscó sobre la tela blanca del almohadón, y los dos dieron un paso atrás —. Hemos de salir de aquí —le dijo, apremiándolo—, cuanto antes.

—Pero ¿y su marido?

—No es mi marido —le musitó en un susurro, como si apenas pudiera creer lo que estaba diciendo—. Está tratando de acabar con usted.

—¿Cómo dice?

—Esa serpiente no ha aparecido aquí por casualidad. Él sabe cómo encontrarlas.

Por primera vez, el inglés dio muestras de estar asustado.

—¿Qué salida nos queda?

—Sígame. Vayámonos de aquí. No nos ha visto.

—Pero mi…

—Recoja su pasaporte y el dinero que tenga. No tardaré en reunirme con usted.

A continuación, Sophia salió a la carrera hacia la cabaña que había compartido con Obermann, que seguía muy atareado tratando de poner las excavaciones a cubierto de la tormenta y no se había dado cuenta de que su mujer ya estaba de vuelta. Entró a toda prisa en la casucha y recuperó las joyas traídas desde Atenas, para de inmediato abandonar la cabaña y echar a correr bajo la tormenta.

Thornton estaba esperándola, aún asombrado por la energía y determinación que mostraba en abandonar Troya.

—Hágase con un caballo —le gritó—, y sígame.

Cabalgaron bajo aquel diluvio hacia Kannakale. Otro relámpago resplandeció sobre la llanura, que se había convertido en un cenagal donde sobresalía una franja de tierra dura por la que cabalgaban. La lluvia los ocultaba a los ojos de todos, así que nadie se dio cuenta de que se iban, excepto el chico de los recados de Obermann.

Cuando llegaron al Central Hotel, el dueño se quedó mirándolos asustado.

—Madame Obermann, ¿cómo se le ha ocurrido venir a caballo hasta aquí con esta tormenta? —dijo recurriendo al griego.

—Ha habido un incendio —repuso ella—. Hemos venido en busca de refugio.

—¿Un incendio? ¿Ha habido alguna desgracia?

—No, ninguna, por fortuna. ¿Dispone usted de una habitación para el señor Thornton? Es un caballero inglés, que trabaja con Heinrich Obermann —explicó, pronunciando el apellido con aspereza.

—Por supuesto. Séquense, y quítense esas ropas empapadas. Las tormentas de por aquí son causa de muchas enfermedades.

En cuanto llegaron a sus habitaciones les dieron toallas secas. A Thornton le dejaron una blusa y unos pantalones bombachos que solían vestir los trabajadores turcos; a ella, le entregaron un vestido negro, como los que llevaban las mujeres de la región.

—Parecemos oriundos —le espetó Sophia, en cuanto Thornton le franqueó la puerta de su cuarto—. ¿Qué tal me sienta?

Al verla tan contenta en semejantes circunstancias, él parecía sorprendido.

—Espero que no haya atrapado alguna enfermedad.

—¿Enferma yo, dice? ¡No me había sentido mejor en toda mi vida! —al fijarse en la preocupación que traslucía el rostro de Thornton, se echó a reír—. Hemos tomado una decisión.

El inglés le acercó una silla, y se sentó frente a ella.

—¿Se da cuenta de lo que hemos hecho?

—Claro que sí. Hemos acabado con el dragón.

—Nunca podremos volver allí.

—¿Está seguro de que desea regresar? Intentó matarlo.

—La serpiente pudo colarse durante la tormenta.

—Ha destruido las tablillas.

—Tal vez fue un percance, Sophia.

—En Troya, no existen esa clase de accidentes.

Ambos hablaban muy deprisa, como si estuvieran ansiosos por desahogarse.

—Dijo que él no era su marido.

Y entonces Sophia le contó la historia, que él escuchó sin pestañear siquiera. Cuando hubo terminado, respiró hondo y dijo:

—Así que se ha traído aquí a esa mujer…

—Su esposa.

—Ha traído a su esposa y la ha dejado al cuidado de unos criados. Me pregunto cómo habrá perdido la cabeza.

—Prefiero no saberlo.

—¿Está segura de que Leonid es hijo de ella?

—Dijo que era su madre, Alexander. Me parece una prueba definitiva, ¿no cree?

—Guarda cierto parecido con Obermann, tiene razón. Pero nunca hubiera pensado que…

—Nadie se lo hubiera imaginado.

—Claro, por eso lo llama Telémaco, igual que el hijo del artero Odiseo.

—Quería encararme con él, enfrentarme. Pero tiene usted razón. No puedo volver allí.

En ese momento, Thornton se percató de la singularidad de la situación en que se hallaba.

—Nada me obliga a regresar. Ha echado a perder mi trabajo. Además, si alguien nos hubiera visto marcharnos…

—¿Estaríamos en una situación comprometida?

—Naturalmente.

—Un hombre y una mujer que salen huyendo en plena tormenta…

—No tardará en descubrir que nos hemos llevado los pasaportes y el dinero —añadió el inglés.

Sophia se levantó, y se acercó a la ventana: aún llovía a mares sobre las desiertas calles de Kannakale.

—Iremos a Constantinopla, donde podremos ocultarnos hasta que sepamos qué decisión tomar. Supongo que usted regresará a Inglaterra.

—¿Qué va a hacer usted, Sophia?

—No tengo ni la más remota idea.

—¿No piensa volver a Grecia?

—He sido la fulana de Obermann —comentó, mientras Thornton enrojecía visiblemente—. ¿Quién va a querer que vuelva? Mis padres contaban con el dinero que él iba a entregarles y, desde luego, no les hará ninguna gracia que yo regrese a su casa.

—Podemos casarnos, Sophia —dijo él en un susurro, casi de pasada—. Podría decirle que lo hago por dejar a salvo su reputación, pero usted se lo tomaría como una ofensa. Quiero casarme con usted —ella se volvió sin apartarse de la ventana y lo miró fijamente—. Conozco a un pastor en Londres que no pondría inconvenientes. Nadie la conoce en esa ciudad.

—¡Nadie sabe por lo que he pasado! Sería un estorbo para usted.

—No me imagino un futuro más agradable.

Sophia creyó que le pedía que se casase con él por compasión, para darle un estado civil respetable y un apellido.

—¿Es muy difícil conseguir el divorcio en Inglaterra, pasado un

tiempo razonable?

—No he dicho que luego pensara divorciarme de usted. Sophia lo miró a los ojos, sin saber qué responder.

—No le entiendo, Alexander —dijo al fin.

—Le estoy pidiendo que sea mi esposa. Quiero casarme con usted.

—Pero si apenas nos hemos tratado…

—Como ya le dije en una ocasión, he estado observándola, Sophia, la he contemplado a la sombra de ese hombre. He tenido ocasión de hablar con usted, le he puesto al tanto de mis descubrimientos y he visto cómo en sus ojos refulgía el mismo entusiasmo que en mí. Ese lugar ha sido como un laboratorio de investigación. La conozco tan bien que es como si hubiese pasado cien años a su lado.

—Un período demasiado largo —seguía sin saber qué responderle—. ¿Y si nos cansamos el uno del otro?

—No en mi caso, desde luego.

—No soy virgen, Alexander.

—¿Está usted embarazada de él?

—No, creo que no.

—Con eso me doy por satisfecho.

—¿Y qué hay de Obermann? —preguntó ella.

—Se pondrá a gritar y a dar alaridos como un loco —replicó Thornton—, pero no actuará. Si algo así llegase a ser de dominio público, sería un mazazo para una persona tan pagada de sí misma.

—Es un bígamo. En Grecia, ya lo habrían metido en la cárcel —repuso ella, para añadir, en tono vacilante—: pero ¿y si se hubiera divorciado de la rusa?

—No puede haberlo hecho alegando locura de su cónyuge, no existe tal motivo de divorcio, al menos no en Inglaterra —explicó Thornton, mientras pensaba en uno de sus compañeros del museo, que había tenido que internar a su esposa en un establecimiento privado de salud mental en Hoxton—. ¿La mantendría cerca de él, atendida por sus propios criados, si se hubiera divorciado de ella hace mucho tiempo?

Mientras hablaban, los dos habían ido acercándose, hasta el punto de que podrían haberse rozado, pero no lo hicieron.

—¿Y qué me dice de su trabajo? —volvió a la carga Sophia.

—Mis obligaciones aquí han concluido. Estoy seguro de que puedo trazar de memoria la mayoría de los símbolos, pero eso no sería prueba de nada. No faltaría quien los tomase por fruto de una imaginación calenturienta. No dispongo de pruebas o anotaciones de que pueda servirme.

—Pero siempre podrá exponer sus ideas al respecto.

—Sería una insensatez por mi parte, Sophia. Obermann se mofaría de mí.

—Así pues, ¿cree que lo ha destruido todo de forma deliberada?

—De lo contrario, como diría usted, sería una coincidencia demasiado sorprendente. A pesar de no haber visto ningún relámpago, ni nada parecido, oí arder la techumbre momentos antes de que estallase la tormenta. ¿No le parece que no hay nada más fácil que prender fuego a la techumbre de mi cabaña, al ver que se aproximaba una tormenta?

—En tales circunstancias, habría bastado con disponer de una vela encendida.

El hombre se inclinó y, por primera vez, estampó un fugaz beso en la frente de la mujer.

—¿No cree que fue él también quien introdujo la víbora?

—Siempre observa esas serpientes con admiración: le encanta su morbidez —explicó ella.

—Por supuesto que había muchas grietas y rendijas entre las piedras por las que podría haberse colado. Pero ¿por qué iba a querer Obermann matarme?

—¿Todavía no se ha dado cuenta? Es como un niño: no soporta que le lleven la contraria, no tolera rivales que le hagan sombra.

—Y no aguantaba la idea de que Troya…

—Su Troya, Alexander.

—De que pudiera venirse abajo su idea de Troya: él sólo veía un ejército de héroes homéricos, que yo identificaba con una tribu extranjera que llevaba a cabo sacrificios rituales.

—Intolerable, desde el punto de vista de Obermann. Troya se ha convertido en el único motivo de su existencia.

—¿Y qué va a hacer ahora?

—Seguirá trabajando, sin tomarse un respiro. Cuando haya sacado a la luz el recinto de la antigua ciudad, se irá a otra parte. Seguro que encuentra otro lugar sagrado.

—Hará caso omiso de las tablillas, como si jamás hubieran existido.

—A estas alturas, ya las habrá olvidado —Sophia tiritó de repente—. Nos hemos calado hasta los huesos.

26

Obermann había estado muy atareado tratando de proteger las excavaciones del fragor de la tormenta, y se había pasado el día colocando enormes lienzos y toscas protecciones de madera y metal ondulado.

—Parece el campo de batalla de Sebastopol —le comentó a Lineau—, pero hemos derrotado al enemigo —se quedó mirando a la cabaña incendiada y destruida que ocupaba el joven inglés—. Por cierto, no he visto al señor Thornton desde que ocurrió la tragedia. Debe de estar abatido.

—Como todos. Kadri Bey me ha dicho que el rayo lo arrasó todo.

—Y donde haya entrado la lluvia, sólo habrá barro. ¿Ha ido a comprobar en qué estado ha quedado la choza?

—No me atreví a entrar. No hubiera soportado descubrir cómo se habían desvanecido sus esperanzas.

—La sensibilidad que demuestra le honra, Lineau. Con todo, me pregunto cómo es que no lo hemos visto todavía. Diré al chico que vaya a buscarlo.

—Los ingleses son muy dados al suicidio.

—Permítame que lo dude en cuanto a nuestro joven: es muy testarudo. Rashid, ve a buscar al señor Thornton, que debe de estar atribulado. Si no lo encuentras en lo que queda de la cabaña, mira si está dando un paseo por las peñas. Pero ve con cuidado: las tormentas animan a las serpientes a salir.

—Se ha ido, señor —anunció el muchacho, al tiempo que negaba con la cabeza.

—¿Ido? ¿Cómo que se ha ido?

—A caballo. La señora lo acompañaba. Se dirigían a Kannakale.

—Me parece que lo has soñado, Rashid. La señora está en la ciudad, desde ayer —pero el muchacho seguía negándolo con la

cabeza—. Muy bien. Investigaré la misteriosa desaparición de Alexander Thornton.

Se dirigió a la cabaña que ocupara Thornton, que ya no era sino un montón de ruinas bajo el cielo raso, y nada más entrar, se percató de que el inglés se había marchado. Aunque había encontrado divertido el comentario de Lineau sobre la querencia de los ingleses por el suicidio, examinó con cautela el minúsculo dormitorio, separado de la estancia principal.

«Se ha ido —se dijo—. Lo mejor que podía hacer».

A continuación, pensó en Sophia: era imposible que hubiera regresado y vuelto a marcharse con tanta celeridad y sin que nadie se hubiera enterado. Oyó los cascos del caballo de Leonid, que llegó en ese momento, antes de verlo en persona, agotado y calado de los pies a la cabeza.

—Deberías haberte quedado en la alquería, Telémaco. No hacía falta que vinieses con la que estaba cayendo.

—Por supuesto que hacía falta.

Temiéndose la ira de su padre, Leonid había pospuesto el momento de abandonar la alquería de Theodore Skopelos. Desde el momento en que Sophia lo había visto con su madre, supo que la situación había dado un vuelco radical. Aunque había pensado no desvelar que aquella mujer era su madre, de forma instintiva se lo reveló a Sophia. No podía negar la relación existente entre ellos. Quería a su madre, incluso en su estado de demencia, y no pensaba renegar de ella porque Sophia estuviera delante. De modo que había pasado la noche en la alquería, meditando sobre qué determinación tomar. Aunque a la mañana siguiente había estallado la tormenta, sabía que tenía que regresar a Troya y arrostrar las consecuencias de su indiscreción.

—¿Qué te pasa, Telémaco? Pareces un reo en vísperas de la ejecución.

—Tengo que hablar con usted.

—Veamos, ¿de qué se trata?

—Sophia fue a la alquería.

—Lo sé. Hace un par de meses que estuvo por allí. ¿Y bien?

—Que se presentó de nuevo ayer, de forma inesperada.

—¿Cómo?

—Y vio a Elena.

—¿Qué estás diciendo?

—Se halla al tanto de todo —Obermann paseaba su mirada furiosa por las excavaciones—. Llegó de forma sigilosa y me oyó cómo le llamaba madre.

Obermann se apartó un poco e inclinó la cabeza, como si estuviera reflexionando. A continuación, alzó el rostro al cielo y lanzó un fuerte alarido preñado de horror y angustia, que estremeció a los trabajadores turcos. Entre ellos se rumoreaba que, durante el tremendo aguacero, herr Obermann había perdido muchos objetos preciosos. Luego regresó junto a Leonid, más calmado.

—¿Cuándo ocurrió?

—A última hora de la tarde de ayer.

—Y has esperado todo este tiempo antes de volver.

—Estaba avergonzado.

Obermann le propinó un sonoro bofetón.

—Jamás sientas vergüenza, Telémaco; siente pesar o tristeza, pero nunca vergüenza. Es una enemiga letal.

Mientras así hablaba, comenzó a comprender lo sucedido. Rashid se hallaba en lo cierto. Encolerizada, Sophia había vuelto a Troya y había ido a ver a Thornton, y habían tomado la decisión de escapar juntos, de huir de Obermann y de Troya. Le resultaba tan meridianamente claro como si hubiera podido oír la conversación entre ambos jóvenes.

—¿Cómo estaba tu madre?

—Se puso muy nerviosa al ver a Sophia. No pudo conciliar el sueño.

—Entiendo. Es una reacción que Sophia suele provocar en otras personas —añadió, y a continuación llamó a Rashid para que le refiriese de nuevo lo que ya le había contado—. ¿Así que se llevaron dos caballos? —el muchacho asintió—. Y se fueron hacia Kannakale. ¿Estás seguro?

—Tomaron el antiguo camino. Me quedé observándolos hasta que la lluvia los ocultó a mis ojos.

—Rashid, tienes que ir a Kannakale y dar con ellos. Procura que no te vean, ni hables con ellos. Limítate a enterarte de dónde se esconden, y regresa para contármelo. ¿Me has entendido?

—Sí, señor. ¿Puedo llevarme a *Pegaso*? Es el más rápido.

—Cabalga a lomos del viento si es preciso, Rashid. Confío en que estés de vuelta antes de que se haga de noche.

Rashid salió a la carrera, encantado ante la perspectiva de montar el corcel árabe.

—¿Y bien, Telémaco, has pensado algo?

—No me corresponde a mí…

—Por supuesto, Telémaco. No es cosa tuya. Bastante daño has hecho ya.

—Me parece injusto, señor. Me insiste en que vaya a visitarla, porque usted no quiere ir. ¿Acaso tengo la culpa de que sea mi madre?

—Tranquilo, tranquilo. No es culpa de nadie, lo sé, es cosa de las Moiras, las únicas que osan desafiar la divina voluntad de Zeus: Cloto, la hilandera; Láquesis, la medidora, y Atropos, la que corta el hilo.

—¿Así que usted es Zeus? —le preguntó Leonid lanzándole una mirada muy significativa.

—En un momento dado, todos los somos, Telémaco —no añadió más, mientras hundía la punta del zapato en la tierra removida—. ¿Se dio cuenta tu madre de que Sophia…? —quiso saber al fin.

—Quién sabe lo que entiende una persona en su estado. Cuando se fue Sophia, comenzó a dar alaridos.

—Incluso en semejante situación, no se ve libre de infortunios —dijo Obermann, llevándose las manos a la cara.

Aquella noche, mientras cenaban en compañía de Lineau y Kadri Bey, Leonid tuvo la sensación de que Obermann parecía especialmente satisfecho. No dejó de referirse a la ausencia de Alexander Thornton, explicándoles que había hablado con él antes de que se marchase: según les dijo, el joven había tomado la decisión de volver a Inglaterra y había ido a Kannakale a preparar la travesía de regreso a su país. Sophia se había quedado en la ciudad a la espera de noticias sobre lo acontecido en las excavaciones tras la tormenta, y no tardaría en estar de vuelta. Lineau y Kadri Bey prefirieron guardar silencio. Ambos sospechaban que debía de haber otra explicación para que frau Obermann se hubiese ido con el inglés, pero, como es natural, optaron por no

manifestarse.

—Thornton no deseaba quedarse en estos parajes —estaba afirmando Obermann—. La pérdida de las tablillas le causó un profundo pesar.

—Como a todos nosotros —repuso Kadri Bey—. Es lo peor que nos ha pasado hasta el momento.

—Advierto ciertos elementos trágicos en toda esta situación —comentó Lineau, que parecía estar mirando adelante—. No es fácil discernir cuál pueda ser su significado.

—¿Por qué tanto abatimiento, caballeros? Por lo que sabemos, los dioses lo tenían todo previsto.

—¿Todo? —preguntó Lineau, al tiempo que se volvía hacia Obermann, quien, por un momento, se sintió turbado al contemplar aquellos ojos carentes de visión—. Era el primer atisbo que teníamos de un mundo desconocido, un descubrimiento de enorme trascendencia.

—¿Quién se atrevería a decir que no encontraremos más cosas?

—Sólo si han resistido a la tormenta.

—Habrá otros sitios, otros lugares, que también encierren sus tesoros. Anímese, Lineau: no dé todo por perdido. He sido optimista siempre, a eso debo el reconocimiento que se me dispensa.

—¿No es posible recuperar nada? —le preguntó Kadri Bey—. ¿No se han salvado siquiera las notas del señor Thornton?

—Me temo que no. La mayoría de sus apuntes desaparecieron durante la tormenta. Los que hemos recuperado son ilegibles. Sírvase más anchoas, Lineau. Telémaco, apenas has probado bocado.

—No me apetece, señor.

—La tragedia te ha quitado el apetito. Mañana, volverás a tenerlo —en ese instante, llegó Rashid corriendo; estaba a punto de acercarse a Obermann, cuando éste le hizo una seña para que aguardase—. ¿Me permiten un brindis?

—¿Acaso hay algo que celebrar? —preguntó Kadri Bey con expresión sorprendida.

—¡Un brindis por Alexander Thornton, para que el mundo entero reconozca su labor! —Leonid le dirigió una mirada aviesa, pero Obermann alzaba ya la copa—. Caballeros, es una maravilla que aún podamos aparentar felicidad en medio de semejante

desastre, de tanta tragedia. El aire de Troya nos da fuerzas para sobreponernos.

—Peores cosas ha visto —comentó Lineau.

—Exacto. En este lugar, formamos parte del alma del mundo. Si me disculpan un momento —se excusó, y se fue hacia Rashid, que permanecía junto a lo que quedaba de la vivienda de Thornton—. Y bien, ¿qué has descubierto?

—Que se alojan en el Central.

—¿Has hablado con Hasad? —Hasad Dumanek era el propietario del Central Hotel, una persona a la que Obermann se había ganado con pequeños regalos procedentes de las excavaciones.

—La señora ocupa la habitación número diez. El inglés está alojado en la cuatro.

—¿Eso es todo?

—Ella ha pagado una semana por adelantado, en libras esterlinas.

—Dinero del señor Thornton, sin duda.

—Ha preguntado los horarios de los barcos que van a Constantinopla.

—¿Constantinopla? ¿Es ése el lugar que han elegido como destino? Están locos. ¿Acaso creen que no sabré dar con ellos? Se fueron al amparo de una tormenta, y yo los envolveré en una tempestad —anunció, para a continuación advertir a Rashid en voz baja—: No digas una palabra a nadie. Si lo haces, te cortaré la lengua.

Asustado, el muchacho echó a correr como alma que lleva el diablo, mientras Obermann volvía a ocupar su sitio.

—Rashid acaba de decirme que el mercado de Kannakale se ha inundado, así que, durante uno o dos días, no podremos tomar fruta. Por fortuna, esta noche somos menos bocas que saciar.

Acabada la cena, cuando los otros comensales ya se habían retirado, Obermann se quedó hablando con Leonid.

—Tengo la impresión —le decía Obermann— de que las piedras que hemos encontrado junto al arroyo pertenecen a algún templo. Cuando, esta mañana, el regato bajaba tan crecido, el agua trazaba un meandro para rodear ese lugar, lo que significa que hay unos cimientos lo bastante sólidos como para desviar la corriente. —

Leonid no salía de su asombro: ¿cómo era posible que en medio de la barahúnda de la tormenta Obermann hubiera reparado en semejante nimiedad? Sólo hacía dos días que habían dado con aquel emplazamiento—. Que los hombres empiecen a excavar por ahí mañana, Telémaco. No podemos perder ni un momento. Seguro que hay un altar.

Pero Leonid estaba impaciente por conocer las últimas noticias.

—¿Qué le ha dicho Rashid?

—Que se alojan en habitaciones separadas en el hotel, y que han pagado una semana por adelantado. Que piensan ir a Constantinopla.

—Donde se perderán entre la multitud.

—No les resultará fácil. Conozco a mucha gente en esa ciudad. Y se dejarán ver. Tengo la impresión de que quieren irse a Inglaterra.

—¿Quieren?

Obermann hizo un aspaviento como si no hubiese oído la pregunta.

—Se me ha pasado por la cabeza que a lo mejor tratan de casarse legalmente durante la travesía —de repente se puso en pie y empezó a dar vueltas alrededor de la mesa—. Ya que ha visto a tu madre… —Se detuvo un momento, y volvió a llenar la copa de vino —. Las mujeres saben de eso. Están dotadas de un instinto.

—Ningún capitán de barco estaría dispuesto a celebrar un matrimonio así. No tienen testigos.

—No hay mejor testigo que el dinero —afirmó, tomando la copa —. Los ingleses no la recibirán bien. Sé cómo son: estrechos de miras. No les gustan los extranjeros.

—Pero podría esconderse en Londres, una ciudad tan enorme, tan lóbrega.

—¿Crees que Sophia podría vivir en esas condiciones? No soportaría ser una hormiga más entre millones. Escucha lo que voy a decirte, Telémaco: si se queda con Thornton, sólo conocerá el infortunio.

—Así que piensa acudir en su rescate.

—¡Por supuesto! ¡Imagínate el cambio! Sacarla de Londres y llevarla de vuelta a su país de origen, bañado por el sol —parecía estar sopesando tal posibilidad—. No tardará en cansarse de él. Es un hombre carente de espíritu y energía, un blandengue, puro

merengue. —Obermann se dejó caer en una silla y añadió—: Un hombre sin sangre en las venas.

—En ese caso, no le haga daño.

—Te prometo que no le pondré la mano encima —repuso Obermann echándose a reír.

Aquella noche, Obermann se levantó de la cama. Aún estaba vestido. Había permanecido despierto después de cenar; a tientas, buscó los zapatos. Abrió la puerta de la cabaña con sigilo y desapareció en la noche. Pasada la tormenta, el cielo estaba tachonado de estrellas; el aire era fresco y limpio, y derramaba una extraña luminosidad sobre las piedras y la tierra de Troya. En algunas de las ánforas halladas durante las excavaciones, había observado imágenes que le recordaban al sol, la luna y las estrellas, simples ruedas, círculos rodeados de puntos. Príamo y Hécabe también habían contemplado el mismo cielo. Echó a andar entre las ruinas de las antiguas murallas; la tormenta había desplazado la tierra y los escombros que las rodeaban, así que parecían sólidas y relucientes en aquella noche, una noche en la que percibía el latido de la antigua vida de Troya, mientras caminaba por sus calles, rebosantes de gente.

Bajó hasta el terreno, excavado en parte, donde suponía que se alzaba un templo, cerca del arroyo. Era un afluente del Escamandro, que se abría camino por el terreno llano que se extendía a los pies del montículo de Hissarlik y que, tras la tormenta, bajaba crecido. Oía el murmullo del agua en la oscuridad, y llegó a un lugar en que el sonido pareció envolverlo. Allí se alzaban el templo y el altar. Levantó los brazos al aire, volvió el rostro hacia las constelaciones y comenzó a declamar:

—Sea Zeus, el más excelso y glorioso de los dioses, mi testigo, y vosotras, Moiras, que en las profundidades de la tierra urdís vuestra venganza contra los pérfidos. A vosotros, dioses, clamo, para que venguéis los entuertos contra vuestros dictados. A Alexander Thornton y Sophia Chrysanthis, a ellos me refiero. Caiga la maldición de los dioses sobre ellos. Si han quebrantado las divinas leyes, sean castigados —era la fórmula ritual. Se la sabía de memoria, igual que no ignoraba que Homero había recurrido a fuentes más antiguas a la hora de ponerla por escrito. Luego, se arrodilló—. No os hago ningún sacrificio —continuó, en un tono

menos exaltado—, pero me pongo a vuestra disposición —en un robledal, junto a la ladera, se oyó el ulular de una lechuza—. Palas Atenea, diosa poderosa, hija de Zeus, el que lleva la égida, has escuchado mi plegaria. Atenea, la de los ojos refulgentes, cuyas palabras aladas aconsejan a los demás dioses, ponte de mi parte.

A continuación, escuchó la música de unos caramillos. Seguramente eran los guardianes que custodiaban el lugar. Se puso en pie y, más animado, regresó a las ruinas de Troya.

27

Sophia y Alexander habían reservado los pasajes para Constantinopla en las oficinas que la compañía marítima tenía en el muelle. Compraron dos pasajes en cubierta exterior para no gastar demasiado en el viaje, y regresaron al hotel a recoger sus escasas pertenencias. Sophia quería recuperar el joyero que había depositado en la caja fuerte del albergue. Disponían de dos horas antes de que el barco zarpase: era el primer navío que salía para Constantinopla, y habían comprado los billetes con cierta premura. Tenían dudas sobre si Obermann estaba al cabo de la calle o se lo imaginaba, pero querían irse de allí cuanto antes. Ninguno de los dos se había percatado de que Rashid los había visto salir juntos del hotel.

Cuando cruzaban la explanada para dirigirse a la entrada del establecimiento hotelero, lo vieron: Obermann estaba hablando con el propietario, Hasad Dumanek, que gesticulaba señalando al mar. Sophia se detuvo y, de forma instintiva, pensó en dar media vuelta.

—Que no nos vea —dijo en un susurro—. Vayamos al zoco.

—De ninguna manera. Me niego a andar escondiéndome —contestó Thornton, notando las vacilaciones de su compañera—. ¿Acaso le tiene miedo, Sophia?

—¿Miedo? No, claro que no.

—No somos culpables de nada.

—Por supuesto. Lleva toda la razón. Ahora me doy cuenta de cómo es.

—¿Qué puede hacernos? Zarpamos dentro de un par de horas. Vamos a cruzar la explanada y, recuerde, nosotros no hemos hecho nada censurable.

—Él sí que nos ha engañado. Debería ser él quien pusiese los pies en polvorosa nada más vernos.

Obermann advirtió su presencia, cuando ambos continuaron

avanzando en dirección a la entrada del establecimiento.

—Amigos míos —exclamó, con los brazos abiertos—. He estado buscándoles. Estaba preocupado. Menos mal que he tenido la suerte de encontrarme con Hasad, que me ha comunicado que estaban sanos y salvos.

—Estamos bien, Heinrich.

—Los dioses velan por ti, Sophia. Te he echado tantísimo de menos. Es hora de que regresemos, ¿no te parece?

—No, no regresaré —repuso ella, negando con la cabeza.

—¿Crees que ésa es forma de dirigirte a tu marido?

—No eres mi marido, y lo sabes.

—¿Han cambiado, sin que yo haya tenido conocimiento, las leyes de este mundo? ¿Habrá sido sólo un sueño? —replicó con expresión de sorpresa.

—¿No te ha dicho Leonid que he visto a tu mujer? He conocido a la auténtica frau Obermann.

—Telémaco es tan olvidadizo… Nunca me cuenta nada.

—¡Qué raro! Porque es hijo tuyo.

Obermann la miró fijamente por un instante y luego se echó a reír.

—Sophia, eres como el oráculo: dices más cosas de las que sabes.

—Lo que sé es que me has mentido, me has engañado y me has traicionado.

—No eleves tanto la voz.

—Lo gritaré, si es preciso, desde el edificio más alto.

—A medida que hablaba, su cólera iba en aumento.

—No en este lugar, Sophia.

—Es un sitio perfecto. ¿No es en la plaza pública donde se desenmascara a los adúlteros?

—Duras palabras, que no creo merecer. A ojos de los dioses, eres mi esposa. Ellos fueron quienes bendijeron nuestra unión. Las leyes terrenales nada tienen que ver en eso.

—Tus dioses no existen, Heinrich.

—Mide tus palabras, no vayan a castigarte.

—Son sólo un producto de tu imaginación, de tu orgullo.

—Supongo que es usted quien le ha enseñado esas cosas, señor Thornton —dijo Obermann, dirigiéndose al inglés—. Ya había tratado de desprestigiarme y de poner en solfa mis convicciones.

—No necesito tomar lecciones, Heinrich.

—Nunca me he mofado de usted, herr Obermann, y sepa que le tenía en gran consideración.

—Pero mi mujer le parece merecedora de un mayor respeto, ¿no es así?

—No soy tu esposa.

Dos o tres personas que pasaban por el lugar se habían detenido, y seguían con atención la discusión de los extranjeros. Hasad observó estos hechos preocupado, y acompañó a Sophia y a Thornton al otro lado de la calle, hasta la explanada.

—No quiero líos —les dijo—. Nada de problemas en las inmediaciones del hotel. Los demás clientes…

Obermann los siguió, sin dejar de mover la cabeza, como si le inspirasen lástima.

—No he hecho nada en contra de mi conciencia, nada malo —afirmó.

—Me mentiste.

—La mujer que has visto está muerta para mí. En realidad, está muerta. Pero Telémaco no quería internarla en un manicomio. Eso es todo.

—Zarpamos dentro de dos horas —anunció Sophia.

—Si me abandonas, será para siempre. Supongo que te das cuenta de lo que haces.

—Puedes estar seguro.

—Hemos de disponerlo todo —añadió Thornton—. El tiempo apremia.

—¿Y quién va a creerse sus mentiras, señor Thornton? Usted piensa regresar a Londres, y contar a todo aquel que quiera escucharle que Troya era una ciudad poblada por asiáticos que practicaban el canibalismo. Mucho me temo que nadie dará por buena su teoría, una excentricidad, carente de pruebas que la sustenten.

—Usted destruyó las pruebas.

—O sea, que soy el fuego, la tempestad, la lluvia. ¿Es ése el resumen de sus conclusiones? Será el hazmerreír de todo el mundo.

—No tengo intención de mencionar las tablillas a nadie.

—¡Bendito silencio!

—Pero aparecerán otras pruebas en otro lugar.

—Es decir, que tendrá la escopeta a punto, ¿es eso lo que pretende decir?

—Escribiré un informe que sólo se publicará si, en otro sitio, sale a la luz una prueba irrefutable de mis conjeturas.

—¡Bravo! ¡Así me gusta! —exclamó Obermann, y a continuación preguntó a Sophia—: ¿Adónde tenéis pensado ir? —entonces dirigió una furtiva mirada a Thornton—. Ten por seguro que, a los pocos segundos de que hayáis zarpado, sabré todo lo concerniente a vuestra travesía.

—Nos dirigimos a Constantinopla.

—La ciudad de las flores; la ciudad del oro. Cuando era joven, señor Thornton, me encantaba el oro. Cuando me dedicaba al comercio en San Petersburgo, me quedaba extasiado pensando en las gastadas monedas que iban de mano en mano. ¿Sabía que, en una ocasión, trabajé como banquero y compré oro en polvo en California? Una noche, después de tomarme una cerveza alemana, me cubrí la cara con aquel precioso polvo, ¡y me convertí en una máscara dorada!

—Y fue entonces cuando te diste cuenta de que eras un gran rey.

—Ya lo sabía por entonces. Estaba seguro de que en mi interior albergaba algo que me encumbraría por encima de los demás. ¿Cómo pensáis vivir en Constantinopla?

—Nos las arreglaremos.

—Y desde allí, tenéis previsto trasladaros a Londres. ¿Estoy en lo cierto?

—Es mi tierra, señor.

—Los del Museo Británico estarán encantados de que regrese sano y salvo. Habrá sobrevivido a Obermann, ese monstruo legendario. ¡Le considerarán un héroe!

—Dudo que lo piensen siquiera.

—Pero el caso es que volverá con un premio de incalculable valor —Obermann extendió el brazo y estuvo a punto de tocarle el hombro a Sophia, que se apartó.

—No soy un galardón, Heinrich, que Alexander haya conseguido. Me voy con él libre y voluntariamente.

—¡Qué maravilla! Pero no te engañes, Sophia. En Inglaterra no hallarás la felicidad. Cuando trabajabas en Troya, eras dichosa. Recuerdo la satisfacción que sentiste cuando descubriste aquella

escalinata.

—Sigues sin entenderlo. Lo hacía por ti.

—¿Por mí? —por un momento, el arqueólogo pareció confuso.

—Así es, Heinrich, por ti.

—¿Estás diciendo que hubo un momento en que me quisiste, Sophia?

—No pienso añadir nada.

—Hemos de volver al hotel —terció Thornton—. Dentro de poco, tenemos que subir al barco —la tomó del brazo, y sin cambiar una palabra más con Obermann, cruzaron la calle, al otro lado de la explanada.

Obermann se quedó mirándoles y, de repente, echó a correr tras ellos.

—¿Así que me quisiste, Sophia?

28

Leonid tomó la decisión de cabalgar tan rápido como pudiera hasta Kannakale. Aquella misma mañana, a una hora temprana, en cuanto Obermann hubo partido para la ciudad, habían descubierto algo. Durante la tormenta, la intensa lluvia había removido un enorme montón de piedras y cascotes, dejando al descubierto la entrada a una cámara de piedra en el extremo suroccidental del palacio; tras retirar los escombros, dos de los trabajadores se habían aventurado en el recinto y no habían tardado en anunciar lo que habían descubierto. Habían hallado cientos, por no decir miles, de tablillas de arcilla apiladas en orden contra los muros interiores. Leonid había acudido al instante y, tras internarse en el recinto cerrado y oscuro, había visto las tablillas amontonadas. Encendió una cerilla Lucifer y, a su luz parpadeante, descubrió las mismas señales y marcas que Thornton se había propuesto descifrar. Aún después de aquella espantosa tormenta, era posible continuar el trabajo emprendido por el inglés.

Al instante, Kadri Bey había dado órdenes precisas para que las retirasen y pusieran a seguro. Consciente de la importancia que, para Thornton y Obermann, podía representar semejante hallazgo, no dudó en tomar el camino de Kannakale. Sólo las tablillas lograrían poner fin a la discusión que los enfrentaba. Si Thornton regresaba a Troya, su inesperada huida con Sophia podría aclararse, o quedar explicada a entera satisfacción de todo el mundo. Leonid creía que incluso sería capaz de hablar con el inglés antes de que el enfrentamiento con su padre no tuviera vuelta de hoja. A lomos de *Pegaso*, pues, cruzó la llanura: la inquietud y el nerviosismo iban adueñándose del joven a medida que se acercaba a la ciudad.

Cuando llegó a Kannakale, pasó como una exhalación por la calle que arrancaba en la puerta que miraba al Oriente y

desembocaba en la plaza. Vio el hotel a mano derecha, pero no por eso retuvo el corcel. De repente, alguien se cruzó en su camino; asustado, el caballo trató de detenerse, pero arrolló al hombre con las patas delanteras. Leonid desmontó al instante, y contempló lo que había bajo las pezuñas del asustado animal, que retrocedió pisoteando de nuevo el cuerpo que yacía en el suelo. Leonid oyó entonces el grito de una mujer.

Al oír el relincho del caballo asustado, Sophia se había vuelto y había visto cómo Obermann caía al suelo, golpeado y aplastado, y, horrorizada, había contemplado cómo *Pegaso* lo pisoteaba otra vez. Leonid había echado pie a tierra y vuelto atrás para reunirse con el cuerpo malherido y ensangrentado de su padre, tendido en la calle enfangada. Al reconocerlo, fue tal su sorpresa que se vio impelido a retroceder, se apoyó contra una estaca de madera que había a un lado de la calle y dirigió una mirada extraviada a Sophia y a Thornton, que se acercaban al hombre caído. A continuación, reparó en que dos ciudadanos tomaban las riendas del caballo y lo conducían a la explanada.

—Deberíamos trasladarlo al hotel —estaba diciendo Sophia—, y llamar a un médico cuanto antes. —Obermann estaba inerte, con uno de los brazos retorcido de forma inimaginable y la cabeza destrozada allí donde le habían alcanzado los cascos del caballo; en la frente, tenía una herida abierta: la sangre manaba por su cara y se mezclaba con el lodo—. Levántenlo —dijo Sophia, con un nudo en la garganta, a Thornton y Hasad, que permanecían a su lado sin saber qué hacer—, llévenselo de aquí y corran en busca de ayuda.

Hasad tomó a Obermann por los hombros; Thornton, por los pies, y se lo llevaron como si de un canasto de ropa sucia se tratase, tan poca era la vida que latía en aquel cuerpo, mientras el brazo del arqueólogo se balanceaba de un lado a otro, como un ala rota. Con dificultad, consiguieron entrarlo en el hotel y lo tumbaron en un sofá del vestíbulo. Asustado, Hasad les señaló cómo la sangre de Obermann empapaba en un abrir y cerrar de ojos la seda verde de la tapicería.

—Se va a morir —comentó.

Sophia se había acercado a Leonid y le había pasado el brazo por encima de los hombros.

—No pudo usted hacer nada —le musitó—. Presencié la escena. Se cruzó en su camino.

—Se trata de mi padre.

—Lo sé. Pero no ha sido culpa suya. No le vio venir. Vamos, Leonid, tenemos que ayudarle.

Echaron a correr hacia el hotel.

—He llamado a un médico —anunció Hasad, no bien los vio entrar—. Pero… —se interrumpió y miró fijamente a Leonid.

—¿Ha muerto? —le preguntó el muchacho.

—No sabría decirle. Pero no observo movimiento alguno.

Thornton estaba inclinado sobre el cuerpo. Tomó entre las suyas la mano y la muñeca de Obermann.

—No hay pulso —afirmó—. No creo que haya médico capaz de reanimarlo.

—Hay que esperar —repuso Hasad—. Se trata de un médico griego, muy bueno.

—¿No podemos hacer nada? —preguntó Sophia, acercándose al diván. La sangre había empezado a enfriarse, y ella comenzaba a discernir la lividez de la muerte. Se dio cuenta de que Obermann ya no estaba entre los vivos y se sorprendió al comprobar que los ojos se le humedecían. Había tratado de huir de su lado, pero aquel fallecimiento inesperado la sumía en la más profunda aflicción. ¿Era ése el significado de la tragedia, el momento en que una vida resplandeciente de luz pasa a arrastrarse entre las sombras?

El médico examinó el cadáver sólo de pasada.

—Ha fallecido —afirmó—. Ya no tiene remedio. Lo siento —a continuación se acercó a Hasad, que permanecía en la puerta de entrada del hotel—. Lo único que puedo hacer es firmar el certificado de defunción.

—¿Habrá una investigación?

—No lo creo. Al fin y al cabo, estas personas fueron testigos del accidente —Hasad asintió—. Supongo que no habrá ninguna duda —el médico se volvió, y contempló a Sophia, que seguía de pie junto al cadáver—. Ahí yace el gran Obermann. Se fue en un suspiro.

Leonid había permanecido sentado en una silla dorada del vestíbulo, con la cara entre las manos. No había duda de que había llorado, pero ahora se levantó y se acercó a Sophia.

—Hemos de llevarlo de vuelta a Troya —le dijo—. Es lo que él hubiera querido.

—¿Cómo está tan seguro?

—Me lo mencionó en una ocasión en que me habló de una pira funeraria erigida en su honor en la ciudad. Deseaba que arrojásemos sus cenizas al Escamandro —explicó, mientras miraba el cadáver de su padre—. No soporto verlo en semejante estado. Cubrámoslo y llevémoslo a casa —se acercó al propietario del hotel, con quien mantuvo una breve conversación—. Ya está: Hasad nos prestará el carricoche que tiene reservado para sus mejores clientes.

Minutos más tarde, un landó pasado de moda, pintado de rojo y amarillo, tirado por dos caballerías engalanadas con los mismos colores, se detuvo ante a la puerta del hotel. Antes de que Leonid y Thornton procediesen a retirar el cuerpo de Obermann del sofá, Hasad les rogó que tuviesen la bondad de esperar un momento. Entonces llamó a su mujer, que se encontraba en la parte trasera de la recepción del establecimiento, y le dijo algo. Poco después, estaba de vuelta, en compañía de una sirvienta: llevaban unas brazadas de juncos recién cortados, que esparcieron por el suelo del carruaje. A continuación, entre Leonid y Thornton, sacaron el cadáver a la calle: un nutrido grupo de personas se agolpaba en el exterior y, cuando vieron el cuerpo sin vida de Obermann, unas mujeres empezaron a entonar un fúnebre lamento. Entre los dos, lo colocaron con cuidado encima de los juncos; luego, reapareció la mujer de Hasad, que esparció más juncos sobre el cadáver, de forma que parecía cubierto por un manto de verdor.

—¿Vienen conmigo? —preguntó Leonid a Sophia y a Thornton.

—Faltaría más. Regresaremos a Troya —contestó Sophia.

Al llegar a las excavaciones, salieron a recibirlos Lineau y Kadri Bey. Los dos habían reparado en el llamativo landó que se acercaba por la llanura y, en ese instante, tuvieron la corazonada de que algo había pasado. Guardaron silencio cuando Leonid echó pie a tierra y ayudó a Sophia a bajar del carruaje. Ambos habían atisbado el cadáver de Obermann, cubierto de juncos. Kadri Bey musitó una plegaria y se llevó las manos a la cabeza. Lineau volvió la cabeza.

—Ha sido un horrible, un terrible accidente —les informó Sophia.

Thornton bajó del carricoche, se acercó a Lineau y lo abrazó. El

francés le susurró algunas palabras en griego.

—¿Qué le ha dicho?

—Unos versos del vigésimo canto de la *Ilíada*, que Heinrich gustaba de repetir: «Aquiles ya sufrirá más tarde todo lo que el hado tejió con su hilo para él al nacer, cuando su madre le dio a luz».

—No fue el destino, Lineau; fue la casualidad.

—Heinrich jamás habría dicho algo así: nadie podía plantar cara al destino. ¿Estaba enterado de que Leonid era hijo suyo?

—Sí. Sophia descubrió la verdad. ¿Desde cuándo lo sabía usted?

—Hace muchos años. Nunca hablábamos de ello, como es natural. Quizá debería haber advertido a Sophia. Pero cuando llegó aquí, ya era su esposa. Demasiado tarde.

—No era su mujer, no. Seguía casado.

—¿No se había divorciado de Elena?

—Parece ser que no.

—En ese caso, él se tejió su propio y fatal destino. Pobre hombre —dijo Lineau, en un suspiro—. ¿Sabe que hemos encontrado más tablillas?

—¿Cómo dice?

—Hemos hallado centenares de tablillas de arcilla cocida, como las que usted estuvo estudiando. Tiene mucho trabajo por delante, amigo mío. Usted y Sophia, claro está.

Sophia había permanecido junto a Leonid, mientras unos trabajadores turcos sacaban los restos del landó.

—Se acabó —dijo Leonid—. Sin Obermann, Troya nunca volverá a ser lo mismo.

—Nos queda mucho por hacer.

—Pero él conocía las interioridades de Troya, cómo palpitaba la ciudad, y nos mantenía en ese embrujo.

—Volveremos a sentirlo.

—No, jamás será igual.

—¿Qué piensa hacer?

—Regresaré a Rusia con mi madre, para cuidar de ella. No sería capaz de seguir aquí. En vida de mi padre, todas las piedras me parecían sagradas, en todos los árboles veía un dios encaramado.

—O sea, ¿que se creía esas cosas que contaba?

—Por supuesto. Era como contemplar el mundo en su puridad.

¿Qué será del mundo sin esa hondura de miras? Ahora tendré ocasión de comprobarlo.

—Lo mismo que yo.

Dado aquel ambiente húmedo y caluroso, no podían demorarse. De modo que llevaron a cabo el ritual aquella misma tarde, antes de la puesta de sol. No hacía falta que hubiese ningún clérigo presente porque, como bien dijo Leonid, Obermann jamás había creído en la religión de los curas.

Los hombres y mujeres que habían trabajado en las excavaciones formaron dos hileras, entre las que pasaron con los restos de Obermann hasta un enorme túmulo que habían erigido en el centro del patio del palacio, una pira de leña y trapos empapados en gasolina, sobre la que Leonid, Thornton y Kadri Bey colocaron el cadáver. Thornton leyó el salmo veintisiete de la Biblia que había traído de Inglaterra y Kadri Bey recitó un fragmento del capítulo quinto del Corán. A continuación, Leonid prendió fuego a la pira con una tea encendida. Los trapos y la leña ardieron enseguida, y el cuerpo de Obermann quedó envuelto en llamas. El viento, que nunca dejaba de soplar, había amainado. Todos los presentes guardaban silencio, mientras una fina columna de humo se alzaba hacia el cielo despejado. A Sophia las reverberaciones del aire caliente por encima de las llamas se le antojaron siluetas danzantes.

—Te echaré de menos —musitó—. Siempre te recordaré, Heinrich.

En la cordillera del monte Ida, retumbó un trueno.



PETER ACKROYD (East Acton [Londres], 5 de octubre de 1949) es un novelista y biógrafo inglés, conocido por su interés en la historia y cultura de Londres.

Ackroyd estudió en la St Benedict's School y posteriormente en el Clare College, Cambridge, en donde obtuvo un título en Inglés. En 1972, fue un Mellon Fellow en la Universidad Yale. Allí escribió *Notes for a New Culture*, las cuales fueron publicadas en 1976.

Ackroyd inició su carrera escribiendo poesía con poemarios como *London Lickpenny* (1973) y *The Diversions of Purley* (1987). Posteriormente, empezó a componer trabajos de ficción y obtuvo gran éxito, ganando el James Tait Black Memorial Prize en 1998 por la biografía Thomas More.

Entre 1973 y 1977, Ackroyd trabajó en la revista *The Spectator* y a partir de 1978 ocupó el cargo de editor adjunto. En 1982, publicó *The Great Fire of London*, su primera novela. Ésta fue la primera novela en una serie de obras sobre Londres, en la cual Ackroyd explora la naturaleza cambiante de la ciudad. Este tema es explorado a través de los artistas de la ciudad, especialmente de los

escritores: Oscar Wilde en *Last Testament of Oscar Wilde* (1983); Nicholas Hawksmoor, Christopher Wren y John Vanbrugh en *Hawksmoor* (1985); Thomas Chatterton y George Gissing en *Chatterton* (1987); John Dee en *The House of Dr Dee* (1993); Dan Leno, Karl Marx y Thomas de Quincey en *Dan Leno and the Limehouse Golem* (1994); John Milton en *Milton in America* (1996); y Charles Lamb en *The Lambs of London*.

Entre 2003 y 2005, Ackroyd escribió una serie de seis libros de no ficción para niños llamada *Voyages Through Time*. La serie es una extensa narrativa de periodos claves de la historia y fue aclamada por la crítica.